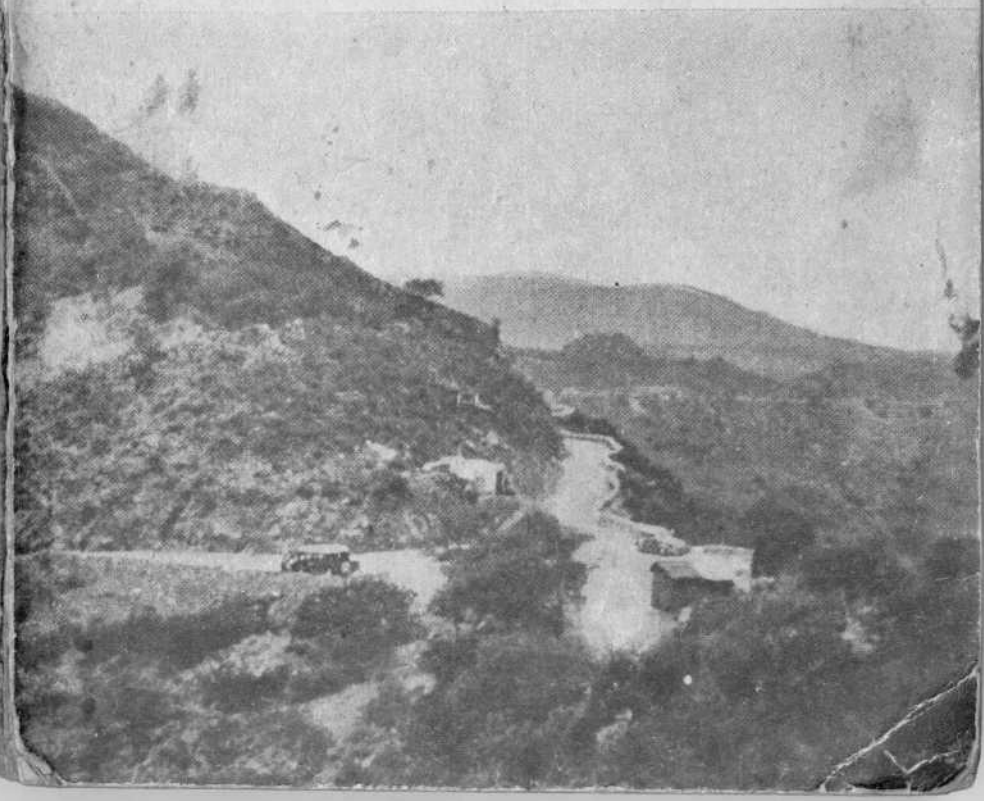
PBRO. DEMETRIO RAMOS DIEZ

BRISAS DE MIS MONTAÑAS LEONESAS

TRADICIONES Y COSTUMBRES DE MI PUEBLO

VELILLA DE GUARDO



BRISAS DE MIS MONTAÑAS

JT
COM

PBRO. DEMETRIO RAMOS DIEZ

BRISAS DE MIS MONTAÑAS LEONESAS

TRADICIONES Y COSTUMBRES DE MI PUEBLO
VELILLA DE GUARDO

BUENOS AIRES - REPUBLICA ARGENTINA - ANO 1940

t. 1132963
c.

LICENCIA ECLESIASTICA

NIHIL OBSTAT.

EL CENSOR

IMPRIMASE.

Mercedes, Agosto 1940.

† ANUNCIADO SERAFINI
Obispo Diocesano

ANTONIO MARTINEZ
Secretario

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
Queda hecho el Depósito que marca la Ley

Rvdo. Padre DEMETRIO RAMOS DIEZ

Autor de la presente Obra

Al Ilmo. Sr. Dr. Secretario de la Curia Eclesiastica de la Diocesis de Leon con todo afecto. El Autor

AL MI QUERIDO PADRE D. MIGUEL RAMOS,

A LA MI SEÑORA Y HEROICA MADRE

SEÑORA DOÑA AGUSTINA DIEZ DE RAMOS

(QUE EN GLORIA ESTEN)

A LOS MIS HERMANOS CONSTANCIO, SIMON Y ESTEBAN

(CARMELITAS DESCALZOS),

RUFO RAMOS DIEZ (MISIONERO DOMINICO EN CHINA)

Y MARCOS Y FLORA RAMOS

A LOS MIS SOBRINOS Y SEÑORES TIOS

Y A TODOS LOS MIS PARIENTES, AMIGOS,

COMPAÑEROS Y CONDISCIPULOS DE ESCUELA

A TODOS LOS MONTAÑESES Y HABITANTES

DE MI QUERIDO PUEBLO, VELILLA DE GUARDO

OFREZCO, DEDICO Y PRESENTO

ESTE MI LIBRO DE

"TRADICIONES Y COSTUMBRES DE NUESTRO PUEBLO"

SATURADO DE AROMA

DE NUESTRAS MONTAÑAS LEONESAS

EL AUTOR

Introducción

A los veinte años de ausencia de España, tengo ahora más pura y poética la visión de mi terruño, y esa visión es la que me ha impulsado a escribir esto que a "tierruca" sabe.

Pero "cosa triste", lo que ha ganado mi sentimiento de la patria chica, purificándose, lo ha perdido mi memoria en cuanto a detalles, palabras propias, giros típicos y expresiones vivas. Ahora es cuando yo quisiera estar en mi pueblo y recoger, como un tesoro desperdigado, la palabra, la costumbre y hasta la indumentaria, que se fueron para no volver nunca. Convencido de que no podré hacer cosa mayor, me he propuesto sin embargo recoger "Brisas de mis montañas" para orear con ellas "Las costumbres de mi pueblo".

Siempre he sentido entusiasmo por lo característico (costumbres, tradiciones, vestimentas, etc.) de cada país. Me ha emocionado siempre, todo lo que tiene "color local" a base de costumbrismo, tanto de España como del mundo entero, y he sentido siempre algo muy hondo en presencia de las basquiñas y pañoletas gallegas bailando una "muñeira", de los Vascos con sus "Aurrescus", de los Catalanes con sus

"Sardanas", de los Asturianos con su "Danza Prima" y de los Andaluces con sus "Sevillanas", lo mismo que he experimentado emociones ante un bretón o un holandés, un napolitano y un escocés con sus enagüillas y perifollos. Aquí en América, ninguna cosa me entusiasma tanto como la presencia de un "gaucho" con bombachas, chiripá, botas de potro, espuelas nazarenas, facón y cinto cuajado de plata. Es la tradición, y la tradición influye sobre mí de una manera irresistible. No soy "criollo", aunque entre criollos he pasado los mejores años de mi vida, pero siempre me entusiasmó el payador de la pampa rasgueando en su guitarra "chacareras" y "vidalitas", y para mí el presenciar los bailes populares americanos me ha servido de solaz y entretenimiento. Siempre he sentido emoción viendo bailar el "pericón" o el "gato", una "chacarera" o una "santiagueña", una "cueca chilena" o un "fandango nativo".

Es por esto sin duda que nunca he encontrado en la vida cosa más imbécil que "la moda". Quita toda esperanza de humana redención, y nos hace reír eso de que hasta muchos hombres de talento y verdaderamente eminentes, se preocupan de su bigote recortado a lo Carlitos Chaplín... ¡Vamos, hombre!

Pues esta moda estúpida, con sus cambios ridículos, ha penetrado también en mi tierra, como en otros países de costumbres, tradiciones y vestimentas patriarcales, borrando lo típico tradicional, lo único genuino por castiza procedencia de raza pura y va-

ronil. Lo repito: no encuentro en el mundo nada más ridículo ni más imbécil que "la moda".

Ella es la culpable de que se hayan ido de mi pueblo las capas de paño de los hombres y las mantillas severas y elegantes de las mujeres; la moda ha hecho desaparecer las basquiñas, manteletas y pañolones, escarpines, blusas y gorras, zaragüelles y chalecos, bailes y juegos, costumbres y bellezas.

Cualquier viejo de mi pueblo podría exclamar con el poeta:

¡Ay! Ya no soy yo quien solía
ni quien yo solía ser...

porque hasta el recuerdo de lo que fué mi pueblo ha desaparecido.

Con esa melancolía propia del que se propone escribir un libro "regional" y reunir "notas de color", me propongo yo resucitar los recuerdos de mi pueblo y de mi tierra, como país encantador por sus costumbres típicas (bailes, bodas, bautizos, entierros, tradiciones populares, navidades, carnestolendas, Semana Santa, etc.).

Con todos estos elementos he procurado dar a este libro regional un ambiente que temo no lo encontraría ya en mi tierra el curioso lector, si a ella fuese a buscarlo...

Salpicado de notitas salientes y pintorescas de costumbres, creencias y leyendas, he procurado recoger algunas palabras raras y típicas para dar el

ambiente y la visión de mi tierra, evocando a veces, más que recuerdos, la frase, la manera propia de decir del pueblo, para ajustar a ella el tema de la composición. "Lo del vulgo está en el sentir". Hay "vulgo" que siente con finura y delicadeza, y "gente fina" que no sabe lo que es sentir finamente.

No he buscado estilo afiligranado ni léxico de erudición, ni piruetas y acrobacias de lenguaje. Prefiero lo vivo, lo que me llena de sentir y me emociona y me estremece, y escribir quiero lo que vi y lo que sentí y lo que gocé durante los años de mi niñez, y lo que ya, ni vivir ni sentir pueden los niños actuales de mi pueblo, porque... ¡pasó!... ¡pasó!... ¡y todo pasó tal vez para no volver ya más!...

Y justamente porque todo eso ya pasó, es por lo que yo quiero recordarlo aquí, para que al menos sepamos que existió, y para guardar esos fragmentos que ya pasaron; para eso son esas urnas sagradas que llamamos bibliotecas, museos y libros. Para eso he escrito este libro, y no para otra cosa.

¿Que se fué lo típico?... ¡Es cierto!, pero podemos evocarlo todavía, podemos hacerlo revivir, y al hacerlo así hacemos historia, y todo cuanto pienso decir de mi pueblo y de mis montañas leonesas, no será otra cosa que evocación, historia. ¿Qué son los museos, la literatura clásica, antigua, arcaica?... ¿Por qué desenterramos hoy escrupulosa y escudriñadoramente las tumbas de los Faraones y de Tum-Tam-Kamón?... Para evocarlas y hacerlas revivir, después de tantos

y tantos siglos de haber desaparecido. La ciencia no hace otra cosa que recoger lo que pasó. Defendamos y conservemos nosotros también, en lo posible, "la gracia rústica" de nuestra tierra, que es "nuestra madre", la que nos hace exclamar con el poeta:

Acuden a mi memoria
los recuerdos:
mi infancia, mi mocedad,
mis padres muertos.

Y es la tierruca "la tierna madre" a la que con cariño recordamos desde lejos, y por ella sentimos la nostalgia que nos hace sentir y llorar y apreciar en su justo valor lo mucho que vale, obligándonos a exclamar:

"Irse lejos para verte:
para quererte, dejarte;
y perderte, tierra mía,
para saber lo que vales".

El poeta Murciano tenía corazón y tenía sentimiento al escribir estos versos sobre "la patria chica", y lo mismo que Vicente Medina, siento yo tristeza al cantarla, y siento lo mismo que él los ojos humedecidos, las mismas ansias y los mismos deseos:

"Me pongo triste al cantarte
y se me mojan los ojos...
Tierrecica, tierrecica...
es que al cantarte te lloro.
.....
.....

Que me abrigue mi cuerpo
mi tierra;
mi tierra del alma..."

El que no tenga el corazón muerto, no podrá menos de sentir un cosquilleo al encontrarse con esto:

Cuando mi horica me llegue
quiero morirme en mi tierra,
verla al cerrarse mis ojos
y tener un hoyico en ella.
Allá lejitos, muy lejos,
en un vallecito ameno,
están mi pueblo y mi casa...
están mi casa y mi pueblo...
¡Quién fuera águila, y volando
fuera lejitos, muy lejos!...
¡Allá donde está mi casa!
¡Allí donde está mi pueblo!

Es por eso también que me entra una pena muy grande al contemplar a mi pueblo sin sus antiguas costumbres patriarcales hoy desaparecidas, y en este libro por mí recordadas, y al recordarlas lanzo este quejido:

Mi provincia me da pena,
mi pueblo me da dolor:
¡Ay! ¡provincia de mi vida!
¡Pueblo de mi corazón!

Y es a mi pueblo, y a los seres queridos de mi pueblo a quienes dedico mi libro con todas sus cosas

regionales, típicas, características, pintorescas y sencillas, con todo su colorido, ingenuidad, gracia agreste, viveza y frescura, y he querido defender y conservar en lo posible esa "gracia" rústica y pueblereña de mi tierra.

Al escribirle, no he pensado para nada en la ciudad, porque a las ciudades las repudio y no las acepto como representantes genuinas del pueblo. El pueblo es, y será siempre, el campo, el río, la fuente, la huerta, el prado, el valle, el bosque y la colina, la tierra que da el pan, la madre tierra que lo da todo, todo: el pan, el fruto, la flor, la lana, la hierba y el trigo, hasta las patatas y el repollo. Y la ciudad... ¿qué da?... malicia, pillería, engaño... La ciudad contamina y borra lo genuino de la tierra. La ciudad no da, ¡quita! y ¡traga! La ciudad se ha tragado a mi pueblo y a mi tierra... ¡Por eso no la quiero!

Quiero a mi tierra leonesa y a mi pueblo encerrado entre montañas leonesas, y en señal de que los quiero, a ellos les envío mi libro saturado de "Brisas de mis montañas". Se equivoca de medio a medio el que creyere que al escribir mi libro me han empujado la gloria o el dinero... ¡El dinero!... El editar hoy un libro no da dinero, sino que cuesta dinero... ¡Si lo sabremos los que tenemos la chifladura de escribir libros!...

En cuanto a la gloria... lo único que confío es que alguna vez puede que en mi pueblo se acuerden de mí, y con esto me doy por satisfecho.

Quedamos, por lo tanto, en que este libro es enviado y va dedicado a "mi tierruca" y a mi pueblo:

Tierra leonesa
Por mí cantada,
Tan admirada,
Tan suspirada,
Tan deseada...
Esta corona te envío
En oro fino labrada.

DEMETRIO RAMOS DIEZ

Buenos Aires, 1940.

Prólogo

Si triste ha sido y será siempre el oficio de sepulturero, no menos triste y melancólico tiene que ser forzosamente el de desenterrador o resucitador si se quiere, de costumbres muertas y completamente momificadas, que fueron y ya no son, que existieron y ya no existen, porque, relegadas completamente al olvido, se encuentran desgraciadamente sepultadas en el panteón de la historia.

Porque al fin de cuentas, éste y no otro es el objeto de todo novelista que se propone resucitar gentes, costumbres, cosas y lugares, tipos y paisajes completamente desaparecidos, y reconstruir un pueblo, galvanizarle de nuevo, soplando como Ezequiel sobre sus huesos áridos, carcomidos y pulverizados de la noche a la mañana, después de una patriarcal y centenaria existencia, haciéndole revivir una vida nueva, salvándole de la balumba de nuevas ideas, de costumbres exóticas y de orientaciones descarriadas, arrancándole, en fin, del torrente devastador, de eso que ha dado en llamarse civilización nueva, de la que no han podido librarse ni los pueblos más pacíficos, ni las aldeas más escondidas entre rocas y breñales.

Lo que el autor aquí pretende y lo que busca y lo que desea, es nada menos que hacer revivir a un pueblo patriarcal ya muerto, hacer reaparecer en el escenario de la vida a una generación que ya pasó a la historia, presentando a los antepasados de mi pueblo de Velilla de Guardo con los mismos cuerpos y almas que tuvieron, de tal manera que, los que me leyeren con melancolía en el alma, con dolor en el corazón y con lágrimas en los ojos, puedan exclamar: "Esto que aquí leo lo conozco yo personalmente", porque desde ya puedo afirmar que aún existen muchos, pero muchos, que personalmente conocieron las antiguas costumbres de mi pueblo, y fueron actores de ellas, y las recuerdan con nostalgia, y se enternecen con sus remembranzas, y lloran su pérdida y suspiran por su resurrección, y viven con la esperanza de verlas restauradas de nuevo, aunque peinen ya canas y les falten los dientes, y tengan la piel arrugada y apergaminada. Y a esto vengo, y para esto escribo el presente libro de "Costumbres de mi pueblo", para que cuantos aún viven de esperanzas, puedan remozarse un poco con los recuerdos pasados, y al menos derramen lágrimas sedantes al ver desfilar ante sus ojos tal vez apagados, cuadros en los cuales ellos mismos fueron actores, y costumbres ya desaparecidas que a ellos les dieron calor y vida, cantos que ellos entonaron con sus mismas gargantas, danzas que ellos mismos ejecutaron al son del tamboril y de la pandereta, y ejercicios fí-

sicos que como el "aluche", los "bolos" y la "barra", el colocar "enramadas" y "pinar mayos", dieron vigor a sus cuerpos y santa expansión y alegría a sus espíritus.

Pretendo nada menos que resucitar costumbres de mi pueblo, no hace mucho desaparecidas y desgraciadamente "asesinadas" a manos de aquellos mismos que tanto gozaron con ellas, y que ahora echan de menos, como el joyero echa de menos las perlas preciosas y el oro antiguo que antes enriquecieron sus anaqueles y vitrinas, y ahora no ve más que chafalonías y falsedades modernas colocadas en esas mismas vitrinas y anaqueles.

No es mi intento, ni mucho menos aspiro a la conquista del aplauso, pero tampoco temo ni me intimida el veredicto de la crítica ni las invectivas de los Aristarcos que nunca han faltado ni faltarán nunca. Lo único que puedo decir desde ya a mis lectores, es lo que dijo Pereda en una de sus famosas novelas: "Lo que aquí veis, no pertenece más que a la cantera de mi huerto".

Quedamos, por lo tanto, en que lo único que me interesa es tener la satisfacción de hacer reír o llorar con este libro a los viejos de mi tierra montañesa al recordarles tiempos que se fueron; de hacer pensar a los jóvenes y entretener a los niños, que no tuvieron la dicha de presenciar y masticar el ambiente patriarcal de las costumbres de sus padres y abuelos.

Todo esto que aquí digo, o que quisiera decir, sucedía, no en tiempos de Maricastaña, sino hace muy pocos años en mi pueblo natal, Velilla de Guardo, escondido entre las montañas abruptas de León, protegido por los Picos de Europa y Peña Espiguete, flanqueado por la Peña Mayor y Peña Labra, bañado por el Río Carrión, famoso por sus truchas salmonadas y sus aguas frescas y cristalinas, cubierto por sus inmaculadas nieves en invierno, como afeado y ennegrecido por el cisco de sus minas de carbón en primavera y verano, esas minas y esas antracitas que mancharon el alma de los habitantes de mi pueblo y de todos sus contornos, y el carbón, que comunica fuego a las máquinas y a los hogares, apagó al mismo tiempo el fuego de los espíritus y puso una capa de nieve sobre las tradiciones patriarcales, que han sido siempre el sostén de la vida espiritual de los pueblos.

Al hablar aquí de mi pueblo Velilla de Guardo, no me dirijo al Velilla con galerías mineras ni de mineros con caras ennegrecidas, con carreteras y puente nuevo, con camionetas y automóviles estrepitosos y roncadores, con luz eléctrica y molinos a vapor; no quiero hablar del Velilla moderno invadido por Bilbaínos y Asturianos explotadores de sus riquezas, y por ingenieros de botas altas y trajes a la inglesa. De este Velilla modernizado no quiero saber nada, porque no es el Velilla de mis padres ni el pueblo de mi niñez, en tanto grado, que ni mis

padres le reconocerían si salieran del sepulcro, como yo no lo conocí cuando por última vez le visité en el año 1934, y a quien con pena en el alma y congoja en el corazón tuve que aplicarle aquellas palabras del orador romano: *"Video Romam, sed mores romanorum non video"*; éste es mi pueblo, pero no veo las antiguas costumbres de mi pueblo, o como más vulgarmente se dice:

Este no es mi pueblo,
que me le han "cambiao";
mi pueblo era dichoso
y éste está... "amolao".

Al intentar resucitar al antiguo pueblo de Velilla, quiero presentarle como era hace 30 años con sus costumbres típicas y tradicionales, caballerescas, nobles y sencillas, con su legendario puente romano hoy derrumbado, con sus "veladeros" y candiles de aceite, con sus pantalones y escarpines de sayal, con sus hombres de capa con esclavina que les convertía en seres casi cardenalicios y sus puras y modestas mujeres tocadas con la mantilla de bordes aterciopelados que les daba el aire de abadesas, y basquiñas adornadas con cintas de estirilla que a sus doncellas convertían en damas de la Corte de Luis XV. Quiero resucitar al Velilla de almadreñas y zagones, de las que no se desprendían sus hombres y sus mozos y sus niños, sino para vestirse el traje dominguero con camisas nuevas y limpias, pero sin planchar, y cuellos sin corbata, cubiertos con aquellas chaquetas

y pantalones que olían a manzanas y camuesas y membrillos, únicos olores que se desprendían de sus mozas garridas, castas y sanas, y de sus mozos aguerridos, fuertes, ágiles y robustos como las hayas de sus bosques de Baldeaya y sus robles de la Mata Iglesia.

No quiero saber nada con el Velilla que no me recuerde a la Virgen de Areños rodeada de prados reverdeantes y de trigales encerados, visitada todos los domingos por las madres y las doncellas rezando el Rosario en el trayecto, y ante cuya imagen veneranda exponían sus cuitas y pedían remedio para todas sus desgracias; de mi Virgencita de Areños, que sirvió de faro a nuestros antepasados, y donde aprendimos desde niños a rezar las primeras plegarias y entonar los primeros cánticos; de la Virgen de Areños a la que mozos y mozas iban a saludar y dar las "Albricias" en el día de la aurora de Pascua de Resurrección, mientras las campanas de la Parroquia lanzaban alegres sus broncíneas voces despertando a todo el pueblo para que se dieran mutuamente las "felices Pascuas".

Yo no quiero decir nada ni saber nada del Velilla modernizado, sino del viejo Velilla ya desaparecido, porque el de ahora no me dice nada al alma, aunque me diga muchas cosas a los sentidos, pero tan desfigurado y falsificado por vestirse a la última moda, que ni él mismo se conoce ni yo mismo puedo conocerle; tan convertido en "birria", que a los presentes

El Autor, en las Misiones de Turquía,
con la vestimenta árabe

hace reír, y a los viejos hace llorar, y lloran al ver cambiadas sus costumbres y desaparecidas para siempre aquellas fiestas que eran como un sedante en medio de sus trabajos campesinos; de aquellos bailes domingueros repletos de alegría y saturados de felicidad, que en una sola tarde derramaban entre la gente moza alegría suficiente para toda la semana.

Me daré por contento si conseguir pudiera el que la presente generación de mis montañas leonesas, se diera cuenta de la inmensa desgracia que supone para ellos la pérdida de sus antiguas costumbres, pérdida tal vez irreparable, y el inmenso tesoro que ha desaparecido con el cambio experimentado por ese aluvión de costumbres "ciudadanas" exportadas a los tranquilos valles de mi tierra por los que en mala hora llegaron de las ciudades mercantiles y agitadas, con aires de corrupción y costumbres estragadas, matando a traición la inocencia y sencillez pueblerinas.

Quisiera gritar muy alto, para que todos mis paisanos me oyeran y se convencieran, de que si quieren participar nuevamente de la felicidad y alegría que nuestros padres y abuelos en tanta abundancia poseyeran, es preciso que den marcha atrás, virar en redondo, volver a lo antiguo, adorar lo que quemaron y quemar lo que están adorando, atraídos por el espejismo de eso que se ha dado en llamar modernismo y civilización, civilización y modernismo que, engendradores de la desazón y de la desconfianza, del envenenamiento y del odio entre los antes sencillos y

nobles habitantes de mi tierra montañesa, aventaron la paz y la tranquilidad.

Quiero hacer constar, y que conste a cuantos se lamentan de que ya no hay paz ni tranquilidad, ni amor mutuo, ni confianza de unos con otros, ni justicia ni caridad, que todas estas virtudes no volverán jamás a ser patrimonio de los habitantes de mi tierra idolatrada, mientras no vuelvan a campear de nuevo las antiguas costumbres populares, que eran justamente las que daban alma y vida a los pueblos, y ahora desaparecidas por negligencia y abandono de las mismas autoridades, y porque la moderna juventud comenzó a avergonzarse de aquella herencia que sus antepasados les legaran como una herencia santa y sagrada. Por obra y gracia del modernismo que lo absorbe todo, dichas costumbres fueron decayendo poco a poco, hasta que desaparecieron totalmente, muriendo por anemia y por incomprensión.

Y sin embargo, con aquellas costumbres tradicionales que nuestros padres nos dejaran en herencia... ¡era tan feliz el pueblo de Velilla!... que es ahora cuando se dan cuenta y cuando ya tal vez no tenga remedio.

¡Sí!, éramos felices, cuando las campanas nos anunciaban desde víspera las grandes fiestas, y cuando nos hacían descubrir tres veces al día al toque del "Angelus", y nos hacían estremecer con santo estremecimiento al toque de "Animas", y nos despertaban alborozadas con sus repiques del "Alba".

El eco de las campanas de mi pueblo, que nos sabían a gloria y a música divina, porque desde niños se habían grabado sus acordes en nuestros oídos, y que defendíamos como se defiende a una madre, a pedrada limpia con los chicos de otros pueblos del contorno, que pretendían sobreponer sus campanas a las de mi pueblo, el eco de esas campanas tenían siempre un lenguaje al que acompañábamos siempre con interés e interpretábamos inmediatamente lo que decirnos querían con sus badajos, y, aunque niños, sabíamos muy bien distinguir sus diversos toques, lo mismo cuando tocaban a gloria que cuando tocaban a muerto, a "guebra" lo mismo que a dar "al Señor", a Concejo o a echar "la hacienda" o a lanzar "los jatos". Las campanas nos indicaban cuando había un bautizo o cuando se celebraba una boda. Dichosos tiempos aquellos en que las campanas eran la voz del pueblo y la consigna para todos sus acontecimientos. Esos tiempos ya pasaron, y con ellos pasó también de largo la felicidad del pueblo.

Eramos felices cuando los chicos, siempre revoltosos, inquietos y traviesos, alborotaban el pueblo recorriendo sus calles cantando Villancicos en Adviento y Navidad, coplas tristes en Cuaresma, tonadas en la trilla, y canciones populares al volver de los rastrojos o de regar los prados; cuando atronábamos los oídos con matracas y carracas en Semana Santa, y armábamos la gorda en la "gerijuela" para que todo el pueblo nos oyera, como todos tenían

que oírnos las esquilas y los cencerros en las comparsas de "zamarrones" dando sustos a las viejas y repartiendo pelotazos a todo bicho viviente que se pusiera a tiro.

Eramos felices lo mismo haciendo sudar tinta a los zamarrones el día de "antruido" o Martes de Carnaval, corriendo para agarrarnos y hacernos pagar los cinco céntimos de vino en la taberna, que cuando en pandillas salíamos "a nidos" después del Rosario de los domingos, o íbamos a Valdeaya a descortezar acebos para hacer liga después de masticarla, lavarla y desgranarla, con gran peligro de "pimentoneros", "verderones", "pim-pines" y "siete colores" que inocentemente venían a caer sobre las pajas bien enhebradas de liga, en lo que éramos maestros consumados, y... ¡qué destrozos no hacíamos de los pobres pajarillos en el "Cristo de la Cinta", en la Ermita de San Juan y hasta en las puertas mismas de la iglesia y de la escuela.

Felices tiempos aquellos, en que las mayores travesuras nuestras eran apedrear los peruchos del tío Beneite en la pontaneja, meternos por huertos y saltar vallados para atrapar moras y endrinos, escalar árboles para coger un nido con huevos todavía vacíos o con pájaros todavía en cañones, lanzar carpinchos a las mozas en el baile, recibiendo en cambio algunos pescozones de los mozos, o lanzar balines de estopa con nuestros peloteros de saúco. ¿Y qué decir de nuestras correrías a los prados de Honseca

para arrancar aberbejas y lechugas, a Villascusa para llenar los bolsos de avellanas, a Villasquince para hartarnos de guindas agrias y de peruchos y manzanas en agraz, al pinar por algayugas, al Cortijo en busca de arráspanos, a Lastares para buscar setas, a la Cueva para apedrear grajos, a los Palacios para arrancar estalactitas y estalagmitas, al monte de los Verdugos para traer incienso de enebros, desenterrar mantecones en Pereda o pescar peces en el Río Chico, o venir bien cargados de algayugas y amostajas y ayucos, de todos los montes y collados colindantes.

La juventud era también feliz y estaba siempre contenta, y después del rudo trabajo de toda la semana, esperaba con ansias incontenibles el domingo, y en la tarde del domingo hacía gala de su agilidad bailando en la plaza el baile montañés, al compás de las dulces cadencias de la gaita del tío Nicolás, de la pandereta magistralmente tocada por sus mozas acompañada de inspirados cantos, y robustecido por "la histórica Caja" o tambor, cuyos parches redoblaban bajo los palillos hábilmente manejados por el tío Marcos, el tío Martín o el tío Isidoro, los mejores redoblantes que entonces se conocían, todos ellos de Velilla.

Esa felicidad desapareció, una vez que la pandereta y el tambor y la gaita pastoril fueron reemplazados en mala hora por chillón acordeón, por la estridente victrola o por la cansadora radio explotada por un tal Perro Chico. Desapareció el baile clásico

montañés, honesto, ágil y viril, para dar paso al "agarrao" con todas sus lamentables consecuencias para la juventud.

Y porque deseo de nuevo la felicidad de mi pueblo natal, es por lo que he escrito este libro, para que leyéndole mis paisanos, puedan darse cuenta de la felicidad perdida, pero que podría adquirirse de nuevo con un poco de unión y de buena voluntad por parte de las Autoridades y de la juventud.

Escribo el presente libro para que esa juventud se convenza de una vez para siempre, que es preciso desenterrar y hacer revivir las antiguas costumbres hoy desaparecidas, y que Velilla no volverá a resucitar, mientras los mozos no tengan de nuevo su ayuntamiento propio con todas sus leyes reconocidas; mientras no se oigan los redobles de "la Caja" llamando a los mozos a Concejo para deliberar con seriedad de Cónsules romanos sobre los asuntos de la mocedad, sobre sus rondas a las mozas, graves y bien reglamentadas para que no haya abusos ni mucho menos inmoralidades. En aquellos Concejos en los cuales se legislaba sobre la admisión de los nuevos "mozos" a recibirse con las formalidades de quien entra en una Cofradía, y sin cuyo requisito ningún mozalbete tenía derecho a rondar mozas, ni participar de derechos de mozo.

En ellas se ventilaba la cuestión grave de "atrapar" al mozo extraño de otros pueblos, que quisiera visitar a una moza del pueblo con vistas al noviaz-

go, y que no se le permitía sin pagar el tributo correspondiente de su cántaro de vino y algunas pesetas si quería llevarse la novia. Y era ese Concejo donde se hacían los nombramientos de alcalde y regidor, de juez y demás autoridades que habían de tomar posesión de sus cargos el día de los Santos Reyes, con aquellas ceremonias, aquellas "varas" y "bastones" floreados por las mozas, y que constituían como el símbolo de sus nuevas dignidades, que durarían todo el año. Allí se ideaban los programas de despedida de los mozos que se iban o tomaban estado, siendo despedidos con todo el cariño de una hermandad, lo mismo cuando les tocaba ir a servir al Rey. Allí, en fin, se informaba a todos el día de una boda o el día de un entierro, para que todos se prepararan para la fiesta o para el duelo; lo mismo que se pasaban avisos, se imponían multas o se expulsaba al que con su conducta poco recomendable no merecía ser mozo de Velilla.

¡Qué tiempos aquellos!... ¡Sí!, ¡qué tiempos aquellos, tan felices como tranquilos, cuando los mozos no tenían más preocupaciones que ganar a los bolos a los casados, o ganarse el aluche en el Cristo de Guardo, o hacer más tiros a la barra que los otros mozos del contorno! Felices tiempos aquellos, cuando los mozos de Velilla se lucían trayendo el Mayo, pinándole a fuerza de puños y de maestría en medio de la plaza, a la vista del Sr. Cura, de las Autoridades, del pueblo entero, y animados por los

cánticos de las mozas que habían hecho la bandera y que les enardecían con sus voces y con su presencia, hasta que el más majo, el más ágil y el más valiente subía por el mayo hasta la copa para arrancar de ella el premio apetecido. ¡Sí!, lo repito, ¡qué tiempos aquellos que yo he presenciado con mis propios ojos, que recuerdo con nostalgia y que a veces me hacen derramar lágrimas pensando en ellos!

Pues de todo esto y de algunas cosas más, pienso hablar en este libro que tienes en tus manos, lector querido, para que al menos las generaciones del porvenir sepan lo que fué en tiempos pasados mi querido pueblecito de Velilla de Guardo, que aunque no figure en los mapas, le tengo muy adentro y en lo más profundo de mis entrañas, y le recuerdo con cariño desde estas apartadas regiones de América, de esta República Argentina en la que viven tantos y tantos españoles y paisanos míos, que como yo recuerdan con cariño a la tierruca.

El Autor

CAPITULO PRIMERO

ESTE ES MI PUEBLO

Si el lector toma en sus manos este libro con fines científicos y con ansias de examinarle con la lupa de la crítica, puedo decirle con franqueza que no pierda el tiempo, que le cierre y que no pase adelante, sobre todo si no es de mi tierra.

Para leer este libro, el lector debe despojarse de su toga de juez, porque para comprenderle hay que sentirle antes que juzgarle, y sólo sintiéndole le comprenderá.

Por eso estoy seguro que sólo me van a comprender aquellos que, identificados con "su terruño", encontrarán mieles en estas páginas saturadas de aromas pueblereños, que sólo aspirar saben los montañeses, los acostumbrados a apacentar sus ojos desde niños con el espectáculo de la naturaleza bravía de mi tierra, dulcemente melancólica, de sus montañas escabrosas, de sus valles encantadores, de sus ríos de linfa pura, fresca y cristalina, porque ellos, y tan

sólo ellos han de saber descubrir sagazmente toda la poesía de sus costumbres rústicas, de esa poesía que ofrece mi pueblo, no ya con su aspecto exterior, sino con algo más profundo, más hondo y más íntimo, que no se ve, pero que sin embargo penetra el alma y produce ese encanto misterioso generador de eso que Pereda llamara "el sabor de la tierruca".

Al escribir estas líneas, ni busco gloria literaria ni tampoco renombre que me inmortalice, porque ni en sueños, ni por las mientes me ha pasado nunca el intentar imitar siquiera al autor de "Peñas Arriba" y "Sotileza", ni a Trueba o Pardo Bazán, ni tampoco a Polo y Peirolón y Muñoz y Pavón. Ave de la zarza escondida entre los espinos del huerto, nunca pretendí remontarme, ni seguir a las águilas que se elevan en círculos concéntricos sobre las altas cumbres y escalan los picachos de los Picos de Europa. Lo único que busco, sin tal vez lograr conseguirlo, es producir en los corazones montañeses de mi tierra ese cosquilleo inexplicable, que al sentirse muy adentro, humedece los ojos y hace estremecer la barbilla con la emoción de recuerdos pasados.

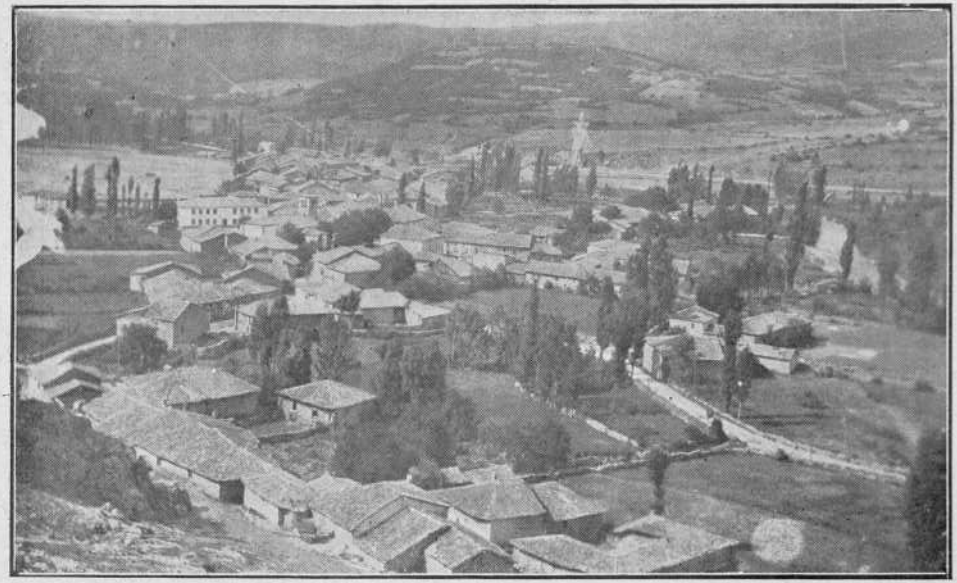
Quedan por lo tanto avisados todos los Zoilos y Aristarcos que pudieran salirme al camino, y no quiero cargar sobre mi conciencia la responsabilidad de haberles hecho perder el tiempo, leyendo lo que no les interesa, o lo que no son capaces de comprender. Y dicho esto, "vamos pa alante".

Un poco de historia y algo de leyenda

Poco o nada puedo decir a mis lectores sobre el origen de mi pueblo Velilla de Guardo, tan insignificante, que todavía creo no haber encontrado escrito su nombre en ningún mapa, si no es en algún mapa moderno dedicado exclusivamente a la Provincia de León o de Palencia, pero lo que sí puedo decir, es que mi pueblo con sus doscientas o trescientas casas, muchas de ellas casucas, es un pueblo realmente poético y hermoso, rodeado de huertos, bien regado, bien cultivado y bien oreado por aromáticas y salubres auras campestres, circundado de montañas roquizas de un lado, y de verdeantes praderas y umbrosos bosques por otro, con variedad de prados que le ciñen por unas partes perfumándole con aromas de heno, y por otras engalanado con sus trigales de enceradas mieses.

Todos sus habitantes han sido siempre labradores de oficio, y todos, por consiguiente, al menos en mi tiempo, comían el puchero cotidiano, unos, y el mendrugo otros, empapados en el sudor de un trabajo campestre tan rudo como incesante y no muy productivo.

Fuera de algunas familias, que podían contarse con los dedos de una mano, todos sus vecinos eran pobres, no tanto como para morirse de hambre, eso no, puesto que el más pobre tenía su sopa con torrezno, sus cuatro patatas y su celemín de



El Pueblo de Velilla de Guardo a vista de pájaro, tomado por la parte Norte, desde la Peña Mayor

alubias para alimentarse, pero sin lujos ni desperdicios, fuera de los días en que se repicaba gordo, o se echaba la casa por la ventana con motivo de algún acontecimiento popular o doméstico. Eran pobres, pero eran felices con su pobreza, porque nunca acostumbraron sus cuerpos a la molicie ni al despilfarro.

En sus calles no había pérdida ninguna, puesto que no había más que recorrer la calle Abajo, la calle Arriba, el Tiruelo y el Barrio del Río, para acabar de contar su topografía interna. Una plaza delante de la iglesia, sombreada por dos o tres nogales, una iglesia antigua, ni grande ni artística, con su torre cuadrada llena de gorriones y vencejos; un arroyo que cortaba la plaza de arriba hasta abajo con aguas puras que venían del llamado "brocal", en el que chapalateábamos los chiquillos casi siempre descalzos y con las pantorrillas al aire; una tienda de quincalla en la plaza, perteneciente a la "Tía Blanquilla"; un rótulo que decía: "Estanco y Arrendataria de Tabacos", la Casa Ayuntamiento y la Casona del Tío Mateo, y acabe Vd. de contar, de cuanto contar se pudiera de mi pueblo de Velilla de Guardo.

¿De sus orígenes históricos?... Ni yo lo sé, ni creo que ninguno de mi pueblo lo sabe, y ningún historiador se ha preocupado tampoco de ello. Lo único que sí puedo asegurar, es que su antiguo nombre fué el de VILLA DE GUARDO, y no el de

VELILLA, habiendo indicios y no pocas probabilidades de que en tiempos remotos Velilla estaba unida a Guardo, o al menos había un pueblo intermedio, cercano al Cristo de la Cinta, como se ha podido comprobar por descubrimientos realizados, y hasta por losas sepulcrales sacadas de las entrañas de la tierra con la esteva de los arados.

También podemos desde ya afirmar, que el pueblo de Velilla fué tributario de Garcilaso de la Vega, que percibía por privilegios reales hasta "tres mil maravedises" anuales en concepto de vasallaje y regalías concedidas por la Corona a dicho Garcilaso de la Vega. Hasta creo haber leído que el nombre de Velilla es una corrupción de Vega, lo que no sería inverosímil, dada la pleitesía que tenía que rendir por orden regia a dicho Garcilaso de la Vega, sin que sepamos el porqué ni bajo qué concepto se le daban estos tributos. Es una verdadera lástima no tener más datos históricos, y más lastimoso todavía el que ninguno del pueblo se haya preocupado de hacer investigaciones.

A esto podemos añadir que el pueblo es sin duda antiquísimo, y que era el camino forzado para los Peregrinos que iban a cumplir sus votos a Santiago de Compostela, y en Velilla existían varias Hospederías para Peregrinos, y esto se comprueba por el número considerable de edificios que ostentan Escudos Heráldicos con la Cruz Santiaguista, y que poco a poco han ido desapareciendo, pero que

nosotros cuando niños hemos visto, sin que entonces nos preocuparan ni poco ni mucho su significación histórica.

Por otra parte, una y cien veces hemos oído relatar a nuestros padres el paso de peregrinos con sus bordones coronados por calabacines y sus esclavinas ribeteadas de conchas, y yo mismo en mi niñez recuerdo haber visto a algunos de estos peregrinos, que a pie y descalzos hacían su peregrinación, bien por devoción o ya cumpliendo una penitencia impuesta.

Una comprobación del número de peregrinos que desfilaban por mi pueblo, rumbo a Santiago de Galicia, es el canto con que los chiquillos anunciábamos por las calles la llegada de alguno y que era así, porque aún lo recuerdo:

Ya viene la "Pelegrina"
con su esclavina,
su cartuchera,
¡que es un primor!
Trae los zapatos blancos,
medias de seda,
sombrero fino
y un gran "bordón".

Ni que decir tiene que la chiquillada rodeaba a la "pelegrina" o "pelegrino", como decíamos allá, para escuchar sus narraciones y peripecias, más o menos verídicas, que o nos hacían reír y a veces nos hacían llorar, pero siempre les tratábamos con mu-

cho respeto y veneración. Más de un peregrino vi hospedado en mi propia casa con su esclavina cuajada de conchas, su bordón y su calabaza.

Datos geográficos

En los límites de la Provincia de Palencia, y a unas veinte leguas de dicha Ciudad, diez leguas de Saldaña y siete de Cervera de Río Pisuerga, en medio de un valle poético se encuentra como encajonado el pueblo de Velilla de Guardo, en una especie de gigantesco anfiteatro formado por montañas y ceñido en uno de sus costados por el río llamado Carrión.

Viniendo de Guardo, el viajero se encuentra sorprendido, desde el alto llamado de La Palomera, con la vista del pueblo que parece no tener salida por ninguna parte. Cierra sus horizontes por el Norte la gigantesca peña Espiguete, donde comienzan los Picos de Europa, imponente masa roquiza de tres mil metros de altura, en la que saltan manadas de rebecos y vuelan en círculos concéntricos las majestuosas águilas que avizoran constantemente a los corderillos triscadores y a las merinas que ramonean por los puertos y las cañadas.

Al Este, se encuentra protegido por la Peña Mayor, que como un gigante parece querer aplastar al pueblo, y tan próximo, que a las cuatro de la

tarde ya le sombrea y precipita en sus penumbras. Al Oeste, limitan sus horizontes muy limitados el Monte de Peña Labra y el de los Verdugos, moteados por sus enebros que brotan de la roca viva, y que embalsaman el ambiente con sus granos de incienso. Extendiendo la vista por el bravío panorama que ofrece la naturaleza, los ojos se deleitan con el cuadro umbrío de los bosques de Valdeaya y las colinas ondeantes de Pereda y Villasquince, guaridas de lobos y jabalíes, raposos y liebres y otra variedad de animales, hoy en gran parte desaparecidos por el movimiento continuo de las minas que tienen sus más apreciadas vetas en el sitio denominado La Fiera.

Por el Sur, y en dirección a la Villa de Guardo, es por donde se abre la brecha de este círculo de montañas, que cual cinturón de piedra rodea al simpático pueblo montañés. Es en Velilla donde terminan justamente las montañas Cantábricas propiamente dichas, ya que desde Guardo comienzan los Páramos y las dilatadas estepas castellanas. Tan sólo al Sud-Este continúan hasta Cervera las Cordilleras del Brezo, completamente calizas, áridas y blanquecinas, que esconden entre sus riscos y laderas diversos pueblos y aldeas que se extienden por la región de La Baldavia.

El viajero que por vez primera cae en Velilla procedente del interior de Castilla, lo primero que se le ocurre preguntar es: ¿Y por dónde salgo ahora?...

Porque sus ojos no encuentran realmente salida en medio de aquel anfiteatro para él desconocido, y ni soñar ha podido que entre aquellas montañas pueda haber una escapatoria, como en realidad la hay, y por cierto bien sorprendente, aunque por él nunca imaginada.

Saliendo del pueblo de Velilla rumbo a Camporredondo, y bordeando la Peña Mayor, atraviesa las fuentes del Calderón, y dejando a su derecha El Pinar, se mete de rondón en una garganta que impone respeto cuando no miedo, sin más lugar que el camino aprisionado de una parte por la montaña altísima y de otra por el Río Carrión, cuyas aguas van saltando las peñas y murmurando estrepitosamente, callándose tan sólo cuando sus aguas forman remansos en aquellos pozos donde las truchas salmonadas saltan y se encuevan, huyendo del peligro de los pescadores que siempre están en acecho. Siga el viajero su ruta, y aunque un poco asustado al verse solo en lugares que ni escogidos para dar un atraco, pronto se encontrará con el puente Romano de Otero, que al pueblo de Otero conduce, y donde el camino se bifurca para proseguir si quiere hacia Balcobero y La Sierra, tirando a mano derecha. Puente Romano, verdadera joya histórica, ahora destruído por los bárbaros dinamiteros de las minas durante la revuelta asturiana del año 1934.

Ya encontró la salida el caminante, y continuando el camino, siempre bordeando el río, llegará a

Camporredondo, pueblo inmortalizado por el famoso Pantano del Príncipe de Asturias, una de las glorias más preclaras de la ingeniería moderna, inaugurado por el Rey Alfonso XIII durante la gloriosa Dictadura del inmortal Primo de Rivera, que con sus aguas riega todas las llanuras Palentinas, si bien en perjuicio de los pueblos colindantes al Pantano.

Ya se encuentra el turista en terreno de Liébana, puede dormir en Potes, visitar el Santuario de Santo Toribio, solazarse con aquellos cuadros de la naturaleza de sus montañas, seguir por la Hermida y detenerse a tomar las salutíferas aguas de este Balneario, y siguiendo, siguiendo por aquella carretera abierta a fuerza de barrenos, penetrar en los valles Cantábricos hasta mojar sus pies en las costas Santanderinas.

¿Quiere el viajero turista regresar a Velilla y experimentar los encantos de otra de sus salidas casi increíbles?

Para ello, no tiene más que colocarse en la plaza del pueblo, tirar por el Barrio Abajo, atravesar el puente, tomar rumbo hacia la Ermita de Areños, ladearse hacia la izquierda antes de llegar al puente Besandino, atravesar la Vega del Pico de Los Palacios, penetrar en Onseca, inclinarse hacia la izquierda, y peñas arriba, pasando por las Canteras de mármol, contemplando a su derecha el río Besandino, por cuyas linfas suben y saltan las truchas más finas que se conocen, tan pobre de agua, que en verano no hay necesidad de descalzarse para

trasponer sus orillas; fatigado y sudoroso llegará hasta Las Portillas, que no son sino un tajo abierto entre dos montañas, tan estrecho, que fácilmente pueden ponerse unas puertas, y quién sabe si en algún tiempo las hubo. Desde este lugar, un nuevo panorama se abre a la contemplación del espectador. Un paso adelante y se encuentra en la Provincia de León, siendo Las Portillas el punto divisorio entre Palencia y el nuevo Reino Leonés.

Aconsejamos al viajante no se le ocurra hacer esa excursión en invierno, si no quiere verse sepultado por la nieve, o encararse así de sopetón con el oso.

El primer pueblo que encontrará a su paso es Besande, bien conocido por la leche sabrosa de sus vacas y por la riquísima manteca elaborada por sus pobres habitantes. Pueblo en otros tiempos sencillo y patriarcal, incomunicado de la sociedad por la nieve durante algunos meses de invierno, y encuevados sus moradores en la cuadra y en la cocina, lo mismo que sus ganados, pero entretenidos y hasta felices, haciendo almadreñas y tarugos, yugos y otros aperos de labranza, que después habrán de vender por unos cuantos "cuartos", mientras que las viejas hilan sus ruecas alrededor de la hornacha o encima de las "trébedes", donde duermen los chicos y también los grandes, a la vez que los mozos, con sus brazos robustos amacan los odres de donde, después de bien batidos, extraen la manteca, blanca como el ampo de nieve de sus montañas, refrescante y pura como el

manjar de los dioses, nutritiva y sana, que hace a sus habitantes fuertes y de raigambre, a pesar de sus caras demacradas, pero de fibras como cables de acero.

Continuando el camino están los pueblos de Valverde, el de los famosos cazadores, y Siero, el de los arrieros, colocados en las faldas y estribaciones de los Picos de Europa. Todos estos pueblos han renacido una y veinte veces de sus mismas cenizas, como el Fénix de la fábula, ya que repetidas veces han sido pasto de las llamas, sin perdonar más que la iglesia y la casa del Cura, por ser las únicas casas que tenían, en mis tiempos, los techos de teja, puesto que las demás le tenían de paja, semejantes a los portalillos de Belén. Esta era la causa de que una chispa cualquiera que se desprendiera de una chimenea, fuera suficiente para que ardiera todo el pueblo. Ya no se repiten estos casos, por tener bien techados de teja los edificios, y ya no se contemplan aquellos cuadros tristísimos, que yo tantas veces en mi niñez contemplara, de ver a las muchedumbres de estos pueblos con sus alforjas al hombro, pidiendo de puerta en puerta limosna, semillas, aperos de labranza y demás enseres domésticos para comenzar a vivir, puesto que el fuego había destruído completamente sus pobres moradas con cuanto contenían, incluso los mismos animales, que a veces perecían entre las llamas, cuando no había tiempo para soltarles de sus pesebreras. El Gobierno, por su parte,

tenía que formar un presupuesto para aliviar a los pueblos incendiados. Ni que decir tiene que la caridad común de los pueblos vecinos se manifestaba siempre visiblemente con los afectados por la desgracia, porque entonces había caridad entre unos y otros.

Los cantos populares de mi niñez sintetizaban la idiosincrasia particular de dichos pueblecitos escondidos entre breñas y peñascales.

El que una vez ha probado
leche de Besande
no beberá otra leche
aunque se la den de balde.

Cazadores en Balverde,
buenas truchas en Velilla,
buenos nabos en Besande,
buenas moras en Mantinos
y casi todo de balde.

Para ayucos, Baldeaya;
para arráspanos, Otero;
para algayugas, el Brezo,
y para mieles, tus labios,
cuando me estampan un beso.

Fauna y flora de mi pueblo

Donde los hombres penetran, las fieras huyen, y esto es lo que ha sucedido en las montañas de Velilla, tan ricas en otros tiempos en la Fauna y en la

Flora. Los silbidos de las locomotoras y los estampidos de los barrenos y de la dinamita han ahuyentado por completo a las fieras y alimañas que poblaban abundantemente sus bosques y espeluncas.

Y cosa rara y para mí siempre incomprensible: en los montes de Velilla, en los que se encontraba caza mayor y menor, nunca se veían cazadores del pueblo, y puedo asegurar que fuera de Juan el truchero, que tenía una carabina; el tío Marcos, que poseía una escopeta de cartucho, y el tío Venancio el Bombas, que era el herrero del pueblo y propietario de una espingarda que se cargaba por la boca y a baquetazo limpio, de esas de pistón y con ceba, creo que no había ninguna otra arma de cazar en toda la vecindad, fuera de la del Guardabosques. Y es que para cazar hay que tener tiempo, y los de mi pueblo estaban siempre muy atareados con sus faenas campestres para matar el tiempo cazando. Los únicos días disponibles hubieran sido los domingos y días festivos, pero amén de que ningún vecino de Velilla dejaba la Misa ni el Rosario por nada de este mundo, esos días les dedicaban más y mejor a jugar a los bolos o a lanzar la barra.

Los únicos que se aprovechaban de la caza en mi pueblo eran los Bilbaínos, que entraban como Pedro por su casa, no dejando tranquilas a las perdices de La Silva ni a los conejos de las Cortes, ni a las liebres de Las Hebreras y Senaras. A las inocentes codornices, lo mismo que a las quinzas y a los gayos

del monte, a raposos y tasugos, se les perseguía continuamente, sin que nadie les echara el alto a esos cazadores que invadían los trigales y los prados y se desahogaban a su gusto como si estuvieran en propiedad suya. Los del pueblo de Velilla se contentaban y daban por satisfechos contemplando los despojos de la cacería, sin que se les ocurriera protestar nunca contra los cazadores extraños. Así eran aquellas gentes sencillas.

Los bosques y espesuras de mi pueblo estaban poblados por caza mayor, como jabalíes, lobos, corzos y gamuzas, sin excluir al rey de las selvas montañesas, el oso, cuya caza interesante y peligrosa, tan vivamente fué descrita por Pereda en su novela de "Peñas Arriba". Desde ya podemos asegurar, que tampoco faltaron en los pueblos de Velilla, Besande y Balverde, ni Chiscos ni Pitos Falces para encararse con el oso, y sin que se inmutaran ni les temblara el pulso, supieran colocar con sus escopetas anticuadas dos onzas de plomo en la fiera, una en el ojo y la otra en el corazón.

No hablemos de las manadas de lobos, que eran la continua intranquilidad de los pastores y de los rebaños, y que a pesar de los perros con carrancas al cuello y de colmillos afilados, con los que sostenían peleas sangrientas, hacían no pocas veces estragos en alguna novilla desbandada o en las ovejas que se descarriaban, siendo tan numerosas las bandadas de estos lobos, que muchas veces había que darles

una batida en forma y envenenarlos con estricnina. Con no poca frecuencia hemos presenciado cuando chicos a cazadores y pastores, que con la piel y la cabeza de los lobos a cuestas, iban pidiendo de puerta en puerta, huevos y longanizas como premio por haber matado "al padre de las ovejas", que era la frase gráfica con que solicitaban la pitanza. Aún quedan osos y lobos en aquellas montañas leonesas, pero son ya raros los ejemplares que se descubren.

Las flores campestres y de jardín abundaban en la primavera. Entre las flores silvestres más hermosas, recuerdo las que llamábamos "mamaperros", nombre que seguramente no figura en la nomenclatura botánica, pero en verdad hermosas y de un color rojo encendido. Las campanillas del Prado besandino abundaban y eran preferidas en el mes de Mayo para adornar el altar de la Virgen durante el mes de las Flores. En los huertos sobresalían las Rosas de Alejandría, y otras rosas encarnadas sencillas, amén de las rosas de cien hojas, vistosas y aromáticas. Los chicos guardábamos las hojas para después de secarlas emplearlas como tabaco para fumar cigarrillos a escondidas de nuestras madres, que cuando nos sorprendían nos aplicaban una buena azotaina de escarpinazos y soplamocos.

Las frutas de nuestros huertos eran todas aromáticas y sabrosísimas, como las ciruelas y las peras de agua, las manzanas y los membrillos, que nunca llegaban a madurar en el árbol, porque no les dá-

bamos tiempo para que maduraran, y con gran peligro de blusas y pantalones, hábilmente subíamos por los árboles o las derribábamos a pedradas, porque teníamos un pulso y un ojo que donde le poníamos, blanco seguro. ¡Cuántas zurras maternas nos costaban nuestras travesuras de ladronzuelos de la fruta ajena, que hoy recordamos con placer y con la sonrisa en los labios!

Frutas silvestres, y algunas de ellas sabrosísimas, abundaban en los montes, valles y cañadas. Los arráspanos, a cinco céntimos el bote o la "jartaá", vendidos por las pobres mujeres de Otero y Balcobero; avellanas de Villascusa atrapadas por nosotros mismos sin miedo alguno, porque eran del "primi capientis"; guindas ácidas y montaraces de Villasquince, peruchos de la huertona, moras y andrinas de todos los bardales, algayugas del Pinar, amostajas de Valdeaya, antimoras de Pereda, hongos y setas de la Cruz de los Lombanos y Lastares, manzanas de todo el monte, porque en todo el monte las había, y que colocábamos entre paja para que se pusieran "pochas" y comerlas después en las largas veladas del invierno entre los tizones y al amor de la lumbre. Otras las reservábamos para meterlas en los baúles y en las cómodas en la ropa dominguera, que se empapaba del aroma que desprendían las camuesas y amostajas, algo más embriagador que las modernas esencias de tocador y menjunjes de botica. Y nada digamos de las plantas y hierbas aromáti-

cas que tanto abundan y que arrancábamos a "puñaos" y traíamos a brazadas. Manzanilla pura, cuyas florecitas cubren materialmente las colinas; apios y cominos que embalsaman cuanto tocan; sanguinaria, tan apreciada en medicina, que brota entre la peña viva y que se confunde con el blanquecino de las piedras; henos que compiten con los de Pravia, hierba buena que brota por todas partes, y mil y mil plantas medicinales conocidas bien por los viejos y las viejas de mi pueblo, y con las cuales hacían sus cataplasmas y ponían remedio a todas las enfermedades sin necesidad de acudir al médico, y siempre con resultado positivo, porque así eran nuestras madres: Amas del Hogar y Doctoras para todas las enfermedades caseras.

Ellas conocían a las mil maravillas la virtud de todas las plantas y sabían extraer de ellas todas las buenas cualidades que natura ha depositado en ellas, y yo no sé cómo se las arreglaban, pero el caso es que con sus emplastos y tisanas, con sus fricciones y sus aceites, con sus baños de pies y con ceniza, con sus bizmas mezclas de hierbas, eran el "cúralo todo", de tal manera, que tan sólo se llamaba al Doctor cuando se presentaba alguna enfermedad bien declarada y que pudiera tener consecuencias.

Otro tanto hacían nuestros abuelos para curar a los animales que formaban su hacienda. Con sanguijuelas y sangrías, con cocimientos de hierbas y

con cuernos de ciervo, ellos sajaban y pinchaban que era un primor, y lo más curioso era, que los animales se salvaban sin necesidad de veterinarios ni curanderos.

Para casos de emergencia repentina allí estaba el tío Salazar que obraba milagros con su lanceta, como les obraban en perniquebraduras y roturas de huesos o dislocaciones el tío Bernardo, o la tía Magdalena. Una bizma de pez, unas cuantas astillas, un vendaje y listo el pollo.

Algo he divagado, pero no importa, porque el fin es dar a cada uno lo que le pertenece, y las plantas aromáticas nos han traído sin sentirlo a las habilidades de quienes sabían aplicar sus efectos curativos.

Iglesias, ermitas y santuarios

Una iglesia hay en mi pueblo, y con ella basta, dedicada a Jesús Salvador con su bola en la mano y completamente dorada, ante la cual nuestros abuelos y nuestras madres han rezado sus plegarias y calmado sus dolores. El templo, de forma irregular, no tiene mérito artístico ninguno, como no le tienen ni sus altares ni sus imágenes. Todo en él es sencillo y pobre, como pobre y sencillo era el pueblo antiguamente. Cinco altares dedicados, fuera del Mayor, al Santo Cristo de la Agonía, a la Virgen del Rosario, al Niño Jesús y a San Blas. Dos púlpitos de hie-

rro, un Coro y Pila Bautismal, y acabe Ud. de contar (1).

El piso, completamente de madera, está todo numerado, porque era el cementerio donde yacen los restos de todos nuestros antepasados, según la costumbre antigua, y prohibida por nuestras leyes modernas alegando razones de higiene, como prohi-

---

(1) *Hoy la iglesia se encuentra completamente restaurada, con un Altar Mayor nuevo e imágenes todas nuevas y modernas. El celoso y dinámico Cura Párroco actual, Sr. D. Isaac Riaño, fué el iniciador de esta restauración por cierto muy necesaria y conveniente. El llamamiento que nos hizo en unión de la Comisión de Señoras de Velilla, para sufragar los gastos considerables, a los hijos de Velilla residentes en América, así como a todos los Sacerdotes y Frailes de Velilla, encontró eco en nuestros corazones. Yo, por mi parte, y en nombre de mis padres y hermanos, hice donación del Altar Mayor, cuyo importe fué de 5.000 pesetas, y agradezco, tanto a la Comisión de Señoras como al Sr. Cura Párroco, la gentileza de colocar una lápida conmemorativa al lado del Altar, para perpetua memoria, y para que los venideros eleven una oración por el donante. Nunca en mi vida he entregado mis haberes con más gusto ni satisfacción, y hubiera sido una ingratitud no corresponder al pedido de mi pueblo, tratándose del embellecimiento de la iglesia de mi niñez, donde recibí la vida espiritual, me hicieron cristiano, recibí la Primera Comunión y comencé a balbucear las primeras oraciones y a modular los primeros cánticos a la Virgen. Era mi santa madre la que me llevaba en brazos cuando chiquitín, y el camino de la iglesia fué el primero que aprendí en mi niñez. ¿Cómo no contribuir al adorno y embellecimiento de la iglesia de mi niñez?*

Siento no tener fotografías de las nuevas reformas, felizmente llevadas a cabo con éxito, para que figuraran en el presente libro.

Mis felicitaciones al Sr. Cura D Isaac Riaño, a la Comisión de Señoras, y a cuantos han contribuído con sus donaciones a las reformas del Templo de Velilla, que han sido todos, todos los hijos del pueblo, unos más, otros menos, pero todos con la mejor voluntad. Obrar de otra manera, hubiera sido una ingratitud imperdonable, ya que los hijos de Velilla siempre han sido generosos y agradecidos.

bida quedó la "huesera" pegando a los muros de la iglesia, y cuyo lugar aún se conserva. Adosada al templo está la torre con su reloj y sus campanas, de las que ya hablaremos más adelante.

Al otro lado del río se encuentra la Ermita de la venerada Virgen de Areños, que es la Virgen y Patrona del pueblo, de la que haremos mención más detenida en otro lugar.

En el camino que conduce a Guardo existe otra Ermita conocida con el nombre de "Cristo de la Cinta", hoy casi destruída y completamente abandonada, desde que se cambió el camino que a ella conducía por la nueva carretera. En tiempos que ya pasaron para no volver más, ningún caminante cruzaba por delante del Cristo de la Cinta sin rezar el "Credo" o un "Padre Nuestro", depositando sus cinco céntimos para el Cristo, que se arrojaban por la ventanilla abierta en la misma puerta, y sin que nadie se preocupara de que fueran robadas las limosnas allí depositadas con amor y con fe. Ninguno, por malo que fuera, se hubiera atrevido a robar ni un "perro chico" de los que cubrían el pavimento de la ermita. ¡Felices tiempos aquellos! Es triste que nadie se haya preocupado de indagar el origen histórico de esa pequeña ermita de nuestro Cristo, como ignoramos quién fué su fundador, ni ahora sería fácil averiguarlo, puesto que ya murieron los que podrían relatarnos su historia legendaria y antiquísima.

Los Santuarios más famosos en los contornos de Velilla y a cuyas festividades y romerías nunca faltaban nuestros antecesores, eran LA VIRGEN DEL BREZO, escondido entre altísimas montañas, con su Hospedería y su extensa huerta que en un tiempo fueron y pertenecieron a un Convento Benedictino, servido hoy por el Párroco de Villafría, que es el pueblo más inmediato. La historia de este Santuario en otros tiempos famosísimo, está llena de poesía, como poética y verídica fué la aparición de la Virgen a unos pastorcitos entre unos brezales, de donde tomó el nombre de Virgen del Brezo. Su Santuario esbelto y elegante, fué magníficamente restaurado por el Párroco de Villafría, D. Manuel Diez, tío carnal del que esto escribe, en el año de 1898.

Para mí tiene recuerdos inolvidables dicho Santuario, porque en él aprendí a rezar mis primeras plegarias, y en él comencé a ayudar a Misa desde los siete años, cuando mi tío el Sr. Cura, me llevaba en las ancas de su caballo atravesando los tres kilómetros que le separan de Villafría, entre peñas imponentes que metían miedo al más valiente.

En sus dos festividades anuales, el día de la Virgen y el día de San Mateo, miles y miles de personas de todos los pueblos colindantes venían en romerías y procesiones para visitar a la Virgen, dejándola en ofrenda vacas y terneros, joyas, muletas de enfermos, cabelleras y vestidos, piernas de cera y cirios enormes, exvotos y promesas y tributos de

Nuestra Señora del Brezo

gracias recibidas por intercesión de la Virgen del Brezo. Y había que ver a miles y miles de peregrinos subiendo a pie descalzo para adorar la Cruz colocada en la cima de una montaña a más de mil y quinientos metros, con un sendero de piedra viva y calcárea que dejaba los pies despellejados. ¡Oh Fe de mis paisanos!... ¿Cuándo volveremos a presenciar tales escenas?... ¡Creo que nunca! ¡Aquellos tiempos no volverán, desgraciadamente!

Además de este Santuario está el de la Virgen del Carmen y el Santo Cristo de Guardo, que como atalaya se destacan en la cima de una de sus montañas dominando todo el panorama; y era en aquella explanada extensa donde se celebraban las mejores ferias y las más alborotadoras romerías, que terminaban todas con los honestos bailes montañeses y con el clásico y ya desaparecido aluche montañés. Algo diremos sobre esto más adelante.

Otro Santuario, aunque ya más alejado, es el de la Virgen de La Velilla, situado al otro lado de las montañas de Valderrueda, más allá de Morgobejo, junto a Cistierna, y situado en el alto de una colina, entre los pueblos de la Mata y del Otero. Su historia se remonta hasta la Edad Media, llegando a ser uno de los más famosos Santuarios de la Provincia de León, al que acudían millares de peregrinos. Hoy se encuentra triste y casi abandonado, por la pérdida de Fe e incuria de los tiempos saturados de materialismo. Si nuestros antepasados levantaran la cabeza,

se avergonzarían del abandono de esos Santuarios y de la negligencia en visitar a nuestras Vírgenes famosas, tanto en el orden religioso como en el orden histórico. Más adelante, trataremos este asunto de los Santuarios Leoneses.

La Virgen del Valle y la del Camino

Nunca me perdonarían mis paisanos, si al hablar de los Santuarios de mi tierra Palentino - Leonesa, no hiciera mención de nuestras Vírgenes populares y conocidas en toda España, como son la Virgen del Valle de Saldaña y la Virgen del Camino de León, ambas coronadas solemnemente por Decreto Pontificio, dejando dichos acontecimientos una huella imborrable cuanto imperecedera, por los contornos solemnes que revistieron, siendo coronadas por manos Reales ambas Imágenes Milagrosas, siendo dichas fiestas cantadas por los mejores Oradores de España, con asistencia de toda la aristocracia española y de los Prelados de la Iglesia.

La devoción Palentino - Leonesa es tan acendrada, que difícilmente se encontrará una familia que no tenga a su Virgen del Valle o del Camino, como protectora de la familia. El grito espontáneo de nuestras madres en el peligro, fué siempre: "¡Ay, Virgen querida del Valle! ¡Madre idolatrada del Camino!" Ambos Santuarios están adornados y embellecidos como corresponde a su categoría, y no se

encontrará ni un palentino ni un leonés que no haya contribuído con su ofrenda para enriquecer el tesoro de sus Vírgenes idolatradas. Sigamos las huellas de nuestros antepasados, y que ningún leonés ni palentino que por caballeros se tengan, echen jamás en olvido Santuarios tan famosos y Vírgenes tan Milagrosas, que desde sus Camarines vigilan y defienden sus respectivas Provincias, quedando constituídas, por aclamación popular y por derecho de conquista, dueñas de todas las almas castellanas.

Riqueza agraria y ganadera

La única riqueza de los pueblos leoneses está formada por sus campos de mieses y por haciendas ganaderas. La familia más pobre tiene su pareja de vaquillas y algunos "jatos", con su correspondiente lote de ovejas y corderos, sin que falte el "gocho" para la matanza, ni carne fresca para el puchero.

Sus prados y sus trigales; los titos y los garbanzos con el campo de lentejas; la cebada y la avena; la leña del monte y el heno para el ganado, todo ello es lo que constituye la riqueza de los hogares de mi pueblo y de todos los pueblos del contorno. Añadiendo a todo esto una cubita de vino, traído de tierra de Campos por los carromatos del tío Pepito, hace tiempo desaparecidos, bastaban para hacer felices, en aquellos tiempos de égloga, a todos mis paisanos,

que no tenían más pretensiones que trabajar honestamente y comer para vivir, no vivir para comer.

Y por eso mismo que no tenían pretensiones, todos eran felices y vivían tranquilos con su "aura mediócritas", como dijo el poeta latino. Cuidando sus vacas y terneros, regando sus prados y segando sus trigales, acarreando a las eras el producto de sus trabajos por el Cielo bendecidos, no tenían nuestros antepasados ni intranquilidades que matan, ni nerviosidades que aniquilan. Es por eso que se morían de viejos y con la sonrisa en los labios, rodeados de sus hijos y de sus nietos, a quienes bendecían antes de morir, con la gravedad de Patriarcas. Todo esto también ha desaparecido, por culpa de advenedizos e indeseables.

Las galerías carboníferas

Ni más ni menos. La tranquilidad de nuestros pueblos patriarcales, huyó espantada por el silbido de las locomotoras, por el ruido de los motores y por las vagonetas de carbón.

Yo conocí, cuando niño, esa tranquilidad y aquella felicidad, cuando ni en sueños se nos hubiera ocurrido que en las entrañas de nuestros montes y bajo la capa verde de nuestros prados, latía la civilización moderna, convertida en hulla que ennegrece y mancha, no tan sólo los cuerpos, sino también las

almas; como nunca nos hubiéramos imaginado que había de llegar un día, en que la rauda locomotora y las "balastreras", arrastrando vagones, habían de cruzar nuestros valles y alborotar la tranquilidad de nuestros pueblos. Todo ello sorprendió a los tranquilos y pacíficos habitantes de los pueblos palentinos y leoneses, y no poco les costó el hacerse a ello y el habituarse al ruido de maquinarias, a los silbidos estridentes que prolongaban su eco por las hasta entonces dormidas montañas y tranquilos valles, y al rechinar de las vagonetas cargadas de mineral, saliendo como topos del centro de la tierra. Aún recordamos la llegada del primer tren a Guardo, el día en que se inauguró la vía de la Robla, y las fiestas que se celebraron con este motivo. Los chicos y los viejos, que en su vida habían visto un tren, miraban estupefactos, como quien ve algo diabólico, y ni acercarse se atrevían a la máquina, que les causaba miedo con el ruido de sus émbolos, y les hacía correr con los resoplidos del vapor de sus válvulas, que intencionadamente abrían maquinistas y fogoneros, para reírse de aquellas gentes sencillas, que miraban al monstruo de hierro como algo incomprensible para ellos.

Pero no fueron tan sólo los perjuicios morales que la nueva civilización había de producir entre aquellos pueblos tranquilos. Estos perjuicios fueron también materiales, ya que el carbón y la dinamita habían de dañar enormemente lo más rico, hermoso y productivo que tenía mi pueblo de Velilla. Tales eran:

Sus aguas cristalinas y sus truchas salmonadas

Entre las riquezas naturales con que la Providencia enriqueció al pueblo de Velilla y demás pueblos de la comarca, tenemos que dar la supremacía a sus purísimas y cristalinas aguas, tanto de sus ríos

Escena campestre en Velilla de Guardo, en una de las meriendas típicas y familiares, bajo la sombra de árboles gigantescos y sobre el césped de sus encantadoras praderas

como de sus fuentes. Aguas tan frescas y transparentes, que se veían deslizarse las truchas por entre la linfa saltarina y espumosa, batida continuamente por el choque con las piedras y peñascos que a su paso encontraban. Esas aguas puras y frescas de mi pueblo,

han sido enormemente dañadas en su pureza por los minerales y el carbón, y como consecuencia de esto, dañadas quedaron también sus famosas y apetitosas truchas salmonadas, manjar de Reyes y regalo insuperable de madrileños y demás gente aristocrática española.

La pesca de la trucha constituía en Velilla una fuente inagotable de riqueza, en tanto grado, que más de veinte vecinos del pueblo no tenían otro oficio que el de "pescadores", que con sus redes y esparaveles, mangas y butrones, cañas y anzuelos, se ganaban tan guapamente la vida, sosteniendo a sus familias, al mismo tiempo que sostenían y completaban el gusto de los Sardanápalos en sus regios banquetes, sin más peligro que mojarse continuamente las pantorrillas, agarrar algunos resfríos y alguna que otra pulmonía, aunque rara vez esto sucedía, puesto que, como Neptuno, era para ellos su elemento propio el vivir siempre mojados y metidos en el agua.

Pero vinieron las minas de carbón; llegaron los mineros con sus cartuchos de dinamita; se terminó la gigantesca obra hidráulica del Pantano de Camporredondo, y la trucha salmonada de nuestros ríos, ha quedado arruinada y desmejorada por completo.

El perjuicio material causado al pueblo con estos progresos modernos, es inconcebible. Todavía se exporta la trucha de Velilla, pero ya no es ni tan abundante, ni tan sabrosa, ni tan apetecida. Ha perdido el gusto, se ha enflaquecido y se ha estragado

visiblemente. En una palabra, ha perdido todo su sabor refrescante y todo su gusto sabrosísimo, y hasta ha perdido su forma esbelta y redondeada, su piel finísima, salpicada de chispas de diamantes, por la variedad de sus pintas que constituían un mosaico. La explicación de esta metamorfosis tiene sus causas.

Es sabido que la trucha tiende siempre a subir "aguas arriba", y cuanto menos agua, menos esfuerzo y trabajo tiene que hacer la trucha. Una vez terminado el Pantano de Camporredondo, el río está nivelado siempre por las compuertas; el caudal del agua es ahora doble que el que antes tenía el río, y la trucha tiene que emplear doble esfuerzo para romper la violencia de la correntada, consumiendo sus energías con gran perjuicio de su desarrollo normal. Así se explica que la trucha de Camporredondo se rechazó por "tuberculosa y anémica", porque acumulándose a millares en el remanso de las aguas que forman una especie de balsa, junto al dique del mismo Pantano, ni pueden alimentarse lo suficiente, ni encuentran oxígeno apropiado para su desarrollo. Aquí tienen mis lectores la explicación del desmejoramiento de la trucha salmonada de mi pueblo.

Es por esta misma razón, que ya no puede uno distraerse, como antes nos distraíamos, viendo deslizarse las truchas entre el agua, con rapidez vertiginosa, ni contemplar se puede ahora el cuadro encantador de "las truchas abobadas" y como dormidas dentro de su elemento, ni mucho menos se puede

ahora "pescar a mano", que era para nosotros una de las distracciones más emocionantes en las tardes de los domingos, a escondidas de los pescadores, que nos proporcionaban no pocos sustos, como pescadores clandestinos que éramos. Y ésta es también la razón de que el pueblo de Velilla no presencie el cuadro típico de ver a los pescadores reunidos y en plena batalla, para envolver entre las mallas de sus redes a truchas gigantescas, de doce y quince libras, cuadro que yo tantas veces contemplara en mi niñez.

Todo esto ha desaparecido, como desapareció también el tipo clásico de "los pescadores", que, remangados de pie y pierna, regresaban de sus faenas con la cesta en bandolera llena de truchas, la caña al hombro, o cargados de redes, llevando por calzado unos cuantos trapos que les preservaban la planta de los pies, para no lastimarlos en las piedras y guijarros del río; fumando sus pipas, alegres y satisfechos, rumbo a la casa de Juan el truchero, donde, después de vender su mercancía, entraban en la taberna para tomar un cuartillo de vino y mojarse un poquito por dentro, ya que tanto se habían mojado por fuera; y allí, alrededor del jarro y en amable compañerismo, se relataban mutuamente las peripecias de la pesca, o planeaban, como pudieran hacerlo los jefes de un Estado Mayor en vísperas de una batalla, el modo y manera de "atrapar" alguna trucha gigantesca, vista por alguno de los pescadores en el pozo de San Tiurde, de la Cueva el Fraile o de La Olla.

Hombres felices aquellos pescadores, como lo eran los pescadores de Galilea, honestos, generosos, siempre alegres y contentos, que vivían comiendo sopas de papillos y peces que no entraban en peso, y que al volver del río, empapados en agua, se reunían alrededor de la hornacha, cenaban frugalmente y se dormían como niños, con la tranquilidad del que tiene sosegada la conciencia, para levantarse de mañanita y regresar otra vez a horas del alba, para recorrer todo el río en una extensión de dos y tres leguas. Nada de extrañar era que les gustara a veces "empinar un poco el codo" en la taberna, cosa bien dispensable en ellos. Cansados de estar metidos continuamente en el agua helada, ¿qué extraño era que les gustara el vino?...

Inolvidables serán siempre para los chiquillos de aquel tiempo, los nombres de pescadores como el tío Tomasón, el tío Patilla, el tío Salazar, el tío Carlones y el tío Chuchurule, los pescadores más famosos en aquel entonces, y a quienes nosotros esperábamos ansiosos, al regreso de la pesca, para gritarles siempre con la frase proverbial: "¡Tío Tomasón!... ¿Me da Ud. un pez?..." Y si le traía en la cesta, rara vez nos lo negaba, aunque a veces también nos respondía con sorna y con su pipa entre los labios: "El que quiera peces, que se moje el... como yo me le mojo", y era entonces cuando nosotros le cantábamos con picardía infantil:

Tío Tomasón,
Tío Tomasón,
que en vez de truchas
ha pescado un "culebrón".

¡Tiempos felices aquellos, que hoy recordamos con nostalgia en el alma y con un poco de tristeza en el corazón!

Riquezas de sus bosques

Eran los bosques de mi pueblo espesos y umbríos donde tenían sus guaridas los lobos y jabalíes, y no sin pavor entrábamos por ellos en busca de acebos para sacar liga, o en busca de guindas o nidos, antimoras y mantecones.

Pinos y acebos, hayas y robles, chopos y enebros, tejos y acebuches, cerezos, manzanos y perales, pinos y abedules, avellanos y salgueros, y otros más que ahora no me vienen a la memoria, constituyen la riqueza forestal de mi pueblo.

También los bosques han sido víctimas del progreso moderno y de la industria comercial. Aquellos bosques, entonces frondosos, y aquellos árboles gigantescos, han ido desapareciendo poco a poco, talados sin compasión, para hacer traviesas o durmientes para el tren y vagonetas para trasladar el mineral, con gran perjuicio de los intereses de Velilla.

Ya no existe el negocio de los "hayucos", fruto del haya, que es una especie de bellota triangular, de

forma ovalada, y del que se extraía aceite en abundancia, después de elaborarlo en molinos propios. Ya no van los chicos en bandadas a descortezar los acebos, para sacar liga, con que cazaban a los inocentes pajarillos, con pajas bien enhebradas, en cuyo arte éramos verdaderos y consumados maestros, puesto que no carecía de maestría el modo de preparar la liga, a la que había que descortezar primero en el árbol, masticar después a dentellada viva, lavarla cuidadosamente hasta desprenderla de sus partes granuladas, terminando por "hacer liga", ¡y qué liga!, envasarla con agua en cajitas de betún, y después buscar pajas, enhebrarlas con habilidad, no tan fácil como se cree, saberlas colocar en las grietas y paredes salitrosas donde venían a comer los pájaros, esconderse y no rebullirse para no espantarlos, y... ¡zas!, ya se prendieron en la liga. Correr anhelantes para atrapar a las víctimas, y saber desprenderlas de la paja enligada sin estropear su plumaje. No crean que es tan fácil inflar un perro, como diría Cervantes. Pues ese perro le inflábamos los chiquillos de mi tiempo, en un tres por cuatro, y estoy seguro que los chicos de ahora no saben hacerlo, como no saben hacer muchas otras cosas que entonces nos servían de solaz y entretenimiento, aunque a veces nos costaban algunas zurras y cachetes por parte de las nuestras madres, que con razón nos llamaban "endinos", "endiablaos" y "satanucos", y no sin razón, porque después de nuestras excursiones al mon-

te, el que no había perdido la blusa, traía hecho jirones el pantalón, y el que había salvado la gorra, venía sin un zapato, cuando no venía sin los dos. ¡Ay que ver la gresca que se armaba, y los gritos de las pobres madres al vernos rotos, con la cara llena de arañazos, las manos desolladas y los pies llenos de espinas, los tirantes sin botones y, a veces, los pantalones sin tirantes, la camisa fuera y con un hambre canina por dentro! En vista de nuestro aspecto zaparrandroso y de nuestras fachas de verdaderos Judas, más de una vez se cruzaban las manos, asustadas, y entre manotones exclamaban: "¡Señor!... ¡Señor!... ¿Por qué no vendrá Herodes todos los años?...

Estas escenas se repetían un día sí, y otro también, y siempre que había que ir "a nidos" o a buscar "liga", cuando no íbamos a meternos como garduñas, en las grutas y cuevas, silos y cavernas, que tanto abundan en mi pueblo, y en las que dejábamos, a veces, no sólo pedazos de pantalones, sino que también hasta pedazos de piel.

Grutas y cavernas

En las montañas cantábricas existen grutas famosas e históricas, y conocidas son la cueva de Altamira, tan visitada por los geólogos ansiosos de descubrimientos, y la gruta de Pando y cien más, con sus recuerdos prehistóricos y legendarios, que encierran en sus entrañas petrificadas restos antedilu-

vianos y osamentas de animales desaparecidos ya de la Fauna mundial.

Las grutas de Velilla de Guardo tienen también su poquito de historia y su mucho de cosas raras y curiosas, que interminable me haría si a enumerarlas fuera.

Sus gigantescas montañas de pura piedra caliza, de la que antes se extraía cal en abundancia, después de ser quemada la piedra en los Caleros, y por cuya razón se nos llama Caliegos a los habitantes de Velilla, están llenas de cuevas y grutas gigantescas, muchas de ellas aún no exploradas por completo, ni recorridas en toda su extensión, y en las cuales tienen que encerrarse no pocos misterios ocultos en sus tinieblas.

En Velilla están las cuevas de la "Gerijuela", la del "Calderón", la "Cueva Grande de los Grajos", la Cueva "El Fraile", la de "los Carlistas", el "Silo del tío Emeterio", la de la "Palomera" (hoy desaparecida), la de "Onseca", y otras muchas, pero entre todas, la que tiene más remembranzas y más popularidad es la llamada Cueva de los "Palacios".

La de la Gerijuela, hoy inaccesible por el desmoronamiento del estrecho sendero que a ella conducía, no es otra cosa que un pedazo de túnel abierto en la piedra viva, y que fué ni más ni menos que un acueducto Romano, por el que traían las aguas desde el puente Compuerto de Otero, hoy destruído. Para nuestros padres y abuelos, era obra de moros, ya que todas las obras cuyo origen se desconociera, era

para ellos "obra de moros". Esta fué siempre la cueva preferida para los chicos, sobre todo en Semana Santa, y a ella subíamos con nuestras carracas y matracas dando estrepitosos conciertos que alborotaban a todo el pueblo que venía a caer debajo de la cueva dicha. Ya pueden imaginarse los lectores el ruido que producirían treinta o cuarenta muchachos, con otras tantas matracas y carracas, tocadas y batidas a rabiar en aquel túnel de piedra de veinte metros de largo. Justamente íbamos allí, por eso mismo, porque sonaban más y mejor nuestros instrumentos y nuestros gritos, capaces de volver loco a cualquiera que no fuera un chico de Velilla.

Como cualquier otro que no fuera un chico de Velilla, hubiera tenido nunca el coraje de escalar aquella cueva colocada sobre un abismo de más de cuatrocientos metros, y a la que no había más remedio que entrar por un sendero resbaladizo que no tendría más de un pie de anchura, abajo el abismo, y arriba el peñasco en corte vertical. Aquello era para hacer el acto de contrición o para hacer testamento, pero ninguna de esas cosas nos preocupaban lo más mínimo a los chicos de Velilla, y que yo sepa, nunca ocurrió ninguna desgracia; comprobándose, una vez más, de que los chiquillos tienen todos tres o cuatro Angeles de la Guarda, porque de lo contrario no se explica que saliéramos con vida de aquel peligro, al que hoy no me expondría aunque me dieran todo el oro del mundo.

En la Cueva del Calderón, se encontraron armas, espadas y escopetas viejas, que dicen eran del tiempo de la Carlistada, lo mismo que se encontraron también en la cueva llamada de los Carlistas. La Cueva Grande, así llamada porque en ella anidaban los grajos, siempre numerosos y alborotadores con sus "guá, guá" monótonos e invariables, estaba formada por una rampa ascendente, siempre ascendente, hasta encontrar una especie de anfiteatro, algo así como una trébede o plataforma de harén turco, y en donde más de una tarde de verano echábamos la siesta gozando del frescor de la caverna.

La gruta de la Palomera, hoy desaparecida, para abrir paso a la nueva carretera, era inmensa y un verdadero laberinto, y en ella nos metíamos los chicos para asar patatas robadas y espigas de trigo arrancadas en el primer trigal que se pusiera a tiro, y en ella dormían como en casa propia los pastores que bajaban del Puerto con los rebaños de merinas al comenzar el invierno, lo mismo que a su regreso en primavera procedentes de Extremadura, dirigidos los rebaños por los "mansos" tocando los cencerros, y protegidos a vanguardia y retaguardia por aquellos mastines, verdaderos perrazos que imponían con sus ladridos roncos, sus dientes y colmillos afilados y con sus ojos encendidos como brasas. Detrás de las merinas, venían los Mayorales, rabadanes y pastores con la yeguada cargada con todos los peroles y enseres de cocinar. El paso de los rebaños de merinas,

era para Velilla un día de fiesta, acudiendo todo el pueblo a presenciar el desfile de miles y miles de cabezas de ganado envuelto todo en una polvareda.

Algunos pobres "inocentones" de Velilla tuvieron la santa paciencia y el grandísimo "desengaño", removiendo tierra y más tierra, excavando día y noche en busca de tesoros imaginados, que según rumores estaban allí enterrados desde el tiempo de la "Carlistada". Como era de suponer, en las cuevas de "la Palomera", no había más que... tierra.

"El Silo de Emeterio", situado en la peña Mayor inmediata al pueblo, no es otra cosa que una brecha abierta en la peña, por la que apenas puede penetrar un hombre, que da paso a un verdadero abismo insondable, en el que nosotros arrojábamos piedras que iban cayendo con estrépito dando golpes sonoros, hasta que terminaban por hundirse en pozos de agua donde se estrellaban y se hundían con sonor acuático.

Lleva el nombre de Silo de Emeterio, porque este vecino del pueblo a quien nosotros conocimos, en uno de sus juegos infantiles con los demás rapaces, llamado dicho juego "al escondite", quiso esconderse en esa grieta abierta sin prever el peligro, y el peligro fué que cayó en el fondo del silo, del que fué sacado por el tío Carlos, que, atado a una maroma, descendió en busca del chico, encontrándole desmayado y todo ensangrentado. Desde entonces quedó dicho lugar con el nombre de "Silo de Emeterio".

Entre todas estas cuevas no dejaremos de hacer mención de la principal, llamada "Cueva de los Palacios", situada a una legua del pueblo, a la izquierda del camino que conduce a Besande. Es un macizo rocoso en forma de cono completamente calcáreo de unos trescientos metros de altura, dentro de cuyas entrañas se encierran maravillas caprichosas formadas por sus estalactitas y estalagmitas, cisternas y pozos de agua riquísima, cristalina y fresca hasta más no poder, nunca heridas por los rayos del sol. Repetidas veces hemos penetrado en sus entrañas, guiándonos con velas encendidas, hemos contemplado aquellos techos cristalizados, que semejan artesonados caprichosamente cincelados por obra de la naturaleza, reverberando sus paredes al reflejo de la luz de las candelas como si fueran sus diversas cámaras obra de hadas o de un palacio encantado, de donde tal vez procede su nombre de "Cueva de los Palacios". Del interior de esta gigantesca gruta se han extraído a veces figuras tan raras como curiosísimas, formadas por las gotas de agua, y que, petrificadas, forman lo que en geología se llaman estalactitas, que al destilar sus gotas de agua rítmicas e intermitentes, producen, al caer, notas dulcísimas, como si fueran arrancadas de las cuerdas de un arpa misteriosa, pulsada por una mano invisible. Los enamorados de la belleza geológica encontrarán dentro de esa Cueva de los Palacios, cuyos límites no se conocen, ancho campo para satisfacer sus curiosi-

dades realmente esbeltas cuanto increíbles. ¡Lástima que mis paisanos nunca hayan dado gran importancia a petrificaciones tan raras como bellas!

Canto a mis montañas

Vamos a cerrar este capítulo, ya demasiado extenso, lanzando una mirada general a la belleza incomparable que natura dejó estampada en las montañas y paisajes de mi pueblo de Velilla. Cuantos allí nacen, allí viven y allí mueren, nunca, tal vez, se han dado cuenta del encanto que encierran nuestros valles y nuestros montes, nuestros collados y nuestras fuentes y ríos, nuestros prados y nuestros trigales, nuestros bosques y nuestras campiñas, nuestras grutas y nuestros lugares históricos y misteriosos, saturados todos de poesía, que allí no se siente, por lo mismo que se vive entre ella y porque se ve y se palpa todos los días.

Para comprender y saborear los encantos que mis montañas leonesas encierran, es preciso contemplarlos de lejos, y al compararlos con la monotonía de estas pampas Argentinas, sin fuentes y sin bosques, es entonces cuando uno se da cuenta de las bellezas de "mi tierruca", la más hermosa y encantadora de todos los países, bajo cualquier aspecto que se la considere, aunque desgraciadamente ignorada y desconocida por los turistas, que se gastan millo-

nadas visitando Suiza y otros países tan cacareados, sin saber, que más cerca y con más economía, tienen mis montañas leonesas, que en nada tienen que envidiar y en muchísimas cosas superan a cuantos lugares de turismo se ha empeñado en consagrar la gente de moda. Es cierto que mucha culpa de este desconocimiento la tienen nuestros gobiernos y nuestras Diputaciones Provinciales, que nunca se han preocupado de explotar esta verdadera mina del turismo moderno en favor de los pueblos escondidos y pobres del Reino de León, o si se han acordado alguna vez, ha sido ya demasiado tarde, aunque nunca será tarde cuando la dicha puede ser buena.

Las Empresas filmadoras de películas, desconocen también los paisajes leoneses, porque de lo contrario uno no se explica que estén dando al público cintas cinematográficas de paisajes que no valen un comino, en comparación de los paisajes que nuestras montañas leonesas podrían ofrecerles. Sería de desear que mis paisanos miraran con un poco más de interés esta cuestión, hicieran propaganda, y supieran aprovechar esa veta de oro que tienen entre sus manos, y que hasta el presente no han sabido explotar, pudiendo ser para ellos una verdadera fuente de riqueza, que aliviaría en mucho la situación precaria en que todavía se encuentran, teniendo que pasar un verdadero Purgatorio, cuando precisamente están viviendo en medio de un verdadero Paraíso.

* * *

Como apéndice un tanto curioso, como no menos auténtico, insertaremos aquí, como en lugar que le corresponde, los datos por mí encontrados en el Archivo del Ayuntamiento de Velilla, concernientes a dicho mi pueblo. Son breves, pero sustanciosos.

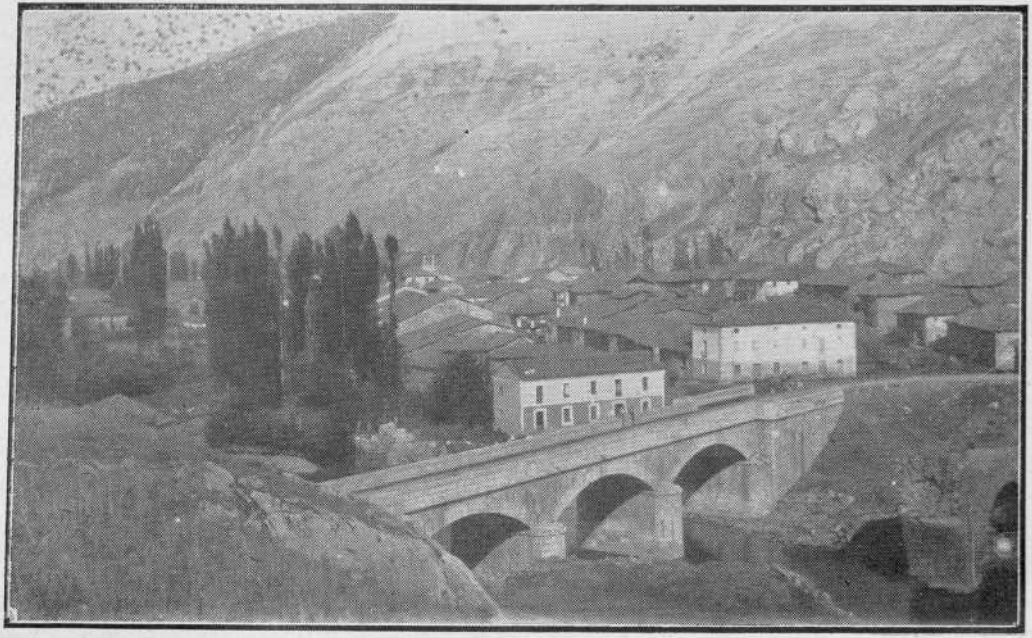
Documento:

«DATOS SOBRE VELILLA EN 1840»

"Ayuntamiento de la Provincia de Palencia y Partido "de Saldaña. Está situado en un llano próximo al Carrión. "Clima frío, bien ventilado. Consta de 100 casas. La Es- "cuela es concurrida por 70 chicos de ambos sexos; hay "varias fuentes de agua fresquísimas y cristalinas. Parro- "quia "El Salvador", con un Párroco y dos Beneficiados. "Su terreno disfruta de monte y llano, y es de mediana ca- "lidad; tiene montes de haya y roble, los caminos son "locales y en mediano estado. La correspondencia la re- "cibe de Carrión de los Condes. Produce: hortalizas, ce- "reales, legumbres y lino. Se cría ganado vacuno, lanar, "caballar y de cerda; caza mayor y menor, pesca de tru- "chas y peces. Industria: La agricultura, dos molinos, al- "gunos telares, fabricación de cal y elaboración de madera. "Tiene 74 vecinos con 185 habitantes".

Aquí tenemos datos pertenecientes al año de 1840, sobre el pueblo de Velilla, que no es otra cosa que la antigua Velica de los Cántabros.

A este documento podemos añadir otro aún más antiguo, perteneciente al año 1814, y que tendremos



El pueblo de Velilla de Guardo con el Puente Nuevo sobre el río Carrión. En el ángulo inferior de la derecha se ve uno de los arcos del Puente Antiguo construído por los romanos y que se hundió en la noche del 14 de diciembre del año 1912

la satisfacción de insertar aquí literalmente, tal como le encontré en el Archivo anteriormente citado, a fin de que no desaparezca algún día. Es como sigue:

Documento:

«VELILLA EN 1814»

"Ayuntamiento. Provincia de Palencia. Diócesis de "León. Partido de Saldaña. Está situado a orillas del "Carrión, en terreno llano, al pie de unas montañas o "calizas que impiden de pronto el sol. Tiene una buena "plaza con un excelente edificio. Hay un puente romano "para pasar a Riaño y Asturias, etc. Aquí toma mucho incre- "mento el frío y el río, pues tiene muchas fuentes de "bastante caudal; hay una que pone en movimiento a un "molino, a pesar de tener muy poco salto, y hay otra muy "singular, llamada Reana, cerca de la Ermita de San Juan, "titulada San Juan de Fuentes Divinas, la cual se seca una, "dos y tres veces al día, y otras veces mana semanas; es "una alternativa muy singular, su agua es muy delicada, "y fué Terma Romana y está a doscientos pasos del "pueblo, sobre una gran pradera. Produce trigo y sin fin "de cereales, tiene una gran huerta para hortalizas y lino; "montes de haya y roble, y hasta industria: fabricación "de carbón de canutillo y fragua, hacen aperos de labranza "y hay pescadores. Tiene 486 habitantes".

Hermoso documento lacónico y sencillo, pero que nos deja hermosísimos datos sobre lugares y nombres de Velilla, y por donde vemos que el pueblo, en 1814, tenía ya conocimiento del origen de la Reana y su historia, que se remonta a los Emperadores Romanos, como hemos venido afirmando.

CAPITULO II

NUEVOS ENCANTOS Y BELLEZAS

Hemos venido esbozando, en el capítulo anterior, algunas de las buenas cosas que embellecen al insignificante pueblo de Velilla, muchas de ellas desconocidas, tal vez, hasta por sus mismos habitantes, despreocupados en demasía en las apreciaciones de lo que tienen entre manos, sin darse cuenta de ello.

No estamos haciendo Historia, sino Relación escueta y sencilla de las cosas de mi pueblo, y por lo tanto, la mano se mueve a medida que van viniendo los recuerdos de mi niñez, no teniendo, por lo tanto, derecho a exigirme los lectores, ni yo les autorizo ese derecho, el que vaya exponiendo asuntos, que a primera vista no tienen relación con los epítetos, y es que yo escribo "para los míos", para los sencillos, para el pueblo, no para quienes miden las leyes del escritor con pulgadas y centímetros. He creído conveniente hacer esta observación para... "por un por si acaso, como dicen los de mi tierra".

Admirador entusiasta de la vida patriarcal de mis paisanos, de los placeres del campo y de la poesía bucólica de mis montañas leonesas, cada día se me hacen más insoportables los ruidos de las grandes urbes, el seco afecto del ruido mundanal y el enervante materialismo de la tan decantada civilización moderna, y siempre que intento poner en parangón aquellas bellezas de mi tierra con estas prosaicas costumbres ciudadanas, no puedo menos de repetir con el poeta:

"Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo".

Yo quisiera trasladar a todos los moradores de las grandes capitales del mundo, que tan orgullosos se sienten de los prodigios y adelantos de este siglo XX, frente a los encantos de mis montañas, para decirles: Mirad esa naturaleza, y pasmaos, porque junto a ella, todo lo que tenéis en vuestras ciudades resulta pequeño y raquítico. En mi pueblo encontraréis, al primer golpe de vista, cuanto de bello y de fantástico pueda cantar la poesía, sin que esa poesía disminuya en un ápice porque encontréis a sus moradores comiendo nabos y cebollas, calzando almadreñas, vistiendo pantalones de sayal más o menos remendados, a sus mujeres con basquiña y pañoletas,

y a sus chiquillos descalzos de pie y pierna, greñas al aire, mocos colgando y con la camisa fuera.

Todo esto lo relegaréis al olvido al extasiaros delante del cuadro incomparable de aquellos valles y montañas, tan hermosas y pintorescas, que si tenéis algo de espíritu dentro de la materia, no tendréis otro remedio que acompañar al Cisne de Fontiveros, a San Juan de la Cruz, diciendo:

¡Oh valles y espesuras,
plantadas por la mano del Amado;
oh prados de verdura,
de flores esmaltado,
decidme si por vosotros ha pasado.

Y os convenceréis, yo os lo aseguro, que efectivamente por allí ha pasado Dios, derramando a manos llenas encantos y bellezas, y como Divino Joyero, ha dejado caer a puñados flores en sus praderas, majestad en sus montañas, misterios en sus imponentes grutas, murmullos en sus fuentes y en sus ríos, chispas de diamantes en sus truchas, dulzuras en sus atardeceres, bravura en sus tormentas, arpegios en sus avecillas canoras, misterios en sus frondas, dulcísimas pomas en sus árboles, y nieves purísimas en sus montañas.

Y si buscáis más poesía, corred por la "solana", tumbaos cara al cielo bajo un chopo o un nogal, caminad a vuestro placer y albedrío por las mieses, "sotos" y "senaras". ¿No quedáis satisfechos?...

Pues entonces esperad a los encantos de la noche, y oído atento, escuchad el toque lento de Animas, el murmullo del rezo del Santo Rosario en las cocinas, alternado con el chisporroteo de los tizones, el burbujear de los pucheros a la lumbre, el ronroneo del gato soñoliento, el carraspeo de los viejos, el ganguear de las viejas rezando Ave Marías, el dormirse de los chicos y los pescozones de las madres para "espavilarlos". ¿Que no quedáis contentos todavía?

Pues, terminado el Rosario, salid a la puerta de la calle, y sentados en una piedra, escuchad las armonías de la naturaleza, indecibles, inexplicables e inenarrables. El canto incesante de las ranas, en los charcos y lagunas vecinas; el balsámico aroma de la campiña saturado de perfumes; el susurro elocuente y misterioso del atardecer, huyendo veloz para dar paso a la oscuridad de la noche; el relampaguear incesante de un cielo sin nubes, presagio de calor y bochorno; el canto monótono y dulce del mozo que va a dar agua a una pareja de bueyes, tintilando sus sonoras campanillas; el zumbar de los moscones, de los que hay que defenderse a manotazo limpio; el estridente y monorrítmico cantar de las chicharras; el vuelo rápido e indeciso de los murciélagos, que te rozan la cara a cada instante en sus infinitas idas y venidas; la moza entonando la última tonada llegada al pueblo, mientras trajina en la cocina; los regaños de las madres a los rapaces

siempre inquietos y siempre revoltosos e incorregibles; el cencerreo del ganado que rumia en las pesebreras. Si después de todo esto, no te dice nada al alma, será porque esa alma está ya muerta.

Puedes irte ya a dormir, en la seguridad de que será la poesía lugareña de mi pueblo la que te despierte, porque apenas rompa el día y antes de que salga el sol, ya te habrá robado el sueño el cencerreo del ganado o de la vecería que sale a pastar al campo, los silbidos de los pastores y zagales, el trajín de los criados, las seguidillas de las mozas madrugadoras que van camino de la mies, el toque del alba, los ladridos de los perros, el cacarear de las gallinas, el relincho de algún caballo y los rebuznos de más de cuatro burros, el ruido de los peroles y cazuelas en la cocina, y el rechinar de los carros que ya ruedan por la calle, cargados de abono y aperos de labranza. ¡Y todavía hay almas prosaicas capaces de asegurar que la poesía es una quimera!... Lo que es una quimera, es la poesía de las ciudades, pero la de mi tierra... la de mis montañas leonesas... la de mi pueblo... ésa es poesía pura, real y verdadera. Tan verdadera, pura y real, que todo aquel que tenga corazón para sentir, pecho para amar y garganta para cantar, a cantar se verá obligado en presencia de los encantos de mi tierra, y decir con el poeta y Rey de los Místicos en su "Noche Obscura":

"Mil gracias derramando,
pasó por estos bosques con presura;
y yéndolos mirando,
con sola su figura
cuajados los dejó de su hermosura".

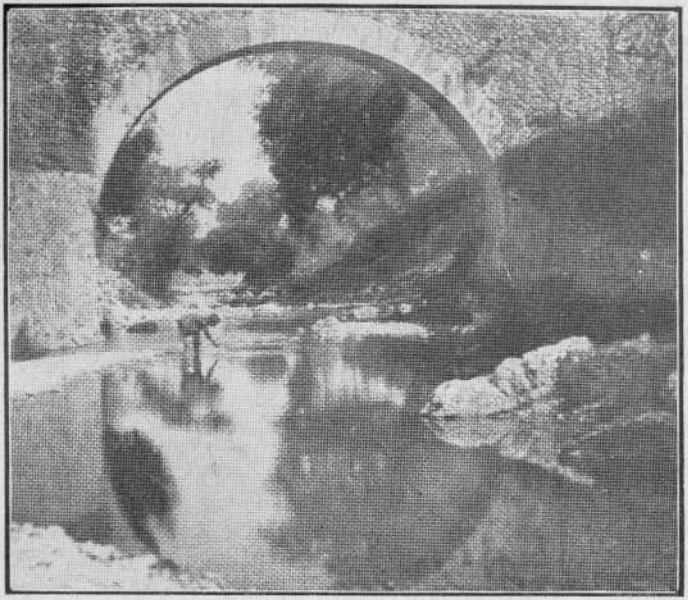
Sigamos ya adelante para contemplar nuevas galas históricas, de que puede gloriarse mi pueblo de Velilla.

Puentes romanos y termas imperiales

Entre los muchos recuerdos que nos legara la invasión romana, hace veinte siglos, debemos mencionar los Acueductos y los Puentes, que como verdadera obra de romanos, han desafiado el tiempo que todo lo aniquila y todo lo desmorona.

Ya hemos hecho mención del puente de Velilla, que se derrumbó por sí mismo el año 1912, sin que hubiera desgracias, por haberse hundido a medianoche. Tan sólo como recuerdo quedó una parte, que poco a poco irá desapareciendo, minado por las aguas del río y por la inclemencia del huracán. Igualmente, ya no quedan más que restos del otro puente Romano, el de Otero, obra maestra que hubiera existido siempre, si no hubiera sido por manos criminales de dinamiteros, ansiosos de destrucción y exterminio, si bien es cierto que los mejores sillares de dicho puente habían sido arrancados por vecinos de Velilla, poco escrupulosos y demasiado egoístas y aprovechadores de lo que no les pertenecía.

Felizmente, aún queda otra obra romana en mi pueblo, y que se ha venido salvando casi por milagro. No es propiamente un Puente, sino un Arco ele-



Puente Romano destruido con dinamita por los mineros revolucionarios, en el movimiento comunista de España en el año 1934, como destruyeron otras muchisimas obras antiguas e históricas

gante, de piedras unidas sin ninguna clase de argamasa. Dicho Arco Romano, se encuentra en la Fuente conocida con el nombre de "La Reana", indicio tal vez de una obra gigantesca y colosal, que con el

tiempo, y haciendo excavaciones, podrían darnos un rayo de luz para descubrir muchos misterios históricos de pasadas centurias, que servirían para enriquecer la ciencia arqueológica.

Muy pocos datos podemos aportar sobre la famosa "Reana" de Velilla, y sobre lo que el Arco Romano significa y representa. Algo, sin embargo, pudo descubrir el que esto escribe, en cierto archivo que registró, y a quien pesa de veras no haber hecho entonces un estudio más minucioso sobre el particular, no por falta de deseos, sino más bien por falta de tiempo y de oportunidad detenida para hacerlo. Es una verdadera lástima, que entre tantos Frailes y Sacerdotes ilustrados como cuenta el pueblo de Velilla, ninguno se haya dedicado a registrar Archivos y remover mamotretos en las bibliotecas, para dilucidar tanto misterio y aportar datos seguros que serían de suma importancia.

Lo que yo recuerdo haber leído y hasta copiado de papeles antiguos, y que procuré propagar entre los habitantes de Velilla, en mis pocas visitas al pueblo, hechas con bastante rapidez, para que al menos tuvieran alguna idea del tesoro histórico que, sin ellos saberlo, entre sus manos tenían, es lo siguiente.

La fuente llamada de "La Reana", colocada al extremo de la amplia campiña llamada "La Serna", casi tocando a la Ermita de San Juan, no es propiamente una fuente, sino varias fuentes de aguas sul-

furosas, de efectos terapéuticos comprobados, sobre todo para el mal de ojos y enfermedades de la piel.

Las aguas de "La Reana", cristalinas y refrescantes, tienen la particularidad de ser intermitentes, de tal manera, que su perímetro ovalado, de unos

El Puente Romano sobre «La Reana», llamada Fuentes de San Juan o Fuentes Divinas, medicinales e intermitentes. Aquí estuvieron las Termas de los Emperadores Romanos

De izquierda a derecha, los PP. Cayo, Constancio (Carmelitas). Sobre el puente sentados, los Sacerdotes Eulogio Santos y Constancio Villalba, siguiendo otro Sacerdote, y sentado, el Rvdo. P. Marcelo (Carmelita). — (Fotografía tomada por el Autor).

cuarenta metros de circunferencia, con dos metros de profundidad, vese lleno, de repente, de agua que sale a borbotones por diversos puntos, llenándose el recipiente en pocos minutos, y cuando menos se

piensa y en unos minutos también, el agua desaparece por completo, quedando seca la balsa, repitiéndose el caso repetidas veces al día.

A lo mejor, la balsa está seca semanas enteras, y otras tantas se encuentra llena del todo, notándose que es en el mes de agosto cuando más se repiten los casos de llenarse y sumirse repetidas veces en un solo día. Así se explican los casos algo chuscos que acontecían a los chicos que iban a bañarse a La Reana, de encontrarse de repente en seco, o como cuentan que sucedió a unos gitanos, que viendo aquella balsa seca, se metieron dentro con todos sus cachivaches, viéndose de repente nadando gitanos y gitanas, asustados de tan repentino como inesperado baño. Según tengo entendido, por referencias, tan sólo se encuentra una fuente de las mismas circunstancias en el reino de Polonia. Sea de ello lo que fuere, el caso es bastante raro y se adapta a un estudio hidrográfico muy interesante, y por demás curioso por lo raro.

¿Origen de estas aguas sulfurosas?... No tenemos sino datos generales, sin mayores comprobaciones que pudieran satisfacer a los críticos, pero no destituídos de fundamento y veracidad histórica.

Recuerdo haber leído en documentos antiguos, que dicha fuente de La Reana, coronada por un Arco Romano, era nada menos que las Termas de Calígula y Nerón, de donde podemos deducir que Nerón y Calígula, con otros Emperadores Romanos, habrían venido a Velilla para tomar los baños sulfurosos y

medicinales de estas aguas de La Reana, no faltando quien asegura que este nombre de "Reana" es una derivación de "Romana", o si se quiere, corrupción de la palabra, debiéndose llamar por lo tanto "aguas Romanas" en vez de "aguas de La Reana". Que aquí existieron Termas Romanas, parece ser cierto, y aun puede comprobarse con argumentos de piedra, que aquí hacían sus Sacrificios a los dioses los Romanos, y reclinadas en la misma puerta de entrada de la Ermita de San Juan, pueden verse todavía dos piedras con sus orificios y ranuras por donde se deslizaba la sangre de las víctimas, según la opinión de los entendidos en arqueología antigua, que han tenido ocasión de examinarlas. Si los habitantes de Velilla dieran más interés a estas cosas, dichas piedras debieran ser guardadas con cuidado, o bien enviarlas al Museo Provincial, pero en mi pueblo nadie se preocupa ni se ha preocupado nunca de estas cosas, por no darlas importancia. Algo lamentable y sensible por parte de mis coterráneos, no muy fuertes en historia y mucho menos en recuerdos históricos.

Con todo, tenemos la satisfacción de decir que, en mi visita al pueblo el año 1934, el Gobernador de Palencia, de acuerdo con el Ayuntamiento de Velilla, y animado por el que esto escribe, ordenó hacer excavaciones en dicha fuente de La Reana y bajo el Arco Romano, no siendo por cierto inútiles dichos trabajos, puesto que se encontraron bloques

labrados y hasta creo que Arcos, superpuestos unos a otros, comprobándose de este modo, que realmente allí existieron Termas, y sería una lástima no se continuaran dichas excavaciones que pudieran dar la clave para descubrir soterradas obras y bellezas ocultas, hasta el presente ignoradas.

La Revolución Española y la guerra de 1936, obligaron a paralizar dichas excavaciones, pero no perdemos la esperanza de que una vez restablecida la paz se renueven nuevamente, contribuyendo para ello las Autoridades tanto Provinciales como locales, fomentando de esta manera el turismo, que ya había comenzado a iniciarse en 1934, hasta el punto de ser visitadas estas fuentes por Colegios y Estudiantes procedentes de Palencia y de Valladolid.

La ermita de San Juan y La Serna

A pocos pasos de "La Reana", se encuentra situada una Ermita dedicada a San Juan Bautista, de gran capacidad y no poco espacio, adornada en tiempos pasados con un bonito altar y una Imagen del Santo, que actualmente se encuentra en la Iglesia del pueblo, gracias a lo cual se ha salvado de la destrucción, puesto que destruído fué el altar, cuyos restos nosotros conocimos, y que se emplearon en hacer hogueras donde la muchachada asaba patatas y se divertía, y todo esto por incuria y abandono de

las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas. Sin llaves su puerta, y sin obstáculos sus ventanas, ni que decir tiene que servía de refugio hasta para los gitanos y vagabundos, sin contar con los chicos que de la Capilla o Ermita hacían su campo de operaciones para sus juegos infantiles, como hicieron del altar, blanco de la puntería de sus pedreas y cantazos. Ni el tejado pudo salvarse de la hecatombe, porque hasta sus tejas fueron robadas, cuando no rotas, o levantadas por los rapaces que iban allá a buscar nidos de aladoras o carboneras. En completo abandono y llena de goteras, refugio de ratas y perros, llena de inmundicias, la Ermita de San Juan no desapareció por completo, por un milagro... del Santo, o mejor dicho, porque no convenía que desapareciera al pueblo de Velilla, pues con la Ermita perdía una de las más hermosas propiedades del pueblo, como es La Serna.

En efecto: Entre el pueblo de Velilla y el Duque del Infantado, propietario de La Serna y cedida al pueblo de Velilla en usufructo de sus carros de hierba, había un contrato, y consistía en que el pueblo tenía que conservar y dar culto a la Ermita de San Juan, decir el Sr. Cura la Misa el día de la fiesta del Santo, el 24 de Junio, con alguna que otra Misa más durante el año, y de lo contrario, el Duque del Infantado o sus sucesores, anularían por completo la entrega del campo de La Serna al pueblo de Velilla, que quedaba, además, con la obligación de tener

la dicha Serna circundada de pared de cantos o piedras, para preservarla de la invasión de los animales.

Esta segunda condición siempre fué observada por el Ayuntamiento de Velilla, pero en cuanto a la primera, de conservar en buen estado y celebrar el culto en la Ermita de San Juan, ya hemos visto su abandono y el incumplimiento de esta claúsula del Contrato.

Estaban muy lejos los de Madrid, y muy entretenidos los Duques del Infantado en los asuntos de la Corte, para que se preocuparan gran cosa de estas cosas. Sólo así se explica que estando la Ermita en ruinas y en un completo abandono, el pueblo continuara tan tranquilo, disfrutando de la propiedad del campo de La Serna, en el que se encuentra emplazada dicha Ermita y la fuente de La Reana.

Pero como, al fin, todo llega en esta vida, a oídos de la aristocrática familia Madrileña debieron llegar noticias del incumplimiento de las cláusulas del Contrato con la casa del Duque del Infantado, respecto a este asunto, el caso fué que de Madrid les vino la amenaza de que o cumplían lo contratado, o se quedaría el pueblo sin La Serna, y el pueblo se vió entre esta disyuntiva: O arreglaba y ponía en debido orden la Ermita de San Juan, o se quedaba sin el campo espacioso, y sumamente necesario para el pueblo, por ser el campo de las eras y de la trilla. No tuvieron más remedio los Caliegos que arreglar de nuevo la Ermita y prepararla

para el Culto, y limpia y en orden la encontré yo en el año 1934, celebrando la Misa el día de San Juan, cantada dicha Misa por el pueblo, y teniendo el honor de dirigir la palabra a mis paisanos en esa misma Capilla. Con estos líos y revueltas, idas y venidas, dimes y diretes, no sé qué arreglos hubo entre el pueblo y los de Madrid, el caso es que La Serna quedó en propiedad del pueblo, terminando de este modo la cuestión.

Documento histórico

Podemos tener la satisfacción de presentar documentos sobre el asunto ventilado entre el pueblo de Velilla y el Duque del Infantado, referentes al Prado de San Juan de Fuentes Divinas, o sea "La Reana" y "La Serna" con la Ermita de San Juan. Le copiamos literalmente. Dice así:

"Cuestión del pueblo de Velilla con el Sr. Duque del Infantado y Marqués de Santillana, sobre el Prado de San Juan de Fuentes Divinas y el Prado llamado la Serna.

"En Velilla, a Once de Octubre de 1726, la mayor "parte de los vecinos: Manuel Diez Valdeón, Manuel Fraile, "Andrés Santos, Juan Pérez y Lucas Ramos, y otros en "nombre de los vecinos ausentes, viudas y enfermos, pres- "taron voz en forma, prometiendo cumplir lo exigido: y "de la otra parte, el Licenciado D. Pedro Gómez de la "Torre, Cura de Tollo en la Provincia de Liébana, y be- "neficiado en la Parroquia del Señor Salvador de dicho

"lugar de Velilla, el cual dicho beneficio está agregado "a dicho curato de Tollo, así como también a dicho bene- "ficio la Capilla de la Ermita y Santuario de San Juan "de Fuentes Divinas, sita extra muros de este lugar, y "en virtud del nombramiento del Excmo. Sr. Duque del "Infantado Marqués de Santillana, dijeron: Que por cuan- "to en el año pasado de 1724, dicho D. Pedro y este dicho "Concejo se movió pleito sobre la administración de tierras "y prados y otras heredades, que este dicho Concejo lle- "vaba a foro, las cuales están aceptas a dicha Capellanía, "prado de Fuentes Divinas, con obligación de cerrarle de "pared cerca de un metro de alto, en medio del cual se "encuentra la Ermita, un prado de Pereda, de seis carros "de hierba, campo de los Palacios, y otro prado en Villa- "corta, de cinco carros de hierba, en el sitio llamado Es- "pina; tales concesiones que el Duque cede a dicha Ca- "pellanía.

"Condición para este dominio. — Tener cerrada la "propiedad. - Conservar la Ermita de San Juan con su "ara, atril y manteles, pintado el altar de colores. - Fal- "taron a estas condiciones, el año 1817, los de Velilla, y "de aquí la cuestión con el Duque, quien obligó a reparar "nuevamente la Ermita. En 1912 dejaron arruinar nueva- "mente la Ermita y paredes, y los Sevillanos, hijos del "tío Santiago Lorenzo y otros, entablaron las negociaciones "de venta; lo mismo hicieron los jefes de minas. El pueblo "de Velilla se dió cuenta y no lo lograron. Velilla ha "venido pagando por la Serna, la cantidad de 41 pesetas, "en Saldaña, al apoderado del Sr. Duque.

"Por una orden dada en 1929, se registró la propiedad "de la Serna, quedando el pueblo dueño de la Serna, pa- "gando 25 pesetas al fisco".

Como vemos por este Documento auténtico, hoy terminó ya la cuestión, y la Serna es propiedad del

pueblo de Velilla de Guardo, de la Ermita de San Juan y de la Reana, denominada también Fuentes Divinas.

Quedamos satisfechos de que este Documento conste para siempre.

Otro documento hermoso sobre Velilla. Pagos y tributos del pueblo en 1757

Nuevos datos valiosísimos, por mí encontrados revolviendo mamotretos y papeles viejos y apolillados, son los referentes a los Tributos, impuestos y pagos que Velilla tenía que rendir en el año 1757. Es copia fidedigna. Dice así:

"HUMASGA" (Leñas) [1]

"A la Excma. Sra. Duquesa del Infantado por "hu-"masga" y lantimega (?), 30 reales vellón, 3 cuartillos "de trigo, cebada y centeno, por mitad, según foro, 180 "reales por réditos de un censo de 6.000 de Principal que "paga a la Capellanía, que en la Villa de la Puebla de "Valdavia tiene D. Pedro Ibáñez y goza D. Basilio Ibáñez "Cura en ella sobre los bienes de ese Concejo y demás.

"A la persona que conduce a los réditos y los de los "foros, paga 40 reales vellón, 60 reales que se dan a los

(1) Búsquese en el Diccionario la palabra *humazga* que en este Documento titula *Humasga*, y en él se lee: *Tributo que se paga a algunos señores territoriales por cada hogar o chimenea.* Y conocido ya el significado de la palabra, sigamos en el texto.

"Regidores y Procuradores por asistir a las cuentas de "ese Concejo.

"250 que se dan cada año al médico de Guardo por "asistencia a este lugar. - Al escribano de ella, 400 reales "vellón. - Al maestro de primeras letras, 50 reales vellón "y doce fanegas de centeno. - Al sacristán, por tocar las "campanas los días de fiesta y letanías, 100 reales vellón. "- Al que las toca a buen tiempo y nublados, 50 reales "vellón. - Al herrero por su salario y poner piedras de "afilar para su servicio, 250 reales vellón. - Al guarda del "campo, 60 reales. - Al del ganado vacuno, 112 reales "vellón. - Al de las yeguas, 50 reales y 12 fanegas de "centeno.

"Al Alguacil de Guardo, por citar a los Regidores de "este lugar para las juntas de esa Villa, 15 reales. - 42 "reales a los Regidores, por los gastos de pagar las Misas "en la Villa de Carrión; 36 de gastos de castrador; 455 "reales de derechos de Cura y Beneficiados de ese lugar, "y a algunos forasteros y gasto de comida y refresco que "se hacen en el Jueves y Viernes Santos, la rogativa de "Ntra. Señora de Areños, extra muros de la ciudad; en la "función de Ntra. Señora de Agosto, en que hay Misa "cantada, sermón, vísperas y danzas; en la función del "Corpus, del Dulce Nombre de Jesús, con letanías y cele- "bridad de Misas rezadas.

"40 reales que se dan al Hospital, por no alcanzar "sus rentas; 30 reales que se dan de limosna a diferentes "pobres cautivos que transitan por este lugar; 40 que en "la misma conformidad se dan a diferentes soldados in- "válidos; 20 reales por la conducción y satisfacción de "Bulas que se pagan en la Villa de Cervera, y 12 reales "que se gastan el día de la publicación en que entran 2 y "1|2 por la que se da al Cura; 248 reales que se gastan "en dos Caridades que da este Concejo el día de Pascua, "de Espíritu Santo y en el día de la Conmemoración de

"los Fieles Difuntos, separado el pan y vino que algunos "vecinos pagan por algunas heredades que gozan en este "Concejo para dicho fin; 150 reales que se pagan al Re- "gidor de Guardo, por el vendaje de papel sellado y hacer "su pago en Palencia, con que entran los derechos de "Títulos, Alcaldes, Producidores de causas y Fiscal, y los "gastos que hace el Procurador de la tierra y commora- "miento de la Justicia; propina de alguacil mayor y el "salario que se da a los escribanos, todos de la Villa de "Guardo.

"Al Procurador de este lugar se le dan 60 reales por "las diligencias precisas; 150 reales vellón al heredero "que viene a comunicar órdenes de S. M. El día de la "formación de cuentas de este lugar se gastan 100 reales, "en que entra la propina al escribano que asiste a ellas. "En los días que se recogen y reparten los gastos del "Pocito, gastan 24 reales vellón, en que entran 50, que "cuesta la licencia para repartirlos y la entrega del testi- "monio de su reintegro; 25 reales vellón, que se gastan en "comida con diferentes religiosos mendicantes, por no te- "ner Hermanos en este lugar.

"A la Santa Casa de Jerusalén, 60 reales vellón cada "año de limosna. 100 reales vellón, que cada año gasta en "reparos de fuentes, calles, puentes y sacar el agua del "río para regar tierras, prados y huertos. Igualmente paga "al Hospital de inocentes y locos de la ciudad de Valla- "dolid y canto de Regla de la Catedral de León, 17 rea- "les y 1|2 vellón. Asimismo, paga del voto del Apóstol "Santiago a su Iglesia Catedral, cada 5 años, cuatro fa- "negas de trigo, corresponden al año 9 reales y 20 ma- "ravedises vellón, vendidos dichos granos a 12 reales fa- "nega, según la tasa hecha por los Peritos a la pregunta "14 del interrogatorio.

"Asimismo, gasta en la visita que hace la Justicia, "de 3 en 3 años, a Guardo, 80 reales vellón.

"Todo vecino está obligado a asistir a la Misa de "San Juan de Fuentes Divinas, bajo pena de dos reales...

"Un tanto del producto de la taberna era aplicada "a Misas. Los vecinos Pedro García, Manuel García y Pedro "Misas pagaban por pescar en el río 24 reales vellón. "Por fin, 1.400 reales vellón a S. M., para Misas".

Este documento es copia fiel tomada por el autor en el archivo del Ayuntamiento de Velilla, con la valiosa cooperación del Sr. Secretario Avelino Santos, compañero de niñez y condiscípulo de escuela.

La noticia de su muerte (1940) me obliga a recordarle con cariño, al mismo tiempo que elevo mis oraciones al cielo por el eterno descanso de su alma.

La Serna

Pero al fin de cuentas... ¿Y La Serna?... ¿Qué origen, y de dónde procede el campo hermoso de la Serna, pegado al pueblo de Velilla?...

Ojalá pudiera responder satisfactoriamente a la pregunta, pero si históricamente nada podemos comprobar de cierto, algo podemos decir de lo que tal vez fué en un principio esta campa, que podría servir de aterrizaje a una escuadrilla de aeroplanos, por su llanura y extensión, y tengo entendido, que más de uno aterrizó ya en esta campa.

Si como se cree, la fuente de La Reana ha venido a resultar que fueran las Termas de los Romanos, afirmación que tal vez, andando el tiempo,

llegue a comprobarse, también recordamos haber leído algo perteneciente a la campa de La Serna, que según mis informes era el campo de los Juegos Olímpicos Romanos, tan dados al deporte y a la lucha, a las carreras y al lanzamiento del disco y de la jabalina.

Sabido es que los Romanos, hacían sus ejercicios físicos, particularmente después de tomar sus baños, y era lógico que tuvieran siempre, junto a sus Termas, el campo de sus operaciones gimnásticas, ecuestres y pedestres, de lucha y de todo cuanto contribuyera al desarrollo de sus músculos.

¿De dónde nos quedó a nosotros la costumbre del "aluche" sino de aquellos pueblos de la antigüedad que rendían culto especialísimo al desarrollo del cuerpo y de las fuerzas hercúleas?... ¿Por qué ha sido siempre La Serna el campo de nuestros aluches y de nuestras carreras?... ¿No habrá sido una continuación de las costumbres romanas?...

Las eras y el campo de la trilla

Sin La Serna, no puede comprenderse el pueblo de Velilla, porque dicha campa es el escenario de todas las faenas agrícolas de aquellos labradores, y el punto de cita donde se desarrollan todas las costumbres pueblerinas, y el cuadro que encierra dentro de su marco todos los juegos y todas las escenas de la niñez y de la juventud, de la vida patriarcal de sus habitantes.

Es tan inseparable La Serna del pueblo, como inseparable es la cocina en relación con el hogar, el puente con el río, y la vaca con el cencerro. Quitar La Serna al pueblo de Velilla, sería lo mismo que matar al pueblo, o quedaría un pueblo casi cadáver. Esa campa está completamente identificada con el pueblo y sus costumbres, con los niños que hicieron sus primeros aluches y sus primeras travesuras, con los mozos que en ella experimentaron y sintieron sus primeros amores, con las mozas que allí entonaron sus primeras tonadas nuevas, y repiquetearon por vez primera en los parches de sus panderetas, como con los mozos que en ella aprendieron a redoblar en la caja, ensayándose para el día que habían de tocar en la plaza en presencia del público.

Y la razón es obvia y sencilla, porque La Serna es el campo de las eras y de la trilla, y la trilla, en un pueblo montañés, lo es todo y lo encierra todo. Gracias a La Serna, ocurre en Velilla algo que no ocurre en los demás pueblos, y es que todos hacen su trilla en el mismo punto, pegándose las eras unas a otras, y en otros pueblos cada cual hace su trilla donde puede. De aquí, que pudiéramos decir que en Velilla la trilla es un acto común, donde cada cual ve lo que hace el vecino, lo que acarrea, lo que trabaja, lo que canta, come y bebe. Es, en fin, algo común en una gran familia, donde todos trabajan reunidos, todos sudan bajo los mis-

mos rayos del sol, todos se alegran por el mismo motivo y todos tiemblan por los mismos peligros que puedan sobrevenir con un pedrisco o con una tormenta, y por último, todos se ayudan mutuamente cuando hay necesidad y el tiempo urge o la necesidad lo reclama. En las eras desaparecen todas las enemistades de unos con otros, se aumenta y fomenta el compañerismo, se saludan de trillo a trillo, se oyen las carcajadas de una parte a otra, corren todos los cuentos y todas las noticias, se oyen todos los silbidos y todas las tonadas, todas las grescas y todos los relinchos de mozas y mozos; éstos, en mangas de camisa, y aquéllas, recogidas las faldas y refajos, para trabajar más desenvueltamente y con más garbo.

La repartición de los lotes y lugares que a cada familia corresponden, se hace en público y con solemnidad, para que no haya quejas ni favoritismos, aunque después se cambien los lotes entre sí y de común acuerdo.

Suertes y papeletas

Es el día de la fiesta del Apóstol Santiago, cuando tiene lugar este acto oficial, al que concurren todos, bien provistos de estacas para señalar el lote que ha caído en suerte a cada familia, y enterrar la papeleta comprobante en las cuatro esquinas que corresponden al lote.

Sale el Ayuntamiento, y dos Concejales llevan una soga para medir las parcelas, y el Alguacil va cantando el lote y el nombre de cabeza de familia a quien ha tocado, papeletas que se sacan de un puchero. No digo que de vez en cuando se haga alguna trampa, pero, por lo regular, todo resulta serio y equitativo. A quien ha tocado un lote que le cae a desmano y alejado del portillo que queda más cerca de su casa, entonces vienen los intercambios de familia con familia, y todos alegres y contentos.

Una vez que cada uno tiene su lote correspondiente, lo primero es rastrillarle, tapar hoyos y agujeros, aplanar el campo y, sobre todo, esparcir las mureras o montones de tierra levantada y removida por topos y ratones, siendo esto lo más esencial y necesario de todo.

Llegará pronto el acarreo del trigo, después el de la avena y la cebada, más tarde los titos y los garbanzos, lino y lentejas, y aquí es donde comienzan con toda su poesía las:

Escenas campestres y veraniegas

Para describirlas, necesitaríamos pedir su pluma al inmortal Pereda, cantor de las costumbres Santanderinas, porque pluma, y no de ganso, se necesita para trasladar al papel un poco de la sublime realidad que tales escenas encierran. No sólo hay que verlas y presenciarlas, sino que hay que sentirlas.

¿Creen mis lectores que es cosa fácil pintar, con todos sus colores, a los segadores tendiendo las espigas con sus guadañas en el campo, dejándolas bien alineadas y sin que se extravíe una sola espiga?... ¿Existe cuadro más poético que el ofrecido por un segador, tumbado de medio lado, que es el lado izquierdo, picando la guadaña a martillazo limpio, mojando el martillo con saliva para suavizar, o bien afilando esa misma guadaña con la pizarra sacada de la chapaca llena de agua y cubierta con un puñado de hierba verde, colgada del cinto y siempre a la mano?... ¿Hay pintor que pueda trasladar al lienzo la habilidad del mozo segador, y el escorzo del cuerpo, y las diversas formas y posturas que toman para sacar el corte con rapidez que asombra y sin que se corten los dedos en operación tan peligrosa?... Que se presente el guapo que se atreva a describir, en toda su realidad, al gañán unciendo los bueyes o enjabonando el carro, o mejor dicho, el eje del carro (para que el diablo no se ría) metido entre las ruedas en movimiento, escupiendo y enjabonando para que las ruedas no chillen ni alboroten... ¿Han presenciado, alguna vez, muchos de mis lectores, a las mujeres de mi tierra atrapando el trigo con la segadera, formando los montones de trigo, haciendo y ligando las gavillas con habilidad pasmosa, formando las "cinas", rebuscando, como la Bod de la Biblia, las espigas dispersas, colocando con orden y simetría, pulso y equilibrio, para que el carro no entorne en

el camino del campo a la era, suscitando una competencia que es un puntillo de honor y de honra entre el mozo cargador y la moza que recoge en sus manos, sin pincharse ni caerse, desde las alturas de un carro bien cargado?... ¿Que no?... Pues entonces no han visto cosa buena, ni han presenciado nunca una escena interesante y poética hasta la pared de enfrente.

Y no queremos decir nada de la maestría que supone el conducir por malos caminos, y pasar arroyos peligrosos, y subir y bajar cuestas, y atravesar surcos y hondonadas, un carro cargado de trigo en gavillas, sin entornarlo, sin perjudicar al ganado, y sin hacer caer del carro a las mozas que, encima de éste, van cantando frescas y sin miedo.

Ya tenemos el carro en la era (si es que no ha entornado, como a veces suele suceder), y con la misma habilidad con que lo cargaron, le descargan en un periquete, y otra vez al campo a repetir la misma operación.

Y llega la hora de comer, y los chicos y motriles, llevando en una cesta lo necesario para cinco o seis segadores, que esperan ya intranquilos por la tardanza del rapaz, que ha hecho cien paradas en el camino para tirar una pedrada a un tordo y veinte a cuanto pájaro se pone a tiro, o coger escaramujos y endrinos, o contemplar a las truchas aleladas en el río, pero al fin llega la comida, sin caldo, se entiende, porque el mutil lo ha derramado todo en el camino.

Todos a comer, y allí, a la sombra de un espino o de un montón de gavillas de trigo, todos en corro, se saca la cazuela, se reparten las cucharas, cuando hay para todos, pues en caso contrario con una basta, que pasa de mano en mano y de boca en boca, no sin antes restregarla contra el pantalón al pasarla al vecino de al lado, y en una mano el zoquete de pan, y en la otra la cuchara, las viandas desaparecen como por encanto, después de haber humedecido repetidas veces el gargüelo con el vino de "la barrila", que muy pronto queda seca y hasta relamida.

Terminada la refección, siempre pobre y frugal, uno no se explica cómo aquellas naturalezas y aquellos cuerpos, que desde que rompió el día están trabajando sin descanso, quedan tan alegres y contentos con unas alubias, un pedazo de carne, un poco de tocino, un par de tragos de vino y unos cuantos cascos de cebolla que a míeles les han sabido.

Es cierto que han tomado "las diez", es decir, que a esa hora han tomado un pedazo de pan, un trago de vino y otro casco de cebolla. ¡Vaya un regalo! Menos mal que también echan "las cinco", reduciéndose todo ello a un pedazo de queso ovejuno y con pan y cebolla van tirando hasta que la noche se echa encima, y quedan tan contentos, que aún les quedan ganas para venir cantando por el camino y relinchando con todos sus pulmones. Aquéllos sí que eran verdaderos hombres y verdaderas mujeres, todos acostumbrados al trabajo y al sacrificio, pero

siempre alegres y contentos; porque tenían cuerpos sanos, y almas más sanas aún que sus cuerpos. No tenían vicios y poseían no pocas virtudes. Se contentaban con poco, porque no tenían ambiciones; trabajaban de día, porque sabían dormir pacíficamente de noche, con ese sueño que sólo sabe comunicar un corazón puro y una conciencia tranquila.

Los trilladores

Mientras que los segadores trabajan a destajo con sus afiladas guadañas, y los acarreadores al frente de sus carros van y vienen con ellos hasta las eras, en éstas se contempla una viva faena, que es la de la trilla.

No se conocían en aquellos tiempos las máquinas segadoras de los tiempos modernos, y se trillaba con aquellos trillos de piedras de pedernal, y sosegadamente, al paso lento de bueyes y vacas se trituraban las espigas, se desmenuzaban las cañas de trigo, y dando vueltas y más vueltas desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, la vida de verano y de días enteros se pasaba haciendo circunferencias sobre los trillos. Todo el trajín de las faenas campestres va siempre acompañado de endechas y cánticos populares. Dijérase que entre los haces de trigo en el campo, sobre los carros cargados de espigas que acarrean las mieses, entre el ruido típico producido por los trillos en las eras, de las

parvas ya formadas después de la trilla, las mozas y mozos, cubiertos del polvo de las mieses, manejando con gallardía bieldos y horcas, garios y palas, rastros y cribas, se levantaran bandadas de alondras y jilgueros, porque allí todos cantan y gorjean, como aves canoras, cuyas notas, llenas de sentimiento y dulzura, parecen gotas de miel endulzando las amarguras de la vida y aliviando los pesares del alma contrariada en amores o desilusionada en esperanzas.

Contemplemos el cuadro y oigamos las cadencias de esa moza garrida, sana y fresca como rosa abrileña. Es una escardadora. Encorvada y envuelta en la mies, ya muy crecida, su silueta se oculta, aparece y desaparece, se hunde y se levanta bajo la línea rubia del sembrado, que se ondula y menea al golpe de la segadora. De repente, la moza se yergue, esbelta y sudorosa, y echándose hacia atrás el cabello tostado por el sol, suelta un cantar, alivio de su espíritu y descanso de su cuerpo en la faena. La copla lleva mucha intención, ya que a pocos pasos de ella se encuentra el mozo arrogante y bravío a quien va dirigida la saeta. Oigámosla:

El amor es una planta
que nace en el corazón.
Muchas veces echa tallo,
pero pocas echa flor.

¡Oh, si la escardadora que echó la copla pudiera arrancar los malos tallos del corazón, como ella arranca con brío las malas hierbas del trigal

que está escardando!... Pero, por lo que se ve, el mal ya no tiene remedio, a lo menos ese remedio del trigo, arrancándole la broza que le ahoga.

Así se lo quiere demostrar la compañera que tiene al lado, que la replica con mucho donaire y no poca gracia intencionada.

El amor es un bichito
que, cuando pica,
no se encuentra remedio
ni en la botica;
y si esos males
el Cura no les cura,
son incurables.

Viene la réplica, sin tardanza, por la que siente quereres que acongojan y a veces matan, pero la enamorada piensa, y en esto no piensa mal, que "es peor no tener ningún querer" y lo prueba, respondiendo con no poca energía:

El querer sin ser querido
es una pena muy grande,
pero es más pena morirse
sin haber querido a nadie.

Estas son las tonadas y los cánticos de las mozas de mi pueblo, en sus faenas campestres, sin cuidarse gran cosa de aliñarse el peinado ni el vestido, y desatado el mandil, que lo deja abandonado en la tierra, recogiéndole cuando remata su tarea y vuelve a su casita entre chanzas y risas inocentes, siempre cantando, como la alondra de los trigales.

Por lo regular el trillo estaba a cargo de rapaces y rapazas que, nerviosos por la sujeción a que estaban sometidos, había que vigilarlos continuamente para que no se distrajeran y acudieran a tiempo con sus cestitos para recoger los excrementos, porque si caían entre la paja, "emparvaba" el trillo y se armaba una marimorena de mil diablos. De ahí los gritos de los hombres a la muchachada para que estuviera siempre atenta y no se durmieran ni aletargaran con el ronroneo que produce el trillo, siempre invitando al desperezo y al sueño. Era para los chicos un alivio no pequeño, el que se les ofreciera el viajecito, para ellos siempre placentero, de enviarles a la fuente "el canto" para traer los botijos llenos de agua fresca, empleando para ello doble de tiempo que el necesario, haciéndose siempre los remolones, aunque a su regreso les costara una filípica y algún soplamoco de los hombres que, sudorosos, daban vuelta a la trilla con la boca seca y las fauces llenas de polvo.

Se comía siempre en la era, para no perder tiempo, a la sombra de los carros o de los montones de gavillas, y allí, entre risas y carcajadas, chistes y pullas, pellizcos y bromas, se despachaba en un santiamén la pitanza, para volver otra vez a la tarea de la trilla, la que debía terminar a las cinco, pues de lo contrario la campana tocaba "a echar la vecería", y el que se había descuidado en terminar la trilla, tenía que llevar por su cuenta las vacas al

monte hasta entregárselas al pastor, a quien había que buscar entre cerros y collados, averiguando antes la dirección que había tomado "la hacienda". Nunca faltaban los rezagados, y éstos eran quienes en noche avanzada regresaban de "echar las vacas" cantando, relinchando y alborotando el barrio con sus cantos populares y sus tonadas montañesas, saturadas de encantos y de poesía, trayendo entre sus gorras y vestidos, luciérnagas o gusanos de luz, recogidos en el campo, grillos sacados con una paja de sus agujeros, o algún nido de pájaros en cañones, si no era con huevecitos.

Terminada la trilla, era preciso formar la parva, que para la chiquillada era una de las cosas más divertidas, porque se revolcaban a placer entre la paja aunque se les metiera por narices, ojos y oídos, y se quedara trabada entre la pelambre de sus cabezas siempre desgreñadas. Una vez formada la parva, a recoger horcas, hijadas, bieldos, garios, yugos y melenas, escobas, escriños, botijos y demás utensilios de la trilla, para llevarlos a casa, o bien guardarlos entre la paja, pues de lo contrario corrían el peligro de que alguno les encontrara antes que se perdieran, que de todo había y a todo se hacía.

Ya tenemos formados los montones y las parvas del trillado trigo, ya la sonrisa de los labradores se exterioriza viendo casi en la mano el premio de tantos sudores, y tan sólo falta el "bieldar", operación un poco más distraída y llevadera. Sobre una

parva bien formada, se destacan ya cinco o seis bieldadores trajinando con presura y todos al mismo tiempo, elevando la paja al aire, cuando al viento le da la gana de soplar, porque de lo contrario, allí están paralizados con las manos quietas sobre los bieldos, "a ver si de nuevo sopla el viento", factor necesario para terminar la operación.

Viene después "la criba", y hay que ver a las mujeres con las cribas en la mano, colocadas sobre una manta, meciendo aquel gran pandero, con meneos de todas sus caderas, brazos, cabeza, hombros y manos. Los únicos que no se mueven son los pies, que, en forma abierta y bien clavados en tierra, resisten todo aquel ejercicio que dejaría molido al más majo. Luego a separar "las granzas", limpiar bien el trigo, o lo que sea, preparar los sacos, llenarlos, atarlos y colocarlos unos contra otros "en ringla" y bien tiesos. En ellos se encierra todo el porvenir de las familias, lo que ha de formar el sustento del hogar, lo que ha de llenar las paneras, y de donde ha de salir la basquiña nueva y los borceguíes fuertes y flamantes, el pañolón de seda y la blusa de los chicos.

Hay que guardar bien aquel tesoro que tantos afanes, perplejidades, sustos y sudores ha costado al pobre labrador; que agotó las fuerzas de segadores, acarreadores y trilladores, bieldadores y cribadoras, y, por consiguiente, bien merece la pena de cuidarlo durante la noche, hasta tanto se lleve a las paneras, y de ahí... el dormir en las eras, lo que

más agrada y con tantos afanes era esperado por jóvenes y chiquillos. No digo nada, el encanto de dormir en las eras, entre gavillas y aspirando los aromas de las sementeras apiladas.

Pero... ¡qué digo dormir!... En esas noches de velar y vigilar los sacos llenos de trigo, nadie duerme, porque entre cánticos y bailes, carreras y juegos al escondite, sorpresas y sustos, arrastre de los dormilones y remojones con el agua de los botijos, allí nadie se acuerda de dormir, y viene a resultar una verdadera fiesta y un verdadero placer.

A la plácida luz de la luna y bajo el titilar de las estrellas, los mozos y rapaces se divertían revolcándose entre montones de paja, pero siempre solos. Las mujeres en sus casas, recogiditas al lado de sus padres, sin duda por aquello que ya expresó Gabriel y Galán:

"Deja la charla, Consuelo,
que una moza casadera
no debe estar en la era
si no está el sol en el cielo".

Eran aquellos tiempos muy puros, y los padres muy cumplidores de sus deberes, y las jóvenes muy castas, y los mozos muy recatados.

Tiempos felices, en los cuales el mayor tesoro de una familia eran el honor, la buena fama y el buen nombre.

Por eso eran tan felices nuestros padres en medio de sus trabajos, nuestras madres en medio de sus faenas domésticas, nuestra juventud en medio de sus puras alegrías, y hasta los chiquillos en medio de sus inocentes travesuras.

Al comparar aquellos tiempos con los nuestros, bien podríamos decir: "Quantum mutatus ab illo"...

CAPITULO III

ESCENAS DEL HOGAR

Cualquiera diría que, terminadas las faenas del verano, las gentes de mi tierra podrían ya darse al descanso. Nada de esto. Los labradores de mi pueblo y de todos los pueblos de la montaña, cuando dejan una tarea es siempre para empezar otra, porque el descanso, para ellos, es trabajar y siempre trabajar.

Pasado el verano, viene el otoño, y en el otoño ¡hay tantas y tantas cosas que hacer en el campo! El regadío de los prados, abonar la tierra, limpiar los campos, sallar, remover, arar, recoger las patatas, desgranar los titos, traer la hoja para el ganado, llenar los pajares, proveerse de hojas y helechos para "mullir" los establos, cuidar los corderos y las ovejas, sembrar de nuevo... he aquí un no pequeño programa agrícola, que ocupará todos los días a los incansables labradores.

Es cierto que si la cosecha ha sido buena, están contentos y alegres al palpar los frutos de sus fatigas

veraniegas, pero ¡ay!, que a veces también ven hundirse su gozo en un pozo, cuando un pedrisco y una tormenta vienen a quitarles el pan de la boca, justamente cuando ya le tenían entre las manos! ¡Y hay que ver la furia de las tormentas que se desencadenan en aquellas montañas! ¡Y qué pedriscos ametrallan a veces las sementeras cargadas de ópimos frutos, que arrasan y aniquilan no tan sólo los sembrados, sino hasta los animales, echando por tierra todas las esperanzas concebidas y todos los proyectos tan halagüeñamente formados por el pobre campesino!

Por eso, la vida del trabajador del campo es una continua intranquilidad, un interminable desasosiego, un afán jamás imaginado, porque todo depende de los elementos, y una nube negra que en el horizonte se presente repentinamente, es para ellos como una espada de Dámocles que les hace temblar de pies a cabeza, y no sin motivo.

Si por esto no fuera, no habría hogar más feliz que el de nuestros labradores, ni tranquilidad doméstica más envidiable, como felices se sienten y tranquilos se encuentran cuando el año "ha sido bueno" y la cosecha abundante, o al menos regular y pasable. Por lo mismo que ambicionaban poco, con poco se satisfacían. Los de las ciudades desean siempre "algo", y este algo era precisamente lo que siempre tenían de sobra los antiguos labradores de mi tierra: la paz del espíritu.

Yo, que he conocido las dos épocas de mi pueblo, la antigua y la moderna, comprendo cada vez mejor la verdad de lo que estoy diciendo, y cada día me convenzo más y más de que el antiguo Velilla, sin carreteras ni minas, sin luz eléctrica y sin periódicos, sin polcas y sin banda de música, era mucho más feliz que ahora, más tranquilo y más risueño; había más paz en el pueblo y más alegría en los hogares, porque había más virtudes en los corazones. La tan decantada civilización, con toda su luz eléctrica, sólo ha servido para hacer más patentes sus miserias y más visibles las arrugas de sus almas. En aquellos tiempos que pasaron, cuando no había más periódico que la "Gaceta", recibida por el Alcalde, ni otros medios de transporte que los carromatos típicos del "tío Pepito", las almas tenían más sensibilidad y no estaban tan expuestas al roce de los sucesos del mundo, ni las fantasías se fatigaban vagando por espacios enmarañados y de atmósfera pestilente; ni las ideas, revolviéndose en una órbita insegura y desequilibrada, traían intranquilidades que matan, porque las ilusiones de entonces eran pequeñas, es cierto, pero eran fuertes, sólidas, seguras, y sobre todo, consoladoras y sedantes. Todo el mundo dormía con las puertas abiertas, porque todos eran hermanos, y había resignación en unos y en otros, y eran comunes las alegrías lo mismo que las tristezas. Si todavía hay quienes creen que aquellas costumbres patriarcales, fueron un borrón para mi pueblo sombreado

por el llamado obscurantismo... bendito obscurantismo aquel que labraba la felicidad de sus hogares, donde nunca faltó el pan de cada día y les reunía a todos como hermanos bajo "la campana" de la cocina y junto al rescoldo de la hornacha y de los pucheros.

Trojes repletas y despensas bien provistas

Ya terminó el verano, y hasta la familia más pobre y menesterosa tiene en su casa lo suficiente para "tirar", porque a ninguno le faltan unos cuantos "cuartos" de trigo, ni otros tantos "celemines" de titos esquinaos o de lentejas, con su correspondiente montón de patatas. Sus pajares, bien repletos de hierba para el sustento del ganado, aseguran a éste la invernada.

No había más que entrar en cualquiera cocina, por pobre que se la suponga, en la que no se contemplaran, colgando del techo, algunos "varales" sosteniendo perniles, chorizos y longanizas, y pedazos de tocino, que al humo de la cocina "se curaban" y se endurecían.

En sus cuadras o establos, tampoco faltaba nunca alguna ovejita ni algunos corderos confundidos con algunas cabritas, amén de algún jato o ternero con sus correspondientes vaquillas, un gallo y varias

gallinas, huevos frescos y patatas y verduras tan frescas como los huevos del "neal". ¿Qué otra cosa más?... ¡Ah, sí! Tampoco faltaba a nadie su gocho correspondiente, para cuando le llegara su San Martín allá para diciembre. Eran felices en medio de su pobreza, y nunca hemos oído decir que en Velilla se haya muerto ninguno de hambre.

Los inviernos son largos y rigurosos en las montañas leonesas, y de ahí que aquellas pobres gentes tenían que hacer provisiones en el verano y en el otoño, no tan sólo para las personas, sino que también para la "hacienda", que fué siempre para ellos esencial para el porvenir, y a la que había que sostener por espacio de tres o cuatro meses en las mismas pesebreras, porque con la nieve no podían salir ni siquiera a beber agua, por cuya razón se les servía en calderos, lo mismo que al ganado lanar se le sustentaba con salvado y con sal, puesto en unos canelones de madera llamadas "saleras". A los corderitos que no alcanzaban, se les metía la sal en la boca, quisieran o no quisieran. Nada de extrañar es que los montañeses nunca den paz a la mano en el trabajo, y a semejanza de las hormigas, por necesidad tienen que proveerse para el invierno con sus heladas, nevadas y celliscas.

Y esto lo hacen, no solamente en verano, sino que también en otoño, ya trayendo la hoja del monte, ya las patatas de las tierras junto con la hierba otoñal, diminuta, verde y fresca.

Faenas otoñales

Estamos en el mes de setiembre, y los labradores tienen que aprovecharle, antes de que noviembre no llame ya al invierno y a las nieves que inutilizan todo trabajo campestre.

Después de abonar las tierras, ararlas y limpiarlas, y sembrar lo que convenga, entre las cosas más típicas es la tarea de traer "la hoja" y desenterrar las patatas.

Para lo primero, es necesario que el Ayuntamiento levante la veda, dé su permiso correspondiente, y anuncie de antemano el día de cortarla. Cumplidos estos requisitos, imprescindibles para el buen orden y concierto, el día señalado, reuníanse en el puente todos los vecinos y los mozos, y desde allí, todos preparados, esperaban el toque de la campana de la torre, que anunciaba el principio de las carreras. Una vez que sonaba la primera campanada, allí era de ver cómo corrían, unos por un camino y otros por otro, en un pugilato algo curioso, por llegar cada cual al punto que hubiera elegido en el monte y escoger su parcela, de la que una vez tomada posesión y señalado el término correspondiente y legalizado, nadie tenía derecho a meterse ya en aquel lote escogido a voluntad, y correspondía al primero que llegaba. He aquí el porqué de las carreras

y el afán de llegar el primero para apropiarse el lugar más frondoso de hoja. Todo era, por consiguiente, cuestión de buenas piernas y de buena resistencia en la carrera, para poder elegir el lugar que al mejor corredor más le agradara, sin que hubiera más ley, y esa ley era por todos respetada. ¡Qué patriarcales las costumbres de mi tierra, hoy desgraciadamente desaparecidas!

Otra de las cosas típicas, alegres y distraídas, era la traída de las patatas y almacenamiento de las mismas.

Constituía siempre una faena encantadora. Cada cual tomaba su surco; de un manotón y con pequeño esfuerzo arrancaba la mata del patatal, y como en racimo salían seis, ocho y más patatas, todas frescas y todas hermosas, con las cuales se iban formando montones entre los surcos, para después reunirlas todas y cargarlas en los carros, ya preparados para el acarreo, que regularmente se hacía al atardecer.

Ya tenemos el carro de patatas a la puerta de su respectivo dueño, y embocada la trasera del carro al portalón de descargue, se quitaba la compuerta de atrás, y como un terremoto caían las patatas, después de empinar el carro de adelante hacia atrás. Subían los rapaces, y a patadas hacían deslizar las patatas, hasta que el carro quedaba completamente vacío de su mercancía. Formado el montón, a veces gigantesco, comenzaba la operación de la selección de las patatas, las grandes a un lado y las pequeñas o "tocadas"

al otro, para que las últimas sirvieran de nutritivo alimento a los "gochos". Para ello, se reunían cuantas personas querían tomar parte en la operación, y ni que decir tiene, que por un vaso de vino y un pedazo de pan, se reunían mozos y mozas, chiquillos y chiquillas de toda la vecindad, porque todo ello venía a resultar un acto de solaz y entretenimiento para la gente joven, tanto como para los rapaces que no hacían más que estorbar, pero se reían mucho y gritaban más, pero siempre estorbando más de lo que gritaban y se reían, sin más consecuencias que algún coscorrón o algunos patatazos.

La escena se adapta para un pintor de costumbres pueblereñas, siempre alegres y siempre sencillas.

Imaginen los lectores un gran corralón, iluminado tan sólo por un roñoso farol o mugriento candil de aceite, colgado de un clavo en una pared. En medio, un gran montón de patatas recién traídas de la heredad, y a su alrededor, sentados en el santo suelo, un enjambre de chiquillos, mozos y mozas ocupados en "apartar" y llenar los cestos que serán después llevados "al cuarto de arriba", y todo ello en medio de una algarabía de mil demonios, acompañada de atronadoras carcajadas, cantares, chillidos, relinchos y algún que otro pellizco a una moza, acompañado de unos cuantos soplamocos a los traviesos y revoltosos rapaces que no dejan nunca en paz. Allí, el mozo enamorado le dice unas cuantas barbaridades a "su moza", que es correspondido con

una sonrisa cuando no con un patatazo "no muy fuerte", y allí se habla de todo lo que se sabe y también de lo que no se sabe. En fin, toda una fiesta de familia, que por fin termina, cuando "el ama" se presenta llevando un buen jarro de vino, del que todos beben en el mismo, sin escrúpulos ni dengues ni aspavientos, que en aquel entonces no se conocían en mi pueblo, ni en veinte leguas a la redonda.

Terminada la "selección" y terminado también el jarro de vino y el correspondiente zoquete de pan... ¡buenas noches nos dé Dios! ¡Hasta mañana, si Dios quiere!, y... cada mochuelo a su olivo, o cada quisque a su cocina.

La reunión de la juventud, en este cuadro de "descargar las patatas", es otro motivo para el mutuo "piropeo" entre mozos y mozas, que de rodillas o sentados en el santo suelo, se disparan coplas que demuestran sus desdenes. Más de un mozo tenía que apechugar con un cantar, como éste, haciéndole tragar no poca saliva:

Eres guapo y reguapo,
tú te lo dices;
yo me pongo a la sombra
de tus narices.

Con estas banderillas de fuego, la mocita da a entender que, por presumido que sea el mozo que alardea de guapeza, no anda bien de narices, o mejor dicho, demasiado bien, hasta el punto de poder ofre-

cer sombra con ella a la mocita guasona que le endilgó la copla.

Las risas y carcajadas de los concurrentes se desatan como cascada desencadenada, y ya puestas las mozas en ese tren, hay una verdadera "ofensiva" al sexo contrario, no faltando alguna que sale por peteneras, como la siguiente:

Eres tonto de noche,
tonto de día,
tonto por la mañana
y al mediodía.
¡Se me olvidaba!
que también eres tonto
de madrugada.

¿Celos mal reprimidos? ¿Deseos de venganza?... Porque a veces la copla encubre una fatiguilla o un querer no correspondido, cuando no una ilusión perdida. Pero nunca faltaba algún mocito que devolvía el guante a la "cantaora", y cesadas las risas, lanzaba al aire una respuesta de león herido:

Si el casarse fuera un día,
una semana o dos,
yo también me casaría;
pero para siempre, no.

La moza no echa en saco roto la copla, y el mozo recibe inmediatamente la contestación, en ataque agresivo, con más intenciones que un Miura. Escuchemos:

Son los hombres, queriendo,
burros de noria,
que dan vueltas y vueltas
por ver la novia.
Y si no sale,
se marchan tan tranquilos
los animales.

Felizmente, los dardos de uno y otro lado rebotan inofensivamente y se vuelven al día siguiente en "piropos", en la rueda del baile, en la plaza, al son de la pandereta y de "la caja", acompañados por la dulzaina, cuyas notas dulces saben a mieles y hacen olvidar todos los arañazos y rasguños.

Comienza la vida de invierno

Que es lo mismo que comenzar el descanso forzoso para aquellos labradores nunca rendidos por el trabajo.

Y el invierno se echaba siempre pronto y rápido sobre mi pueblo, aunque se ha venido notando que han cambiado mucho sus temperaturas climatéricas y climatológicas, no siendo pocos los que atribuyen este cambio a la apertura del Pantano de Camporredondo. Dejamos la palabra a los meteorólogos.

Ya para fines de setiembre se ven aparecer de nuevo escarpines y almadreñas, calzado obligado para todos sus habitantes, forzados a caminar, por es-

pacio de cuatro meses, entre nieve, y chapaletear entre charcos. Hoy, aquellos escarpines de sayal, cortados y cosidos por nuestras mismas madres, que tan calentitos conservaban los pies, preservándoles de toda humedad, han desaparecido, dando lugar a las zapatillas, en mis tiempos casi desconocidas. Las que no han sido suplantadas, ni lo serán nunca, son las almadreñas, o zuecos de madera, artísticamente labradas por hábiles manos de lebaniegos y besandinos, maestros consumados en su difícil elaboración, de cuyas manos lo mismo salen albarcas sencillas, que elegantemente pintarrajeadas, dignas de ser calzadas por el más fino y diminuto pie de la señorita aristocrática y pizpireta; con la misma facilidad contornean albarcas para escarpín que para bota de charol. La madera preferida para hacer almadreñas es la de haya, roble o encina.

Complemento de las almadreñas son los llamados "tarugos", todos de madera (en algunas partes de hierro), que no vienen a resultar otra cosa que tres pedazos de madera colocados en sus correspondientes agujeros, debajo de las almadreñas, dos adelante y uno atrás, muy útiles y sumamente prácticos, ya que preservan que el agua entre en el calzado, por su altura de unos siete centímetros. De ahí, que todos resulten buenos mozos calzando albarcas, por otro nombre almadreñas, sin las cuales no se podría salir a la calle en todo el invierno, y que vienen a constituir una prenda imprescindible, y de la que

tiene que servirse forzosamente la pobre mendiga lo mismo que la dama más encopetada; el Cura, lo mismo que el monaguillo; el Alcalde, lo mismo que el Alguacil, y nadie que quiera vivir en la montaña, podrá prescindir de los zuecos que nivelan todas las clases sociales.

Las primeras nevadas

Era raro que al comenzar el mes de noviembre, no tuviéramos la nieve encima y cubriendo con su blanco sudario, valles y montañas, zanjas y caminos, tejados y choperas. Para el que no está acostumbrado a estas cosas, no hay cuadro más encantador y poético que ver la tierra cubierta de nieve inmaculada, cabrilleando a los rayos del sol, y contemplar los árboles como revestidos de algodón en rama, formando caprichosas figuras y tomando formas realmente fantásticas. Una tierra cubierta de nieve, pierde completamente su topografía y sus formas y todas sus ondulaciones, adquiriendo contornos nunca imaginados; pero a nosotros, habituados a ello, nunca nos llamaba la atención, y es ahora cuando nos damos cuenta de tanta belleza y hermosura tanta, como es la que ofrecen las montañas, los bosques, las colinas y los valles, los árboles y las casas, los tejados y el campanario, todo, en fin, completamente cobijado bajo un manto de armiño.

Con almadreñas y escarpines hacían también invariablemente su aparición los refajos y manteletas de las mujeres, y pantalones de sayal, chaquetas, zamarras y capas magnas de los hombres, aquellas capas de esclavina y cuello alto que con tanta majestad y elegancia llevaban nuestros padres y nuestros abuelos, sobre todo cuando iban a misa los domingos y días de fiesta. Era la vestimenta fuerte y seria de la montaña, que les servía para librarse del cierzo y de las heladas, de la nieve y de los chubascos invernales

La feria de Todos los Santos

El día primero de noviembre, se celebraba en mi pueblo una especie de feria o de mercado, no con la pompa y solemnidad de otras del contorno, pero que para nosotros los chiquillos era un verdadero acontecimiento, esperado con impaciencia, por encontrar en ella medios suficientes para gastar las pocas "perras chicas" que sacábamos ayudando a Misa o asistiendo a casamientos, bautizos y entierros, y algunas otras que atrapábamos a nuestras madres, del bolsillo que siempre llevaban colgando y oculto entre las sayas, como colgando llevaban las tijeras para tenerlas siempre a mano.

En dicha feria de Todos los Santos, en la que por lo regular había que soplarse ya las uñas por el frío

y la nieve, se vendían lo mismo castañas que rosquillas de Animas, pucheros y sartenes, botijos y mazorcas de algodón, lino y manzanas, avellanas y nueces, quesos y requesones, varas de fresno y albarcas, yugos y sobeos, cencerros y melenas, titos, patatas, garbanzos y ajos. Una mescolanza de cosas entreveradas, no muy valiosas, pero siempre útiles y prácticas para los hogares. Esta feria o mercado popular, ha desaparecido por completo, no quedando de ella más que el recuerdo, como han desaparecido otras muchas cosas, que los de ahora no volverán a conocer jamás en la vida.

Con esta festividad de Todos los Santos, se inauguraba propiamente el invierno, si bien actualmente parece ser que hasta los elementos han cambiado, porque ya no se ven aquellas nevadas de varios metros que a veces ocultaban las puertas de las casas, oprimían los tejados en tal forma, que con palas había que echar la nieve abajo; nevadas que nosotros hemos conocido, tan intensas y continuadas, que se abrían túneles bajo la nieve, y para ir a la iglesia o a la escuela, era preciso abrir paso y transitar por entre dos muros que sobrepasaban con mucho la altura de las personas. Advertimos que no es una exageración esto que venimos diciendo.

Para los chicos, y también para los grandes, no dejaba de tener sus encantos, ya que la nieve nos proporcionaba ocasión para "hacer cristos", darnos pelotazos, comer nieve, hacer figuras, caminar con

chanclos, empaparnos de agua, para entrar después en la cocina, arrimarnos a la lumbre, calentarnos las manos y llorar después por el dolor de uñas, por efecto de la repentina reacción de la sangre, retirada de las extremidades por el frío intenso al hacer pellas con la misma nieve.

Los hilanderos

Ya tenemos interrumpidas las faenas del campo en el pueblo, y todos sus moradores comienzan a encuevarse como los osos y las raposas, y pasarán tal vez meses sin poder visitar a los pueblos vecinos, y tan sólo el cartero o algún "propio", se aventurarán por los caminos, usando una especie de tablas para caminar sobre la nieve sin hundirse, llamados "barajones".

En cambio de esto, dentro del pueblo se estrechaba más y más el compañerismo, la unión y las reuniones domésticas, en las que se charlaba al mismo tiempo que se trabajaba, porque no crea nadie que por estar en invierno y no poder salir al campo, perdían el tiempo ni hombres ni mujeres. Siempre había algo que hacer y no pocas cosas en que trajinar dentro del hogar y al amor de la lumbre.

Una de las distracciones mezcladas con el trabajo casero eran "los hilanderos", o sea, la reunión en una casa determinada, donde se reunían todas las

mujeres del barrio para hilar, zurcir, tejer, hacer medias y encajes, remendar, leer, rezar, y charlar de lo lindo, y todo ello, bajo la luz de un candil de aceite con su torcida de cáñamo, colgado en medio de la cocina en un garfio, ya que el hilandero se celebraba únicamente en la cocina, entre el chisporroteo de la leña y el hervor de las ollas y pucheros.

El más concurrido y el más afamado, era el que se celebraba en mi propia casa, es decir, en casa de la Señora Agustina, por ser la más espaciosa y por estar situada muy a mano para todos, y caía en medio del pueblo, y más que esto por ser la casa más respetada y querida del pueblo, llamada la casa de la viuda y Madre de los frailes, como diremos en otra parte.

En estos hilanderos había sus leyes que cumplir y sus puntos que observar, y el primero era pedir el correspondiente permiso a la dueña de casa, que era libre para concederle o negarle, aunque rarísima vez se negaba a nadie, por ser todos más o menos pobres, eso sí, pero todos y todas gentes honradas y a carta cabal, que era lo único que se exigía. Una de las leyes consistía en contribuir "a escote" con aceite para el candil, venir todas a la misma hora poco más o menos, y retirarse juntas todas las mujeres también a hora determinada. Por lo regular, el horario era de nueve a once de la noche.

Cada una de las asistentes traía su cestita con sus bártulos femeninos para coser o hacer media,

estopa para hilar con rueca y huso correspondiente, sin que falte "el roquero con su pedacito de pez" para untar los dedos y hacer bailar con más fuerza el huso de la rueca. El "roquero", no es otra cosa que una especie de embudo cónico, abierto por ambas partes, que sirve para sujetar el copo de estopa en la rueca, para que no se deshilache, y había que ver a las viejas y a las mozas manejando con habilidad y rapidez sorprendentes aquel huso que formaba el hilo, que enrollaban magistralmente en el huso, acercando de vez en cuando la boca para dar saliva y consistencia al hilo que se desprendía de la estopa, operación casera y muy castellana, de la que no se avergonzaron ni Reinas como Isabel la Católica, ni Doctoras como Santa Teresa de Jesús y sus monjas.

Aquellos hilanderos, que servían para pasar las veladas de invierno y trabajar al mismo tiempo, se iniciaban siempre con la lectura de la vida del Santo del día, por el P. Croiset, a la que seguía el rezo del Santo Rosario, acompañando con la música dulce del zumbar de los husos y el imperceptible ruido producido por las agujas, el rum-rum de alguna vieja que se dormía, y el rezongar del gato plácidamente dormido al calorcito de las brasas y entre los pucheros de la hornacha.

Terminados los actos de piedad, y concluído el rezo del Rosario con el número interminable de Padrenuestros con que se cerraba, por todos los

presentes, por nuestros abuelos y padres difuntos, almas del Purgatorio, caminantes y navegantes, a San Antonio, San Roque, Virgen del Carmen, por los más necesitados, y... eche Vd. y no se derrame!, porque aquello no terminaba nunca. Rezado el Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, y algunas cosas más, comenzaban a soltarse las lenguas que era un primor, y allí se comentaba todo y se hablaba de todo, desde la perniquebradura de la pata de una cabra, hasta la pítimas y turcas que se agarraba el "tío Patilla", un día sí y otro también; de las truchas que habían pescado aquel día los pescadores, hasta la paliza que había arreado a su mujer el marido iracundo; de las fechorías de algunos, hasta las fachendas de otros, y los desplantes y bravatas de no pocos. Allí salían a relucir las historias de la "tía Pelos" o los chascarrillos del tío Chuchurulé; las bombas del tío Venancio, cuyas mentiras eran tan gordas, que se le bautizó con el nombre de "tío Bombas"; las habilidades del tío Nicolás, tocando la dulzaina, como las del tío Martín, redoblando en la Caja; sin olvidar a las grandes pandereteras y cantadoras en el baile, como Joaquina, María, Filomena, Marcelina...

En dichos "hilanderos" se cantaban a coro y siempre en verso, historias y leyendas montañesas, milagros de Santos, "gerineldos", etc. Hemos podido conservar uno de esos cánticos, titulado "El milagro de San Antonio", y aquí le tienen nuestros lectores.

ANTONIO divino y Santo,
suplícale al Dios Inmenso,
que por su gracia divina
alumbre mi entendimiento,
para que mi lengua
refiera el milagro
que en el huerto obraste
a la edad de ocho años.

Desde niño fué nacido
con mucho temor de Dios;
de sus padres estimado
y del mundo admiración.
Fué caritativo
y perseguidor
de todo enemigo,
con mucho rigor.

Su padre era un caballero
cristiano, honrado y prudente,
que mantenía su casa
con el sudor de su frente.
Y tenía un huerto,
donde recogía
cosechas y frutos
que el tiempo traía.

Por la mañana, un domingo,
como siempre acostumbraba,
su padre se marchó a Misa,
cosa que nunca olvidaba.
Y le dijo a Antonio:
—Ven acá, hijo amado;
escucha, que tengo
que darte un recado.

Mientras que yo vaya a Misa,
gran cuidado has de tener;
mira que los pajaritos
todo lo echan a perder.
Entran en el huerto,
comen el sembrado;
por eso te digo
que tengas cuidado.

Su padre se marchó a Misa
y a la iglesia se ausentó;
Antonio quedó cuidando
y a los pájaros llamó.
—Venid, pajaritos,
no entréis en sembrados,
que mi padre ha dicho
que tenga cuidado.

Y, para que yo mejor pueda
cumplir bien mi obligación,
voy a cerraros a todos
dentro de esta habitación.
Y a los pajaritos
entrar les mandaba;
y ellos, muy humildes,
por la puerta entraban.

Por aquellas cerranías
ningún pájaro quedó,
porque todos accedieron
como Antonio les mandó.
Y los pajaritos
alegres cantaban.
San Antonio estaba,
lleno de alegría.

Al ver venir a su padre,
luego les mandó callar;
llegó su padre a la puerta
y comenzó a preguntar:
—¿Qué tal, hijo mío,
qué tal, Antoñito,
has cuidado bien
de los pajaritos?

Y Antonio le contestó:
—Padre, no tenga cuidado,
que para que no hagan mal
están todos encerrados.
Su padre, que vió
milagro tan grande,
al señor Obispo
propuso avisarle.

Y vino el señor Obispo
con grande acompañamiento;
todos quedaron confusos
al ver un tan grande portento.
Abrieron ventanas,
puertas a la par,
por ver si las aves
se quieren marchar.

Antonio les dice a todos:
—Señores, nadie se agravie,
que los pájaros no marchan
mientras que yo no les mande.
Se puso a la puerta
y les dijo así:
—Vaya, pajaritos,
ya podéis salir.

Salgan cigüeñas, con orden,
águilas, grullas y garzas,
lechuzas, mochuelos, grajos,
gavilanes y avutardas.
Salgan verderones
y las corderinas,
salgan cogujadas
y las golondrinas.

Salga el cuco y el milano
con los tordos y andarríos,
canarios y ruiseñores
con los vencejos y mirlos.
Al tiempo de alzar vuelo,
todos juntitos se ponen,
esperando a San Antonio,
para ver lo que dispone.

Y a una palmadita
que Antoñito ha dado,
todas ellas juntas
al cielo han volado.
Aquí se acabó la historia
y aquí terminó el cuentito;
tened mucha devoción
a San Antonio bendito.

Estas son las coplas de "Los pajaritos de San Antonio", y que tantas y tantas veces oíamos en los "hilanderos" de mi pueblo, cantados a coro por las

mozas y las viejas, que por cierto cantaban bastante bien y no lo hacían del todo mal, y sobre todo, lo cantaban con mucho fervor y con mucha fe. En aquellos tiempos, aún no se conocían felizmente los tangos insípidos, ni los cuplés indecentes de nuestros tiempos "llamados del progreso"...

Allí se sabía y se comentaba la visita del mozo forastero a una moza del pueblo, la vigilancia de los mozos para darle caza y hacerle pagar el cántaro de vino, que era la multa; los amoríos del mozo tal con la moza cual, la riña de fulana A con fulana X. el curso de la enfermedad de un vecino, la boda próxima de dos novios, la cordera comida por los lobos, la renguera de la vaca, la papera o el sarampión de algún rapaz; de todo se hablaba y de todo se trataba en aquella reunión de mujeres, pero sin propasarse ni llegar a mayores, ni meterse en honduras y profundidades, porque eso nunca el ama de la casa lo consentiría.

A dichos hilanderos típicos y también desaparecidos acudían algunos viejos para fumar sus pipas de tabaco, referir historias de tiempos pasados, contar leyendas o cantar "gerineldos" o las últimas coplas del ciego de la última feria.

De vez en cuando, y como punto extraordinario del programa, y siempre previo el permiso y consentimiento del ama de casa, venían los mozos y entretenían con sus juegos de "el reloj", "de la manta" o "del escarpín", al juego de prendas, y nada

más, porque allí no se conocía ni la baraja ni siquiera el repelús ni el tute. Se contaban unos cuantos chascarrillos, todos ellos inocentes, y se entretenían en arrancar algunos pedazos de estopa de las ruecas, hacían unas bolitas vaporosas, las acercaban al candil, y con la frase de:

Fulano y Fulana
se quieren casar,
las estopas ardiendo
dirán la verdad;

y si al quemarse las estopas sus llamas subían hacia arriba, sin despegarse, es que se querían, y en caso contrario no se realizaría la boda. Juego inocente que daba lugar a risas, comentarios y pullas hacia los novios supuestos.

Un día de fiesta extraordinaria tenían los "hilanderos". Era el llamado día de "la sosiega", y consistía en que cada mujer traía, la noche indicada, su cestita llena, no de cachivaches de trabajo, sino de nueces, avellanas, manzanas, rosquillas o amostajas. El vino corría por cuenta de la dueña de casa, y en esa noche, en santa paz y armonía, se celebraba una especie de ágape tan patriarcal como fraternal, y ni que decir tiene que a esa fiesta no faltaban ni los viejos ni los mozos, sin excluir por supuesto a la rapazada, que aquella noche no se dormía aunque durara la fiesta hasta la una de la mañana. Bueno estaba aquello para dormirse, cuando no había cesta

donde no metieran la mano, y en verdad que nunca la sacaban vacía.

Y ya que de hilanderos estamos hablando, no cerraré el presente capítulo, sin decir dos palabras sobre la manera de formar la estopa de lino con que hilaban sus ruecas las mujeres de mi pueblo, porque estoy seguro que muchos desconocen dicha operación.

Una vez arrancada la planta del lino, la machacaban, la ponían a remojo en el "río chico", colocando piedras encima para que las aguas no se llevaran los filamentos, y después de varios días que le tenían empapándose en el agua, y una vez secado todo al sol, iba a parar a las "aspilladoras".

Y ¿qué eran las aspilladoras?

Pues no eran otras que las mozas de mi pueblo. ceñidas de sus delantales de cuero, pañuelo blanco a la cabeza, manguitos hasta el codo y armadas de unas espadas de madera, y sosteniendo con la mano izquierda el manojo de lino, limpio ya por los peines y ablandado por el agua, descargaban mandobles con dichas espátulas de madera, en forma de espadas, sobre unos cojinetes donde sostenían el lino con la izquierda, colgando como si fueran cabelleras, y golpe va y golpe viene, separaban los "estascos" que al suelo caían, o sea los residuos del lino, hasta

que quedaba tan sólo un puñado sedoso de lino, disponible para ser engarzado en la rueca, y de la rueca al huso, convertido ya en hilo firme y difícil de romper.

Las "aspilladoras" trabajaban todas juntas en un mismo lugar, y allí, entre el polvo de los estascos que impedía verse unas a otras, entre sablazos a los manojos de lino y entre risas, cantos y carcajadas, iban preparando aquella obra maestra, que los de nuestros tiempos no conocieron nunca ni volverán a conocer jamás, porque son cosas que desaparecieron para siempre, y las maquinarias modernas han venido a suprimir el trabajo de las mozas y mujeres de mi tierra, como han venido a reemplazar tantas otras, no sé si para felicidad del pueblo o para su desgracia.

Hagamos aquí punto final para cerrar este capítulo y pasar a otras cosas que ni son pocas ni dejan tampoco de ser interesantes y sabrosas para mis paisanos.

CAPITULO IV

LAS NAVIDADES EN MI TIERRA

Con el mes de noviembre han terminado completamente las tareas agrícolas del pueblo, y forzosamente tienen que prepararse al descanso del hogar, que les proporciona más que tiempo suficiente para disfrutar de los encantos de la familia y dedicarse de lleno al desahogo de sus espíritus, por medio del cumplimiento de sus devociones religiosas que confortaban sus almas de verdaderos cristianos. Sus cuerpos, fatigados y rendidos por el continuo bregar de la vida y la lucha por la existencia, hallarían reposo conveniente y necesario descansando en los escaños de la cocina y al amor de la lumbre, y la cocina es, en la montaña, el escenario de todos los acontecimientos, el estrado de todas las discusiones, el consejo de familia donde se ventilan todos los asuntos, y el lugar sin el cual no podrían vivir los montañeses.

Así se explica que la cocina sea el lugar más amplio de toda la casa, con sus respectivas comodidades para poder pasar satisfactoriamente las largas noches de invierno, y la cocina con su "trébede" de

ladrillos o azulejos, colocada sobre el fogón que nunca se apaga y que consume carros y carros de leña, con sus bancos, escaños y taburetes, con sus arcas y sus "vasares", cántaros y pucheros, con todo aquello, en fin, que se necesita en la vida doméstica, sin necesidad de salir fuera de ella, todo, todo se encuentra en la cocina y a la mano. Lo repito: sin la cocina no podrían vivir los castellanos y montañeses. De ella no se sale sino para las cosas imprescindibles de la vida; en ella se reciben las visitas, y allí se charla y se ríe y se llora, y se cuentan historias y consejas, se juega, se come y hasta se duerme. ¡Es tan hermoso y tan rico permanecer en aquel lugar calentito, mientras la tormenta rebrama, azota la cellisca, silba el viento y cae la nieve!... que ningún montañés cambiaría la cocina de su casa por el trono de ningún emperador, porque en ella se encuentra uno muy guapamente!

Esta vida culinaria de los habitantes de mis montañas se inaugura, por lo regular, al menos en aquellos tiempos de que hablamos, a principios de diciembre y cuando comienza el Adviento, preludio de las Fiestas de Navidad.

El Adviento

Era siempre costumbre, entre aquellas buenas gentes llenas de fe, observar rigurosamente las leyes

de la Iglesia y los preceptos que impone la Santa Religión.

Así se explica el que para nadie pudiera pasar inadvertido, aunque no tuviera calendario, cualquier acontecimiento religioso que la Iglesia celebra durante el año litúrgico, que comienza justamente con el Adviento, y en mi pueblo, la entrada del Adviento se palpaba visiblemente desde el primer día, aunque al Sr. Cura se le olvidara anunciarle en la Misa Mayor, desde el Altar, como anunciaba siempre, a sus buenos y sencillos feligreses, todas las festividades y acontecimientos religiosos.

Hasta en la cara y en la gravedad de las personas, se daba uno cuenta de que la Iglesia había entrado en un ambiente de recogimiento y meditación, y a ese espíritu se unían todos los moradores de mi pueblo, desde el niño hasta el anciano, desde la doncella hasta la moza casadera, desde el Cura hasta el Alcalde, con todos los Concejales.

Fieles al espíritu de la Iglesia, en mi pueblo se suspendían por completo toda clase de diversiones, bailes y cánticos que no fueran cánticos religiosos, como se suspendían todas las bodas y cuanto y todo lo que incluyera diversión mundana. En aquellos tiempos de fe, tenían por un grave pecado divertirse en cualquier forma, que estuviera en contraposición con el ambiente melancólico del espíritu cristiano.

El rezo del Santo Rosario en la Iglesia, al oscurecer, a toque de campana, al que no faltaba nadie,

si no era por enfermedad o por obligaciones imprescindibles, desafiando el frío y la nieve, era para aquellas gentes como un deber grave que cumplir. A continuación del Rosario, rezado siempre por el Sr. Cura del pueblo, seguía el Catecismo, explicado por el Sacerdote, y a cuyas preguntas había que contestar, cosa que a nadie preocupaba, ya que el Catecismo le sabían al dedillo tanto los niños como los ancianos y las viejas, los mozos igual que las mozas y el Padre Astete era familiar para todos, y todos le sabían de corrida como se sabe el Padre Nuestro.

El cuadro que la Iglesia presentaba en estos actos, no podía ser ni más recogido ni más imponente. En la penumbra del templo, iluminado tan sólo por la lámpara del Sagrario y un cabo de vela que el Sr. Cura encendía y colocaba sobre el facistol, debajo del Coro, era difícil conocer a las personas, pero que no se le ocurriera faltar a ningún joven de uno y otro sexos, a casados ni solteros, porque se exponían a que todo el pueblo se diera cuenta de su ausencia, puesto que el Sr. Cura, paseando entre las dos filas de los chicos de la Escuela, iba llamando a quien se le ocurría, sin distinción de edades ni condiciones.

¿Fulano de tal?... preguntaba el Cura.

¡Presente!... respondía el interrogado, fuera hombre, fuera mujer, joven o viejo. Le hacía su pregunta de Catecismo, contestaba el interpelado, y el Cura hacía otro llamamiento:

¿Fulana de cual?... ¡Presente!... y así sucesivamente, hasta que recorría y salían a relucir nombres y más nombres, y se contestaba a las preguntas, con respuestas y más respuestas, todas satisfactorias y al pie de la letra, como las traía el Catecismo del Padre Astete, que es el mejor y más completo Catecismo que hemos conocido y que no ha tenido ni tendrá nunca competencia. Sucedía, a veces, que el interrogado no respondía al llamamiento del Sr. Cura, sencillamente por... no haber venido aquella noche al Rosario, o por haberse entretenido a "pelar la pava" con alguna muchacha, y entonces, el Sr. Cura, aquel Cura completo, rígido y grave de mis tiempos, llamado D. Nicasio Diez, venerable bajo todos los conceptos, y de feliz memoria para el pueblo y para cuantos le conocimos, que por espacio de treinta años había regido con acierto al pueblo, embalsamado por sus virtudes sacerdotales, D. Nicasio, suprema autoridad entre aquellas gentes, Padre y Consejero de todos, cuya palabra era siempre la última en todos los asuntos, respetado por todos y por todos querido y estimado, con aquella autoridad y confianza que tenía con todos sus feligreses, D. Nicasio Diez, repito, al notar la ausencia del mozo o moza que había hecho "calva" no viniendo al Rosario, preguntaba con su nombre al padre o la madre, al hermano o a la hermana del que no había dicho ¡presente! al ser interrogado, y allí se producía un diálogo, "coram pópulo":

—¿Dónde está el muchacho?

—No sé, Sr. Cura, porque yo creí que estaría aquí.

—¡Bueno!, pues Ud. ve que no está, y por lo tanto Ud. se encargará de pedirle cuentas al regresar a casa.

¡Y vaya si se las pedía el padre en cuanto llegaba a casa! Y si la razón que alegaba el hijo o la hija no era convincente, pues... no había cena aquella noche, y a la cama sin comer, si es que antes no recibía cuatro pescozones de cuello vuelto del padre enojado y furioso. ¡Qué tiempos aquellos! Al compararlos con los actuales, no parece sino que estamos contando un cuento inverosímil, cuando lo que relatando estamos era una verdadera realidad, pero una realidad hermosa, y no me dejarán mentir, tantos y tantos de los que aún viven y que una y cien veces presenciaron estas escenas patriarcales, como yo mismo las presencié y puedo dar fe de ellas.

Ya ha terminado el rezo del Santo Rosario y la explicación y examen general del Padre Astete, y en el pórtico del templo, hay algo que solía dar no pocos dolores de cabeza a todos los asistentes. Son... las almadreñas, colocadas en orden, pegando a la pared y por todos los rincones.

Dentro de la iglesia no se permitían las albarcas, y no había más remedio que dejarlas en el pórtico, entrando con escarpines, con esos escarpines de sayal, suaves, silenciosos, que era el obligado calzado invernal. Entre tantos y tantos pares de alma-

dreñas confundidos, había que ver el guirigay que se armaba a la salida de la iglesia, cuando por equivocación, o con intención, se habían cambiado de lugar las almadreñas de cada uno:

—Alumbra aquí, muchacho... Que éstas no son mis albarcas... ¡Ay!... que éstas tampoco son las mías.

—Oye tú, zángano... deja esas almadreñas tranquilas, que son las mías, y además, nuevecitas...

—Pues ¿dónde están las que yo traje?

—¡Y a mí, qué me cuentas; búscalas o cómprate otras!

—¿Quién ha cogido unas almadreñas que no son las suyas?... A mí me falta la del pie izquierdo... Y a mí la del derecho... Y a mí las dos... Recondenaos de muchachos... Enciende ese farol, endino... Acércate p'acá. A ver... ¡ésa es la mía! ¡condenao!...

Y con diálogos de esta ralea, y después de un cuarto de hora, todos al fin daban con sus respectivas almadreñas. Ni que decir tiene que toda esta confusión, que daba lugar a escenas curiosas, había sido armada por algún chusco, que nunca falta, o por algún mozalbete siempre dispuesto a hacer rabiar a las viejas, cambiando y confundiendo y trastrocando unas albarcas con otras, y viniendo después el gran lío y armándose la marimorena.

Hay que notar, que en la iglesia, las mujeres siempre solas, adelante; venían después los chicos de la escuela, presididos y vigilados cuidadosamente

por el Sr. Maestro; atrás, los hombres, abrigados con sus severas y pesadas capas de sayal, y en el coro y por los rincones, los mozos, bien arrebujados en sus bufandas, como mozas y viejas, tocadas todas con sus severas mantillas, con bordes de terciopelo, y bien envueltas en sus mantones de lana y bien cargadas de refajos y basquiñas. Todo era necesario para combatir el frío, causante de toses y carraspeos que salían de todas partes.

Cuentos de Adviento y villancicos

Ya terminó el Rosario, y se arregló el lío de las albarcas, entre chistes y diálogos, pullas e indirectas montañesas que encierran tanta filosofía, por la miga que contienen, y que sólo ellos entienden a las mil maravillas.

Entre el ruido ensordecedor producido por los tarugos, cada cual toma la dirección de su casa, se forman grupos, y bien agarraditos del brazo unos con otros, para no resbalar y darse una costalada, comienzan los cánticos propios de Adviento, presagios de Navidad, y por todas sus calles se formaban orfeones de niños y jóvenes, viejas y doncellas, todos cantando con más o menos afinación, pero todos a grito pelado.

Aquella poesía popular, sentida y cadenciosa, dulce y vibrante, bien merece la pena de inmorta-

lizarla en letras de molde para recuerdo de las generaciones venideras que no tuvieren la dicha de oírla, ni mucho menos sentirla, como nosotros la sentíamos, llegándonos a lo profundo del alma.

Los del Barrio Abajo, tenían su Coro, el mejor de todos, capitaneado y dirigido por aquel muchacho llamado Tomás de La Hoz, el hijo de la "tía Francisca", actualmente Misionero Dominico y Vicario Apostólico en Formosa (Japón), que para cánticos no tenía rival, y para gritar, tampoco. En su Coro, tomaban parte la voz finísima de Rufo Ramos, también Misionero Apostólico y Vicario Provincial de las Misiones Dominicanas en Fo-Cheu (China), con una turbamulta de chiquillos del "barrio abajo", sobresaliendo las buenas y bien timbradas voces de Eusebia, Joaquina, Marcelina, Simona, Juana y Matea, con otras muchas más, difícil de enumerar.

Por su parte, "el barrio arriba" formaba también su Coro de cantores, lo mismo que el del "barrio el río", y allí había que ver la emulación y competencia por ver quién lo hacía mejor y tenía mejores voces. Una verdadera cascada de notas, que salían de aquellas gargantas, sin miedo a la lluvia y a la nieve que por ellas entraba, y sin temor a resfríos ni constipados. ¡Morrocotudo tenía que ser el frío para que aquellas gentes curtidas se constiparan así no más! ¡Ni pensarlo siquiera!

¿Cómo no rememorar aquellos sencillos cantos de mi tierra, cuyos ecos iban a perderse entre las

oquedades de las peñas y a confundirse con los rumores del río?...

Ya empieza el Coro. Después de carraspear para mondar el pecho, una voz entona diciendo y cantando:

I

Para Belén camina
la Virgen María.
San José, su Esposo,
va en su compañía;
es su Amante firme
y no la ha de dejar...

CORO

Antes de las doce
a Belén llegar.

II

Caminaban ambos
en conversación,
caminando y dando
gracias al Señor;
por el gran favor
que les quiso dar.

CORO

Antes de las doce
a Belén llegar.

III

Iban caminando
y luego encontraron
unos pasajeros,
y les preguntaron
si para Belén
había dónde errar...

CORO

Antes de las doce
a Belén llegar.

IV

Si quieren, iremos
en su compañía;
está la noche obscura
y perderán la guía.
San José responde:
—Estimo el favor...
Vamos caminando
sin ningún temor,
pues la luz del Cielo
nos ha de alumbrar...

CORO

Antes de las doce
a Belén llegar.

V

—Por dónde camina,
quisiera saber,

un hombre, de noche,
con una mujer.
O la lleva hurtada
o yo juzgo mal...

CORO

Antes de las doce
a Belén llegar.

VI

San José responde:
—No la llevo hurtada,
que de éso, señores,
no me toca nada;
a mí me la dió
Quien la pudo dar...

CORO

Antes de las doce
a Belén llegar.

VII

—Dama más hermosa
ni más parecida,
dice el uno al otro,
no la vi en mi vida.
Que un hombre tan viejo
se fuera a emplear...

CORO

Antes de las doce
a Belén llegar.

VIII

Responde la dama,
como era discreta:
—Dios nos ha juntado
y yo estoy contenta.
Por otro más mozo
no le he de trocar...

CORO

Antes de las doce
a Belén llegar.

IX

Esposo del alma,
no lo quiera Dios
que mis ojos vean
la falta de Vos;
porque yo sin Vos
no me puedo hallar...

CORO

Antes de las doce
a Belén llegar.

X

Esposo del alma,
fuiste el escogido
por mi Eterno Padre
para mi marido.
Yo, para tu Esposa
me quiso crear...

CORO

Antes de las doce
a Belén llegar.

XI

A Belén llegaron
sin ningún peligro,
pues tal compañía
llevaron consigo.
Buscaron posada,
sin poderla hallar...

CORO

Antes de las doce
a Belén llegar.

XII

Entre paja y heno
nacerá este Niño,
entre paja y heno,
sin ningún peligro.
Como Rey inmenso
de todo poder,
no faltarán Reyes
que le irán a ver.
Todos de rodillas,
le irán a adorar...

CORO

Antes de las doce
a Belén llegar.

XIII

Con esto, señores,
se acabó el romance;
para bien dispuesto
ha habido bastante.
Espero de todos,
me han de perdonar...

CORO

Antes de las doce
a Belén llegar.

Y así, todos cantando, cada cual llegaba a su casa, satisfecho de haber cumplido con una costumbre tan piadosa.

Las zambombas de Navidad

Eran el sueño de los chicos, tanto como formaban las rabietas de las madres. ¡Las Zambombas!...

Llegar Navidad y no ser dueño de una zambomba, sería tan inverosímil como un mozo que quisiera casarse sin tener novia, y la zambomba era el sueño, el ideal, el desiderátum y el colmo de la felicidad para todo rapaz, por pobre que fuera.

La única preocupación de la rapazada, cuando se mataba "el gocho", era la vejiga del animalito para hacer la zambomba cuando llegara la fiesta de Navidad precedida por el Adviento. No puedo menos de reírme todavía, cuando recuerdo las manipulaciones que empleábamos para agrandarla, sobándola contra una piedra, inflándola con la misma boca y poniéndonos los morros hechos una lástima, de tanto soplar y soplar, para desinflarlas una y mil veces, produciendo un ruido... no muy limpio, pero sí muy significativo, dando matraca a todo bicho viviente con nuestra zambomba, que inflada, colgábamos en la cocina para cuando llegara el Adviento y Navidad, después de habernos cansado de jugar con ellas y de hincharnos los labios de tanto soplar para inflarlas y engrandecerlas.

Había que hacer ya la zambomba, y lo primero que para ello se necesitaba, era un buen puchero, y si era olla, mejor que mejor. De ahí la intranquilidad de nuestras madres, que no perdían ojo a los pucheros, porque... no quedaba uno sano en toda la casa, con gran alegría de los alfareros y pucherero.

Era inútil que nos escondieran, las madres, dichos pucheros, porque los chicos sabíamos dar con ellos aunque les escondieran bajo tierra, y el caso es que no quedaba un puchero sano en toda la casa.

Ahora, a buscar la paja, que, colocada y bien atada en medio del parche zambombil, y una vez colocado en la concavidad del puchero, había de producir aquel rum-rum monótono y pastoril que a nosotros nos había de sonar a música dulce, porque escupiéndonos entre los dedos, dale que dale a la paja y arrancando sonidos a la zambomba.

Era como el ensayo para la noche de Navidad, ya que ningún chico habría de olvidarse la zambomba, para tocarla sin cesar durante la Misa del Gallo, a medianoche. Figúrense los lectores, oyendo cerca de cien zambombas, y díganme si no sería para... dormirse con sus notas todas iguales y todas monótonas.

Terminada la Misa de medianoche, había terminado la misión de los pucheros, que por lo regular eran estrellados contra una esquina, y... hasta otro año. A esta Misa del Gallo no faltaba alma viviente, porque en la Noche de Navidad nadie dormía hasta las tres de la mañana, después de haber celebrado la cena extraordinaria, reunidos todos en familia, haciendo conmemoración de los ausentes, que tampoco faltaban si es que no estaban muy distantes. El brindis del jefe de familia en dicha cena, era siempre solemne y conmovedor, y si estaban los

abuelos, a ellos correspondía brindar por la felicidad de todos.

La cena de Navidad

¡Qué recuerdos tan llenos de nostalgia nos vienen a la memoria, recordando la Cena de Familia en la Noche de Navidad!... ¡Recuerdos y añoranzas que duran para siempre y que el tiempo no podrá borrar jamás!...

Después del trajín de nuestras madres y hermanas, preparando con todo cuidado los suculentos manjares de la cena, en aquella noche memorable, en la que todos echaban la casa por la ventana, aun los más pobres, era de ver el ajetreo culinario, el ir y venir de casa a la tienda, de la tienda a la taberna, de la taberna a la compra de rosquillas, nueces, avellanas, besugos y turrones, tarea encomendada a los chicos, y por cierto que nunca hacíamos los mandados con más puntualidad y buena voluntad que en aquella víspera de Navidad, alegres y contentos por la cena que iba a ser "de órdago" y en la que nos íbamos a hartar de dulces, frutas y mermeladas. En nada pensábamos, si no era en "la que se iba a armar aquella noche", en la que habría "arroz y gallo muerto", piñones a "puñaos", queso a dentelladas y castañas hasta hartarnos de ellas. ¡No era nada lo del ojo!

Toda la tarde, la hornacha chisporroteaba entre los estampidos producidos por la leña verde, y una serie interminable de ollas y pucheros en semicírculo, hervían y lanzaban borbotones hasta levantar las coberteras. Las mujeres, sudorosas y bien remangadas hasta el codo y con el refajo echado hacia atrás, no daban paz a la mano ni a los cucharones y espumaderas. El arroz y el azúcar, la pimienta y el pimentón, todo junto y revuelto; aquí el aceite, más allá el vinagre, morcillas por un lado, chorizos por otro, manteca a la derecha y mondongo a la izquierda... todo un revolutum, en fin, que hacía "relamber" de gusto a la chiquillada, que iban y venían, entraban y salían, pero siempre estorbando en todas partes, hasta que las madres, comprendiendo que era inútil desprenderse de aquellos "endemoniaos", les daban un zoquete de pan untado con manteca, en compañía de algún soplamocos, y... "¡ala!... ¡marchaisos, indinos, y dejainos en paz", y gracias a esta estratagema, salíamos los chiquillos a la calle, con los morros bien untados de manteca.

En cuanto a los hombres y los mozos, todos ellos estaban muy atareados en busca del "tío Salazar", para que les hiciera la barba, a fuerza de puños, y una media docena de rasguños, después de enjabonar bien con la mano aquellas caras con barbas como cerdas de cepillo, porque eso de brochas, no se conocían ni de nombre en mi pueblo de aquellos tiempos.

Bien afeitaditos, jóvenes y viejos, y antes de cenar, a vestirse todos la ropa dominguera, la camisa limpia y blanca, pero sin planchar (entonces no se conocían esos lujos superfluos), se embutían en aquellos pantalones de sayal, duros y recios, que puestos en el suelo se sostenían solos; se echaban la burda y pesada chaqueta encima, se calaban la gorra de pelo, calzábanse los escarpines nuevos, y... todos a la mesa, en santa unión y confraternidad, y... hay que ver cómo embaulaban la sopa con perejil y torrezno, en una sopera con ribetes de barreño, llena hasta los bordes; fuentes de potajes, que parecían artesas, con media arroba de "guisao", gallo en pepitoria, al que hacían guardia de honor unos cuantos capones, besugos traídos de Guardo, y que si no eran de aquella semana... de la anterior me parece que tampoco lo eran, pero que nadie hacía remilgos para comerlos, ni a nadie se le ocurría preguntar en qué calendas habían salido del mar. Cerrábase la cena fuerte con el imprescindible "arroz con leche", con un plato sopero encogollado para cada uno "y por barba". Venían después los postres; avellanas, piñones, rosquillas, manzanas, peras, nueces e higos, y... otras cosas que no digo.

La sobremesa dura hasta las once de la noche, porque a esa hora hay que prepararse ya para la Misa del Gallo, y las campanas comienzan a repicar a gloria, avisando a toda la vecindad, y sobre todo,

porque las mozas de casa, tienen algo muy serio que hacer, y es preparar y ensayar los cánticos para:

El ramo de la Virgen

La iglesia se encuentra adornada como en sus mejores días de gala; los mozos están tocando las campanas "a bolea"; las calles se llenan de gente, todas en la misma dirección y al mismo punto, que es la iglesia. El Sr. Cura, vestido con sus mejores hopalandas clericales, está ya en la sacristía, rodeado de monaguillos, con sus sotanas encarnadas y sus roquetes blancos, nerviosos e intranquilos como si tuvieran azogue en el cuerpo. El templo ya está de bote en bote, y sin embargo aún no ha comenzado la Misa, y faltan pocos minutos para las doce. ¿Qué es lo que pasa y a quién se espera?...

Se espera al Ramo de la Virgen formado por las mozas, lleno de cintas de colores, pañuelos de seda, puntillas y dijes femeninos, y sobre todo lleno de rosquillas. Acompañado el Ramo por todas las Hijas de María, la más aguerrida de las mozas trae el Ramo con garbo y en alto, escoltado por todas las mozas del pueblo, con recogimiento monacal y acompañándole con cánticos.

Ya han llegado a la puerta del Templo, pero todavía no entran. Es necesario primero felicitar las Pascuas al Sr. Cura, al Sr. Alcalde y a todo el Ayuntamiento, que graves y solemnes, con postura con-

sular y mayestática, están ya colocados en los bancos del presbiterio, el primero, luciendo el bastón con borlas, emblema de su autoridad, y los Concejales, serios y graves con sus capas magnas, imponentes y de alto cuello.

Tienen que felicitar también a la Virgen, pidiéndola permiso para depositar a sus plantas aquella ofrenda, demostración palmaria del cariño y del amor que la profesan, y todo esto con cánticos apropiados, inspiración de aquellas muchachas, que con ser pueblereñas pueden dar quince y raya al mejor poeta, como iremos viendo.

El Coro de las mozas cantoras, con sus frescas voces juveniles, empieza su tarea. ¡Lástima no poder eternizar aquí en el pentagrama, la tonada con que acompañan sus piadosos cánticos, dulces, cadenciosos, sublimes y sentidos.

El silencio en el templo es sepulcral, y las mozas, plantadas en la puerta, con el Ramo en medio y entre luces, pero sin entrar todavía, cantan:

Salga, Sr. Cura, salga;
abra las puertas del templo,
que la Virgen nos espera
con mucha alegría y contento.

Te traemos este ramo,
oh Virgen Inmaculada,
recíbelo complacida,
aunque en sí no valga nada.

El ramo que aquí traemos
es prueba de un gran cariño,
que alegrará a San José
y regocijará al Niño.

Recibe, Virgen María,
esta ofrenda que traemos,
demostración de cariño,
porque mucho te queremos.

Con permiso, Sr. Cura,
entraremos en la iglesia,
con este ramo florido,
en este día de fiesta.

Entran las mozas en el templo, llevando el Ramo de la Virgen, hasta llegar al Nacimiento o portal de Belén, mientras siguen cantando:

Venimos a visitarte
las mocitas de Velilla;
te traemos como ofrenda
un ramo con sus rosquillas.

Recíbelo, Virgen Santa,
no rechaces nuestra ofrenda
formada de corazones,
para Ti la mejor prenda.

Todas te felicitamos,
Virgen Pura de Belén;
bendice a todo este pueblo
y a sus mocitas también.

Este Ramo que traemos
lindo y bonito ha quedado,

haz, Señora, que florezca
una vez puesto a tu lado.

Este Ramo es muy sencillo,
aunque no tenga valores,
pero en él van incluídos
todos nuestros corazones.

Aquí dejamos el ramo,
recíbele, Virgen Santa,
y bendice todo este coro
que con entusiasmo canta.

Puede comenzar la Misa,
la Misa de Navidad,
porque el pueblo está esperando
lleno de felicidad.

Depositamos el Ramo
Ante Ti, Virgen querida,
para que nunca te olvides
de las mozas de Velilla.

El sacerdote sale al Altar con los mejores ornamentos sacerdotales, y comienza la Misa del Gallo entre Villancicos y ruido de las zambombas pastoriles, por los chicos manejadas y sin cansarse de aquella música sencilla, que recuerda a los pastorcitos de Belén tocando sus zampoñas y presentando sus humildes ofrendas al Niño Dios. ¡Cuánta hermosura y cuánta belleza encerraban aquellos actos religiosos de mi pueblo!

Un portalito de Belén y todo de paja, se levantaba al lado del Altar de la Virgen, y entre pajitas, reclinado en pesebre, el Niñito Jesús con San José

y la Virgen, el buey y la mula, pastores y zagalas de barro con sus cestitas, por las que asomaba una manteca que venía a resultar... un nabo bien peladito, blanco y gordo, mientras que en la cestita de otros pastores se veían avellanas y nueces. Ni que decir tiene que el portalito de Belén constituía el encanto de los rapaces, que con los ojos fijos en el Niño y el dedo metido en la boca, contemplaban extasiados aquella para ellos incomparable obra de arte, reflejada en el portalito humilde donde nació todo un Dios, entre pajas reclinado.

El Arbol de la Virgen allí quedaba en la iglesia, y allí permanecía hasta el día 2 de febrero, día de la Purificación de Nuestra Señora. En ese día se rifaba el Ramo, después de vender las papeletas a todos los vecinos, a "perra chica", todo a "perra chica", y al que tocaba, podía ponerse de rosquillas hasta hartarse, pero también tenía que afilarse la dentadura, para poderlas meter el diente.

Todo esto ha desaparecido, para desgracia de mi pueblo, y con ello desapareció el encanto y la poesía.

Pelotazos de nieve y costaladas en el hielo

Ya terminó la fiesta de Navidad, y como en el invierno hay poco que hacer, si no es apacentar el ganado dentro de los mismos establos, la gente moza y la chiquillada se dedica a patinar sobre el hielo, o tirarse pellas de nieve.

A patinar no nos ganaba nadie, y con nuestras almadreñas recorríamos a veces, cuarenta o cincuenta metros, tomando las calles públicas por nuestra cuenta y como campo de deportes, y era tanta la habilidad que desplegábamos, que patinando recogíamos, a toda velocidad, "una perra chica" que nos pusieran, y esto sin caernos. Naturalmente que las costaladas que recibíamos de vez en cuando, no exentas de descalabraduras, eran no pocas, y algunas con quebraduras y rasguños que pronto se curaban, porque no parece sino que teníamos carne de perros y la piel bien curtida, y la cabeza bastante dura y a prueba de bomba.

Costaladas más serias eran las que proporcionábamos a los descuidados, al salir del Rosario, por la noche, sin medir a veces las fatales consecuencias que nuestras travesuras de chiquillos podían y solían acarrear.

Acostumbrábamos a cubrir el hielo con nieve, y las mujeres o las mozas, sin prever el peligro, venían muy confiadas, ignorando que debajo de la nieve se encontraba hielo bien resbaladizo, que al poner los pies, daban con la persona en tierra, cayendo a veces de espaldas y midiendo el suelo cuan largo era, rodando unos cuantos metros, entre la rechifla y algaradas de cuantos contemplaban la escena. ¡Cuántas azotainas nos costaron dichas bromas, que a veces traían funestos resultados, que nuestra

ligereza infantil no prestaba gran importancia! Al fin, ¡cosas de chicos, y... también de grandes!

Terminemos el presente artículo para entrar en el siguiente, donde el lector se encontrará con lo que leyere, si es que tiene ánimo y paciencia para ir siguiendo el curso de otras muchas cosas que iremos diciendo, intentando describirlas con la sencillez que el asunto lo requiere, y que nunca estará de más que las sepan aquellos que no tuvieron la dicha de conocerlas, ni las conocerán jamás, por haberse hundido para siempre en la tumba del olvido.

CAPITULO V

EL AÑO NUEVO Y SUS TIPICAS COSTUMBRES

Si la entrada del Nuevo Año es para todos solemne e imborrable por los recuerdos que la acompañan, los reglamentos que encerraba para el pueblo de Velilla, eran solemnísimos e imperecederos en grado superlativo, sobre todo en lo que a la mocedad concernía; aquella mocedad de nuestros tiempos, que se regía por leyes propias, autoridades propias y costumbres muy suyas, exclusivamente suyas y todas reconocidas por la autoridad civil, con sus derechos y deberes, con sus multas, castigos y sanciones, que rigurosamente se imponían, se aceptaban y se cumplían escrupulosamente por todos, como por todos eran respetados y unánimemente apoyados para su cumplimiento.

Ignoramos de qué tiempo y desde qué época se concedieron a los mozos de mi pueblo los dichos privilegios, que tenían fuerza de ley, y por medio de la ley se imponían a cuantos eran admitidos en el Gremio, bajo el título de Ayuntamiento.

No así, sin más ni más, se podía ser mozo de Velilla de Guardo. Eran necesarios muchos y muy serios requisitos para ingresar, para poderse llamar un joven "mozo del pueblo", para adquirir el derecho de tomar parte en sus reuniones, disposiciones, diversiones y privilegios, y, sobre todo, para poder cantar, bailar y rondar públicamente a las mozas. Bien merece la pena de que informemos históricamente a los lectores sobre este punto, que ha de ser el punto de partida para comprender y penetrar en el fondo de la cuestión que intentamos tratar, y como iremos diciendo, con pruebas al canto y hasta documentos a la vista, para satisfacción de cualquier crítico o hipercrítico que al paso quisiera salirnos.

Los mozos de Velilla son una autoridad

Sí; en aquellos tiempos, los mozos de mi pueblo constituían una Autoridad, legalmente reconocida por Gobernadores de la Provincia de Palencia, así como por los Alcaldes y demás Autoridades del pueblo; tenían, en una palabra, reconocimiento jurídico para formar sus Autoridades propias, como ser Alcalde, Juez, Regidor, Segundo Alcalde, Consejeros y Alguacil. Dichos cargos y dignidades se renovaban todos los años, por medio de elecciones en las que tenían voz y voto todos los mozos del pueblo. Dichas elecciones tenían lugar al terminar el año, comen-

zando a regir el mismo día de Año Nuevo, y tomando posesión solemne el día seis de enero, los Santos Reyes.

Felizmente, hemos podido documentarnos suficientemente sobre este asunto, y aquí tienen nuestros lectores el Reglamento en forma, por el que tenían que regirse los mozos, cuyas disposiciones podrían servir de modelo a otros muchos Reglamentos que andan por esos mundos de Dios, sin principio ni fin, y sin pies ni cabeza. Al leerle, podrán convencerse todos, de que los mozos de Velilla tenían una legislación perfecta, con sus mandatos, imposiciones, multas y castigos para los contraventores.

Un documento histórico

Copiamos literalmente el Documento con las Ordenanzas, por las cuales tenían que regirse los mozos de Velilla, y que felizmente pude conseguir en una de mis investigaciones en el pueblo. Dice así:

ORDENANZAS DEL MUY NOBLE CONCEJO DE LOS MOZOS DE ESTE LUGAR DE VELILLA DE GUARDO

En dicho lugar de Velilla, a seis de Enero de mil ochocientos noventa y uno, reunido el Ayuntamiento de dichos mozos y formado por: El Caballero Corregidor, D. Antonio de la Hoz; Sr. Alcalde Mayor, D. Pascual Santos; Sr.

Alcalde Menor, D. Félix Peláez; Sr. Regidor Mayor, D. Antonio Pérez Allende; Sr. Regidor Menor, D. Pedro Fraile; Sr. Procurador, D. Juan Fraile. — Han dispuesto, con permiso de V. S., el poder juntar los demás mozos de dicho pueblo, para tratar varias cosas pertenecientes al servicio, entre las cuales se determina hacer nuevas ordenanzas, y vista tan buena disposición y determinación, y la mucha falta que de ellas tenemos, mandó dicho Sr. Corregidor, se diese principio en continente que para todo ello interponía.

Interpuso el Ayuntamiento para que así se guardasen todos los Capítulos siguientes de estas nuevas ordenanzas.

CAPÍTULO I. — *Ordenamos y mandamos*, que la noche de S. Silvestre de cada un año en adelante, sean juntos todos los mozos que hubiesen pagado la vecindad en esta Nuestra Cofradía, los cuales serán llamados a son de Caja, con el fin de hacer nuevo nombramiento para el año siguiente. — Que primeramente se nombrará un Caballero Corregidor, aunque no sea letrado, el que por su título pagará de presente setenta y tres céntimos y para esto se acuerda que no se corte las uñas, por si acaso alguno irá a pelear de algún juicio con él. Después se nombrarán dos Alcaldes, uno Mayor y otro Menor, los que por su título pagarán cincuenta céntimos de peseta, que para ello se le señala, por cada juicio, diez y seis maravedises, y si fuese judicial, llevarán derechos dobles.

Asimismo, se nombrarán dos Regidores, Mayor y Menor, los cuales pagarán de presente treinta y cuatro céntimos. También se nombrará un Procurador de villa y tierra, por lo que pagará treinta y siete céntimos; dicho Procurador suplirá la falta del otro.

También se nombrará un Mayordomo de la Virgen del Rosario, y pagará treinta y siete céntimos. También se nom-

brarán dos Alcaldes de la Santa Hermandad, que pagarán treinta y siete céntimos, y éstos suplirán la falta de los otros, si alguno falta, especialmente el día de Reyes al dar los Santos Reyes y Pascuas. También se nombrará un Secretario y pagará treinta y siete céntimos, a quien se encarga no corte las uñas hasta fin de año. También se nombrará un Mayordomo del Santo Hospital, y pagará diez y ocho céntimos, por si llegara algún mozo pobre. También se nombrarán dos fieles alferidores, que pagarán veintisiete céntimos. Por último, un Mayordomo de las mozas y otro de las viudas, y pagarán diez y ocho céntimos. Se nombrará un mozo de Concejo, quien queda obligado a hacer lo que le manden los del Ayuntamiento, y se le dejará libre de toda carga concejil. Queda obligado el Mayordomo de la Virgen, siempre que hubiere procesión, a nombrar otros tres mozos como él para llevarla y si algún otro se entrometiere a querer llevarla fuera de los que el Mayordomo nombrara, será castigado en dos reales, y la misma pena pagará el mozo nombrado que no la vaya a llevar en la procesión; el mozo que falte sin dar parte al Mayordomo antes de quince días, dicha pena la pagará el Mayordomo, igualmente la misma pena si deja alguno por nombrar.

Capítulo II. — *Item. Ordenamos y mandamos*, que los Regidores han de tener por lo menos doce Concejos para determinar nuestras cosas precisas y necesarias, y los Sres. del Ayuntamiento serán los primeros que se juntarán y el vecino que no acuda dentro del plazo de medio cuarto de hora después de tocar la Caja o sea avisado, pagará tres céntimos por tardar y seis céntimos por faltar. Estando en el pueblo tiene castigo; estando forastero o con alguna vecería, no tiene castigo, y si está con una vecería y va después a aprovecharse (?), tiene castigo; si al Alguacil se le pasa por avisar, será castigado; basta avisar en casa, si no hay gente, él ya cumple, e igualmente se le avisa en la calle.

Como también, cada vecino que entre en Concejo se le encarga que quite el sombrero o montera y diga "*Ave María Purísima*", y el que a esto falte pagará seis céntimos, y el vecino que lleve a Concejo el capote por delante, terciado o embozado con palo o arma ofensiva, pagará un real. El vecino que estando en Concejo y digan los Regidores, "*Oiganse Vds.*", y no obedeciere, pagará seis céntimos; como también estando en Concejo, si a alguno se le oyere una palabra como es el "*ajo*", o alguna palabra ofensiva, pagará, por cada vez, seis céntimos, y el mozo que se duerma pagará la misma pena.

CAPÍTULO III. — *Item. Ordenamos y mandamos*, que después de juntos en Concejo haya de tomar el primer asiento el Caballero Corregidor, a sus lados los Alcaldes, en seguida los Regidores, Procurador, y después el oficio que se le haya echado o edad de cada uno.

CAPÍTULO IV. — *Item. Ordenamos y mandamos*, que la víspera de los Santos Reyes, por la noche, se pida licencia al párroco y Justicia del pueblo para pedir "aguinaldo", como ha sido costumbre de inmemorial tiempo a esta parte, y para salir a esto llevarán los Alcaldes corbatín y Vara, como también su Caja con buen tabaco y con ello socorrerán a los necesitados.

CAPÍTULO V. — *Item. Ordenamos y mandamos*, que para la función que se celebra la noche de los Santos Reyes, debe ir todo vecino preparado con cinco pesetas (Un duro), por lo que pueda ofrecer; pero antes de esto mandarán los Regidores a un mozo que se vaya a los nabares y se traiga cinco cuartos sobre sus costillas, como también a dos mozos que irán a limpiarles y pelarles, que sean limpios y leales y poco amigos de probarles, y también la Señora Justicia deberá traer la jeringa para si alguno se apila ponerle la batería.

CAPÍTULO VI. — *Item. Ordenamos y mandamos,* que ningún mozo sea osado de bailar con ninguna moza o mujer por los rincones, pena de dos reales.

CAPÍTULO VII. — *Item. Ordenamos y mandamos,* que al mozo forastero que se le cogiese en pretensión de alguna hija del pueblo, después de puesto el sol, pagará una cántara de vino y si se resistiese a esto, será pasado por nuestros manuales, y cuando llegue el caso de casarse en este pueblo pagará el padrino, ¿qué menos de cántara y media de vino?, de ahí para arriba lo que sea su voluntad.

CAPÍTULO VIII. — *Item. Ordenamos y mandamos,* que todo mozo del pueblo que se casare, pagará su padrino media cántara de vino y de ahí para arriba su voluntad y para salirse, el mozo pagará dos azumbres de vino: ¡Oh!, ¡de qué buena gana lo pagaríamos todos!...

CAPÍTULO IX. — *Item. Ordenamos y mandamos,* que todo mozo hijo de vecino, que quiera entrar en nuestra reunión, pagará de entrada dos reales, y el mozo forastero, cuatro reales: así mandamos que ningún hijo de vecino deberá entrar en nuestra reunión de diez y seis años abajo ni de treinta y seis para arriba.

CAPÍTULO X. — *Item. Ordenamos y mandamos,* y es nuestra voluntad mandar decir una Misa Votiva al Párroco del lugar, en la Virgen de Areños para el día 8 de septiembre, su limosna de cinco reales y que sea cantada, a la que deberá asistir todo mozo, y se pondrán con buen orden y según el oficio y edad de cada uno: llevarán los Alcaldes corbatín y bastón, con la pena el que falte y el que no vaya, de dos reales.

CAPÍTULO XI. — *Item. Ordenamos y mandamos,* se nombre un depositario para recoger las alhajas de los mozos, que son: dos cajas (Tambores), un archivo (o sea salero) con tres llaves, las dos sin cerradura y la otra sin

pestillo, para guardar el dinero de nuestros propios arrendibles y demás bienes muebles, como ordenanzas, barra, vasos, espada, escopeta, escopetín, escopetón y la jeringa para...

CAPÍTULO XII. — *Item. Ordenamos y mandamos,* que todos los años se haga nuevo arriendo de una posesión que tenemos y se llama "Huerta del Cortijo", que hace seis cargas y fanega de linaza y cuatro de hortaliza, como son: tomates, pepinos, sandías, melones, patatas, fréjoles, buen cardillo de Navidad, hierbabuena y pimientos para el... de ellas. Dicha Huerta, linda con el Exgobio, camino real abajo con el pinar y arraspaneras de los cuetos de Valcobero. Se advierte que no se permite burra al hortelano, por no haber donde atarla, que está muy en llano.

Item. Tenemos otra tierra linar en lo más alto de Valdelobrigo, regada con el agua de la fuente de las Palomas; ésta se sembrará de Concejo, con advertencia de que el pastor que dejase entrar el ganado en ella, será castigado rigurosamente, dándole doscientos palos en las costillas por uno que tenga buen brazo y poco duelo de pastores. Las rebecas que entraren en ella, perniquebrarlas, que luego bien podemos alcanzarlas; las perdices atrevidas, pelarlas vivas.

CAPÍTULO XIII. — *Item. Ordenamos y mandamos,* que el prado que tenemos en el Ocinal que se riega de la fuente del bosque, no se arriende, que es verde para los jatos, camino real para los aguardienteros de Paredes y de Cervatos, donde echan agua en las botas y dan el vino barato.

CAPÍTULO XIV. — *Item. Ordenamos y mandamos,* que ningún mozo sea osado enramar a ninguna moza de cincuenta años arriba, que en ese tiempo habrá echado buen pelaje, que de puro rojas serán blancas; como también el mozo que enramase a alguna moza, no siendo en comuni-

dad de todos los mozos, sólo a aquellas que las venga la ropa de su madre, será castigado en dos reales.

CAPÍTULO XV. — *Item. Ordenamos y mandamos*, que cada mozo debe tener un huerto para plantar las calabazas, que es de común entre los mozos de por sí solos llevarlas, con el tapial de dos varas, y el que no pueda subir, que se calce las albarcas; la puerta ha de ser de una sola pieza, que todo el mundo sabe que a una moza bien discreta nunca le falsean la llave.

CAPÍTULO XVI. — *Item. Ordenamos y mandamos*, que ningún mozo sea osado en cortar o desgajar ningún árbol frutal, porque hará falta la fruta para agosto refrescar; advirtiendo que la fruta se debe coger a su tiempo, como los nabos en Adviento, las papujas en abril, las almendras en octubre, porque es un mes tan famoso, que es cuando la gallina madre, las camuesas en agosto se tienen que vendimiar y las peras de D. Guindo cuando se pueden robar.

CAPÍTULO XVII. — *Item. Ordenamos y mandamos*, que para el nombramiento que se debe hacer cada año, no siendo que falte algún individuo de Justicia, puedan hacer el nombramiento solos los Regidores y el Procurador, y si en caso de discordia necesitan de dos vecinos que vayan en su compañía, les queda la facultad de elegir uno y el común otro, y los que todos los referidos nombrasen, deberán regir su oficio con la pena de dos reales.

CAPÍTULO XVIII. — *Item. Ordenamos y mandamos*, que para cualquier vecino que fuese inobediente, y de malas costumbres, y que las penas impuestas en los capítulos precedentes no basten a corregir su inobediencia, tenemos un calabozo, que se reduce a una cueva en el campo del silo en donde cayó la cabra de Juana de Vega, y de Eulalia un costal de ropa en tiempo de la guerra, en donde pagará su delito rigurosamente.

CAPÍTULO XIX. — *Item. Ordenamos y mandamos*, que los castigos se han de repartir en tres tercios: el primero a fin de abril; el segundo a fin de agosto y el tercero al fin de diciembre, y para esto los señores Regidores nombrarán dos hombres para arbitrar y repartir a cada uno lo que debe pagar.

CAPÍTULO XX. — *Item. Ordenamos y mandamos*, que el Secretario debe llevar, lo mismo a Concejo que a otra reunión, por lo que pueda suceder, tintero, pluma y papel.

CAPÍTULO XXI. — *Item. Ordenamos y mandamos* que ningún mozo forastero sea osado bailar sin permiso de la Justicia, y lo mismo los del pueblo que no hayan pagado la vecindad, bajo pena de dos reales. — Vistos los Capítulos anteriores por el Corregidor, señores Alcaldes, Regidores y Procurador, y hallándoles arreglados, mandaron que se guarden, cumplan y ejecuten.

Hasta aquí las Ordenanzas del año de 1828. Las que siguen son una adición a las anteriores.

CAPÍTULO XXII. — *Item. Ordenamos y mandamos* que cualquier noche de función o vísperas de fiesta que se salga de ronda por la noche, no serán menos de nueve mozos para sacar la Caja, ni la entregará el Procurador a menos de nueve, bajo pena de medio duro, y juntos los nueve o más que saquen la Caja y sigan la ronda, no se separará ninguno más de diez pasos de la Caja, por lo que pueda suceder, bajo pena de dos reales, y si también anduviesen mozos cantando o rondando fuera de la ronda, y no quisieran obedecer a los demás de la ronda y Caja, pagarán dos reales, y si no obedecieran a éstos, serán pasados por nuestros manuales, y lo mismo los que sacasen la Caja y se separasen de ella los pasos arriba indicados, pagarán dos reales, y lo mismo, si de los que siguen la ronda fal-

tase alguno hasta entregar la Caja donde estaba, no siendo que la necesidad le obligase o se pusiese enfermo, pagará dos reales.

En Velilla, 31 de Diciembre de 1890.

Estando junta la reunión de mozos, se acordó proceder a formar nuevo nombramiento, como es uso y costumbre, para el año de 1891, habiendo sido elegidos los siguientes:

Caballero Corregidor . . .	Antonio Hoz, . .	63 céntimos
Alcalde Mayor	Pascual Santos .	50 céntimos
Alcalde Menor	Félix Peláez . .	50 céntimos
Regidor Mayor	Antonio Pérez .	35 céntimos
Regidor Menor	Pedro Fraile . .	35 céntimos
Procurador	Juan Fraile . .	35 céntimos
Secretario	Mariano Ibáñez .	35 céntimos
Alcalde de Sta. Hermandad .	Mateo Santos . .	27 céntimos
Mayordomo de Ntra. Sra. . .	Teodoro Santos .	28 céntimos
Fieles	Clemente González y Guillermo Lobato	
Juez	Juan Salazar .	18 céntimos
Mayordomo de Areños . .	Daniel Hoz . . .	18 céntimos

NOTA: Se pone medio duro de multa a los Alcaldes y Corregidores que no lleven vara y bastón.

CAPÍTULO XXIII. — *Item. Ordenamos y mandamos*, que ningún mozo pueda sacar los Estandartes antes de tocar señas, y no puede sacar más que uno, y eso tiene que ser por la puerta de adelante, con la multa de dos reales, y también, cuando llegue el caso de poner la multa, el Sr. Corregidor, por falta de orden tiene medio duro, sin rebaja ninguna, como también los que parlasen lo que pasa entre mozos, tienen la misma pena, y lo mismo la barra tiene que entregarla al que la saque, no siendo que se quede algún mozo encargado de ella jugando al público, con la multa de dos reales.

CAPÍTULO XXIV. — *Item. Ordenamos y mandamos,* que todo castigo cometido durante un año, contando desde el día en que camine (si alguno se sale de la reunión teniendo deudas) estará obligado a pagar todos los cometidos, siendo acordado entre todos los mozos, y para que conste lo firmamos en

Velilla de Guardo, 31 de Diciembre de 1902.

El Secretario: *Epifanio Pérez;* Procurador: *Daniel de la Hoz;* Regidores: *Saturnino Fraile y Tomás Nieto;* Alcaldes: *Rafael Fraile* y *Emeterio Santos;* Caballero Corregidor: *Francisco de la Hoz.*

CAPÍTULO XXV. — *Item. Ordenamos y mandamos,* que todo vecino de nuestra reunión, está obligado, la noche del nombramiento, bajo la pena y multa de medio duro, a asistir a la reunión el día de San Silvestre, como es uso y costumbre aunque no quiera nombre.

CAPÍTULO XXVI. — *Item. Ordenamos y mandamos,* que el mozo que se quiera casar, queda obligado a pagar los castigos que tenga en el Concejo más próximo que haya a su boda, y si no los paga, no se le hace función.

Vistos los Artículos antecedentes por el Caballero Corregidor, Sres. Alcaldes, Regidores y Procurador, y hallándolos arreglados, mandaron que se guarden, cumplan y ejecuten lo contenido en todos ellos, lo cual debe hacerse saber en público Concejo, y enterados de su contenido, lo pasarán a firmar todos, y el que no quisiera, se le echará de la Comunidad para mayor afrenta.

Dado en Velilla de Guardo, a 24 de Mayo de 1891.

Firmado:

Félix Peláez, Pedro Fraile, Antonio Pérez, Pascual Santos, Juan González, Mariano Ibáñez, José Allende, Juan Fraile.

Hemos insertado íntegro y literalmente el Reglamento de los mozos de Velilla, tal cual llegó a nuestras manos, con el fin de que permanezca para siempre en letras de molde y como un recuerdo digno de ser conservado para eterna memoria.

La gran fiesta de Reyes

Ya han nombrado los mozos del pueblo sus Autoridades, en la noche del treinta y uno de diciembre, y desde el día de Año Nuevo, todo es agitación y movimiento entre la juventud del pueblo de Velilla, porque se acerca el día de los Santos Reyes, la fiesta magna de los mozos, en la que con pompa verdaderamente regia, han de presentarse al pueblo los nuevos elegidos, ostentando en sus manos las insignias de su autoridad indiscutible y los emblemas de su representación mayestática.

Las mozas se encargan de adornar con gusto las dos varas del primero y segundo Alcaldes, así como el bastón del Juez. Las primeras, en forma de cruz, y el bastón judicial en forma de cetro, y todo cuajado de avalorios, cintas de seda, campanillas, flecos y puntillas, saliendo a relucir todo cuanto de más precioso encierran los baúles y las cómodas.

El día de Reyes es esperado con impaciencia por todo el pueblo, al mismo tiempo que las dueñas de casa se preparan para recibir la visita oficial de

la Autoridad, que tiene su protocolo grave, conmovedor y solemne, como iremos viendo.

Apenas despunta el alba del día seis de enero, ya se oye la diana de los mozos que recorren las calles, y las dulces notas de dulzaina del "tío Nicolás", y los redobles de la "caja" de los mozos, acompañado todo ello de almireces y hierrillos que hacen saltar de la cama a los más perezosos y dormidos.

Comienza el gran día. Las mujeres preparan las provisiones para "los aguinaldos", consistentes en carne, garbanzos, titos y legumbres para los pobres; avellanas, nueces y frutas, dulces y rosquillas para los demás chicos, no tan necesitados como los primeros, seleccionando cosas más jugosas para cuando lleguen los mozos cantando, capitaneados por el nuevo Alcalde o Juez, con su correspondiente asistente. El primero, con su insignia, y el segundo, con sus alforjas al hombro, para depositar en ellas la buena pitanza, que en todas y en cada una de las casas se les tiene reservada, consistente, por lo regular, en chorizos, jamón, huevos y dulces.

La Misa Mayor

El primer punto del programa es la Misa Mayor, cantada con toda solemnidad. En ella ocupan los lugares de honor en el Presbiterio, haciendo guardia al Sacerdote, las nuevas dignidades, teniendo en la mano sus respectivas insignias de mando, llenos de

gravedad y majestad, como quien se da cuenta del alto papel que está representando. Han comenzado a ejercer sus funciones, que durarán todo el año. A la Misa Mayor han sido bien acompañados por toda la juventud, entre cánticos y música, hasta colocarlos en sus puestos, al lado del Altar.

Terminada que ha sido la Misa, al primero que presentan felicitaciones y respetos es al Sr. Cura, a quien acompañan a la Casa Parroquial, y que es el primero en darles una buena propina. A continuación, se dividen los mozos en tres bandos, cada cual con su respectiva Autoridad, Alcalde, Teniente Alcalde y el Juez, y comienzan a recorrer el pueblo, de casa en casa, saludando éstos a cada una de las familias, en tanto que el coro de mozos se queda a la puerta de la calle, cantando al son de panderetas y tambores. En las casas no entra más que el mozo de la vara con su acompañante, a quien espera toda la familia reunida, recibiéndole con todos los honores de protocolo.

Ya tenemos al mozo de la vara muy rígido y muy serio, y en presencia de la familia a quien viene a visitar en nombre de toda la juventud, para anunciar felicidades y augurios del Nuevo Año y de los Santos Reyes. Todos firmes y con una seriedad nunca interrumpida, la nueva autoridad pronuncia un breve discurso dirigido a la familia, si no elocuente, al menos oportuno, sencillo y conmovedor, que es el siguiente:

"Me alegraré de que pase Ud. felices Pascuas, en honra "y gloria del Hijo de Dios, entrada y salida de año, en com- "pañía de su familia y de las personas que Ud. más estime "y sean de su mayor estimación y agrado. Que con felicidad "disfrute Ud. muchos años, hoy día de los Santos Reyes".

A esta felicitación contestaba el dueño o jefe de la casa en términos parecidos, terminando:

"Que los Santos Reyes os den salud para continuar "siempre adelante".

La escena eran tan conmovedora, que siempre hacía saltar las lágrimas a todos los circunstantes.

Una vez que el jefe de familia o la dueña de casa, correspondía al discurso, que sin resollar y de un tirón ha pronunciado el mozo, se sentaba en compañía del asistente, tomaban vinos generosos y dulces, recibían el aguinaldo y, como no tenían tiempo que perder, se retiraban para entrar en otra casa. El mozo que se riera durante la ceremonia de felicitación, era multado con cinco pesetas, como también se multaba con la misma cantidad al mozo que faltase a tres casas consecutivas sin dar la felicitación, o se separara de la cuadrilla de cantores.

De tres en tres casas, el Alcalde de vara tenía que dar un cigarro a todos los mozos que formaban la cuadrilla, a cargo de los cuales estaban los cánticos de Reyes, mientras que el primero visitaba todas las casas, una por una.

No es justo que pasemos en silencio, ni olvidemos al coro de mozos que han permanecido plantados a la puerta, cantando, cuando no comiendo o

bebiendo, puesto que siempre se les sirve alguna cosa, al menos un jarro de vino tinto, y en verdad que bien necesitan mojar los gargüelos, después de tanto cantar en cada puerta del vecindario, como tampoco sería justo el que nuestros lectores no tuvieran idea de los versos, que con su tonada correspondiente y variada, amenizan la fiesta de los "aguinaldos" en este memorable día de los Santos Reyes.

Nos complacemos en transcribirlos aquí literalmente, aunque falte la música, que es lo principal, para poder formar una idea cabal del sentimiento que aquellos versos encerraban, fruto de la inspiración de nuestros antepasados.

Comienza la voz cantante, a la que responde el Coro con el estribillo siempre igual:

Del Oriente salió una Estrella,
Los Reyes son.
Reluciente, clara y bella.
Los Reyes son.
En el Cielo hay un castillo,
Los Reyes son.
Cargado de maravilla.
Los Reyes son.
No le labró carpintero,
Los Reyes son.
Ni hecho de carpintería.
Los Reyes son.
Que le labró San José,
Los Reyes son.
Para la Virgen María.
Los Reyes son.

Los Tres Reyes se juntaron,
Los Reyes son.
Para Belén caminaron.
Los Reyes son.
En el medio del camino,
Los Reyes son.
Con Herodes se encontraron.
Los Reyes son.
Les pregunta adónde van.
Los Reyes son.
Vamos a buscar un Niño,
Los Reyes son.
Que la Virgen ha parido.
Los Reyes son.
Unos dicen que es muy bello,
Los Reyes son.

Que tiene por casa el Cielo.
Los Reyes son.
Otros dicen que es muy lindo,
Los Reyes son.
Que es el Rey de los Judíos.
Los Reyes son.
Les va guiando una estrella;
Los Reyes son.
Ellos se guían por ella.
Los Reyes son.
... ...

Cuando por aquí volváis,
Los Reyes son.
La noticia me traigáis.
Los Reyes son.
Ya llegaron al Portal;
Los Reyes son.
La Estrella vieron parar.
Los Reyes son.
Traigan para acá ese Niño,
Los Reyes son.
Le queremos adorar,
Los Reyes son.
Y a su Madre visitar.
Los Reyes son.
Los Tres Dones le ofrecieron.
Los Reyes son.
El uno le ofreció Incienso,
Los Reyes son.
Porque era el Rey Inmenso.
Los Reyes son.
El otro le ofreció el Oro,
Los Reyes son.
Porque era el Rey de Todo.
Los Reyes son.
Otro le ofreció la Mirra,
Los Reyes son.
Porque era Hombre y expira.
Los Reyes son.
Toman por otro camino,
Los Reyes son.
Cogen por otra vereda,
Los Reyes son.
Porque Herodes busca al Niño,
Los Reyes son.
Para quitarle la vida.
Los Reyes son.
... ...

Ahora pedimos bagaje,
Los Reyes son.
Para proseguir el viaje.
Los Reyes son.
También pedimos torreznos,
Los Reyes son.
Y huevos para envolverlos.
Los Reyes son.
También pedimos dinero,
Los Reyes son.
Para arreglar el pandero.
Los Reyes son.

Antes de entrar en cada casa, la Cuadrilla de mozos cantores, solicitaban el permiso de entrada en la siguiente forma:

Si la quieren dar,
si la quieren dar,
licencia pedimos
"Pa" poder entrar.

Pascuas de Nacimiento
venimos a dar.
Los tres Reyes Magos
le iban a ver
a la recién parida,
y al Niño también.

Ya parió la Virgen,
y ha sido en Belén,
y los Santos Reyes
le han venido a ver.

Cuando la señora de casa salía con los aguinaldos, cantaban la siguiente estrofa:

Alégrate, corazón,
que ya la vemos venir,
con el chorizo en la mano
y el torrezno en el mandil.

Mientras cantaban esto, el Alcalde y Regidor entraban dentro de la casa para felicitar y saludar al dueño, como ya hemos dicho anteriormente.

Para el Sr. Cura y el Alcalde Municipal, tenían versos especiales, en prueba de distinción, ya que distinguido era por lo regular el "aguinaldo" que de dichas Autoridades recibían los mozos, que a veces era en dinero o algunas pesetas. Los cantos que les dedicaban eran los siguientes, y no es justo que hagamos omisión de ellos.

A la puerta del Sr. Cura y del Alcalde:

Aquí en esta casa
canto con fervor,
y los dueños de ella
presten atención,
que cantan los Reyes
al Hijo de Dios.

Escuchen, señores,
un caso excelente,
los tres Reyes Magos
que vienen de Oriente,
y dejan sus tierras,
sus ricos rincones,

caminan por otras
extrañas naciones,
y por ellas llegan
al santo lugar,
y llevan sus dones
para presentar.
Preguntó el Herodes,
con soberbia, a ellos:
¿Qué venís buscando
por estos mis reinos?
Y ellos le responden
con puntualidad:
Habéis de saber,
Rey muy poderoso,
venimos en busca
de ese Niño hermoso,
el Rey de los Reyes,
que está en un portal.

Confuso el Herodes,
lleno de recelo,
llama a los sayones
y forma su pueblo.
Y jura, severa
venganza tomar.
Los tres dromedarios
de estrellas guiados,
llegan a Belén.
Los tres Reyes Magos
encuentran al Niño
en un pobre establo.
Melchor, el primero,
de capa arrastrando,
carroza de acero,
que va cabalgando.
Gaspar, el segundo,
a pie con su palo,
al Dueño del mundo
le lleva un regalo.
Baltasar seguía,
de negro pellejo,
en su cara lleva
de estrella un reflejo,
un collar de perlas
le cuelga al pecho,
que da gusto verle,
por lo muy bien hecho.

Y el Incienso y Mirra
que ofrecen al Niño,
para más grandeza
el Oro más fino.

La Estrella, el camino
les volvió a mostrar,
alegres y contentos
de a Belén llegar.

Esta es la Cuadrilla
de los mozos bellos,
que esperan chorizos,
magras y torreznos.
Y si dan pesetas,
no hay que reparar,
y el Niño de Belén
se lo pagará.

Una vez que las diversas cuadrillas habían recorrido todo el pueblo, sin dejar ninguna casa, siem-

pre se despedían con este verso, después de recibir el "aguinaldo":

En esta casa honrada,
limosna han dado;
la Virgen se lo pague
y su Hijo sagrado.

Cuando tan sólo faltaban tres o cuatro casas por visitar, uno de los mozos avisaba al Sr. Cura para que tocara al Rosario, y después de pasar lista, se dirigían todos a la Iglesia, en formación, y allí se cantaban Vísperas solemnes.

Los nuevos Alcaldes y Regidores, situados en el Presbiterio con el Ayuntamiento del pueblo, con la circunstancia de que a estos actos tenían que asistir con el mismo traje de gala, pero con distinta corbata, bajo pena de multa de cinco pesetas, así como también tenían multa si no bailaban después de la fiesta en el baile general de la plaza.

Los únicos que no estaban obligados a ir en Cuadrilla, eran el Secretario y el Alguacil, porque su cargo era el de vigilantes y revisadores de las tres Cuadrillas de mozos, por si faltaba alguno o se portaba mal, mientras que el segundo tenía que transportar las alforjas llenas de aguinaldos al punto llamado "posada", donde se depositaban todos los "aguinaldos" recogidos.

Esta memorable fecha de Reyes, preparada el día de San Silvestre, o sea el último día del año, era tomada con tanta seriedad, que el mozo que fal-

tara a Concejo esa noche, tenía cinco pesetas de multa. Dicho Concejo se celebraba a las doce de la noche. En conformidad con el Reglamento, lo primero que hacían era nombrar las nuevas Autoridades. A continuación se admitían los "nuevos mozos" con las ceremonias de Ordenanza. De pie los nuevos aspirantes, y con la cabeza descubierta, eran preguntados por el Regidor Mayor sobre sus nombres, edad, y el permiso de sus padres; se les leía la Ordenanza, pagaban dos reales, se les bautizaba con un nuevo nombre, y se les hacía cantar algunas tonadas de la tierra.

Al siguiente día, Año Nuevo, celebraban una Comida la Justicia entrante y saliente, y por la tarde, todos juntos, tenían que dar una vuelta al pueblo con la Caja, y al llegar al Estanco, las Autoridades entrantes pagaban un cigarro puro para todos los acompañantes.

La víspera de Reyes, se celebraba nuevo Concejo, para cobrar el impuesto, multas, etc., formar la nueva lista de todos los mozos, y dar posesión Oficial a las nuevas Dignidades. Todo aquel que faltara a esta Reunión era multado con cinco pesetas. A continuación, el nuevo Alcalde Mayor, Mayordomo y Regidor se dirigían a visitar al Sr. Cura y al Alcalde Municipal del pueblo, para felicitarles las Pascuas y requerir el permiso necesario para pedir "los Aguinaldos" el día de Reyes, y una vez obtenido regresaban a la Junta, se comunicaba a todos la au-

torización concedida, se hacía la distribución de las tres Cuadrillas de mozos, se elegía la casa o "posada" para depositar los "aguinaldos", se daban órdenes para que nadie se propasara ni hubiera quejas de ninguna clase, y por último y una vez terminado el Concejo, los Alcaldes, con el Corregidor, tenían que ir por los "hilanderos" y felicitar las Pascuas, y solían llevar polvos para hacer estornudar a las mozas y a las viejas.

A todos estos actos las Autoridades tenían que asistir con corbata, bastón y tapabocas grande con flecos, bajo la multa de cinco pesetas si no lo hicieren.

Finalmente, el día de Reyes, al amanecer, tenían que reunirse todos los mozos en la Casa Ayuntamiento, se tomaba lista, y comenzaba la diana por el pueblo, dando serenatas a las Autoridades Civiles y Eclesiásticas, y a todas las casas cuyos dueños llevaran el nombre de alguno de los tres Reyes Magos. Al mozo que faltara a la diana, formada por la Caja, panderetas, almireces, guadañas, hierrillos, etc., se le multaba con el pago de un cuartillo de aguardiente.

Resultado final de todo esto, era que los mozos sacaban "aguinaldos" para comer por muchos días, en santa amistad y compañerismo, y satisfechos del éxito obtenido, al siguiente día se dedicaban a divertir al pueblo con alguna "mojiganga".

Historia de la "Caja"

Tan sólo dos palabras, para información de quienes no están en antecedentes.

En mi pueblo se conoce con el nombre de "Caja" el tambor de los mozos, pero no un tambor moderno, sino antiquísimo, largo y pesado como los de la Guardia de Napoleón, forrado de bronce y con su cinto correspondiente y dos tubos para meter los palillos. Tiene su historia curiosa, que diversas veces oí relatar a los viejos, cuando chico, pero que actualmente no puedo recordar. Lo único que puedo decir, es que, según las versiones, fué encontrada en una cueva del monte Baldeaya, probablemente del tiempo de la Independencia, cuando la guerra contra Napoleón. Hay quien dice que sí proviene del tiempo de la Carlistada. En la chapa de bronce amarillo, ostenta una inscripción, en la que si mal no recuerdo, declara pertenecer a un Regimiento de Lanceros de principios del siglo XIX. Sentimos no tener a mano dicha inscripción, pero existiendo como existe dicha "Caja", aunque ya retirada, no es difícil hacer una copia de la misma.

Terminamos aquí lo concerniente a los mozos de Velilla y todo lo que se refiere a su legislación y fiesta de Reyes, con el sentimiento de que todo esto haya desaparecido por completo, como tantas otras cosas, haciendo votos para que volvieran de nuevo tiempos tan felices.

Cada chico con su cesta

La muchachada no pierde el tiempo, el día de Reyes, y desde que amanece hasta que la noche se viene encima, se ven pulular por todas partes bandadas de chiquillos, cada cual con su correspondiente cesta al brazo, que, a semejanza de los mozos, también van pidiendo el "aguinaldo" de puerta en puerta, soplándose las uñas de frío, o bien quitándose los mocos con la bocamanga de la blusa o de la chaqueta, pero, todos sin excepción, pidiendo a gritos con estas palabras:

Aguinaldo, Aguinaldo:
y que Dios la dé salud
"pa" llegar a otro año.

En este día, los pobres sacan la tripa de mal año, ya que en ninguna casa se les niega el "aguinaldo" con el cual remedian sus necesidades por no poco tiempo. Por lo regular, los niños de posición económica no hacen visitas, ni piden "aguinaldo", sino entre los parientes y familias conocidas.

Los chicos, una vez que han recibido su correspondiente "aguinaldo", suelen cantar, antes de marcharse, y en agradecimiento, la siguiente copla, en un tono melancólico y siempre igual:

A los de esta casa
Dios les dé victoria,
en la tierra gracia
y en el cielo gloria.

Pero cuando la dueña de casa ha sido roñosa en el "aguinaldo", o ha dado avellanas agujereadas y nueces vacías, o castañas arrugadas, o dulces apolillados, no se libra de otra cuarteta que tiene mucho retintín y mucha miga, dando lugar a veces a no pocos lances, mientras que los chiquillos ponen pies en polvorosa:

Esta mujer tan roñosa
que no nos quiso dar nada,
nadie favores la haga,
porque es algo descastada.
A los de esta casa,
sólo les deseo,
que sarna perruna
les cubra los huesos.

La dueña a quien va dirigida esta saeta burlesca, suele encabritarse, echándolo más a perder, puesto que a ella siguen otras muchas cuartetas, todavía más picantes que la primera, de modo que lo más práctico es callarse, y preparar mejor "aguinaldo" para otro año.

Ya se terminó la fiesta de los Santos Reyes, con gran sentimiento de los chicos y... de los grandes, y únicamente falta como remate de todo:

La gran cena de los mozos

Es el broche con que siempre se cierra el día de Reyes. ¡La gran cena de los mozos!... ¡Y qué cena!

Terminados los "aguinaldos", y casi rendidos y descuajaringados del trajín de todo el día, fatigados de tanto cántico, casi atontados de tanto ruido de tambores y panderetas, los mozos, con sus nuevas Autoridades al frente, se reúnen en la Casa Ayuntamiento, y en ella se van vaciando las alforjas de cuanto se ha recogido pidiendo de puerta en puerta, y que sería más que suficiente para mantenerse algunos meses. Allí hay de todo: chorizos frescos, morcillas bien repletas, jamones apretados, huevos a docenas, avellanas y nueces a granel, pasas y rosquillas a montones, titos, garbanzos, lentejas, alubias... todo un almacén de ultramarinos. La "redada" ha sido buena y con ella se disponen a celebrar los mozos verdaderas bodas de Camacho, y como tienen tantas cosas y aquella juventud se distingue por sus buenos sentimientos, muchas de esas viandas irán a parar a alguna familia pobre y necesitada del pueblo, haciendo con ella una verdadera obra de caridad, que ellos consideran como una verdadera obligación de justicia.

Después de seleccionar y de apartar unas cosas de otras, colocándolas en su lugar correspondiente, todos se preparan, en unión y santa fraternidad, a celebrar "la gran cena de Reyes", durante la cual se habla de lo lindo, se ríe a carcajadas, se comentan los hechos del día, se bromea, se canta, se baila, y... hasta alguno que otro se agarra "una turca" que le hará dormir veinticuatro horas consecutivas.

Terminada la cena a altas horas de la madrugada, todavía les queda a aquellos jóvenes fuerzas, humor y resistencia para "echar alguna ronda debajo de la ventana de alguna moza" y apedrear a cuanto perro o gato se le ocurra merodear por la calle, hasta que por fin, entre tonadas, gritos, silbidos y típicos "relinchos montañeses", van a dar con sus huesos, no digo que a la cama, pero sí, por lo menos, al pajar, y allí descansan del ajetreo de Reyes, no sin soñar que estaban aún comiendo pollos y capones, chorizos y longanizas, morcillas, pepitoria y... arroz con leche.

CAPITULO VI

CARNAVALES Y CUARESMA

Han terminado las fiestas de Reyes, con las típicas y trascendentales costumbres de los mozos de mi tierra, y continuando, para evitar confusiones, el orden cronológico de los acontecimientos, según los va señalando el calendario, iremos puntualizando los hechos que tengan relación con los usos y costumbres de un pueblo, antes patriarcal y hoy modernizado.

Nos encontramos en pleno invierno, con sus días cortos y sus noches largas y desapacibles, durante las cuales, mis paisanos apenas si salen de la cocina ni se separan del fuego, sin que por eso estén ociosos, ni mucho menos. Hilando, cosiendo y tejiendo las mujeres; cuidando la hacienda los hombres; arreglando aperos de labranza, haciendo tarugos o escriños, dando una mano a garios, bieldos, horcas, yugos y sobeos, deteriorados en las faenas veraniegas. Hasta los rapaces emplean su encierro forzoso invernal, asando castañas y patatas, arreglando sus trompos, fabricando peloteros de sauco o trampas para

cazar "pardales" en el pajar o en la leñera, elaborando pelotas con el estambre de algún par de medias rotas, y todo sin emplear otro instrumento que una navaja patatera de "a perro gordo", o a lo más con alguna de "cachas" y de tres clavos. Hasta que se duerman, ellos tienen que estar revolviendo en la cocina, dando que hacer a las madres, cuando no se van al pajar a echar hierba a las vacas, revolcarse de lo lindo, haciendo columbetas, para terminar por rodar y caerse por "el boquerón", dando con sus cuerpos inquietos en las pesebreras de la cuadra, ganándose una costalada de muy señor mío, cuando no la rotura de algún brazo o de alguna pierna.

Era en esas veladas de las noches largas de invierno, cuando oíamos contar historias y consejas a las viejas, recitar romances en verso que nunca terminaban, o cantar "gerineldos" de sublime melancolía, llenos de sentimiento y de profunda filosofía, con un canturreo saturado de dulzura, y es ahora cuando, al recordar estas cosas, no podemos menos de rendir tributo a la retentiva extraordinaria de aquellas madres y abuelas, que de memoria y sin equivocarse, recitaban cantando toda la Pasión de Jesucristo, las Catorce Estaciones del Vía Crucis, los Desposorios de San José y la Virgen, la vida de Sta. Genoveva, milagros de San Antonio, la Mora Cautiva o las hazañas de Roldán. Todo esto, y algo más, oía yo recitar y cantar a mi buena y santa madre, que Dios tenga en el Cielo, y al recordar

aquellas costumbres, nos palpita el corazón y se nos llenan los ojos de lágrimas a impulsos de una nostalgia, triste, sí, pero en sumo grado consoladora y sedante.

Entre unas cosas y otras, declinaba el invierno para dar paso a la risueña primavera, pero antes ocurrían hechos y se celebraban fiestas, que no he de consentir se me queden en el fondo del tintero, porque ellas tienen relación con "costumbres de mi pueblo" ya desaparecidas, y muy dignas de ser resucitadas para conocimiento de cuantos no las conocieron, que es precisamente el objeto principal que me ha inducido a escribir el presente libro narrativo, sobre el Velilla que ya pasó... ¡para siempre!

Los Carnavales o "Antruido"

En mi pueblo siempre se celebró con gran solemnidad la festividad de los Desposorios de San José y la Virgen, así como la fiesta del Patriarca de Nazaret. Pertenecía exclusivamente a las mujeres casadas y a las viejas, y eran ellas las que se encargaban de estos cultos, como ellas eran las que cantaban en la iglesia "los Desposorios" con sus voces tan fervorosas como gangosas, y que siempre motivaban las cuchufletas e ironías de "algunos tipos guasones", únicos en el pueblo que pretendían pasar por "espíritus un tanto fuertes y despreocupados", cuando ellos eran tan creyentes como los de-

más, y más de un disgustillo les causó a dichos tipos, el pretender ridiculizar ciertos actos tradicionales de la vecindad, que si no se avergonzó nunca de sus costumbres tradicionales, tampoco estaba acostumbrada a sufrir desplantes de los que se creían bravucones y come-niños. Nunca faltaban algunos de estos tipos en aquellos pueblos sencillos, cuyo único fin siempre era, hacer reír con chistes, no siempre de buen gusto para aquellos tiempos, o hacer rabiar al prójimo, resultando siempre, que los verdaderos ridiculizados fueron siempre ellos, y hasta los chicos nos reíamos en las propias barbas de quienes se atribuían el papel de "sinapismos ambulantes".

De la misma manera, siempre se celebró en mi pueblo, con pompa y solemnidad, el día de la Purificación de la Santísima Virgen, y nunca hubo ni vecino ni vecina, ni chico ni grande, casado o soltero, joven o viejo, que no llevara su vela para que el Sr. Cura la bendijera en la Misa, durante la cual todos la tenían encendida, después de haberla recibido de manos del Sacerdote, al mismo tiempo que se besaba reverentemente su mano.

Ni que decir tiene lo que gozábamos los muchachos con las dichosas Candelas, echándonos la cera unos a otros, derramando sobre la palma de la mano sus gotas derretidas, arrojando las mismas gotas sobre la cabeza del que estaba delante, que se encontraba después en apuros para desprenderse de ella y a fuerza de arrancarse los cabellos, dejando

perdidos los vestidos propios y también los ajenos con las gotas de cera, y... ganándonos unos cuantos coscorrones del Sr. Maestro que nos vigilaba, o de algún viejo colateral a quien nos empeñábamos en quitarle la devoción o molestábamos demasiado.

Terminada que era la Misa de la Virgen de la Purificación, cada cual llevaba su candela a la casa, y nuestras madres las conservaban con especial cuidado, colocando una en la "sala", para encenderla cuando había tormentas, para que no cayeran ni rayos ni centellas, y otra en el pajar o en el establo de los animales, para preservarlos "del enemigo y de todo mal". ¡Aquéllos eran tiempos de fe, tan profunda como bien arraigada! ¡Felices aquellos tiempos!

Demos un paso más en nuestra relación, y lo primero con que nos encontramos es con las fiestas de Carnaval, llamadas en mi pueblo "Antruido", sin que hasta el presente hayamos podido averiguar el origen de esta palabra, que desde niños se nos clavó en la memoria de tanto oírla, pero ignorando su etimología, a pesar de haber hojeado varios diccionarios de la lengua.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que nuestros antepasados no conocían al Carnaval sino con el nombre de "Antruido", y el Antruido era el más ruidoso de los acontecimientos de mi pueblo, el que más profundos recuerdos ha dejado en nosotros, al que después de tantos años tenemos tan grabado en la memoria, como si aún nos encontráramos entre

farsas y mojigangas, entre zamarrones y cencerros. No queda más remedio que recordarlos.

Aunque la vecindad se olvidara de que ya venían los Carnavales, allí estábamos los chicos para recordárselo. Unos veinte días antes de Carnaval, ya comenzaban a alborotar el pueblo los muchachos, vestidos de zamarrones, haciéndose los cojos "para que no se les conociera", sonando campanillas y cencerros, disfrazados con todas las prendas que habían podido "arramplar" en casa, dando pelotazos a todo bicho viviente, y encaperuzados con pellejos puntiagudos de un metro de altura, sin más orificios que los correspondientes a los ojos y a la boca. Los chicos disfrazados mucho antes de Carnaval, eran ya el preludio de los verdaderos zamarrones, esperados con impaciencia por todos y con su tantico de miedo por parte de mozas y chiquillos.

Martes de Carnaval

Ya llegó el día con tantas ansias esperado, y debemos hacer notar, que en mi pueblo no había Carnavales, sino Carnaval, toda vez que sólo y únicamente el martes por la tarde se dedicaba el pueblo a esta clase de diversiones, en aquel entonces inocentes y alegres, cuando aún no se conocían las ridículas cuanto repugnantes máscaras de tiempos modernos.

En la tarde del martes de Carnaval, no se trabajaba en el pueblo, porque todo bicho viviente tenía que hacer acto de presencia en la plaza para ver los "Zamarrones", presenciar las carreras de los mismos, participar de los sustos y peripecias siempre sensacionales, reírse a mandíbula batiente con las caídas, aplaudir a los vencedores en la carrera y disfrutar, en fin, de aquella tarde tan llena de emociones, que era difícil olvidar en todo el año.

En esa tarde había corridas de cintas, parodia de corridas de toros, con sus trajes de luces y todo; caballos con picadores, algo así como banderillas, y entre el toro, que no era otro que el tío Salvador o el tío Carlones, y el torero, elegantemente vestido real y verdaderamente, que lo era el tío Marcos, con picadores como los tíos Robustiano y Elías, conseguían entretener a todo el público, hasta que el toro, asfixiado dentro de la banasta, jadeante y sudoroso, no daba más de sí, y cansado y rengueante, se caía sin necesidad de que le dieran la fingida estocada. En las corridas de cintas, los mozos y hombres casados hacían ostentación de sus cualidades ecuestres tanto como de su maestría, para meter el punzón por la sortija de la cinta, a galope tendido, y en Velilla había buenos jinetes y no malos caballos, distinguiéndose entre todos el Sr. Marcos y el Sr. Nemesio, que resultaban casi siempre campeones en el torneo.

Otro número del programa del martes de Carnaval, corría por cuenta y riesgo de los famosos tío Robustiano y tío Elías, entonces mozos ágiles y valientes, de rumbo y de fachenda, como tal vez no se conocieron otros en muchos años.

Amigos siempre inseparables, unidos por carácter y por parentesco, formaban y constituían la flor y nata de la juventud de Velilla, por su apostura, agilidad y habilidad, lo mismo para pinar el mayo que para bailar en la plaza; tan maestros en el juego de los danzantes como en manejar los palillos cuando tocaban la Caja, acompañando a la pandereta y a la dulzaina. Tan sólo los mozos que les habían precedido y que se llamaron Marcos, Isidoro, Martín y Salvador, les hubieran ganado en apostura y gallardía.

Estos dos mozos, Robustiano y Elías, tenían tanta gracia y tanta "chispa" imitando a un matrimonio gitano, que hubieran arrancado aplausos en el escenario de cualquier teatro de la capital. Remedaban tan afortunadamente el lenguaje de los zíngaros y húngaros que venían por el pueblo con sus osos y micos; sabían disfrazarse tan a la perfección; abundaban en tantos y tantos chistes, en tantas y tantas ocurrencias, traídas siempre a tiempo y con tanta oportunidad, que sus "mojigangas" se hicieron célebres y se inmortalizaron por todos los pueblos del contorno. Fingiéndose borrachos, arrancaban las carcajadas del público, dejando a todos desternillados

de risa, y chistes amenos y de buen gusto cuanto inofensivos, que ya los quisieran para sí muchos cómicos de la legua, y muchos comediantes que se ganan la vida haciendo payasadas. Sin ese número del programa, realizado con toda perfección por estos dos jóvenes de mi pueblo, no había Carnaval completo. El primero ya no existe, muriendo en la paz del Señor no hace muchos años; el segundo, aunque peinando canas, ya viejecito, todavía conserva rasgos de su antigua majeza, y pido al Cielo le conserve, para que pueda rejuvenecerse, viéndose retratado en las páginas de este mi libro, y a mi pueblo dedicado. (1)

Los zamarrones

Abro el diccionario buscando la palabra "zamarrón", y no me lo sabe decir, enterándome de que es aumentativo de zamarro. ¡Para este viaje no necesitamos alforjas!... y puesto que el diccionario no me lo sabe decir, justo es que yo se lo diga a los lectores, con todos sus pelos y señales, porque los "zamarrones" eran el día de Antruido, programa obligado, sin los cuales no se explicaba el martes de Carnaval.

¿No han visto alguna vez fotografiados a los Cofrades que acompañan la Semana Santa en Sevi-

(1) Al entrar en máquina estas cuartillas, recibimos la triste noticia de la muerte del Sr. Elías, primo carnal del Autor. (R. I. P.)

lla?... Pues, no tienen más que cambiar la túnica de dichos cofrades por unos calzoncillos y una camisa, adornada ésta de puntillas y perifollos, un cinturón lleno de campanillas y cencerros, y con su cono de piel de oveja o de cabra embutido en la cabeza hasta los hombros, una tralla o látigo en la mano, de la que pende una pelota de trapo, y... aquí tienen un "zamarrón" de cuerpo entero.

El mamarracho no deja de ser imponente, y había que ver cómo asustados nos agarrábamos a las sayas de nuestras madres, llorando de miedo y a moco tendido, con sólo ver a los zamarrones, y nunca se nos olvidarán los nombres del tío Casto, del tío Venancio y del tío Julián, que eran por lo regular los que monopolizaban y constituían la zamarrada.

Ya son las tres de la tarde. La plaza del pueblo es un hormiguero de gente; la mocedad está bailando, y los hombres casados en la bolera, jugando a los bolos, haciendo "cincas" o despatarrándose por hacer un "cuadro" o tocar el bolo del medio; gritando a voz en cuello sobre si la bola pasó por aquí o se metió por allá, si pasó o no pasó "la raya", mientras "el Dómine" canta, con su vozarrón, los tantos, y va metiendo la clavija en la tableta para no equivocarse.

Los muchachos no hacen coro en la bolera como en otros días. Hay algo más grave que les tiene preocupados aquella tarde, y se les ve nerviosos,

apostados en las esquinas y bocacalles, ojo avizor y siempre dispuestos a poner los pies en polvorosa, en cuanto los zamarrones, saliendo de la taberna, examinan el campo, se preparan a la embestida y echan sus planes para el desarrollo de la campaña que van a emprender, que no es ni pequeña ni fácil que digamos.

Se trata nada menos que de agarrar a todos los chicos, mozos y mozas, y uno por uno llevarlos a la taberna, a buenas o a malas, pagar "un perro chico", beberse el vaso que dicen ser vino tinto, y correr por aquí, saltar por allá, aquí te cojo y allí te pesco, el fin es no dejar a un chico ni a un grande, mozo o moza, y hasta alguna que otra vieja, sin hacerla pagar los cinco céntimos y beberse el trago de vino.

Figúrense los lectores la ardua tarea que esto significa para unos hombres aquel día llamados zamarrones, corriendo toda la tarde, embutidos como se encuentran en las zamarras puntiagudas, que apenas dejan respirar libremente, sudando a mares, persiguiendo a una muchachada que tiene pies ágiles y corren como gamos, que se ocultan por aquí, que aparecen por allá, que se esconden en la torre y en las bóvedas, que saltan tapias, entran por las huertas, atraviesan charcos, se esconden en los pajares y en las cuadras, y siempre acechando, siempre corriendo tras de ellos, tapando con las manos las esquilas y cencerros para no denunciar su presencia ni dar

la voz de alarma, y corre que te corre hasta no dejar un chico del pueblo sin agarrar, ni a mozo ni moza sin llevar a la taberna... Para comprenderlo, es preciso presenciarlo, así como para describirlo se necesitaría una péñola mejor cortada que la mía, y una imaginación oriental, y todos los colores de la paleta de un Goya o de un Sorolla.

Y hay que tener presente, que allí se hacía punto de honor el que un chico se escapara sin ser agarrado por los zamarrones, como se quedaría avergonzado cualquier zamarrón si esto llegara a suceder, que nunca sucedía, porque al fin de cuentas irían a buscarle de noche a la casa y sacarle, si preciso fuera, hasta de la misma cama.

Bien se ganaban, por cierto, las perras chicas que recogían los zamarrones a fuerza de carreras, sudores, tumbadas y desgarraduras, pero había que hacerlo y cumplir fielmente la tradición, para celebrar dignamente el Antruido la tarde del martes de Carnaval.

Empieza la Santa Cuaresma

Y como por encanto y arte de magia, se terminaron las mojigangas, bailes, diversiones de todo género, y hasta la expresión misma de los rostros daba a entender, en mi pueblo, que la decoración había cambiado por completo. Y es que aquellas gentes, sencillas y eminentemente religiosas, sabían

distinguir bien los tiempos y las circunstancias, practicando el consejo de la Sabiduría, que dice: Hay tiempo de reír y tiempo de llorar, de estar triste y de estar alegre, de rezar y de cantar y gemir.

Es por eso que, apenas terminado el martes de Carnaval, despedido estrepitosamente con una soberbia cencerrada, que recorre todas las calles, y con invariable motete cantado por todos, y que dice:

A Pineda, a Pineda,
que se pasa Antruido
y llega la Cuaresma.

Y con el último grito y el último toque de cencerro, se acababa la fiesta de carnestolendas.

Al día siguiente, miércoles de Ceniza, todo era recogimiento y piedad, y raro era el que faltara a la Misa para recibir la ceniza, que recuerda al hombre su último fin. Ya nadie tenía que pensar ni en fiestas ni en bailes, hasta que las campanas repicaran a gloria el día Sábado Santo. Pitos y gaitas, panderetas y tambores, se arrinconaban por espacio de cuarenta días que la Iglesia dedica a la meditación y penitencia, como se arrinconaban las castañuelas del baile y los perifollos domingueros. Por nada de este mundo se hubieran atrevido a profanar, con el menor indicio de alegría, la melancólica tristeza de un tiempo dedicado al recogimiento, y ninguna circunstancia, por grave que fuese, sería capaz de romper la imponente gravedad del tiempo santo.

No se celebraba ninguna boda, aunque se hun-

diera el mundo, y el pueblo entero hubiera protestado, como el Sr. Cura no hubiera consentido jamás el que eso sucediera.

Distracciones cuaresmales

Llegaban los domingos, y como la juventud no tenía baile para distraerse, ella encontraba, sin embargo, medios para divertirse, sin faltar a las leyes que la Cuaresma imponía, y en verdad que eran distracciones bien inocentes, porque otras que no lo fueran, nunca las hubieran consentido nuestros padres, rígidos y severos cuando se trataba del cumplimiento del deber, intransigentes para todo aquello que no estuviera en conformidad con la moral y las buenas costumbres.

Nuestras madres, durante el tiempo cuaresmal, se dedicaban de una manera particular a sus rezos, a leer la vida de Santos, a contarse mutuamente historias piadosas, y a visitar con más frecuencia y más detenidamente el Templo y la Ermita de Nuestra Señora de Areños. Hacían repasar el Catecismo a hijos y criados; les preparaban para el cumplimiento Pascual, y ellas mismas nos hacían el examen de conciencia, o nos retenían a su lado para rezar uno o varios Rosarios, con un sinnúmero de oraciones y jaculatorias.

La juventud, en la tarde de los domingos, se ejercitaba en juegos de agilidad y musculatura, bien

con carreras, ya jugando al "trespasante", ora a la pelota, bien al "chanclo" o a la trompa, cuando no a los bolos o a la barra.

Entre las mujeres, existían juegos bastante curiosos y divertidos; entre ellos, el juego del puchero, la gallina ciega, la alpargata escondida, el corro y otros similares, todos inocentes, distraídos, no exentos de habilidad y que requerían agilidad, soltura y buena vista. Así se distraían nuestros antepasados durante el tiempo de Cuaresma, y consideraban como pecado imperdonable, no unir sus espíritus con el espíritu de la Iglesia.

Campanillas y saetas

Entre todos los días de Cuaresma, eran privilegiados, para nosotros, los miércoles y los viernes. En estos días, y a la puesta del sol, nos dirigíamos los chicos a la iglesia, siempre corriendo, para ser los primeros; agarrábamos las campanillas de ayudar a Misa, y, en grupos, íbamos cantando por todas las calles, aquellas estrofas de penitencia:

¡Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando,
mira que te has de morir,
mira que no sabes cuándo!

El Capuchino te avisa
que a Dios sirvas y le ames,
que guardes sus mandamientos
y de ellos nunca te apartes.

Tienes un alma, cristiano,
que es necesario salvar,
y en el tiempo de Cuaresma,
las cuentas hay que arreglar.

Un Capuchino te avisa
a ese tu lado interior,
lo descuidado que vives
sin acordarte que hay Dios.
Mira que joyas y galas,
fausto, riqueza, ambición,
te lo convertirá en polvo
un oscuro panteón.
Toma ceniza,
haz la intención,
que ha sido polvo
tu información.

Tantos regalos al cuerpo,
con banquete y con función,
con pompas, joyas y galas,
maldades y vicio atroz.
Y esa pobrecita alma
no alivia tu corazón,
con decir contritamente:
¡Misericordia, Señor!
¡Ay! ¡qué olvidado
está el pecador
de que hay que darle
la cuenta a Dios!

Hombre, que en tu pensamiento
bien sabes que eres mortal,
y que por una mortaja
las galas has de trocar.
Pero empapado en el mundo,
todo es gozar y gastar,
y esa pobrecita alma
está con necesidad.
Hombres, sentid,
todos llorad,
que está enojada
su Majestad.

Si quieres ver lo que somos,
anda, vete a un hospital.
Uno dice: "que me muero";
otro, agonizando está.
Otros, de una sala salen,
diciendo con triste afán:
"recemos un *Padre Nuestro*,
que uno acaba de expirar".
¡Piensa en la muerte,
deja el pecar,
que quien bien vive,
bien morirá!

Dime, hombre escandaloso,
que con tremenda ambición,
comes el sudor del pobre
con usura y con traición.
Ese dinero que hurtas,
lo gastarás, ¡qué dolor!
en bailes y agradar damas,
todo ofendiéndole a Dios.
Deja los vicios,
témele a Dios,
que te amenaza
tu perdición.

Dime, madre de familia,
si destruyes tu caudal,
en bailes, modas y galas,
tus hijas, ¿qué aprenderán?
Te perderán el respeto
y te tendrás que callar.
Teme la cuenta
en el tribunal,

que tú eres causa
de tanto mal.

Es el hombre, según dice
el pacientísimo Job,
un muladar blanqueado
que la muerte descubrió.
Llegó el plazo de la vida,
del cuerpo un alma salió,
y quedó esa bella dama
convertida en un borrón.
Mujer, escucha
con atención,
que aquí este ejemplo,
dará temor.

Un San Francisco de Borja
llególo a justificar,
el corrompido cadáver
de una difunta beldad.
Al verla desfigurada,
Dijo: "No quiero amar
prenda que deba morir,
sino a Dios, que es inmortal".
¿Y al oír esto,
tan vil serás,
que en tu pecado
te quedarás...?

¡Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando,
mira que has de morir,
mira que no sabes cuándo!

Y todos estos versos, que eran verdaderas saetas para despertar a los más dormidos, iban acompañados de los toques de campanillas que agitábamos con verdadero furor, hasta que llegaba la hora del Rosario, al que nadie faltaba, si no era por enfermedad o por compromisos imprescindibles, con su correspondiente examen y explicación de Doctrina Cristiana, como ya anteriormente dejamos expuesto.

El canto del Miserere

En la iglesia, y después del Rosario, se cantaba, todos los viernes de Cuaresma, el Miserere; delante del altar del Santo Cristo de la Agonía y en medio

de las penumbras del templo, resultaba siempre un acto realmente conmovedor, y a continuación, tenía lugar otro acto aún más imponente, en medio de su triste melancolía, que nunca podremos olvidar durante la vida.

Era la oración cantada para las Almas del Purgatorio en el atrio del templo. Una vez terminado el Miserere, las personas mayores iban saliendo silenciosamente, mientras que la juventud y los niños y niñas de la Escuela se iban colocando en el atrio, formados en dos bandos; las mujeres a un lado y los varones a otro, completamente separados. Puestos todos de rodillas y en medio de la oscuridad, se cantaba, con una entonación saturada de tristeza sublime y que hacía llorar, la siguiente plegaria, digna de inmortalizarse:

¡Pobres almas, pobres almas!
¡Pobres cuerpos sepultados!
¡Donde yacen en olvido
tantos parientes y hermanos!

¡Adiós almas, adiós almas,
adiós cuerpos sepultados,
metidos en el sepulcro
y entre losas encerrados!

¡No es posible, no es posible
el vivir tan olvidados,
teniendo en el Purgatorio
tantos parientes y hermanos!

Los que no se han de admirar,
son nuestros padres amados,
los que nos dieron el sér
con fatigas y trabajos.

¡Ea! hijo, sé leal,
que tu padre está penando,
recemos tres Padre nuestros
y de rodillas postrados.

(Aquí se rezaban tres Padrenuestros, y terminados, seguían cantando).

Animas que estáis en penas,
pasando tantos trabajos,
estas cortas oraciones,
que os sirvan de descanso.

Juntos os las ofrecemos,
por la Pasión de Jesús,

desde la Oración del Huerto,
hasta que murió en la Cruz.
¡Oh, gran Dios Omnipotente!
por vuestros merecimientos,
aliviaréis a las almas
de las penas y tormentos.
Las llevaréis a la Gloria
para que descansen en paz,
por los siglos de los siglos,
por toda la Eternidad.
¡Adiós, adiós, casa santa,
casa del Verbo Divino,
échanos la bendición,
para andar este camino.
Y Vos, Madre Dolorosa,
Madre de consolación,
amparadnos y guiadnos,
y échanos la bendición.
¡Adiós almas, adiós almas!
¡adiós cuerpos sepultados!
¡Que con nuestras oraciones,
os quedéis más aliviados!
Nunca ya permitiremos
el que nos llaméis ingratos,
que vuestras penas se alivien,
eso es lo que deseamos.
Ofreced los sufrimientos
por los q' en el mundo andamos;
hasta que un día nos veamos,
y ha de ser y... no tardando.

Y aquí tienen nuestras perlas populares, pues no otra cosa que perlas son estos piadosos y sentidos versos del pueblo, que tantas veces nos hicieron llorar en el pórtico de la iglesia de mi pueblo amado.

Una vez terminado el canto, se rezaban siete Padre Nuestros y siete Ave Marías por las Benditas Animas, y con un "buenas noches nos dé Dios", se retiraban todos a sus casas, y lo mismo que en Adviento, se entonaban por las calles cánticos piadosos del santo tiempo de Cuaresma.

La Semana Santa

Debemos ante todo decir, para ejemplo de las modernas generaciones, que el Ayuno Cuaresmal era observado con rigor monacal, sin que nadie se atre-

viera a transgredir este precepto Eclesiástico, aun aquellos mismos que por su edad y por sus achaques podían muy bien dispensarse del ayuno. El comer carne en los días prohibidos, era un pecado demasiado gordo, para que aquellas gentes se atrevieran a cometerle. Nadie viviría tranquilo si no sacaba "las Bulas", y por eso no había padre ni madre de familia que pasara sin ellas.

¡Había que ver cómo ayunaban! Yo mismo, al recordarlo, no puedo menos de admirarme. Hombres y mujeres que se pasaban trabajando todo el día en el campo de sol a sol, no tomaban por la mañana más que "la parva", o sea una copa de aguardiente con un pedazo de pan, y... ¡nada más!, y con ese pedazo de pan y esa copa de aguardiente se pasaban hasta el mediodía, sin tomar nada, para no perder el ayuno. A ningún trabajador se le vería "tomar las diez", como después de comer, nadie tomaría tampoco "las cinco". Por la noche, una frugal colación, consistente en una olla de potaje o de sopas, y... ¡a la cama! Si esto no era hacer penitencia, yo no sé lo que es penitencia. Así eran las gentes de aquellos tiempos que pasaron. Hasta los niños participábamos de esta mortificación, sin estar obligados a ello, y sobre todo, los viernes de Cuaresma, nuestras madres, tan santas y tan cristianas, procuraban que no comiéramos "mucho pan" fuera de las comidas, porque "hasta los pajaritos ayunaban", y hay que ver cómo nos esforzábamos para cumplir el consejo de

nuestras madres, que nos enseñaban siempre con el ejemplo y con sus costumbres ascéticas.

Y llegaba la Semana Santa. Como siempre, los chicos éramos los heraldos que con anticipación de quince días ya estábamos alborotando a todo el vecindario con nuestras matracas y carracas, las que no soltábamos de las manos si no era para dormir. Todas las tardes formábamos grupos y recorríamos las calles, "matraqueando" en tal forma, que tenían que oírnos hasta los sordos. La carraca se encontraba en todas partes, hasta entre los pucheros, y a pesar de las riñas y pescozones que nos daban a veces por "nuestros alborotos", todo resultaba inútil, y seguíamos alborotando hasta rabiar. ¡Cuántas matracas y carracas ha roto el que esto escribe! ¡Y con qué satisfacción recuerdo aquella música, que me parecía música divina!

El gran concierto "carraquil" siempre tenía lugar en la cueva de la Gerijuela, de la que ya hemos hecho mención anteriormente. Allí era donde se armaba la de San Quintín, y en dicha cueva de "la Peña" pasábamos horas y horas, dale que dale y toca que toca, sin cansarnos, sin sentir fatiga y... sin que nos quedáramos sordos con aquel estruendo casi infernal, capaz de dejar "relocho" al más sereno y "templao", y por nada del mundo hubiéramos cambiado nuestras carracas, como a puñetazo limpio defendíamos nuestra primacía, cuando alguien ponía en duda las cualidades y la sonoridad de la carraca

o matraca de cada cual, lo que motivaba no pequeñas reyertas entre los muchachos de una banda y los de otra, de uno y otro barrio; cada uno creía, indiscutiblemente, que su carraca era la mejor y la que más ruido metía. Había matracas hasta de seis "mazos", como había carracas y "carracones" de dos y tres rodeznos, que las volteaban entre dos, uno a cada "lao", todas ellas de madera, si bien tampoco faltaban las de "hoja de lata".

Todo este barullo no era más que un ensayo para las Tinieblas del Miércoles, Jueves y Viernes Santos, cantadas a "pescuezo" por un coro formado de hombres y chiquillos, al frente del Sr. Cura y del tío Cipriano, el Sacristán, si no muy afinado, al menos bien nutrido y bien voceado, en el que unos y otros hacían filigranas, sin que faltaran los falsetes ni los carraspeos, con sus correspondientes salivazos para limpiar la garganta, todos con su "Ayuda de Sacristanes" en la mano, estropeando latines, falsificando letras y cometiendo errores, en ellos dispensables, por no saber, la mayoría, una pizca de latín.

Era un honor que enorgullecía, cuando el Cura distinguía encomendando alguna Lamentación en el Oficio de Tinieblas, y allí era donde se lucían el tío Roque, el Dómine Mariano, Avelino y Robustiano, Félix, el tío Carlitos y veinte más, entre quienes también se encontraba el autor, cuando tendría once o doce años. Entre las más afamadas "Lamen-

taciones", una era la del tío Venancio, el herrero del pueblo, para él siempre reservada y bien ganada por derecho de conquista, y era siempre la que termina con las palabras "Crucifige, Crucifige", en las que atacaba fuerte y a grito libre, haciendo retemblar las paredes del templo, por cuya razón los chicos le distinguíamos con el remoquete del "tío Crucifige".

Todos esperábamos con nerviosidad la terminación de las llamadas "Tinieblas", cerradas con el "Miserere", también cantado después de apagadas todas las luces, y por consiguiente, totalmente a oscuras, a dos coros. El Cura y el Sacristán, metidos en la sacristía, y el resto de los cantores en el Coro, alternando los versículos del Salmo de David penitente.

Allí era el esperar anhelantes y temblando el último versículo, y enterados estábamos todos de que terminaba con las palabras para nosotros misteriosas de: "Tunc imponent super Altare tuum vítulos"... ¡Silencio sepulcral!... ¡Espectáculo lleno de nerviosidad!... Y es que había llegado el momento de un verdadero terremoto, que ni el del Calvario. Todos preparados y con las carracas y matracas bien empuñadas, a una palmada dada por el Sr. Cura, comenzaba aquel ruido estrepitoso, siempre inolvidable, que asustaba a las mujeres y hacía temblar de emoción a chicos y jóvenes. Nos dejaban un buen rato metiendo aquel ruido que rememora el terre-

moto de la tierra al morir el Señor en el Monte Calvario, y dudo que fuera tan barullento como el que nosotros formábamos con nuestros instrumentos, hábilmente manejados. Por fin... salía el Sr. Cura de la sacristía, con la vela encendida, llamada por nosotros la vela "María", por representar a la Virgen, indicio de que había que terminar de meter ruido, pero... ¡que si quieres!... porque nadie era capaz de contener nuestro furor ni de dejar de dar vueltas a nuestras carracas y mazazos a las matracas. Era preciso que D. Nicasio, el Párroco, se pusiera serio, para hacernos callar, y... al fin callábamos al oír la frase enérgica de... ¡Basta! ¡Basta, muchachos!...

Mientras duraba el barullo, sucedían cosas curiosas y bien chuscas, porque con aquella confusión y a oscuras, no faltaban nunca los "traviesos mozos" que, acercándose con disimulo a las filas separadas de las mujeres, sentadas todas en el suelo, cuando iban a levantarse, se encontraban media docena cosidas las sayas unas a otras, con cuerda y aguja colchonera, o bien clavadas las sayas en las tablas del pavimento con gruesos clavos, viéndose imposibilitadas de levantarse por estar clavadas en la iglesia y bien reteclavadas. Ni que decir tiene las escenas cómicas y risibles que tales hechos producían, y los comentarios que tales escenas provocaban. ¿Quiénes habían sido los chuscos, sastres y claveteadores?... ¡Que lo averigüe Vargas o el moro Muza!... ¡Nun-

ca se podía averiguar ni dar con los "ocurrentes"! ¡Cualquier día!...

Y venía el Jueves Santo con su Monumento (y el de mi pueblo era verdaderamente monumental, con aquellos judíos que nos daban tanto miedo), con las Visitas ininterrumpidas al Sagrario, con su pompa pueblerina en medio de su seriedad proverbial, día solemne en el cual no había chico que no estrenara borceguíes nuevos, blusa flamante o gorra de colores; día de tanto sol y tanta gloria, que de nuestras madres aprendimos el verso popular de:

Tres días hay en el año,
que relumbran como el sol,
Corpus Christi, Jueves Santo
y el día de la Ascensión.

Estamos en el día solemnemente triste del Viernes Santo, día de imponente grandeza, de sublimes recuerdos, de sensaciones hondas y de remembranzas sangrientas. En este día, el único día del año en el que no hay ateos, nuestras madres y nuestros padres ayunaban a pan y agua, y ayunábamos todos, todos, chicos y grandes, y hasta se hacía ayunar a los animales de los establos.

Y después de recordar todo esto que venimos diciendo y desenterrando, esto que después de tantos y tantos años, nos hace mover la barbilla por la emoción, y nos hace saltar el corazón dentro del pecho, y nos humedece los ojos con lágrimas sedantes, no podemos menos de exclamar: ¡Señor, Señor!...

¿Por qué desaparecieron aquellos tiempos y aquellas costumbres?...

Hemos hablado de "carracas" y "matracas", y por si el presente libro viniera a caer en manos de quienes nunca han visto ni una carraca ni matraca, justo es que se lo expliquemos, y se lo vamos a explicar en verso, ya que el poeta español, Murciano por más señas, llamado Vicente Medina, dejó bien retratados estos instrumentos con el título de:

MATRACAS

Hay dos clases de matracas:
la que tocan por las calles
que viene a ser una tabla
de largo de unos tres palmos
y uno de ancha,
que lleva dos aldabones,
uno "en ca" cara.
La tocan a prisa y dice:
"traca... traca... traca... traca..."

Aquí tienen nuestros lectores explicada la idea de lo que es una matraca. En cuanto a las carracas, ya son más conocidas, y en América las usan las mascaritas para meter ruido durante los días de carnaval, si bien es cierto que ni tienen habilidad ni gracia para manejarlas. Para maestros consumados en su manejo, los chicos de mi pueblo Velilla de Guardo, escondido entre montañas leonesas, a quien dedicamos el presente libro con todo cariño.

CAPITULO VII

PRIMAVERA Y PASCUA FLORIDA

Terminároнse por fin "las Tinieblas" y con gran sentimiento de los chiquillos, hay que guardar las carracas hasta otro año. Pasó la Semana Santa con todas sus tristezas y melancolías, suplantadas ya el día de Sábado Santo por las alegrías de Pascua de Resurrección, después de haber asistido a la bendición del fuego sacro, al bautismo del Cirio Pascual y de la Pila con la nueva agua bendita, de la que todas nuestras madres hacían provisión en abundancia para bendecir la casa, establos y pajares, huertos y jardines, y todo cuanto fuera bendecible.

En la tarde del Sábado Santo, todo el mundo a prepararse dignamente para la Comunión Pascual, porque en aquel tiempo, hubiera sido señalado con el dedo el que no cumpliera con las obligaciones de todo buen cristiano, de confesar una vez al año y comulgar por Pascua Florida.

Algo de particular había en mi pueblo la mañana de Pascua de Resurrección, que es preciso mencionar, como remembranza de un acontecimiento tan

piadoso como poético, desaparecido ya en mis primeros años, y del que tantas y tantas veces oímos hablar a nuestras madres, que adornaban sus relaciones con historias reales y algo de leyenda. El hecho a que hago referencia y que no es justo que pasemos en olvido, era conocido con el nombre de

Las albricias a la Virgen

Tenía lugar en la aurora del día de Pascua de Resurrección, y en la que participaban únicamente los mozos y las mozas del pueblo, que en dos bandos separados se dirigían, antes del amanecer, a la Ermita de Nuestra Señora de Areños, distante como un kilómetro del pueblo, pasando el río.

Llamábanse Albricias, porque ésa es la palabra que mejor cuadra para dar a entender el fin de aquella costumbre, que no era otro que felicitar a la Virgen por la Resurrección de su Divino Hijo, y esa felicitación se la daban, en nombre del pueblo, toda la juventud de Velilla, antes de que viniera la aurora. A las tres de la mañana, comenzaban a repicar alegremente todas las campanas de la torre, con sones de gloria, anunciando a todos la gran festividad de Pascua de Resurrección. Era como la clarinada para que la juventud se reuniera en la plaza, y desde allí, primeramente los mozos y a cierta distancia las mozas, se dirigían cantando hacia la Er-

mita de Areños, acompañándose de la Caja y panderetas.

Todos, alegres y contentos, comenzaban a participar de las alegrías pascuales, con ese entusiasmo de la juventud, no castigada todavía por los sinsabores de la vida. Se reunían todos en la Ermita, y allí, delante de la Virgen de nuestro pueblo, la cantaban y la rezaban, dándola la enhorabuena por el triunfo del Crucificado contra todos sus enemigos, y, rezando el Rosario, regresaban al pueblo cuando despuntaba el día, satisfechos todos de haber cumplido con un deber, y de haber dejado a la Virgen contenta por aquella demostración de amor y de cariño.

Todavía hemos podido hacernos con algunos de los cánticos de las "Albricias" a la Virgen. Son los siguientes:

Contened, Dios amoroso,
nuestra extensiva alegría,
para poder festejar
el Misterio de este día.

El dolor de vuestra Madre
convirtióse en alegría,
porque habéis resucitado
dentro del Tercero Día.

Por la mañana el domingo
del Monumento salió,
tan alegre y tan gozoso
como aquel que no murió.

Ya se cumplió la palabra
que en solemne ocasión dió,
se estremecieron los guardas
y el muerto resucitó.

Regocíjate, María,
y alegra tu corazón,
alégrese todo el orbe
con esta resurrección.

Mil parabienes te damos
en estos grandes instantes,
por haberos abrazado
con vuestro Hijo triunfante.

Pedidle, Madre amorosa,
por nosotros, miserables,
para que resucitemos
de nuestras culpas y males.

Ayer cruzaba las calles
de aquella ingrata ciudad,
anegada en honda pena
y profunda soledad.

En este día de Pascua
desapareció toda pena,
te apareciste a tu madre
y a María Magdalena.

Esto era lo que cantaban mozos y mozas a la Virgen de Areños, en el alba del Domingo de Resurrección.

¿Historia o leyenda?

Desapareció esa santa costumbre, y, como digo, tendría ocho o nueve años cuando por última vez se celebraron las Albricias a la Virgen. ¿Causas?... Las ignoramos, pero lo que sí podemos atestiguar, por habérselo oído repetir a las madres y a las viejas, el hecho de desaparecer costumbre tan piadosa y tan poética, tuvo por origen algo misterioso e inexplicable, según ellas relataban, de un sucedido en una de las mañanas de Pascua, sin que podamos afirmar si el hecho es rigurosamente histórico o si entra en él la leyenda, aumentada por la imaginación popular. Sea de ello lo que fuere, yo me contentaré relatándolo como lo oí una y repetidas veces, en la cocina y al amor de la lumbre, por personas que iban en la comitiva. El caso fué el siguiente.

Para ir a la Ermita de Areños, hay que pasar el puente del pueblo, y un trecho más adelante, bajando una rampa, se atraviesa otro puente llamado "el Puente Besandino", tirado sobre el riachuelo que

lleva el mismo nombre que el puente, y situado éste a la entrada misma del monte o robledal, conocido con el nombre de "la Mata Iglesia", en aquel tiempo verdadero bosque de copudos y sombríos robles, a cuya derecha queda la ya citada Ermita de Areños.

Según el relato, y sin que recordemos ahora el año en que aconteció, una mañana de Pascua, yendo las mozas a dar las Albricias a la Virgen, justamente al pasar el Puente Besandino y a la entrada misma del bosque de robles, antes de doblar a mano derecha para tomar la dirección de la Ermita... una especie de fantasma... un grito agudo salido del pecho de una de las mozas... una desbandada general, acompañada de gritos de sobresalto... y una joven del pueblo desaparecida para siempre, sin que dejara rastro alguno de su paradero, a pesar de las investigaciones que hombres y mozos hicieran por valles y montes, cerros y collados, arroyos y ríos. La moza de Velilla no volvió a aparecer jamás, y desde entonces no hubo más Albricias de Pascua de Resurrección.

¡Lástima no vivieran actualmente aquellas madres y viejecitas de Velilla, para que pudieran documentarnos un poquito más sobre este caso, que hubiera aprovechado Edgard A. Poe para escribir una de sus visiones dantescas! Cuando niño, repetidas veces escuché el relato, pero un niño no da importancia a las cosas, como no di importancia a tantas otras que ahora me vendrían de perlas para docu-

mentar muchos relatos, y serían de un valor inapreciable. Ahora es un poco difícil averiguar con certeza las cosas, porque ya han muerto las personas que hubieran podido ser hasta testigos presenciales de las cosas que hoy ignoramos, quedándonos tan sólo el recuerdo de lo que tenemos oído en nuestra niñez.

Bienvenida sea la Primavera

Bendita sea la Primavera que en mi tierra hace desaparecer las inclemencias del invierno, con sus largas e interminables noches, bloqueados sus habitantes por la nieve, incomunicados con el resto del mundo por espacio de tres o cuatro meses, ateridos los cuerpos y un tanto encogidos los espíritus. ¡Sí!... ¡Bendita sea la Primavera!

Y para primaveras encantadoras, las de mis montañas leonesas. No parece sino que la Providencia quiere premiar por duplicado las arideces y pesadez del invierno, con encantos y hermosuras primaverales, que difícilmente se encontrarán en ninguna otra parte fuera de mi tierra.

Ya se ha deshecho la nieve, y los montes se han desprendido de su manto de armiño, nivelando toda la topografía. Empapadas las entrañas de la tierra con el jugo que ha chupado lentamente, sienten dentro de sí el hormigueo de la savia que viene a reventar por todas partes, reverdeciendo los prados

y las campiñas, cubriendo de pimpollos y de hojas los árboles, antes esqueléticos, sembrando de gayas flores los ribazos y las colinas, presentándose, en fin, majestuosa, brillante y pletórica de vida bajo todas sus formas, haciendo reavivar la sangre de los viejos, encendiendo la de los jóvenes, poniendo nuevo azogue en los niños, alegrando todas las fisonomías y haciendo palpitar con nuevas sístole y diástole todos los corazones montañeses.

Los que no han vivido en la montaña, no han visto jamás la primavera, porque nunca han pisado "el campo de terciopelo y seda", ni han respirado el céfiro que penetra en los pulmones después de saturarse de oxígeno, meneando los bosques sombríos y las enramadas espesas, y de orearse con los balsámicos aromas recogidos en ribazos y senaras, en hayas y robledales, pinos y enebros, resudando resina e incienso. En mi pueblo, con vistas a los riscos de Liébana y a la Peña Espigüete, en cuyos picachos se rompen con hórrido estruendo y bramidos imponentes la impetuosidad de los vendavales y de las cellisca, les es dado contemplar, a aquellos labradores de zapatos entachuelados y de pantalones de burdo sayal, los prados amenos que la vista recrean, los arroyos cristalinos de linfa transparente, como les es dado sentir el cántico de los grillos, el croar de las ranas en las pozas y en las charcas, el trinar de las aves canoras, el gorjeo de jilgueros, oropéndolas y verderones, el golpeteo de los pim-pines y el chirriar

de las golondrinas que han colgado sus nidos debajo de los techos y encima de la ventana.

¿Qué saben de primaveras los habitantes de las ciudades, que no tienen más "campo" que los tapetes verdes de sus mesas, las flores inodoras de sus raquíticas macetas, ni más céfiro que el de los ventiladores eléctricos, ni más jilgueros que los gorriones, ni más cascadas que las duchas de sus salas de baño?... ¿Qué saben de encantos los habitantes de las grandes y populosas Urbes, ignorantes por completo de la poesía que encierra el pasear entre olmos, avellanos y laureles, mirtos y madreselvas, quebrando ramas, saltando troncos, asomarse a profundos abismos, escuchar el murmullo de torrentes, contemplar dilatadas y risueñas vegas, triscar cabras y terneros, brincar corderillos y recentales, verlos mamar de rodillas, mojarse los pies con gotas de rocío que parecen perlas, observar cómo saltan y se persiguen las truchas en el río, elevarse las alondras desde los trigales, cantando y siempre cantando, hasta ocultarse en el azul del firmamento, escuchar los golpes isócronos de las codornices y extasiarse ante las espirales de humo que salen de las chimeneas del pueblo?... Estos cuadros no pueden, ni podrán nunca cantarse, porque hay que sentirlos y contemplarlos, y ni la rica ni gaya ciencia encontrará nunca en las cuerdas de su lira, notas tan dulces que puedan fielmente retratarla en toda su hermosa realidad.

Pues todas estas grandezas las tienen mis paisanos a la puerta de casa, y no tienen más que abrir los ojos para contemplarlas y sacar las manos para palparlas, y abrir los labios para aspirarlas y embriagarse con sus ambrosías.

Por eso no comprendo, cómo tienen tanto empeño en dejar aquellas montañas los jóvenes que sueñan con América y con las Indias, cuando las verdaderas Indias las tienen allá, entre aquellos riscos y montañas, si es que quieren trabajar, que para ellos se cantaba y aún se canta en nuestra montaña, esta copla que tiene tres sostenidos con veinticinco bemoles:

"A las Indias van los hombres,
A las Indias por ganar:
Las Indias aquí las tienen
Si quisieran trabajar".

Esta estrofa, que nos ha venido de molde, es una síntesis de cuanto decir quisiéramos a toda la juventud montañesa de mi tierra, que llevada de la ilusión, se lanza a veces en los abismos del mar para entregarse a los azares de una fortuna que casi siempre viene a resultar un espejismo, y sueña con América, creyendo encontrar la fortuna en cada esquina, sin pensar que la verdadera fortuna para ella se encuentra ahí, entre esas montañas encantadoras, saturadas de poesía, y ya es hora de que se convenzan, de una vez para siempre, que las plantas leonesas se marchitan siempre con el sol de los trópicos.

y que los corazones campesinos se asfixian con el aire impuro y mefítico de las grandes ciudades.

¡Cuántos jóvenes españoles han dejado sus hogares, embarcándose para América, creyendo que en América se atan los perros con longanizas, o que se encuentra "la plata" a puntapiés! Cuán engañados estuvieron, ya que desde el momento en que el vapor se alejó de las costas españolas, comenzaron a sentir los desengaños, a experimentar los sinsabores y a derramar lágrimas amargas, que más tarde habían de ser acompañadas de maldiciones. ¡Conocemos tantos y tantísimos casos de pobres desengañados, que a veces hemos tenido que llorar juntos al oír relatar su triste situación! No se hagan ilusiones nuestros jóvenes ansiosos de venir a las Américas para hacer lo que se ha dado en llamar "la América". Pasaron aquellos tiempos en que nadie había explotado estas regiones realmente fértiles, cuando con un poco de trabajo se hacían fortunas. ¿Pero hoy?... Hoy ya se acabó la veta, por haber sido demasiado explotada.

No dejen sus hogares, nuestros jóvenes. No se ilusionen ni formen castillos fantásticos; no hagan caso de "cuenteros". Trabajen en sus pueblos al lado de sus padres y hermanos, y se evitarán muchos desengaños y el tener que echarse las manos a la cabeza cuando ya no tenga remedio su desacierto.

Es un consejo de amigo y de paisano que bien les quiere, y la mayoría de los que aún se formen ilusiones "americanas", se verán forzados a responder

lo que el pobrecito aquel que, después de muchos años de América, regresó a su pueblo tan pobre, que ni tenía chaqueta, y al preguntarle la gente de su pueblo: ¿Cómo has venido de América?... Respondía, triste y cabizbajo: Pues así... ¡en mangas de camisa!...

Para los ilusionados, escribió el poeta el siguiente verso, que muchos debieran aprender bien de memoria:

Yo escuché las maldiciones
y vi los ojos con lágrimas...
de los descorazonados
que partieron de la patria...
Hacinados en los buques
vi los descorazonados...
yo vi la trata de negros...
yo vi la trata de blancos...
En plazas de Buenos Aires,
les he visto aburridos y... sentados...
mirando tristes al suelo
y en su pueblo y hogar
pensando... pensando...

Repique de campanas

Cantando los encantos de la Primavera, se me ha ido un poco el santo al cielo, dirán muchos de mis lectores, y sin embargo yo no lo creo así, porque todo ello me ha dado hincapié para hacer comprender a mis paisanos el engaño en que muchos viven, cuando creen que fuera de ella han de encontrar

una felicidad imaginaria, cuando en su pueblo escondido entre riscos y peñascos encontrarán lo que con tanto afán están siempre buscando.

Después de Pascua Florida, una nueva vida comienza en la montaña, como de nuevo comienzan las tareas agrícolas, y una alegría iniciada por el repique de las campanas en el día de Resurrección, que con su lenguaje místico, tantas cosas dicen a los corazones y a las almas.

Con el brotar de las flores de la campiña, brota al mismo tiempo en el corazón de la juventud, eso que en todas las partes del mundo se llama "amor y poesía", y esa poesía y ese amor se encuentran sintetizados en el toque de las campanas de mi pueblo, que desde el día de Pascua tienen un lenguaje sublime con sus repiques de gloria, que sólo los montañeses saben interpretar y ellos únicamente saben comprender.

Las campanas son las que dan vida a los pueblos, y sus voces timbradas dan la pauta para todos los acontecimientos populares, ora tristes, ya alegres, y ellas, las campanas, son las que anuncian lo mismo un bautismo que una boda, un entierro que un acontecimiento extraordinario, desde el toque del Alba, hasta el triste toque de Animas. Ellas anuncian al labrador del campo la hora del mediodía, lo mismo que la del "Angelus"; el incendio de una casa, como la llegada de una tormenta preñada de granizo; la enfermedad grave de algún vecino del pueblo, a quien

hay que dar el Viático, como la llegada del Obispo o de un personaje ilustre; a Concejo como a "güebra"; a echar la "hacienda", igual que a echar los "jatos".

Ahora podemos comprender la influencia de las campanas en un pueblo, y el cariño que se las tiene, y la atención con que se las escucha, y la prontitud con que se las obedece, la alegría que comunican, y el respeto que imponen.

Es por eso que dedico un pensamiento a las campanas de mi pueblo, porque han sido ellas las que más hondos recuerdos han dejado siempre en mi alma, y ni puedo olvidar sus alegres repiques cuando eran echadas a vuelo en las vísperas de las grandes festividades, ni sus acompasados badajazos de tristeza tocando a muerto, como olvidar no puedo las habilidades de aquellos sacristanes y campaneros que, agarrados a los badajos, sabían arrancar armonías que, o nos hacían saltar de alegría, o nos aplanaban por la tristeza. Al recordar el sonido de las campanas de mi pueblo, se remueve todo mi organismo.

Qué manera de sonar
las campanas de mi pueblo;
las tocan allá en España...
y en América las siento...

El campanero de mi pueblo

No cualquiera sabía ni podía tocar las campanas de mi pueblo de Velilla. Es por eso que tenía

su campanero oficialmente reconocido y hasta subvencionado con algunas posesiones de tierra llamadas "tierras de las Animas", legadas por almas piadosas para que ningún día se omitiera el toque por las Almas del Purgatorio. Debemos hacer notar, que bien merecía una recompensa el campanero de mi pueblo, ya que en verano lo mismo que en invierno, hiciera sol o cayeran rayos con nieve o con agua y granizo, tenía que cumplir con su misión a las nueve de la noche y a las cuatro de la mañana.

En los tiempos que vengo describiendo, como Dios me da a entender, el campanero, siempre fiel y siempre infaltable y puntual, era el "tío Todopoderoso", sin que sepamos por qué se le llamaba con este nombre un tanto intrigante y significativo. Lo que sí puedo asegurar, es que sabía cumplir fielmente con su deber, y que en buena lid se ganó, por derecho de conquista, el título de "valiente y hombre de pelo en pecho", según las anécdotas que de él corrían y se contaban.

Por de pronto, no cualquiera se hubiera animado a subir aquellas empinadas y carcomidas escaleras del campanario de mi pueblo, pendientes cuanto inseguras, atravesando boquetes que comunicaban con las bóvedas siempre imponentes y misteriosas de la iglesia, sobre todo de noche y sin ir acompañado. Pues el tío "Todopoderoso" nunca faltó a la cita de honor ni al compromiso adquirido con las Benditas

Almas, de avisar a los vivos para que rezaran por los muertos.

A este propósito se contaban varias anécdotas de este famoso y valiente campanero de Velilla, que con su linterna y arrebujado en su capa de sayal, y viejo como era, se levantaba a las cuatro de la mañana, entre celliscas, heladas, nieves y pedriscos, para tocar a "Animas".

Se decía, y tal vez no sin fundamento, que recibió no pocos sustos al cumplir su oficio; que repetidas veces se le aparecieron fantasmas, monstruos y endriagos al subir por las escaleras al campanario; que oía voces, gemidos y ruidos de cadenas, poniéndole los pelos de punta; que en más de una ocasión le hicieron rodar escaleras abajo, empujado por seres misteriosos, con gran peligro de roturas de huesos y descalabraduras de cabeza; que, a veces, los badajos de las campanas no le obedecían y permanecían rígidos e inconmovibles, a pesar de sus fuerzas, como si manos ocultas quisieran impedir el toque de Animas, hasta que rezando un Padrenuestro a las mismas, desaparecía la resistencia misteriosa; que gigantescos murciélagos y lechuzas negras, nunca jamás vistos y por todos desconocidos, le arañaron la cara, le cegaban los ojos y hasta se llevaban entre sus garras la gorra de su cabeza; que oía insultos, blasfemias y maldiciones, sin saber de dónde procedían, y otras muchas cosas más, todas terribles y

todas misteriosas, capaces de acobardar al hombre más corajudo y decidido.

¡Cuentos!... ¡Historias!... ¡Leyendas!... ¿Quién sabe? Al menos puedo asegurar de haberlas oído relatar no pocas veces a él mismo, y sea de ello lo que fuere, lo que sí puedo asegurar, es que el tío "Todopoderoso" era todo un campanero valiente, fiel cumplidor de su arduo deber, y por esto su nombre todos le recuerdan, y su fama en el pueblo es imperecedera, y... ¿quién sabe si de aquí le vino el mote de "Todopoderoso"?...

Al preguntarle sobre las causas de tales acontecimientos, tan terribles como sobrenaturales, su opinión era siempre e invariablemente la misma: "Es el enemigo malo; es el diablo que quiere intimidarme y acobardarme para que no toque a "las Animas"; pero pierde el tiempo, porque mientras yo viva, las Animas no se han de quedar sin las oraciones que arrancan mis campanas de las almas piadosas".

¿Qué mas?... Dos casos curiosos le oímos relatar al mismo tío "Todopoderoso", y no dudamos de su veracidad.

El primero, según nos contaba, es el que más miedo le produjo en sus largos años de campanero. el que más rabia le dió y el que también, a fin de cuentas, más risa le causó.

Era una noche oscura como boca de lobo, y al llegar a la puerta que conducía al campanario, ya

le dió mala espina al ver que la puerta estaba entreabierta, teniendo él la llave en el bolsillo. Algún chiquillo que la habrá abierto, se dijo para su coleto, con el fin de agarrar pájaros o cazar garduños, puesto que abundan en los rincones de las bóvedas de la iglesia. Sin darle más importancia, decía, penetré, y... ¡zas!... una ráfaga de viento (o lo que fuera) le apaga la linterna. Se detiene... comienza a subir la escalera, y... ¡cosa rara!... delante de él ve un bulto al que no podía distinguir bien, pero que, a medida que subía un escalón, el bulto también subía, produciendo dos golpes secos en la madera. Continuaba subiendo, y aquel bulto continuaba subiendo delante de él, con los dos golpes secos. Un sudor se le iba y otro se le venía al tío "Todopoderoso". Si se detenía a pensar y discurrir sobre lo que podría ser aquello, que ya comenzaba a echar por tierra toda su proverbial valentía y coraje, el bulto también se detenía. Impaciente y nervioso, el campanero lanzó un grito, diciendo: "Por las Almas del Purgatorio, te pido que me digas quién eres, qué quieres y qué es lo que buscas"... ¡Nada ni nadie responde!... ¿Quién eres, repito?... ¡Ni una palabra por contestación!... La cosa se iba poniendo ya demasiado seria, y a punto estuvo el campanero de correr escaleras abajo, pero... nunca lo había hecho y ésta sería la primera vez. ¡Imposible!... Se hizo la señal de la cruz, y... ¡adelante!, ¡pase lo que pase y suceda lo que sucediere!... Y sigue adelante, ga-

nando la escalera, y... el sér misterioso también sigue adelante, con sus golpes secos y misteriosos.

Haciendo de tripas corazón, el tío "Todopoderoso" se acercaba ya al lugar de las campanas, precedido siempre por el bulto, puesto que no era un fantasma. Allí tenía que descubrirse el misterio, y allí, por fuerza, tenían que encontrarse sin remedio el campanero y aquel que le precedía, bajo pena de tirarse por las troneras de la torre... Por fin, llegaron, y allí se encontraron, sin que ninguno se arrojara por ninguna tronera... ¿Saben, mis lectores, con lo que se encontró el campanero, que de miedo sudaba la gota gorda?... ¡Agárrense Vds.!... ¡El sér misterioso que no quiso responder a las preguntas que se le hicieron, era... ¡una cabra!!!... real y verdadera, con sus cuernos y todo!...

Ni que decir tiene el respiro que dió el campanero, que de un puntapié hizo rodar, escaleras abajo, al endiablado animal, para enjugarse después, con su pañuelo de hierbas, el sudor frío que empapaba todo su rostro, y que a punto había estado de meterle el resuello en el cuerpo.

Un aviso de las Animas

Y terminemos con el campanero de Velilla, relatando otro sucedido, algo más sobrenatural, que él mismo relataba con sencillez, rodeado de chiqui-

llos que le escuchábamos con la boca abierta, como buzón de correo.

Era una noche terriblemente tormentosa. El agua caía a cántaros; los relámpagos iluminaban las tinieblas; el retumbar del ronco trueno hacía temblar las montañas y saltar en sus camas a los que dormían. Todo una noche infernal.

Se acercaban las cuatro de la mañana, y el campanero, en presencia de aquella tormenta, creyó prudente no salir de casa para tocar a las Animas. Dióse media vuelta en la cama, y... asunto concluído. No contó, por lo visto, con la huéspeda, y la huéspeda fué, por esta vez, un Alma del Purgatorio, si hemos de creer al tío Todopoderoso, ya que, llegada la hora de tocar a las Animas, una mano misteriosa le agarró del brazo, le sacudió fuertemente y le dijo: — ¿Por qué esta noche nos olvidas?... ¡Levántate y vete a tocar!... Creyó el campanero que soñaba, y se hizo el remolón, pero una segunda advertencia, dada con más energía y acompañada de una sonora bofetada, acabaron de convencerle de que aquello no era un sueño. Se levantó, y desafiando la tormenta y todo empapado en agua, se fué al campanario, y una vez más cumplió con su obligación, tan piadosa como trabajosa, y terminaba diciendo el campanero, que nunca se encontró tan contento ni satisfecho como después de haber tocado las campanas aquella noche, porque al volver a casa y me-

terse en la cama, oyó una voz que le dijo: ¡Gracias!, y algún día te lo recompensaremos!...

Dejamos al criterio de nuestros lectores, el juicio que pueden formar sobre estos hechos, pero desde ya les advertimos, que aquellos viejos de mi tierra eran incapaces de inventar y, mucho menos, de mentir. Conocimos personalmente al tío Todopoderoso, el valiente campanero de mi pueblo, y tengo para mí que sus relatos, si en algo pudieran ser fruto de la fantasía, no dejaban de tener su principio ni motivo de credibilidad. Ahora cada cual juzgue estos hechos como quiera, pero, por lo que a mí toca, siempre les miraré con respeto y con veneración, como con veneración y respeto recordaré siempre el nombre y la memoria del tío Todopoderoso, el valiente campanero de mi pueblo de Velilla de Guardo, Provincia de Palencia y Diócesis de León.

CAPITULO VIII

PIEDAD, RELIGION Y FE DE MIS MAYORES

Aromas y bellezas primaverales, con repiques de campanas de Pascua Florida, fué lo que nos dió materia más que suficiente para llenar el artículo anterior, entreverando algunos cuadros de costumbres, relacionadas con mi pueblo, sin que nos olvidáramos del "campanero", con sus hechos históricos o leyendas más o menos verídicas; pero que estampadas quedan, para eterna memoria, en letras de molde, y para que mis coterráneos tengan una noción de las cosas que en el antiguo Velilla se desarrollaron como en escenario propio, grabándolas y perpetuándolas de esta manera en la memoria de las generaciones venideras. Este y no otro, es el fin que se ha propuesto el autor al escribir estas páginas.

Aún nos quedan no pocas cosas que decir, y que con la gracia de Dios iremos diciendo, para que no se nos corrompan en el cuerpo, y todas, como es de suponer, relacionadas con las tradiciones, costumbres,

cuadros y tipos de nuestro querido pueblo montañés, tanto más querido cuanto que en él se encuentra la Pila Bautismal que me hizo cristiano y el sepulcro de mis padres y hermanos, de parientes inolvidables y de amigos de la niñez, compañeros de mis juegos infantiles y de mis travesuras de rapaz.

Al recordar con paciencia los acontecimientos de aquellos tiempos, van pasando ante mis ojos, como en una cinta cinematográfica, los lugares y los nombres de las personas, los paisajes y montañas, las casas y la iglesia, los arroyos y los ríos, los campos y los prados, todos ellos testigos de mis andanzas infantiles, y por lo tanto inolvidables, y al descubrirlos siento que me remozan con sus nostalgias que a dulzura y a mieles me saben, y yo las saboreo con placer, como quien saborea divina ambrosía. Canto las cosas de mi tierra con la naturalidad con que canta el pajarillo en la enramada, sin fijarme gran cosa en si es música o es prosa, como el ave no se fija si lo que canta es o no una pieza armónica o un himno triunfal. Lo único que sabe, es que está desgranando notas que salen de su diminuta garganta, que toma parte en el gran concierto de la naturaleza, y que cumple con el instinto que natura le diera, y ese instinto le dice al pajarillo, que tiene que cantar para tomar parte en el gran concierto de la naturaleza. Esto es lo que hago yo; cantar las hermosuras de mi patria chica, recordar sus costumbres olvidadas, y poner mi granito de arena en el

gran monumento de la historia, sin que me preocupen gran cosa, ni me importen un comino, los alfilerazos de la crítica o el juicio más o menos favorable de los Aristarcos, que nunca suelen faltar, o de los Zoilos, que abundan como la grama de nuestros prados montañeses.

Y dicho lo que escrito queda, sigamos, sin perder de vista el objeto de nuestras narraciones.

El mes de Mayo

Siempre fué la nota típica de mi pueblo, la Piedad y la celebración de los Cultos religiosos que con dicha piedad se relacionaban, y esto era siempre lo que confortaba sus almas cristianas, y hasta fortalecía sus cuerpos, fatigados por las continuas tareas campestres, que ésta y no otra es la esfera en que aquellas gentes se desenvuelven toda su vida.

Alguien ha dicho que una iglesia del pueblo es el teatro de los pobres, y al que esto dijo no le faltaba, en cierto sentido, razón; porque en un pueblo rural o en una aldea escondida en la montaña, la única distracción para el espíritu, el único teatro, si así se quiere, y el único escenario donde puede encontrar solaz y entretenimiento, era la iglesia, sobre todo en aquellos tiempos en los cuales ninguna otra distracción podía esperarse. De aquí que se aguardaran las fiestas religiosas con afán y con alegría,

y como un lenitivo al monótono engranaje de la rueda de la existencia pueblereña.

Entre las fiestas más simpáticas para ellos, las más preferidas eran las dedicadas a la Santísima Virgen, y entre los meses más impacientemente suspirados, era el mes de las flores, o sea el mes de mayo.

Pronto se notaba, entre las Hijas de María, ese movimiento precursor de extraordinarios preparativos. Las jóvenes iban y venían de casa a la iglesia y de la iglesia a casa; se limpiaban candeleros, se desembaulaban ramos de flores, se planchaban telas y se amontonaban floreros. La Presidenta, con las Mayordomas de la Virgen, trajinaban de lo lindo, y daban que hacer al Sr. Cura y al sacristán, porque se trataba de colocar el gran pabellón celeste, salpicado de estrellas plateadas, que cubriendo todo el Altar Mayor, había de servir de trono a la toda Pura e Inmaculada, al mismo tiempo que las mozas cantoras, ensayaban sus ya resabidos cánticos de mayo. Los niños y las niñas traían, a cestadas, campanillas del prado besandino, arrancaban rosas de todos los huertos, y hierbabuena y mejorana de todos los pensiles y canteros. Ya está el Altar convertido en un florido vergel, y la Virgen se destaca, toda hermosa y toda resplandeciente, en medio de luces.

Se inauguraba el mes de mayo, y nadie faltaba a la función de la noche, para rezar el Rosario, hacer el mes y escuchar los cánticos de:

Venid y vamos todos
con flores a porfía,
con flores a María,
que Madre nuestra es.
De nuevo aquí nos tienes,
purísima doncella,
más que la luna bella,
postrados a tus pies.
. . . . . .
. . . . . .
Con cuán ardiente anhelo,
Señora, tú lo ves.
. . . . . .
. . . . . .
Las que en la gloria nacen
en cambio Tú nos des.

Y rezando y cantando, se pasaba un día y otro día, una semana y otra semana, hasta completar el mes de mayo, todos contentos, todos alegres y satisfechos de haber honrado a la Virgen Inmaculada, que desde su trono escuchaba complacida, los acentos y las plegarias fervientes de un pueblo sencillo y creyente. Ella, la Señora, veía muy bien con cuán ardiente anhelo se la ofrecían las flores del campo, esperando devolverles en cambio, algún día, las que en la gloria nacen. ¡Qué hermosa poesía es la poesía popular!... ¡Qué ferviente y qué sentida en todas sus frases, en todas sus palabras y en todos sus conceptos!... Tan hermosa, sentida y ferviente, que ella se ha perpetuado en las generaciones, y ha pasado como testamento indestructible de padres a hijos, y

que a pesar de la barahunda mundanal, ni ha desaparecido, ni desaparecerá nunca.

La fiesta típica de mi pueblo: el "mayo"

¿Quién no recuerda en Velilla la traída del Mayo? Era algo clásico, algo genuinamente nuestro, algo que es muy difícil describir con todo el colorido que requiere el acontecimiento; algo, en fin, exclusivo de mi pueblo.

Tenía lugar el primer domingo del mes de mayo, y tan solemnes eran sus preparativos, que él ocasionaba muchas y repetidas reuniones de los mozos citados a Concejo, donde se discutía largamente el asunto, se tiraban planes, se daban órdenes, se hacían preparativos y se distribuían los trabajos, porque en ese día habría trabajo para todos.

El Alcalde y los Regidores presentaban la cuestión sobre el tapete, con la seriedad que el caso exigía, y sumisos y obedientes tenían que acatar las órdenes que se dieran, y desempeñar cada uno el papel que en suerte le tocara. Allí se señalaban los mozos que habían de ir al Pinar para escoger el mejor ejemplar entre todos los pinos, y la copa más frondosa entre todas las copas, y cada cual con su hacha correspondiente y bien afilada. Eran los cortadores. A otros les correspondía el papel de arrastradores, y tenían que proveerse de sogas y cuerdas, cuñas y rodillos,

para arrastrar el Pino hasta el camino real. Otros serán carreros, y a los tales correspondía buscar la mejor pareja de bueyes en el pueblo, el carro más sólido y más nuevo, las melenas más vistosas, los collares más flamantes y los esquilones más sonoros. A éstos seguían los cavadores, es decir, los encargados de no ir al Pinar, sino quedarse en el pueblo y excavar el hoyo, redondo y de dos metros de profundidad, para "pinar el Mayo", preparar cuerdas, escaleras, sólidas maromas, palancas y demás utensilios necesarios para realizar la operación, no tan fácil como se cree, sino dificilísima, y en la que se necesitaba una autoridad directora y una voz de mando, a la que todos tenían que obedecer. Por último, quedaban nombrados los "proveedores", cuya misión era llevar las provisiones de boca al Pinar, y en verdad que tenían que acaparar no pocas viandas y sus correspondientes cántaras de vino, para quienes habían salido a las tres de la mañana en ayunas, sin otra cosa en el estómago que una copa de aguardiente.

Ya tiene cada mozo su puesto señalado, y cada cual sabe el papel que le corresponde y debe desempeñar a la perfección, si no quiere verse castigado con "la multa" de reglamento, y que "nadie se andara con chiquitas", según la frase típica de mi tierra, es decir, que nadie lo tomara a broma, puesto que se trataba de una cosa seria, pero muy seria, y... ¡vaya si era seria!...

Mientras los mozos hacían sus preparativos y ordenaban el plan de campaña, lo mismo que un Estado Mayor en vísperas de un combate, las mozas tampoco estaban ociosas ni daban paz a las manos, y también tenían sus reuniones, porque había que hacer la Bandera con mantones de Manila o colchas de seda, lazos flamantes y el asta de la bandera bien forrada de cintas. El Coro de cantoras tenía que "sacar" los versos especiales y de circunstancias, aprenderlos de memoria y ensayarlos para "no equivocarse" ni hacer mal papel en público. ¡Cualquier día iban a quedar mal las mozas de Velilla! ¡Ni "antonces" ni nunca!

Ha llegado el día con tantas ansias esperado por todo el pueblo, porque todo el pueblo había de participar de sus emociones. Ya están los mozos "cortadores" en el pinar; ya le han recorrido por completo de arriba abajo y de bajo arriba, y a éste quiero, a éste no quiero, éste es bueno y que este otro es mejor, más alto, más recto y más gordo, hasta que por fin se ponen todos de acuerdo, y... ¡zas!... hachazo limpio y un pino por tierra. Colocado en rodillos de madera, le iban deslizando monte abajo, y a "juerza" de brazos le montaban en el carro que esperando les estaba en el camino. Le colocaban la frondosa copa cuidadosamente escogida entre las mejores copas del Pinar, bien claveteada para que no se cayera ni ladeara en el camino que tenían que recorrer hasta el pueblo, que son tres kilómetros;

comían y bebían, al mismo tiempo que descansaban de las tareas de aquel día, y hacían tiempo para llegar al pueblo a eso de las tres de la tarde.

Ahora, demos un vistazo al pueblo, porque todo él se encuentra en movimiento: desde el Sr. Cura y el Alcalde, hasta el último vecino; desde la vieja desdentada, hasta el anciano ya encorvado por los años y caminando con "cachaba" para sostenerse.

Los chicos, siempre llenos de azogue y siempre inquietos y revoltosos, salíamos a esperar a los mozos más de un kilómetro, y buenas carreras y sustos que nos costaba, porque los mozos, fingiéndose algunos de ellos borrachos, aunque nunca lo estuvieran, nos perseguían haciendo "eses" y dando gritos que nos hacían poner los pies en polvorosa. La chiquillada era la vanguardia del pueblo entero, ya que todo el pueblo, presidido por sus Autoridades, esperando estaban al Mayo y a los mozos valientes y bien "plantaos", que venían orgullosos con su carro, bien engallada la pareja de bueyes, y bien presentables todos, y dispuestos a recibir los honores del pueblo entero.

¡Ya llegan!... ¡Ya llegan!... se oía de repente gritar a la muchedumbre... Efectivamente, llegaban aquellos bravos, sanos y robustos mocetones de mi pueblo, con sus caras tostadas por el sol, ancho pecho, brazos fornidos y espaldas robustas, con una flor detrás de la oreja o en la boca, sonrientes, con la cabeza erguida y la mirada franca y serena.

¡Ahora viene lo bueno, aunque todavía no es lo mejor! Ya entran en el pueblo; ya se oyen los aplausos de la muchedumbre: ¡ya llegaron!... Se acercan el Sr. Cura y el Sr. Alcalde. Los mozos les piden el correspondiente permiso para "plantar" el Mayo. ¡Concedido con mil amores!

Las mozas cantoras, agarradas del brazo unas a otras, comienzan a oír sus voces, frescas y temblorosas por la emoción, dando la bienvenida a los mozos, y ensalzando la bravura y el arrojo de sus corazones. Escuchemos:

Aquí estamos en espera
los del valor escogido,
por ver si vienen los mozos
con el su Mayo florido.

El galán que cortó el Mayo
y el que puso la bandera,
merecían un obispado
y una dama bien dispuesta.

"Echái", mocitos, las sogas,
"echailas" bien repartidas,
no vaya a caerse el Mayo
en medio de esta cuadrilla.

"Echái" las vacas al soto,
que las mozas "vos" lo mandan,
bien han ganado un buen pienso
y se encuentran muy cansadas.

"Dainos", mocitos, la bota,
majos del cuerpo pulido,
queremos echar un trago
y bien lo hemos merecido.

Mientras tanto, un mozo, encaramado y a horcajadas en el Mayo, colocado casi horizontalmente sobre el carro, procede a barrenarle, haciendo el orificio en el que se colocará el asta de la Bandera, que orgullosa ostenta la más garrida de las mozas, y terminado de barrenar, la moza entrega la Bandera, que el mozo clava con orgullo, permaneciendo junto a ella y a horcajadas en el Pino o Mayo, mientras que las mozas le animan con los cantares:

Barrena, mozo, barrena,
procura barrenar bien,
coloca bien la Bandera,
no se te vaya a caer.
Con ese garbo y salero
que tenéis los de Velilla,
tenéis que probar muy pronto
que sois valientes y... ¡arriba!
Ya flamea la Bandera
formada por nuestras manos,
no la mancharéis vosotros,
pues nunca fuisteis villanos.
Preparaos ya, valientes,
y afuera con las chaquetas,
hay que pinar bien el Mayo
y ganaros las pesetas.

Ya estamos en la plaza, y el carro con el Mayo ha venido a colocarse junto al pozo abierto donde ha de ser pinado, de tal manera que el tronco venga a caer junto al hoyo, y aquí sí que es donde comienza lo mejor, lo más dificultoso y lo más peligroso, porque bastará un descuido, una orden mal dada, un

aviso no cumplido a tiempo, para que pueda suceder una desgracia o salga el acto deslucido, con gran bochorno de los mozos.

Se va a dar comienzo a colocar el Mayo en el hoyo. Los mozos se desprenden de sus chaquetas, quedando en mangas de camisa. Comienzan a aparecer sogas y maromas, escaleras y ruedas de carro con su eje. Arrastran, poco a poco, el árbol gigantesco del carro en que se encuentra; ya el tronco está metido en el pozo, y es aquí donde comienza la obra delicada que exige mucho pulso, buena vista y mejores puños. Las maromas, colocadas y bien amarradas en diversos puntos del Mayo en su parte superior, son agarradas por grupos de mozos y por puntos opuestos. A una voz de mando, el Mayo comienza a enderezarse poco a poco. ¡Nerviosidad general!... Allí no se oye ni la respiración, y sí tan sólo el jadear de aquellos valientes, clavados en tierra en un supremo esfuerzo al tirar de las maromas, los nervios en tensión, demostrando aquellos tendones que parecen cables de acero, y animados por los cánticos de las mozas, que les infunden ánimo y coraje. El Mayo se va poniendo cada vez más en situación vertical, pero cuando menos se piensa, he aquí que se ladea... ¡Gritos agudos!... ¡Ordenes imperativas!... ¡Fuerza en los de la izquierda!... ¡Aflojen los de la derecha!... ¡Basta ya!... ¡Adelante y con cuidado!... ¡Más abajo esas cuerdas!... ¡Atención!... ¡Ahora!!!... y un suspiro general de la

muchedumbre, casi angustiosa y en tensión emocionante, da a entender que el Mayo está enderezado.

Precipitadamente echan tierra y piedras en el hoyo, sin soltar aún las maromas, que continúan tirantes, para que quede recto y bien derecho. Ha terminado la operación.

Algunos viejos y hombres casados, han tenido que asesorar con sus consejos, de vez en cuando, a los mozos, pero por lo demás, allí se ha manifestado la habilidad en todas sus formas, como se han puesto en evidencia las fuerzas hercúleas de aquellos jóvenes, a quienes el pueblo aplaude, las mozas sonríen, y las cantoras les dedican sus mejores y más inspirados versos.

¿Falta algo?... Sí, todavía falta el último acto gentil de un mozo, ágil como una ardilla, que, trepando por el Mayo, tiene que ir bajando las maromas, aflojando las sogas y colocar, por fin, en la misma copa del pino erguido, la bolsa con el premio asignado por el señor Alcalde, y que tiene que ser agarrado a mano por el mozo que se atreva a subir por la bolsa, y por las rosquillas, pendientes de los gajos de la copa del pino. Las mozas siguen cantando y animando al valiente que se atreva, y mientras pinan el Mayo, cantan:

"Pinaile" mirando al norte,
"Pinái", mocitos, el Mayo,
y no os lo roben de noche
esos mocitos de Guardo.

Habéis sabido escoger
un Mayo esbelto y erguido.
¡Bravo!, mozos de Velilla,
a todos os felicito.
Si necesitáis ayuda,
aquí están las mozas del pueblo;
si es que no le piináis bien,
es que no valéis un bledo.
Ya está el Mayo bien pinado,
tan sólo falta el subir,
cuidadito con caerse,
para no hacernos sufrir.

Un mozo se destaca del grupo, en mangas de camisa y bien apretados los pantalones con el cinto, se escupe en las manos, se las frota, y con la sonrisa en los labios comienza a gatear, subiendo por el árbol, dando avances con soltura, sosteniéndose con las piernas bien apretadas al Mayo, y sube... y va subiendo... y ya llega... ya se acerca, mientras que las mozas le cantan:

¡Arriba, galán, arriba!
que arriba están las rosquillas.
¡Abajo, galán, abajo!
no te caigas un trompazo
y te rompas las costillas.
El galán que subió el Mayo
ya está de nuevo en el suelo,
para limpiarse el sudor
las mozas le dan pañuelo.

Ha terminado la escena encantadora de pinar el Mayo, y si los mozos actuales de Velilla tuvieran

los arranques y las agallas de aquellos mozos de mi tiempo, serían y debieran ser los primeros en restaurar de nuevo esta hermosa costumbre, que tantos encantos encerraba para todo el pueblo, y en la que se demostraba el valor, el empuje y la habilidad de aquella juventud que ya pasó, para no volver jamás. ¡Una verdadera vergüenza para los mozos presentes, incapaces de igualar a los mozos pasados ni imitar sus hazañas proverbiales!

Terminemos, diciendo que el Mayo permanecía pinado en medio de la plaza, hasta que se terminaba el mes, y con el precio de la venta al mejor postor, los mozos hacían una fiesta de camaradería, entre risas, cuentos, juegos y carcajadas, y los comentarios de la fiesta del Mayo.

La gran fiesta del Corpus

El día de la gran fiesta de Corpus Christi, se manifestaba palmariamente toda la Fe, Religión y Piedad de mi pueblo, revistiéndola de contornos realmente extraordinarios.

Ya desde la víspera se concedía asueto a los chicos de la Escuela, y toda la tarde la empleaban en ir al campo, cada cual con su cesta, para traer flores que cubrían materialmente las calles por donde había de pasar Jesús Sacramentado.

No se encontraría, en la tarde de la víspera del Corpus, un chiquillo en el pueblo ni para remedio.

En bandadas, como los pájaros, se desparramaban por las vegas y por los prados, no dejando ni flor ni campanilla, ni una mata de hurdes que ellos no ordeñaran para sacarlas las flores amarillas de sus ramas, que eran las que más abundaban en el monte y en las colinas.

Al anochecer, regresaban alegres y satisfechos con su cestita llena de flores y plantas olorosas, para desparramarlas cada cual al frente de sus casas respectivas. El alegre repique de las campanas, a las cuatro de la tarde de ese mismo día, se encargaban de anunciar a todo el pueblo la gran festividad del día siguiente. Nuestras madres abrían sus arcas y baúles para sacar las mejores telas y colchas, que olían a manzanas y camuesas, para cubrir con ellas las paredes de toda la casa; llenaban de ramas de árboles todos los balcones y ventanas, extraían la ropa nueva y flamante para toda la familia, pobre si se quiere, pero siempre limpia y aromatizada por el olor de membrillo.

Bandadas de vencejos y golondrinas atronaban las calles con sus "chirridos penetrantes", volando por las calles, subiendo con su raudo vuelo al cielo, bajando y rozando a veces con sus alas la tierra, dando vueltas y más vueltas a la torre de la iglesia. No me parece sino que, con su algarabía, sus chillidos y sus vuelos, siempre rápidos y vertiginosos, querían dar a entender a todos, que también querían participar de la gran fiesta que se aproximaba.

Todo era movimiento, agitación y alegría. Los mozos tenían reunión extraordinaria de Concejo, para indicar quiénes habían de tocar las campanas, quiénes habían de poner las enramadas aquella noche, el mozo que había de tocar la Caja, y hasta quiénes tendrían que encargarse de las escopetas para hacer las salvas al Santísimo durante el desfile por las calles.

A su vez, los hombres casados que tenían escopetas o pistolas, se preparaban también para acompañar a los mozos, y dar todo el realce posible a la fiesta.

Estamos ya en el día grande, solemne y superlativamente extraordinario, y desde las primeras horas de la mañana, y en mangas de camisa (pero no la nueva), se veía a todos, sin excepción, barriendo las calles, clavando las colchas en las paredes, colocando ramos en todas partes, cubriendo puertas y ventanas con toda clase de colgaduras, regando el piso, para que no se levantara polvo, y todo esto ayudados por los hijos. A su vez, las Hijas de María, al frente la Presidenta y las Mayordomas, se encontraban muy atareadas en la iglesia, y arreglando los Altares de las calles, para las Estaciones del Santísimo. A las nueve de la mañana, todo estaba listo, o tenía que terminarse la tarea, porque las campanas echadas a todo vuelo, anunciaban ya la Misa Mayor, y por lo tanto, a mudarse de ropa y ponerse "majos"

y lucir las mejores prendas, reservadas para las grandes solemnidades.

Ya llegó la hora; los mozos han sacado los pendones a la puerta de la iglesia; el Ayuntamiento en pleno ha ocupado sus puestos de honor en el Presbiterio; el Coro está repleto de hombres, con el Misal abierto en el atril, rodeado por los mejores cantores, que han de lucirse en ese día como nunca, esperando, entre carraspeos de sus gargantas, la salida del Sr. Cura para iniciar la Misa, fervorosamente escuchada por todo el pueblo en masa. Las voces graves y profundas de los hombres, se alternan con las atipladas de los chicos. Aquellos "Kiries" ribeteados y con filigranas; viene después "el Gloria" movido y alegre, al que sucede "el Credo", pausado, imponente, mayestático, con el famoso "Incarnatus" "a solo", cantado por el tío Carlillos, a quien se le reservaba para los días que repicaban gordo y se incensaba.

Terminada la Misa Mayor, el palio en manos de las Autoridades y la Custodia en las del Sacerdote, formábase la Procesión, acompañada de aquellos cánticos del "Pange lingua" y "Sacris Solemnis", que tenían la virtud de remover y penetrar hasta lo más profundo de las entrañas del pueblo cristiano.

Rompía la marcha de la Procesión, el mozo con su gran pendón, que tenía por punto de apoyo un gran cinto de cuero, y a pesar de su altura y de su peso considerable, le sostenía airoso y bizarro con

una sola mano, flameando al aire sus grandes flámulas de seda, coronadas por borlas. Seguían en formación, los chicos y chicas de la Escuela, al frente el Sr. Maestro; a continuación, mozos y mozas; a retaguardia, las mujeres casadas y las ancianas, respaldadas por los hombres.

Bajo el Palio, el Sacerdote con la Custodia, y finalmente, las Autoridades, presididas por el señor Alcalde, con su bastón de mando en la mano, símbolo de su autoridad indiscutible y nunca jamás por nadie discutida.

Con frecuencia, estampidos y descargas de escopetones, pues no otro nombre merecían aquellas largas espingardas, que se cargaban por la boca y con "ceba" en el gatillo, pero que nunca fallaban. Eran los tiros de escopeta los que intranquilizaban a viejas y chicos, que asustados se tapaban los oídos y temblaban de miedo; pero los mozos seguían siempre tirando, y ¡pum! por aquí, ¡cataplum! por allá, era de ver con qué soltura y gallardía, y con una sola mano, disparaban aquellas escopetas, dignas de figurar en un museo de antigüedades.

Ni un metro de tierra sin estar cubierto por flores y plantas aromáticas; ni un pedazo de muro que no estuviera cubierto por colchas y mantones. Era el tributo de un pueblo lleno de fe a Jesucristo en la Eucaristía; era el homenaje sencillo de aquellas gentes de mi pueblo, pero homenaje sincero, ardiente y profundo de corazones chapados a la antigua

española, guardianes fieles de las tradiciones de sus antepasados y de la religión de sus mayores.

Tres eran los Altares que se levantaban en las calles del pueblo para rezar las Estaciones al Santísimo. El primero y principal era el que erigía a la puerta de su casa la señora Agustina, por cuenta propia, en el que se ostentaban las muchas y buenas cosas que poseía. El segundo, al llegar al puente, en la ya desaparecida y llamada "piedra Bartolo", y el tercero, en el Tiruelo, y es justo que conste a los actuales moradores del pueblo, para que les sirva de ejemplo y de aliciente, y... ¡quisiera el Cielo que volvieran de nuevo y se implantaran otra vez dichos Altares y aquellas costumbres de la GRAN FIESTA DEL CORPUS.

CAPITULO IX

ROMERIAS Y FIESTAS POPULARES

La Fe, la Religión y la Piedad de mi pueblo montañés, las hemos palpado y sentido en sus festividades religiosas del mes de mayo, ofreciendo a la Virgen las flores de sus campiñas, y en la del Corpus, rindiendo pleitesía y homenaje a Jesús Sacramentado, con todo el fervor de sus almas puras y corazones sencillos, así como le hemos visto haciendo gala de su viril y recia musculatura, en la tradicional y encantadora fiesta del Mayo, desgraciadamente desaparecida y olvidada.

La vida de los pueblos es su tradición histórica, y cuando esos pueblos olvidan sus tradiciones, son pueblos muertos, porque no experimentan las sacudidas de lo grande, ni las emociones de lo sublime, ni los encantos de lo sencillo y de lo valiente, puesto que en las costumbres antiguas, que nuestros antepasados nos legaron, iban siempre unidas la valentía con la sencillez, y lo heroico con el desprecio al peligro, al que contemplaban cara a cara y con la sonrisa en los labios.

Y sin embargo, no eran, como alguien pudiera suponer, pueblos ñoños, ni caracteres apocados y misántropos, ni mucho menos enemigos de sus diversiones y a su debido tiempo; y no podían serlo, por lo mismo que tenían almas puras metidas en cuerpos sanos, que dirían los antiguos, y porque tenían almas buenas y corazones puros, no tenían ambiciones y se contentaban con poco. Desconocían por completo las heridas que producen siempre las grandes pasiones. Tenían almas blancas como la nieve de sus montañas, y corazones límpidos como la linfa de sus fuentes y de sus ríos, pero nunca fueron ni débiles ni cobardes, porque lo mismo abrazaban a un niño, cubriéndole de besos, que se abrazaban cuerpo a cuerpo con el oso, agujereando su piel con sus cuchillos de monte, y con la misma facilidad con que subían a la copa de árboles gigantescos, hincaban también la rodilla ante Dios y ante sus Ministros, y para ellos, tan fácil era humillarse como niños ante una falta cometida, como plantarse fieros ante el majo que les desafiara en cualquier parte y en cualquier terreno.

Es una equivocación el creer que la virtud y la piedad están reñidas con la valentía. Los habitantes de mis montañas leonesas, fueron siempre virtuosos, pero eso no impedía el que derribaran un roble de seis hachazos, y aunque al parecer tienen caras de monjes de Zurbarán y sus cuerpos parece están formados de raíces de árboles, capaces fueron siempre de derribar, en un aluche, a jándalos fornidos y gi-

gantescos, haciéndoles medir el suelo con una soberbia costalada.

La fiesta de la Virgen del Carmen

Ha sido siempre, y continúa siendo mi pueblo, particularmente devoto de la devoción a la Santísima Virgen del Carmen; es todo un pueblo Carmelitano, por razones que más adelante expondremos. Es por esto que una de las romerías y fiestas con más solemnidad celebradas, haya sido siempre, al menos en aquellos tiempos, la del 16 de julio.

En la inmediata Villa de Guardo, y en la cúspide de una colina, se levanta el Santuario llamado del Cristo, y en él se venía celebrando siempre la fiesta de la Virgen del Carmen, con una Romería famosa en aquellos tiempos, y esperada por todos los pueblos del contorno con impaciencia. Era una de esas romerías tan bellamente descritas por el inimitable Pereda, en las cuales se manifiesta el carácter popular bajo todas sus formas, las costumbres típicas con todas sus realidades, los encantos pueblereños con todas sus galas.

Nunca faltaban en ellas los pasiegos con sus telas, ni los quinquilleros con todas sus baratijas, los asturianos con sus "avellanes" y "cereces", los arrieros con los pipotes de escabeche, el tío Valencia con sus naranjas, ni el tío Dientes con sus pimientos y pimentones.

Allí se vendía de todo y para todos los gustos, y lo mismo podía mercarse una pandereta, que un "chiflo"; un puchero, que un par de borceguíes; una boina, que una vara de fresno; un sonajero para el nene, que un metro de percalina a "rial" y medio la vara; un cuarterón de pimienta, como una libra de manzanas. Aquello sí que era un verdadero cajón de sastre. Cencerros y esquilas para el "ganao", yugos y sobeos para "la pareja", tamboriles para los rapaces, calderos y coberteras, pañolones y pantalones de pana, mantos para las viejas y blusas con estirilla para "los huajes". Aquí escabeche del tío Castilla, y más allá, sacos de nueces traídas de Liébana; albarcas, puntillas, botones y hasta tirantes para los pantalones; ligas, patatas y trigo en abundancia; rosquillas y pajaritos y gallos de dulce acaramelado; sartenes, jarras, cuernas y chocolateras, con sus correspondientes molinillos "pa el chocolate"; bolaos, azúcar, sal, titos, garbanzos y lentejas; trigo, cebada y centeno; vacas, burros, bueyes y terneros... ¿Qué cosa habría que allí no se encontrara, Dios mío?...

La barahunda que allí se armaba era de las gordas y de las que no pueden olvidarse "in saecula saeculorum". Imagínense los lectores, veinte, cincuenta, cien puestos de venta, cuya mercancía era pregonada a grito "pelao" y en competencia a ver quién gritaba más fuerte y tenía mejores pulmones, y ni así podrán formarse idea de aquella gritería infernal,

que si no volvía a uno "relocho", al menos lo entontecía para una semana entera. Allí se aporreaba de firme a las sartenes, se tocaban todos los cencerros, se repiqueteaban todas las panderetas y todos los tamboriles, silbaban todos los pitos de madera o de hoja de lata, y todo "pa pobrar" el timbre de lo que se iba a mercar. Los pasiegos, con su invariable: "¡A real y medio... a real y medio... a real y medio la vara!" Los de las ruedas llenas de puntas, con la púa para dar vueltas y probar la suerte, atronando los oídos con su muletilla continuada: "¡Señores!... ¡siempre toca!... ¡siempre toca!, y el que no, se queda abriendo la boca!", y para que nada faltara, en medio de tanta algarabía, allí estaban:

El ciego de las coplas, y... ¡al agua fresca!

Y el agua fresca era pregonada a voz en cuello por todas partes, en todos los ángulos y rincones, a "perra chica" el trago, y todos bebiendo del mismo botijo y chupando el mismo pitorro del botijo. Allí nadie hacía ascos ni se andaba en pamemas señoriles. Los gritos de "al agua fresca" (aunque estuviera como caldo), sobresalían por sus voces agudas y atipladas, solamente cubiertas por una media docena de burros rebuznando todos al mismo tiempo, por los relinchos de otros tantos caballos y por el mugido de docenas de bueyes y terneros. Todo el mundo se movía, dándose codazos por entre aquella muchedum-

bre apiñada y compacta, y cada cual se preocupaba únicamente de lo que necesitaba y andaba buscando, en la seguridad de encontrarlo siempre y muy barato.

Pero había algo que a todos interesaba, sobre todo a mozos, mozas, viejas y chiquillos, pero que nunca faltaba en ninguna feria ni en ninguna romería, y ni sería romería ni feria si faltara este típico número del programa.

Allí hay un montón de gente formada en corro... ¿Qué sucede?... ¡Mirad!... Un cartelón, con diversos cuadros pintados a brocha gorda, sobresale de entre tanta gente, y a medida que nos vamos acercando, óyense las notas de un violín, en cuyas cuerdas está "arrasca que te arrasca", un ciego con el lazarillo al lado, vendiendo "coplas de ciego", donde se relata un crimen casi siempre imaginario. El ciego toca y canta, pero canta y toca con un dejo tan sentimental, que allí se encuentran las viejas, llorando a lágrima viva y a moco tendido, y todos conmovidos por la impresión que el ciego "viejete" causa con su violín destemplado y con su voz gangosa y cascada, al mismo tiempo que el lazarillo señala con una vara el cuadro horripilante, de una joven comida por los lobos en el monte, o de un caminante cosido a puñaladas por los bandoleros de Sierra Morena, cuando no un Cura asesinado por el Sacristán o un novio descuartizando a la chica enamorada.

Este cuadro del ciego con sus coplas, nunca podrá borrarse de mi memoria, aunque viviera mil

años, y aún parece que siento al lazarillo ofreciendo el papel con los versos, y siempre diciendo: "¿Quién quiere otra?... ¡Señores, que se acaban!... ¿Quién quiere otra?"... y nadie se iría a casa sin las coplas del ciego, aunque fuera rebuscando la perra chica escondida en el último rincón del bolsillo, porque lo primero que le preguntarían al entrar en casa, sería: "¿Me trae Ud. las coplas?"... Y esas coplas se leían en familia, con una atención edificante y en medio de un silencio sepulcral, entre suspiros y jipos de la abuela, lágrimas de la madre y temblores de los chicos. ¡Cuánto me acuerdo yo de aquellas coplas de ciego de las ferias y romerías de mi tierra, a pesar de mis cincuenta y nueve años!...

La fiesta religiosa

Si una feria o romería no se comprendía en mi país sin el ruido y la algarabía que hemos visto, tampoco podría explicarse sin su correspondiente función de iglesia en la Ermita o en el Santuario. Así se explica el número extraordinario de Curas que a ellas concurrían, que eran los de todos los pueblos de veinte leguas a la redonda.

Todos eran necesarios, dada la solemnidad religiosa que revestía la fiesta, cuya Misa era "de tres", sermón por el mejor y más acreditado orador de la comarca, procesión por todo el ámbito de la

feria, y responsos y ofrendas y salves a granel y por todo lo alto.

¿Quién, en mi tierra, no recordará las famosas romerías de la Virgen del Brezo de Villafría, la Virgen del Valle en Saldaña, del Camino en León y de la Virgen de la Velilla en la Tierruca? ¿Quién no contemplaba, con respeto profundo y con edificación, los muros de dichos Santuarios, cubiertos de cuadros, cirios, muletas, cabelleras hermosas, dijes y exvotos de todas clases, a la Virgen ofrecidos, y comprobación permanente y argumento irrefutable de la Fe y de la Piedad de nuestros mayores?... Hoy ya no se ve nada de eso, porque esa fe ha disminuído, esa piedad se ha enfriado paulatinamente, y como consecuencia lógica, nos avergonzamos en los tiempos presentes, de lo que nuestros padres practicaron y nos enseñaron...

El aluche montañés

Ha sido siempre el "aluche" una costumbre leonesa, genuinamente leonesa, algo nuestro y muy nuestro, y creo que desconocida en las demás regiones y provincias de España. Probablemente debió ser una herencia que nos dejaron los Romanos, y que aún perdura, a pesar de los siglos transcurridos, y tiene mucho de parecido con las luchas greco-romanas, tal cual hoy se celebran en los campos gimnásticos.

El aluche montañés no es otra cosa, como la misma palabra lo da a entender, que una lucha entre dos hombres, cuerpo a cuerpo, hasta que uno de los dos contendientes es derribado en tierra. Es un juego deportivo no arbitrario, sino sujeto a leyes que han de cumplirse estrictamente, bajo pena de ser descalificados los luchadores. Exige no poca fuerza y buena musculatura, pero más que todo, requiere habilidad y buena vista para ver e interpretar las intenciones del contrario. Es así cómo se explica el que un mocetón sea derribado fácilmente por otro que, a su lado, parece un pigmeo. El buen luchador necesita mucho ejercicio y mucha agilidad, y de ahí que en la montaña, el juego preferido por los chicos fuera el aluche, y desde niños se ejercitaban y aprendían las leyes a la lucha pertinentes, con lo que venían a resultar, con el tiempo, excelentes campeones en todas las romerías.

En estos tiempos ha decaído mucho este juego atlético, y en la misma montaña ha ido desapareciendo de tal modo, que para presenciar ahora un aluche en forma, es necesario penetrar en los pueblos colindantes a León y regados por el río Porma, en el valle de Lillo y Vegamián, donde todavía se encuentran buenos luchadores, y se forman corros en ferias y romerías.

Porque ha sido siempre en las grandes romerías donde se realizaban en forma oficial las citadas luchas, y el aluche venía a ser algo así como el broche

de la fiesta, el que más público atraía y el que más interés despertaba en los públicos, el que más se comentaba en pueblos y cocinas, y también y no pocas veces apasionaba de tal manera, dividiendo a los espectadores en dos bandos, que era precisa la intervención de las Autoridades y de la Guardia Civil. Y tengo para mí que ésta y no otra ha sido la causa de que haya desaparecido, en muchos puntos de la montaña, el clásico "aluche", cosa en verdad lamentable, ya que, realizado con nobleza y en debida forma, era laudable y un aliciente para que la juventud fortaleciera sus músculos y conservara su agilidad.

A la caída del sol, y después que cada cual había realizado sus compras, se formaba en la campa el aluche. La muchedumbre formaba un círculo espacioso, y al medio de la circunferencia salía el mozo dispuesto a iniciar el combate, por lo regular descalzo, con pantalón bien ceñido por un cinto y en mangas de camisa. Sentado en medio del círculo, esperaba al contrincante. Ya les tenemos frente a frente. Se agarran. Una mano atrás, sujetando el cinto, y la otra al muslo, agarrada al pantalón. ¿Preparado?, dice el uno. ¡Preparado!, responde el otro, y comienza la lucha, seguida con anhelo increíble por miles de espectadores.

Primeramente se tantean las fuerzas uno a otro, se espían mutuamente, y como dos colosos forcejean, se atraen, se repelen, pero sin soltarse. Los movi-

mientos de las piernas se observan minuciosamente, porque una zancadilla bien dada en un momento de descuido, puede ser fatal. Los dos luchadores se unen de pronto, pecho a pecho, y ha llegado el momento peligroso, hasta que uno de ellos ha conseguido meter su pierna entre las piernas del contrario, se tambalean, y sudorosos y jadeantes, uno de ellos ha conseguido hacer perder el equilibrio a su contrario, que cae en tierra. Si la caída ha sido legal, el vencedor concede una segunda suerte al vencido, y nunca se admite como legal la caída, si ésta no ha sido de espaldas.

El que ha sido vencido se retira, en tanto que el vencedor permanece sentado en medio del corro, esperando... al que quiera salir para medir sus fuerzas, y así van saliendo, cinco, diez, veinte mozos, y siempre quedando en medio del círculo el vencedor, a quien el público anima y aplaude, llevándose la palma de la victoria hasta otro año.

En mi tiempo, Guardo y Velilla iban siempre unidos contra los mozos de la Tierruca, y se hacía punto de honra el salir victoriosos, y la victoria se exteriorizaba con vivas y tirando boinas y sombreros al aire, pero sin que nunca hubieran demostraciones hostiles, que pudieran herir al partido derrotado. Alguna que otra disputa, sobre si la caída fué o no fué legal, si hubo trampa o no la hubo, si tocó primero el suelo en la caída éste o aquél, pero de ahí no se pasaba, por lo regular. Si alguna vez los ánimos

se calentaban demasiado, allí estaba siempre la Guardia Civil con sus tricornios... por lo que pudiera suceder.

Entre los mejores luchadores de Velilla, que en repetidas veces se llevó el laurel de vencedor en la Romería del Carmen y del Cristo en Guardo, citaremos a Epifanio Pérez, el que más tarde había de distinguirse como soldado valiente y heroico en la guerra de Cuba y Filipinas, tan heroico y valiente que, de no retirarse, hubiera conseguido las charreteras, pero el amor a los suyos y a sus montañas leonesas y a su pueblo de Velilla, pudieron más en él que las condecoraciones militares. Formó su hogar, y hoy, y desde hace años, es el cartero del pueblo, recordando con nostalgia sus aluches en Guardo y sus hazañas en Filipinas. (1)

La Patrona del pueblo

El día 15 de agosto, festividad de la Asunción de la Santísima Virgen, es la Fiesta Patronal del pueblo de Velilla de Guardo, titulada por ellos con el epíteto del día de Nuestra Señora.

---

(1) Este valiente soldado y afamado luchador ha pagado también su tributo a la muerte. Todos nuestros compañeros de niñez van desapareciendo poco a poco, dejando un vacío en nuestros corazones. La muerte del Sr. Epifanio Pérez fué muy sentida en todo el pueblo de Velilla, y el carácter dulce y servicial que adornaba al que por tantos años fué el cartero del pueblo, le había conquistado todas las simpatías.

Roguemos por él, y paz eterna a su alma.

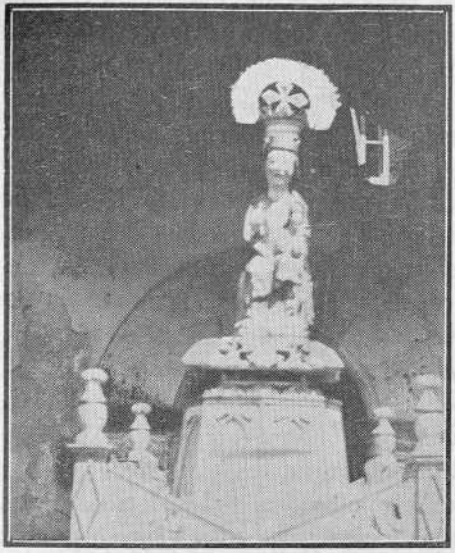
Nuestra Señora la Virgen de Areños, Patrona del pueblo de Velilla de Guardo, con sus vestidos que encubren la antigua y artística Imagen

Ni que decir tiene, que si mis paisanos han sabido celebrar con pompa y solemnidad las demás festividades de la Iglesia, en ésta habían de echar "la casa por la ventana", según el dicho clásico, y como "por la víspera se conoce el santo", desde la víspera se notaba ya el movimiento extraordinario de todos los vecinos y de todos los hogares, para celebrar dignamente el día de la Patrona Nuestra Señora.

A las cuatro de la tarde, el pueblo se dirigía a la Ermita de Areños, que es el palacio de la Reina del Cielo, y en solemne procesión se la traía a la iglesia parroquial, y digo que se dirigía, porque en estos últimos tiempos, eran contadas las personas que iban a traer la Virgen, y esperamos que de aquí en adelante será todo el pueblo, como en tiempos que pasaron.

Ya está la Patrona en la iglesia parroquial, y durante la noche las Camareras se encargarán de adornar las andas y de vestir a la Virgen con el mejor manto, y en verdad que emplean no pocos perifollos, todos los cuales sobraban y sobran actualmente, si en Velilla supieran que la Virgen de Areños es una hermosa estatua de estilo Bizantino, retocada de un baño de oro, sentada en forma hiératica, y que no sé por qué, ni pude averiguarlo, a alguien se le ocurrió la mala idea de vestirla, con candorosa y fervorosa intención, como es de suponer, pero con gran perjuicio del arte y de la estética. Tal vez sean muy raros en Velilla los que estén al tanto de estas in-

formaciones que les estoy dando, y se haría un gran favor a la Virgen de Areños y también al arte, si se la despojara de los vestidos que la cubren, puesto que



Nuestra Señora la Virgen de Areños, tal como es, despojada de sus vestidos

Fotografía tomada por el Autor en su misma Ermita, el día 14 de Agosto de 1934

ellos ocultan una Imagen hermosa, antigua y de valor inestimable.

El que esto escribe también lo ignoraba, hasta que en mi viaje y visita al pueblo, en el año 1934, y justamente la víspera del día de la Patrona, encon-

trándome en la Ermita de Areños, en circunstancias que cambiaban el manto a la Virgen, para ser conducida al pueblo, se me ocurrió despojar a la Imagen de todos sus vestidos, y me encuentro con que no era un miriñaque, como todos venían creyendo, sino una estatua primorosa, de estilo antiguo, digna de figurar en un museo de arte. No quise dejar pasar aquella ocasión que tan inesperadamente se había presentado, y sacando a la Virgen al atrio de la Ermita de Areños, revelé unas cuantas fotografías, como pueden ver los lectores en este libro, para que contemplen tal vez por primera vez a la Virgen de Areños, tal cual es en sí, y libre de ropajes que la desfiguran y desvirtúan por completo, al mismo tiempo que la despojan de todo mérito.

Debo confesar que no me costó poco trabajo ni pocos ruegos para conseguir despojar a la Virgen de sus vestidos, porque las Camareras, todas asustadas, querían impedirlo a todo trance, diciendo que "el que quisiera desnudar a la Virgen quedaba muerto", y que además "se llenaba la Ermita de humo", según eran los rumores pasados de padres a hijos. Al fin pude desengañarlas de que nada pasaría, y que me atenía a todas las consecuencias y riesgos, hasta que finalmente, y no sin miedo por parte de las sencillas Mayordomas, y recomendándome muchísimo el secreto, pude ver cumplidos mis deseos, para conocimiento de todos. No faltó Sacerdote amigo, hablando de lo sucedido, aunque él también ignoraba

esta transformación de la Imagen por mí descubierta, me diera la idea, tal vez no infundada, de que la estatua de la Virgen fué cubierta por nuestros antepasados para librarla del robo de algún anticuario sin conciencia... ¡Todo podría ser!, pero ningún dato tenemos sobre la época en que fué cubierta la Imagen, y los más ancianos del pueblo declaraban, que siempre conocieron a la Virgen vestida, sin que hubieran oído nunca que la Patrona de Areños fuera una estatua. Y advierto, por si alguno quisiera enterarse, que otro tanto ha sucedido con la Virgen del Brezo, como cualquiera puede comprobarlo, fácilmente y cuando quisiere.

El día de la fiesta

Se celebraba por todo lo alto, y rara sería la familia que no tuviera en ese día forasteros y parientes, invitados a la función y a la mesa. Se distinguió siempre la festividad de la Patrona de Velilla por el número considerable de Sacerdotes asistentes, siendo fácil la explicación, ya que Velilla cuenta entre sus hijos a un buen número de Curas y Frailes, que por nada del mundo dejaban de asistir a la fiesta de Nuestra Señora.

Para evitar repeticiones enojosas, diremos que la Misa Mayor, era igual que la del Corpus, escogiéndose las mejores voces para "echar" la Epístola y

el "Incarnatus", y presididos todos los actos religiosos por las Autoridades respectivas.

Entretanto, las mujeres se agitaban sin momento de reposo y trajinaban en las cocinas, arreglando los preparativos para el gran banquete patronal, esmerándose de una manera particular para que forasteros e invitados quedaran contentos y satisfechos. Y en verdad que satisfechos quedaban, con aquellas sopas bien rosadas por el pimiento y con la ramita de perejil encima; aquellos platazos chorreando salsas y aquellos barreños llenos hasta los bordes de "arroz con leche", que después de engullirlos hasta decir "basta", aún tenían que arremeter sin ganas, obedeciendo a la persistente insinuación de la dueña de casa, con su "ponte más, no lo desaires", y en acabándolo, "aquí tienes más", y no quedaba otro remedio que continuar comiendo sin ganas, para no seguir oyendo tan inclemente machaqueo.

Antes de la comida, los Curas echaban una partida de tresillo, para seguir jugando después de la misma, hasta que se les apagaba la luz al día siguiente, en tanto que los hombres echaban una partida de bolos, como para ensayarse para la tarde contra los forasteros.

Ya terminó la comida, y después de tomar el café (la única vez del año en que se tomaba), los Curas vuelta de nuevo al tresillo, los hombres a la bolera, y los mozos y mozas al baile, y todo el mundo en la plaza "pa ver tanta gente", presenciar el jaleo

y quedar hartos de mirar, haciendo acopio para todo el año, mientras que los rapaces se metían por aquí, aparecían por allá y se les encontraba en todas partes, sin que se les necesitara en ninguna y estorbando en todas.

Se armaba el juego de barra, en la que los mozos del pueblo desafiaban a los de "afuera", en medio de algunas disputas sobre si "fué tiro" o "cayó de plano", pero siempre sin que dichas discusiones llegaran nunca a mayores, porque en aquellos tiempos no tenemos noticia de que hubiera una riña seria ni de consecuencias.

Pero el que buscara animación, mímica, voces y gritos y lecciones de maestros, que fuera a la bolera, porque allí estaba lo bueno, y allí se hilaba de lo fino y se gritaba gordo y fuerte, cuando algún jugador hacía "un emboque cerrado", lo mismo que cuando alguna bola salía bien "borneada" a impulsos de un brazo robusto, o bien se estallaba en carcajadas cuando algún inexperto hacía "cinca".

Y entre ruido de bolos y gritos en la bolera, repiques de pandereta y redobles de tambor, con ruido de "tarrañuelas" de los bailadores, llegaba la tarde, y al toque de las "Ave Marías", todo aquello desaparecía como por encanto, no sin antes rezar "el Angelus", allí, públicamente, y todos con la gorra o el sombrero en la mano. Ese era mi pueblo, y así celebraba la fiesta de su Patrona la Virgen de Areños.

El baile popular

Agil, honesto y viril era el baile de nuestra tierra, en aquellos tiempos de una juventud sana y fuerte, que nunca conocieron el "agarrao", ni nuestros padres y madres le hubieran consentido nunca.

No se conocían más instrumentos que la dulzaina del tío Nicolás, la "Caja" y la pandereta. Nada de acordeones ni de guitarras, victrolas ni clarinetes. Era un baile patriarcal, separadas las parejas, brazos en alto, los ojos bajos y pies en continuo movimiento, mientras los dedos castañeteaban haciendo de castañuelas, ya que no eran muchos los que podían contar con un buen par de crótalos. Las notas de la gaita caían como gotas dulcísimas de miel sobre aquella juventud que sabía divertirse alegremente sin faltar al pudor, ni mucho menos sacar los colores de la vergüenza a ninguna moza, si bien es cierto que las mozas de aquellos tiempos no hubieran consentido nunca la más mínima falta de respeto a su persona, porque con la misma gentileza que decían ¡viva quien baila!... y ¡olé salero y viva el mi mozo!, sabían dar una bofetada sonora y de cuello vuelto al hombre que hubiera intentado propasarse, ni siquiera con un gesto o una simple mirada aviesa.

El pueblo entero gozaba viendo a la juventud bailando en aquella forma, y toda moza estaba tan segura y tranquila al lado de un mozo, como pudiera

estarlo al lado de su madre o de su hermano. ¡Qué tiempos tan diferentes ahora!...

El trío de la gaita, la Caja y la pandereta, todo ello bien manejado por manos expertas, iba siempre acompañado de los cantos femeninos, que sabían lucirse, tanto con sus timbradas voces, cuanto por su numen inspirado para "sacar versos" en un periquete y con una facilidad asombrosa, y siempre oportunos y adaptados a las circunstancias del momento, iniciados siempre con la tonada de última moda que había llegado al pueblo, procedente de Asturias o de Santander, cuyo estribillo se entremezclaba con los versos de las cantoras.

¡Y qué cantoras las de entonces!... Aún recordamos aquellas mozas garridas y bien plantadas que hacían primores con sus manos en los parches del pandero, al mismo tiempo que desgranaban notas con sus gargantas limpias que gorjeaban como jilgueros y modulaban como ruiseñores. Marcelina... Joaquina... María... Flora... Filomena... y veinte más, se distinguieron en aquel entonces como las más sobresalientes en el canto y en el repique de pandereta, no tan fácil como a primera vista parece. Es verdad que los que tocaban la Caja, no se quedaban atrás, y los nombres de Marcos, Isidoro, Martín, Antonio, Félix y Aniceto hicieron honor al pueblo como buenos y excelentes redoblantes, como se distinguían por su agilidad, soltura, garbo y maestría en el baile de "punto" y "contrapunto" y "redon-

El baile popular de los pueblos leoneses

dilla", aquellos mozos que se llamaban: Elías, Robustiano, Marcelino, Félix, Emeterio, y muchísimos otros.

Ya tenemos al tío Nicolás con su dulzaina, que a mieles nos sabía siempre que la tocaba; a su lado la moza con la pandereta, acompañada a veces de otra compañera cantora, y al otro lado el mozo que tocaba la Caja. Las parejas están esperando la introducción, iniciada por la gaita. Ya empieza el baile, y escuchemos algunos de los cánticos inspirados de aquellas mozas, tal vez sin gran instrucción, pero de talento natural y capaces de dar quince y raya al mejor poeta.

Para "espenzar" a cantar
licencia tengo pedida,
al señor Cura primero
y a la señora Justicia.

Ahora comienzan a bailar:

ESTRIBILLO

Cómo la menea el aire
y el aire la meneabaaaa,
cómo la menea el aireeee
aquella Rosa encarnadaaaa.

Aquí me he puesto a cantar
con alegría y sin miedo,
al que no tiene delito
no le llevan prisionero.

La que me mandó cantar
era un ramo de hermosura,
la dije que no sabía
y ahora saldrán de la duda.

Este pandero que toco
tiene veinticinco sones,
veinticinco puñaladas
merecen algunos hombres.

La pandereta que toco
tiene boca y sabe hablar,
sólo la faltan los ojos
para ayudarme a llorar.

Miren qué fila de mozos,
lástima que el rey los lleve,
lástima que se disfrute
de la hermosura que tienen.

Miren qué corro corrillo,
miren qué corro tan largo,
señoritas no hay ninguna,
pero hay mocitas de garbo.

Viva la punta de arriba,
viva la punta de abajo,
viva quien baila en el medio,
vivan los que están tocando,

Tengo la mano pesada,
no la puedo aligerar,
son mis padres labradores
y me hacen trabajar.

Yo me canso, yo me canso,
ya me canso de tocar,
y las mocitas del baile
no se cansan de bailar.

Cuándo "quedrá" la Virgen
de Areños ¡Santa!
que tu ropa y la mía
tengan un arca.

Por cantar y ser alegres
no se ha perdido ninguna,
muchas se pierden siguiendo
la rueda de "la fortuna".

Allá va la despedida,
mas no, que me equivoqué,
que me equivoqué, que no,
la despedida se fué.

Una despedida sola
dicen que no vale nada,
y por eso, compañeras,
se la doy acompañada.

Esto es poesía popular y éstos son sentires, y esos sentires y poesía era lo que sobraba a las mozas de mi pueblo, cuando cantaban en el baile muy montañés y muy de Velilla. ¿Volverán aquellos tiempos que pasaron?...

¡Lástima grande no fuera verdad tanta belleza!

CAPITULO X

ACONTECIMIENTOS POPULARES: LAS BODAS DE MI PUEBLO

En aquellos tiempos de égloga y de sencillez, no contaminados por el virus mefítico de los tiempos actuales ni de la tan cacareada civilización moderna, las efemérides domésticas estaban siempre rodeadas de encantos y alegría patriarcales, que venían a resultar como compases de espera en el continuo trabajo de aquellas gentes, que no tenían otras sensaciones que las del hogar, ni otras alegrías que las de la familia.

Es por eso que todos los sucesos, prósperos como adversos, eran comunes, y todos se hacían participantes, lo mismo de los goces que de las tristezas; reían y lloraban siempre juntos, unidos por un lazo fraternal, siempre fuerte y siempre irrompible, y esto era precisamente lo que constituía el encanto y la felicidad de los pueblos montañeses.

Entre los sucesos que más ruido metían y que con más solemnidad se celebraban, ni que decir tie-

ne que habían de ser las Bodas, y a las bodas de mi pueblo quiero dedicar el presente capítulo, aunque bien merecía el asunto un libro entero.

Una boda, en mi pueblo, era todo un acontecimiento, en tanto grado, que aquel día ni siquiera se trabajaba. ¡Cualquiera se iba al campo sin ver a la novia y presenciar al menos la ceremonia, oír el canto de las mozas, contemplar a los padrinos, relamerse de gústo en presencia de la Rosca, y agarrar confites, aunque fuera revolcándose entre el barro!

Por lo que ya hemos venido diciendo e insinuando en páginas anteriores, los mozos tenían sus leyes propias para estos acontecimientos, y nadie crea que era cosa fácil llevarse, así, sin más ni más, una moza del pueblo, por un pretendiente forastero, como tampoco podía escaparse de cumplir las leyes cualquier joven, aunque fuera del mismo pueblo.

Todo estaba legislado y todo previsto en las Ordenanzas y Reglamentos de la juventud, y no había otro remedio que cumplir la ley, sin que nadie se librara de ella, fuera quien fuese.

Ante todo, debemos hacer notar que nunca se conoció el caso de dos corazones que se unieran si no era como Dios manda, y hasta el nombre de matrimonio civil se ignoraba, ni se sospechaba siquiera en aquel entonces, así como nunca conocí un caso de celebrarse una boda en Adviento o en Cuaresma. ¡Ni pensarlo siquiera, y buenos eran nuestros padres

para consentir semejante violación Eclesiástica! Del mismo modo puedo afirmar, sin temor a ser desmentido, que nunca se dió el caso de que una joven se "desgraciara", y si algún caso se diera, el causante de la desgracia se vería obligado a cargar con la joven, sin discusión ninguna, porque, de lo contrario, se hubieran cerrado las puertas de todos los hogares para el culpable.

Y puestos estos preliminares, que tanto honraban a las familias de aquellas edades, pasemos a describir, lo mejor posible, el modo, la forma y las ceremonias que revestían las bodas populares.

Los mozos cazando al novio

En cuanto se susurraba en el pueblo de que un mozo forastero pretendía la mano de una moza del lugar, ya se preparaban todos los mozos para sorprenderle y hacerle pagar el tributo correspondiente y en conformidad con las leyes establecidas desde tiempo inmemorial.

Era inútil que el mozo tratara de burlar la vigilancia, ni de visitar a la moza pretendida, ya que, por ducho y ladino que fuera, muy pronto había de caer en alguna de sus visitas nocturnas. Era espiado por todas partes; se le vigilaba desde el momento mismo que ponía los pies en el pueblo, y cuando el joven pretendiente se encontraba lo más tranquilo "pelando la pava" o haciendo "el oso", ya tenía

encima los ojos de los mozos vigilantes, ocultos detrás de un bardal o escondidos en un pajar, y siempre se cumplía al pie de la letra aquel verso popular:

Juzgan los enamorados,
y en esto no juzgan bien,
que al encontrarse solitos,
creen que nadie les ve.

No había uno que se escapara de "la caza", y tenía que caer sin remedio y antes de lo que él pensaba, porque de repente oía la voz de ¡alto!, dada por el mozo espía, mientras que otro se encargaba de reunir a los mozos al son de la Caja, y cuando los redobles de la Caja se oían, señal segura de que ya había caído en la red el enamorado forastero.

Una vez sorprendido, y sin hacer la menor resistencia, el nuevo novio, acompañado amistosamente por la juventud, era conducido a la Casa Ayuntamiento, pagaba la cántara de vino, y algo más si el mozo era rumboso, se la bebían muy satisfechos, le daban la enhorabuena, y desde aquel momento podía visitar ya a su novia, sin preocupación ninguna y sin temor a ningún percance, porque allí estaban todos los mozos para defenderle como a un verdadero amigo. Se obraba con verdadera nobleza y caballerosidad. A veces sucedía que el pretendiente, haciéndose el bravucón, trataba de resistirse, pero entonces peor para él, puesto que se exponía a consecuencias desagradables, y tal vez a una buena paliza, de la que no se olvidaría en todos los años de

su vida. Era rarísimo el que semejante caso sucediera, aunque alguna vez no dejó de suceder, para escarmiento de los demás. Como es fácil comprender, el pueblo entero quedaba enterado del acontecimiento, tanto más, cuanto que en los pueblos pequeños no hay nada que se ignore, y todo se sabe con pelos y señales.

Ya tenemos dos futuros desposados, y después de visitarse mutuamente y a su gusto, pero siempre en presencia de los padres, antes de leerse las amonestaciones en la iglesia tres domingos consecutivos, lo primero que se realizaba era lo que allí se llamaba "LAS VISTAS".

La ceremonia de las "Vistas"

Una vez formalizadas las relaciones entre el novio y la novia, si es que no florecían "las calabazas" ni de una ni de otra parte, las familias respectivas de los futuros contrayentes, tenían una especie de Consejo de familia en casa de la novia, con asistencia de los padres de una y otra parte y de los mismos novios, sin excluir, como es de suponer, a las madres. ¿De qué se trataba?... De las "Vistas", es decir, se trataba de la dote que el novio y padres del novio concederían a la futura esposa. Resultaba dicho acontecimiento, algo así como una fiesta de familia, pero fiesta íntima, en la que salían a relucir todos los trapillos con que el novio había

de vestir a su prometida, las cargas de trigo o centeno con que la dotaba, la casa donde vivirían para formar el nuevo nido, los medios de subsistencia para tirar "adelante" y no contentarse únicamente con besos, pan y cebolla, como suponen los románticos, sin darse cuenta que es otra la triste realidad de la vida trabajosa y miserable.

Cuando las "Vistas" se celebraban, señal de que la boda era cosa segura, y se hubiera tenido como algo estupendo y extraordinario que, después de celebrarse dichas Vistas, aparecieran "las calabazas" tan temidas en los noviazgos. Un caso semejante, caería en el pueblo como un trueno "muy gordo", que se adaptaría a toda clase de comentarios bien poco favorables para ninguna de las dos familias, y mucho más de los novios, ya compuestos y... sin casarse.

Ya se lee la primera amonestación en la iglesia, con mucho rubor por parte de la novia y muchas tosecillas intencionadas de los mozos en el Coro, y con no pocas sonrisas de las viejas y de las mozas. Y como todo llega en este mundo, se acaban de leer las tres "velaciones" y, cosa segura, a la semana entrante... ¡BODA EN EL PUEBLO!

La víspera de la boda

Ya empiezan los misterios, o mejor dicho, ya empieza lo bueno. Entre las mozas se nota un movi-

miento inusitado. Idas y venidas; corrillos que se forman en las esquinas; conversaciones a voces de puerta en puerta y de ventana en ventana; alegría en todos los rostros; complacencia en todos los semblantes. Los chicos saltan inquietos, por lo que se aproxima. La casa de la novia es un maremágnum, donde todos se mueven, todos hablan y ninguno se entiende. Baúles abiertos por aquí; sábanas por allá; escobas que barren por este lado; estropajos que frotan y limpian por el otro; carneros que balan tristemente, olfateando la sentencia de muerte; gallos, pollos y capones que cacarean con melancolía, porque barruntan que aquello va con ellos y que huele a "arroz y gallo muerto". La novia, muy escondida y muy atareada allá en la sala "de arriba", y la madre y los hermanos por los cuartos "de abajo", todos en movimiento y sin dar paz ni a las manos ni a los pies. Cacerolas que relumbran; aceite que chisporrotea en las sartenes; rapaces que traen agua y más agua, como si fuera a quemarse la casa; mozos con brazadas de leña, y mozas y "tías" remangadas hasta los codos, manejando peroles, sartenes y cuchillos. Son los preliminares de la fiesta.

Alegrías y tristezas

Todos los actos trascendentales de la vida van siempre acompañados de luz y de sombras, de rosas

y espinas, de alegrías y tristezas; y esto sucede, de una manera particular, cuando se trata de tomar estado. Para una joven que ha vivido al lado de sus padres y entre las caricias del hogar, el casamiento tiene siempre un dejo amargo y melancólico, al pensar que para ella comienza una nueva vida, no exenta de preocupaciones y sobresaltos, hasta ahora por ella desconocidos. Así se explica la frase del pensador, que dijo: "El matrimonio es, de entre las cosas más divertidas, la más seria, y de las cosas más serias, la más divertida".

Es por esta razón que la novia, en vísperas de su casamiento, se encontrara siempre risueña y melancólica, triste y al mismo tiempo alegre, con esa alegría que humedece los ojos y empapa de lágrimas las mejillas. Y es que, una vez casada, hay que dejar, sin remedio, muchas cosas agradables, despedirse de las amigas, pensar más seriamente, dejar a un lado los juegos de la juventud, empezar, en fin, una nueva vida.

Pensando y rumiando todas estas cosas, tenemos a la novia recogida, aislada y retirada en su cuarto, llorando dulcemente, suavemente, lentamente, pero al fin llorando, y toda lágrima que rueda por las mejillas deja huella, aunque haya también lágrimas arrancadas por la emoción y la complacencia. Las emociones de la novia comenzaban desde la víspera, cuando las compañeras iban ya a darla la despedida.

Las mozas despidiendo a la novia

Al atardecer, se reunían las mozas y se dirigían a la casa de la novia, para despedir a su compañera.

Ya las tenemos delante de la puerta, todas unidas y preparadas para empezar los cánticos, pero unos cánticos sentidos, que hacían llorar, y cuyas palabras conmovían de veras. Insertaremos algunos, para recuerdo:

Licencia pido a Jesús
y a la Sagrada María,
para venirte a cantar
con cantos de despedida.

Compañera que te vas,
escucha nuestros cantares,
venimos a distraerte
y endulzar tus soledades.

Tus padres, aquí presentes,
Dios les dé paz en la tierra,
y a ti, hermosísima dama,
que logres lo que deseas.

Mañana será ese día
de tu dulce matrimonio,
y en la puerta de la iglesia
veremos a novia y novio.

Considero que estarás
llena de dolor y pena,
pensando que te atarás
con los grillos y cadenas.

Los grillos y las cadenas
mañana te los pondrán,
y empezará tu prisión
al momento de casar.

Allí te preguntarán
que si quieres a tu esposo,
y tímida contestarás
que le quieres con gran gozo.

Allí le contestarás
con muchísima vergüenza,
que le quieres y le adoras
y le prestas obediencia.

También digo al buen galán,
Joven de muy altas prendas,
que la sepas estimar
con amor y reverencia.

También digo al buen galán
la sepa bien estimar,
su mano otros la pidieron
y no la quisieron dar.

Asómate a esa ventana,
echa los brazos afuera,
bien te puedes despedir
de todas tus compañeras.

No llores, paloma blanca,
no llores por tu destino,
que te llevas un buen mozo
que te amará con cariño.

Es una ley de la vida
el casarse con amor,
y el mozo que te ha ganado
sabrá apreciar tu valor.
Aquí estamos tus amigas
con deseos de abrazarte,
y de darte cuatro besos
con el fin de alegrarte.
Que descanses, compañera,
"adiós", hasta la mañana,
te vendremos a buscar
con amor y buena gana.

Oír estos versos sin conmoverse, era imposible, ya que la música que acompañaba a los cánticos era realmente triste y melancólica, muy propia de las circunstancias.

Al terminar de cantar, salía la novia a la puerta, y allí, entre lágrimas y suspiros mal reprimidos, abrazaba, una por una, a todas sus compañeras, al mismo tiempo que se invitaba a las mozas a pastas y una copa de vino dulce, después de lo cual... cada paloma a su palomar, hasta el día siguiente, en el que vendrían de nuevo, para acompañar a la novia, en medio de alegres cánticos, que a veces hacían reír, pero que tanto daban que pensar por su contenido.

El día de la boda

Suponer que la noche de la víspera se dormiría en casa de la novia, sería suponer un imposible, dado que toda ella se empleaba en preparaciones de cocina, en hacer las Roscas, y en preparar el ajuar de boda. Se pasaban la noche enteramente de claro en claro, para pasar el día siguiente de turbio en

turbio y en continuo movimiento. Muy de mañana, se veía a toda la juventud atareada en los quehaceres propios de cada uno, a fin de verse libres todo el día, y para ganar tiempo, todos madrugaban. En un día de boda no había que pensar en el trabajo, y, por consiguiente, había que despacharlo con anticipación y dejarlo todo listo para las nueve de la mañana.

Y a las nueve de la mañana tendría lugar la solemne Misa de esponsales, tan propia, tan hermosa y tan significativa, y nadie se casaba en mi pueblo sin esa Misa de esponsales.

Desde las ocho de la mañana comenzaba ya el movimiento en todo el pueblo, porque todos, sin excepción, habían de asistir a la ceremonia y acompañar a los novios, a quienes no se les dejará en todo el día ni a sol ni a sombra.

Los mozos, ya reunidos, andan por las calles, redoblando la Caja, todos con vestidos de fiesta; los chiquillos, a su vez, rodean la casa de la novia, merodeando de aquí para allá, por ver "si se pesca algo", y algo siempre se pesca.

¿Y las mozas?... Las mozas ya están todas preparadas, con sus panderetas, con sus trajes domingueros, rompiendo la marcha el Coro de cantoras. Ningún mozo se verá a la puerta de la casa de la novia, porque todos están en casa del novio, a quien tienen que acompañar y conducir solemnemente a la casa de su prometida. Si se penetra dentro, no se

oirán más que llantos de la madre, suspiros de las hermanas, gimoteos de las viejas y lágrimas de todos. No parece sino que alguno se ha muerto, y en verdad alguien se va a morir, aunque no de cuerpo presente. El casamiento es siempre, para los padres, una muerte moral de la hija idolatrada, que dentro de breves momentos recibirá la bendición de la despedida, antes de salir de casa para la iglesia. Acto tan impresionante, que hace llorar a cuantos le presencian, y no es para menos.

Hay que presenciarlo, para sentirlo en toda su hermosa grandeza y majestad imponente. La novia, arrodillada en el umbral de la puerta, sobre una alfombra, y delante el padre y la madre, bendiciendo a la hija que se les va de sus cariñosos brazos, para entregarla al prometido que va a ser su esposo. Arrodillada la hija, y con las manos puestas sobre su cabeza, aquellos padres cristianos invocan con lágrimas en los ojos las bendiciones del Cielo, pidiendo derrame sobre ella todas las gracias necesarias, para que encuentre la felicidad en su nuevo estado y para que desciendan sobre su casa aquellos dones que Abrahán y Jacob imploraban para sus hijos y para los hijos de sus hijos. ¿Cómo no habían de resultar felices aquellos matrimonios de mi tierra, con tales bendiciones patriarcales?...

Ya han llegado las mozas, capitaneadas por el Coro de las cantoras; ya se ve la alfombra colocada en el umbral de la puerta. Todo el pueblo se encuen-

tra allí reunido, y... escuchemos, porque empiezan a cantar:

Buenos días y mañana
te damos, perlita humana:
buenos días y mañana,
la del valor escogido,
te damos, perlita humana,
en tu palacio y castillo.

Con la mañanita fría
y el rocío que ha caído,
venimos a verte, niña,
cómo te cae el vestido.

Aquí estamos tus amigas,
compañeras principales,
a darte los buenos días
por las buenas amistades.

Pide a tu padre la colcha,
la colcha llena de flores,
híncate, paloma blanca,
a recibir bendiciones.

Al darte la bendición,
afligidos y angustiados,
se les parte el corazón
a padres que te han criado.

Al darla la bendición,
la niña ha dado un suspiro,
tan fuerte, que al Cielo llega;
desde aquí le hemos oído.

Sal a la puerta, paloma,
ensancha tu corazón,
ya llega el novio, flamante,
orgulloso, y... con razón.

Y en efecto, llega el novio, acompañado de todos los mozos y al son de la Caja, entre ¡iju... jús! y demostraciones de alegría. Serio y grave, como quien se da cuenta del paso que va a dar, su seriedad contrasta con la alegría de todos sus compañeros, y mientras penetra en la casa de la novia, que le espera bien compuesta y adornada y en compañía de sus padres, el Coro de cantoras dirige al novio estas advertencias:

Atiéndenos, buen galán,
hombre de muy altas prendas,
que la sepas estimar
con amor y reverencia.

Mírala bien, que es un sol
y alumbra como una estrella,
y en todo este pueblo tiene
la fama de ser muy bella.

Te advertimos, buen galán,
que no la des malos tratos,
que la han tenido sus padres
de pequeñita en sus brazos.

Igualmente te advertimos
que no la des mala vida,
que la han tenido sus padres
en el corazón metida.

Ya salen los novios con todo el acompañamiento. Los chiquillos, como siempre, forman la vanguardia, entre saltos y cabriolas. Siguen los mozos, sonrientes, parlanchines y disparando sus escopetas y cachorrillos; la Caja, manejada por el mejor redoblante, que a nadie cede su primacía en estas ocasiones solemnes. Detrás de los mozos, el novio, con su padrino y demás parientes, y a continuación, la novia y la madrina, con los ojos bajos la primera, y llevando entre sus dedos el Rosario y el pañuelo, para depositar las "arras" y para limpiarse las lágrimas que se deslizan por sus mejillas, encendidas por el rubor de una doncella pura y casta. La madrina, con el pañuelo también, pero lleno de almendras, peladillas y confites, que se disputarán, a puñetazo limpio, todos los chiquillos, a no ser que la boda sea de rumbo y rompe y rasga, porque entonces, en vez de confites, se arrojan monedas y hasta pesetas, a puñado lleno, y ¡hay que ver el jaleo que allí se armaba, no ya sólo entre chicos, sino que también entre los grandes!... ¡No era de despreciar aquella ocasión de hacerse con unas "perrillas", "perros gordos" y hasta pesetas!... ¡No era nada lo del ojo!...

Rumbo a la iglesia

Ya están todos en marcha. Oído a la Caja y atención a lo que van a cantar las mozas:

Coge, niña, ese Rosario
en la tu mano derecha,
cógele y vete rezando
desde tu casa a la iglesia.

Despídete, compañera,
de la casa de tus padres,
que ésta es la última vez
que de ella soltera sales.

Aunque la llevas detrás,
no puedes decir que es tuya,
que aún puede decir "que no",
delante del señor Cura.

Mide, niña, el pensamiento,
que ya estás cerca del templo,
rosa del jardín florido,
que ya vas cerca del templo
y te van a dar marido.

Ha llegado la comitiva a la iglesia. El pórtico de la misma se encuentra tomado por asalto. La muchedumbre lo llena todo, y a pesar de ello, puede oírse el aleteo de una mosca, por el silencio que reina. Mientras que novios y padrinos toman su ubicación correspondiente y esperan la salida del señor Cura, las mozas, sin dar sosiego a sus gargantas, siguen cantando. Escuchemos, porque sería lástima perder una letra de cuanto dicen en sus versos, siempre inspirados:

Abrid esas puertas de arco
con sus cerrojos de plata,
"pa que pase" el señor novio
con esa paloma blanca.

Tienes la palabra dada
a ese joven caballero,
y ahora la vas a firmar
en los libros de San Pedro.

La niña que se detiene
en el umbral de la iglesia,
anillos de oro quiere
en la su mano derecha.

Al padrino le decimos
que prepare ya las "arras",
y a la novia la advertimos
recoja un poco las sayas.

Salga, señor Cura, salga
con los libros de casar,
que está la novia en ayunas
y se nos va a desmayar.
Salga, señor Cura, salga
con los libros de San Pedro,
que está la pobre en ayunas
y también el caballero.
Salga, señor Cura, salga,
salga de la sacristía,
a casar a esta doncella,
porque es hija de María.

Y como si el último canto de las mozas fuera un conjuro mágico, puntualmente se presenta el Sacerdote, adornado con los mejores paramentos, rodeado de los monaguillos, en la puerta de la iglesia.

¡Momento sensacional! Empiezan las graves y significativas ceremonias; con entonación pausada y solemne lee la carta de San Pablo, llena de consejos prácticos para los que van a unir sus corazones. El novio, mirando con serenidad y frente a frente; la novia, temblorosa y con la vista clavada en el suelo, no ignorando que todos los ojos están fijos en ella. Ha llegado el momento de pronunciar el "SI", que se dice en un segundo y retumba en la eternidad, y es escuchado por el mismo Dios.

—Señora A.***, ¿queréis al señor B.*** por vuestro legítimo esposo, como lo manda la Santa Madre Iglesia?
— ¡Sí, le quiero!
— ¡Sí, me otorgo!
— ¡Sí, le recibo!

que son las tres respuestas a otras tantas preguntas que hace el Sacerdote, a las que, a su vez, tiene que responder también el novio. A continuación, la novia despliega su pañuelo para recibir las "arras",

consistentes en catorce monedas de oro o de plata, al mismo tiempo que se repiten y contestan mutuamente con estas palabras:

— Estas "arras"...
— Estas "arras"...
— Yo te las doy en señal de matrimonio.

Contestando la novia:

— Yo las recibo.

Oyen los consejos del Sacerdote, siempre útiles y prácticos para los nuevos desposados, y terminada la ceremonia, regresa el señor Cura a la Sacristía, viste la casulla y comienza la Misa. Sin que nadie se mueva, todos esperan al señor Cura, que, en medio de los novios, les honrará con su compañía, hasta introducirlos en la casa de los nuevos desposados. Siempre el Sacerdote es y será siempre el amigo que acompaña a sus queridos feligreses lo mismo en las alegrías que en las tristezas.

Tenemos a la comitiva de la boda regresando de la iglesia, después de haber comulgado los novios en ella y de haberse confesado la víspera y rendido su correspondiente examen de Catecismo, tomado por el Sr. Cura, a quienes explicaba al mismo tiempo las respectivas obligaciones que les imponía el nuevo estado.

Comienza la alegría de la boda. Los mozos, lanzando al aire con todos sus pulmones los "ijujús" montañeses, que tienen mucha gracia y son demos-

traciones de entusiasmo. Los chicos se revuelcan por el suelo, agarrando los confites que siembra a puñados la madrina, y que, manchados a veces de barro, les chupan con delicia y les saborean con deleite. Nuevos disparos de escopetas, porque aún no se conocían en aquel entonces los cohetes ni voladores, en tanto que las mozas, por su parte, entonan entusiasmadas nuevos cánticos, y eran los siguientes:

Por encima la corona
del que la Misa decía,
vi volar una paloma,
y era la Virgen María.

Cuando te estaban echando
las "arras" en el pañuelo,
te las estaban contando
los angelitos del Cielo.

Buenos días, señor cura,
también los señores novios,
que con el Cuerpo de Cristo
se han desayunado todos.

Tira, mancebo, la capa
por encima del sombrero,
que ya la llevas ganada,
tuya es la flor, caballero.

Las "arras" no son del novio,
ni tampoco del padrino,
son de la señora novia,
que dijo: "yo las recibo".

El "sí" que dijo la niña
en la puerta de la iglesia,
al pronunciarle la niña
entró libre y sale presa.

Estuviste arrodillada
al pie del altar mayor,
te encomendaste a la Virgen
y a Cristo Nuestro Señor.

Hija de María fuiste,
despídete de la Virgen,
y de estas tus compañeras
que en la Cofradía tuviste.

Tú, que fuiste Mayordoma
de la Virgen del Rosario,
la rezaste ya una Salve,
"pa" que quedéis bien casados.

Levantóse la madrina,
la del escogido velo,
dió agua bendita a la novia,
y el padrino al caballero.

El desayuno, casada,
rosa del jardín florido,
fué la Hostia consagrada
y el cáliz de Jesucristo.

Las lágrimas que derramaste
al darte la bendición,
al padre que te ha criado
partieron el corazón.

Al abandonar su casa
lanzaste un gran suspiro,
tan fuerte, que llegó al cielo,
desde aquí le hemos oído.

Llévala de canto en canto,
llévala de piedra en piedra,
no se la manche el zapato,
no se la manche la seda.

Las mozas no se olvidan de los padrinos, a quienes, entre canto y canto, les dicen cuanto quieren, y les colocan de vez en cuando "algunas banderillas". ¡Atención!

Madrina de tanto rumbo,
de tanto rumbo madrina,
cómo te relumbra el oro,
debajo de la "basquiña".

Madrina de tanto tono,
de tanto tono madrina,
merecía andar en coche
por las calles de Sevilla.

Esa señora madrina
tiene el mirar excelente,
si la vista no me engaña,
es labradora pudiente.

Esa señora madrina
tiene vista generosa,
ahora lo vamos a ver
si se porta con las mozas.

A esa señora madrina
las gracias vamos a dar,
y no tenemos ya duda
lo bien que se portará.

A ese buen señor padrino
tiene el bolso de pellejo,
"pa" sacarle una peseta
hay que tocar a Concejo...

Cuando se acercan a la casa:

Desde aquí se ve el palacio,
el de la banda de flores,
donde echó el galán el lazo
en busca de sus amores.

Al llegar a la puerta de casa:

Salga la señora madre
y reciba a su hija honrada,
salió de casa soltera
y se la traemos casada.

Salga la señora suegra
a recibir su hija y nuera,
la del valor escogido
que su hijo la ha traído.

Entre el novio, el delantero,
el de la banda ceñida,
que ése ya sabe el sendero
de cuando vino a pedirla.
Muy alegre está la niña,
rosa del jardín florido,
porque va a entrar su esposo
en su palacio y castillo.

Quédense con Dios, señores,
nos vamos a retirar,
ya estamos bien cansaditas
y empapadas de sudar.
Adiós, quédense con Dios
los novios y los padrinos,
esta tarde volveremos
para el baile de las cinco.

Y a las cinco en punto volverán todas las mozas y mozos, y el pueblo entero, para armar el gran baile a la puerta de la casa de la novia. Los convidados a la boda se quedan todos a comer, y mientras llega la hora, se echa una partida de bolos, mientras que los novios, padres y padrinos se dirigen a la Casa Ayuntamiento, para los efectos civiles del matrimonio, que entonces siempre eran y se celebraban después del matrimonio Eclesiástico.

Mientras los novios regresan del Ayuntamiento, y los hombres juegan a los bolos, y las cocineras manipulan en la cocina, preparando el gran banquete, hagamos nosotros punto final, para terminar el tema de las Bodas de mi pueblo, tan llenas de poesía como de recuerdos imborrables...

CAPITULO XI

RECUERDOS DE CARIÑO

Para perpetuar las costumbres tradicionales de mi tierra, hemos descrito la forma en que las bodas se celebraban, ya que en las bodas, mejor que otras costumbres, se reflejaban nuestras tradiciones populares, tan encantadoras, tan poéticas como espontáneas y sencillas.

Al describirlas, sentimos una profunda nostalgia hacia aquellos tiempos de costumbres patriarcales, y su memoria constituye para nosotros eso que aquí titulamos inolvidables "recuerdos de cariño", con éstos y con otros que nos irán saliendo al paso, ni menos curiosos ni menos interesantes que los ya relatados.

Tomemos de nuevo el hilo, para ver cómo se realiza la parte profana, por decirlo así, de las bodas a lo antiguo.

Ya tenemos a los novios y a toda la parentela invitada ubicados en la mesa del banquete, que se

celebra en la sala más espaciosa de la casa, o en diversas salas, ya que los invitados ascendían por lo regular a un número considerable, sobre todo de forasteros y familiares, amigos y conocidos.

Aquel día se invitaba a todo bicho viviente, y los pobres sacaban la tripa de mal año.

En la sala principal, las personas más allegadas y respetables, haciendo corte de honor a los nuevos desposados. En lugar aparte, la chiquillada revoltosa y los mozalbetes, no menos revoltosos que los chiquillos, y todavía, en lugar separado, el Coro de mozas cantoras, punto principal del programa, y por cierto que bien se habían ganado la comida, después de tanto cantar y gritar, y... "lo que te rondaré, morena, si no se rompe el pandero", porque aún las quedaba tela para cortar durante la comida, amenizada con curiosos cánticos y elogios a los novios, padres, padrinos, platos y cocineras, y donde resultaba que tenían que comer "a pedazos", porque, entre cucharada y cucharada, allá iba un verso, cantado con más sal y pimienta que la que contenían las viandas, que es cuanto se puede decir ni pensar.

De la cocina y cocinera no hablemos, porque sería hablar de la mar, y sólo Pereda podría describir lo que en la cocina pasaba. Para estas circunstancias y ocasiones, se escogían las más afamadas en el arte culinario, y fama bien merecida se ganaron "Francisca la Merina", la tía Agadica, Flora y Joaquina, y muchas otras, sin cuyas manos no podía

realizarse ningún buen banquete de bodas. En la cocina había tal jaleo, se tomaban tales precauciones, que ni cuando se va a botar en el dique un navío de tres puentes.

—¡Tú, Quica, separa esa olla, que hierve y se va!

—¡Oye, recondenada, que se quema el arroz con leche!...

—¡Quita ese caldero, que está estorbando!

—Apaña esa cuchara. — Quita esa fuente. — Calza de allí. — Fuera ese salero. — Separa esa sartén. — Allá va esa sopera. — Ya está listo ese pollo. — ¡A ver, tú, trae leña! — ¿Dónde está el perejil?...

Allí todas hablaban al mismo tiempo. Y no sabemos si lograban entenderse, pero lo cierto es que las cosas salían a pedir de boca. Y esto, tratándose de cocina...

Subamos arriba, porque los mozos servidores, con su mandil blanco, pañuelo ceñido a la cabeza y cuchara y tenedor en ristre, ya han subido las soperas humeantes, adornadas con ramitos de perejil y otros perendengues. Todo es ruido y barullo, porque todos hablan al mismo tiempo, sin dejar por eso de comer a dos carrillos. De repente... ¡silencio sepulcral!... Son las cantoras, que entonan:

Qué ricas que están las sopas,
ni están saladas ni sosas,
qué ricas que están las sopas,
las del valor escogido;
ni están saladas ni sosas;
ni son muchas ni son pocas.

Llegan los platos de carne, fuentes repletas de guisos y condumios, chorreando salsas y menjunjes, y apenas se prueban los platos, ya está el dictamen con su cántico correspondiente. Oigámosle:

Los carneros que mataron
eran gordos y rollizos,
con ellos había bastante
y sobraban los chorizos.
Los platos aquí servidos
estaban bien mantecosos,
estarán de enhorabuena
los tragones y golosos.
A todas las cocineras
la enhorabuena las damos,
se han portado como buenas,
como buenas se han portado.

Las cocineras de abajo
han cumplido con la ley,
cocineras como éstas
no las ha tenido el rey.
A los mozos advertimos
que no miren a la novia,
que está ya comprometida
para tirar de la noria.
A los padrinos rumbosos,
que se echen mano al bolsillo,
no se hagan los distraídos,
como quien busca el ovillo.

A medida que el banquete avanza, el entusiasmo sube y la gritería aumenta, pero siempre sin cometer excesos ni chuparse pítimas, ni agarrar "turcas", porque eso no se consentía nunca.

Lo curioso era cuando comenzaba el tiroteo entre los comensales y el Coro de cantoras, y había que ver la facilidad y la inspiración repentina para contestar oportunamente a las indirectas y pullas que se lanzaban unos a otros, todo cantado y todo en verso.

Por fin... se termina el banquete, en santa paz y armonía. Levántanse de la mesa tan frescos, a eso de las cuatro de la tarde, y... los hombres a la bolera, los chicos a corretear, y las mozas a tem-

plar las panderetas, porque a las cinco comienza el baile, a la puerta misma de la novia, es decir, de la casa de la novia. Y ya queda dicho lo que es el baile en la montaña.

La que tiene que prepararse es la novia, que ha de quedar rendida, puesto que todos se creerán con derecho a bailar con ella hasta cansarla, y terminado el baile viene... la Rosca.

¿Qué era la rosca?

No se comprendía una boda sin Rosca, ni una Rosca sin boda, y una de las mayores preocupaciones de la familia de los novios, era, sin duda, la dichosa Rosca, que no era otra cosa que una gran fuente de mazapán con crema de huevo azucarado, salpicada de confites, bombones, almendras y caramelos, piñones y peladillas. En ella entraba todo lo que puede encontrarse en una confitería.

Tenían que ser dos: una para los mozos, de parte del novio, y otra para las mozas, regalo de la novia.

Al oscurecer, y llevadas en alto y con garbo por la moza más apuesta y por el mozo más garrido, iban a repartirla en algún lugar secreto, "a pedazo cada barba", y digo secreto, porque de lo contrario, los chicos nos encargábamos de amargarlas las Roscas a las mozas (con los mozos no nos atrevíamos), bien echando polvo o barro sobre ella, bien apa-

gando las luces y metiendo la mano, arrebatando los pedazos que podíamos. Es por eso que tenían que esconderse y cerrarse en algún lugar seguro, porque de lo contrario... ¡pobre Rosca!...

No había moza que no llevara el pedazo a la familia, para que todos probaran algo de la Rosca de boda.

Una costumbre curiosa

El gran jaleo es el que se armaba de noche, cuando llegaba la hora de dormir, así como la gran preocupación de los recién casados era dónde y cómo dormirían...

Lo que sucedía no deja de tener sus cinco bemoles con una docena de sostenidos. Algo curioso, muchas veces rayando en impertinente y fastidioso. Pero era una costumbre, y los novios no tenían más remedio que apechugar con ella.

De común acuerdo se armaba un complot entre los jóvenes y demás invitados de la boda, para no dejar dormir tranquilos a los novios en su primera noche de bodas, y los novios, a su vez, trataban de burlar el plan de la juventud, de donde resultaba que tenían que buscar alojamiento en el punto que menos se pensaba, dando lugar a casos muy chuscos y a veces hasta desagradables para la una y otra partes. Nunca hemos podido averiguar el origen de esta costumbre, muy generalizada en varias partes de

España, pero lo cierto es que los novios tenían que pasar una verdadera noche toledana.

Ni que decir tiene que tal costumbre producía disgustos tontos, que al fin de cuentas no tenían objeto práctico.

La tornaboda

Terminado el día de la boda, la fiesta continuaba un día más, a lo que se llamaba tornaboda, de la que únicamente participaban los parientes más allegados a los novios y los forasteros que habían sido invitados. Ya en este día había menos solemnidad, pero la fiesta continuaba con bailes y banquetes, sin que tomaran parte las mozas cantoras. Venía a resultar ya una solemnidad íntima y de familia, más sosegada y tranquila que la del día de la boda. Los nuevos desposados, con sus parientes, acostumbraban hacer una excursión campestre, con una buena merienda en las orillas del río.

Terminada la tornaboda, cada cual a su casa, y los nuevos esposos a preparar la suya, comenzando la vida del hogar, que era lo mismo que comenzar a tener preocupaciones.

Esposas modelos y madres cristianas

Y lo eran todas las mujeres de mi tierra. Después de unos casamientos como Dios manda y por

Dios bendecidos, la vida del hogar era tranquila y sosegada, aunque, como siempre sucede, no estuviera exenta de dificultades y de pequeñas o grandes cruces, porque ésa es y ha sido siempre la ley de la vida. Deslizábanse tranquilos los días y los meses, hasta que Dios bendecía los amores de aquellos espósos cristianos, y como el fin principal del matrimonio era crear hijos para el Cielo, a su debido tiempo llegaban los hijos (nunca antes del tiempo necesario); y las que habían sido siempre castas en su juventud, buenas esposas en el matrimonio, venían a resultar siempre madres heroicas y eminentemente cristianas, y así se formaban aquellos hogares patriarcales y aquellas "amas" de casa tan elocuentemente descritas y cantadas por el poeta salamanquino Gabriel y Galán.

El primer bautizo

Como todas las cosas llegan en este mundo, también llegaban en el nuevo hogar "los grillitos" que habían de ser la alegría de sus padres, llenando la casa de encantos con sus lloros y sus sonrisas. El primer vástago era recibido siempre con transportes de alegría; la madre era visitada por todas las demás madres de la vecindad, a la que colmaban de bendiciones y de regalos, y de lo primero que se preocupaban entonces era de bautizar pronto a la criatura, tan pronto, que nadie pasaba más de tres

días sin bautizar a sus hijos, haciéndoles Hijos de Dios y herederos del cielo.

El Bautismo se celebraba siempre con gran solemnidad. Se escogían los padrinos, y como los trapillos de cristianar hacía tiempo que estaban preparados, no faltaba más que escoger el nombre del nuevo bautizado, cosa bien fácil, por cierto, porque para ello no había más que mirar el calendario, y el nombre del Santo que el calendario indicara, era indefectiblemente el que se ponía a la criatura. ¡Qué profundamente cristianos eran nuestros padres! Nunca se admitían nombres que no fueran de algún Santo, muy al contrario de lo que hoy está sucediendo, porque hemos llegado a unos tiempos tan saturados de paganismo, que los padres y madres de ahora no se avergüenzan de poner a sus hijitos el nombre de un filósofo pagano, de alguna estrella de cine, de alguna bailarina de teatro, o de algún futbolista o boxeador, cuando no de algún cantor de tangos. Nuestros padres no eran así. Los actuales tampoco debieran ser así, porque es una verdadera vergüenza el tener que llamar a los chicos con los nombres Ovidio, Platón, Greta Garbo, Dempsey, Rodolfo Valentino, Gardel... y otros muchos, y todos de la misma ralea. ¡Vergüenza para tales padres y para nuestros tiempos!

Llegado el día del Bautismo, sucedía algo parecido que en el día de las bodas. Repique de campanas, reunión de las familias, alegría general, pa-

drinos rumbosos, confites para los chicos, banquete en familia, baile y jaleo. Lo único que no hay, son cánticos para estas ocasiones; yo, al menos, nunca les sentí ni vi tal costumbre.

Y el niño iba creciendo, y aquellas madres modelos se preocupaban ante todo de infiltrar en sus almas inocentes y en sus corazoncitos tiernos la Fe y la piedad, en tanto grado que, antes de pronunciar la palabra "madre", pronunciaban el nombre de MARIA, y el de JESUS antes que el de "padre".

Nos enseñaban a balbucear las primeras oraciones ante alguna imagen de la Virgen, a persignarnos devotamente, a rezar las primeras oraciones, y a respetar todo lo santo. Esa fué siempre la educación antigua que nuestros padres nos daban, y al obrar así cumplían con su deber y nos hacían hombres, al mismo tiempo que ciudadanos. Ellas mismas nos alimentaban con el néctar de sus pechos, porque nunca conocí en mi pueblo a ninguna niñera, ni falta que hacía, y el nombre de "ama de cría" era para ellos desconocido. Así se explica la reciedumbre de aquellos organismos infantiles, que, descalzos de pie y pierna, chapoteando siempre en el agua o entre nieve, sin gorra en la cabeza y desgreñados, con los mocos siempre colgando y sin más pañuelo que la bocamanga de la chaqueta o de la blusa, que tomaban aspecto charolado, con "cachos" de pan siempre en los bolsillos, comiendo a todas horas, menos en la hora de comer, resistían a todas las enfermedades,

y ni un resfrío siquiera se alojaba en nuestro organismo. Tan sólo el sarampión o la tos ferina eran las enfermedades que preocupaban a nuestras madres.

Los chicos nos criábamos fuertes y robustos, obrando siempre en contra de las prescripciones médicas. Con la comida en la boca nos lanzábamos a nadar en las aguas casi heladas del "río chico" o del Carrión, y... tan campantes. Comíamos de todo, sin que nunca nada nos hiciera daño, ni los escaramujos, ni los "endrinos" verdes, ni moras más verdes que los mismos endrinos. De aberbejas, acederas, lechugas del prado, tallos, carneros de las zarzas, peruchos como piedras, manzanas del monte, agrias y ácidas, etc., teníamos siempre los bolsillos repletos, y... nunca nos hacían daño. Yo creo que cada rapaz tenía, por lo menos, media docena de Angeles de la Guarda, porque, de lo contrario, no me explico ahora cómo no reventábamos con tanta cosa, a cual peor. Y todo ello nos engordaba que era una bendición de Dios. La única preocupación para nosotros era... ¡eso de tener que ir a la Escuela!... el gran sacrificio para todo chiquillo.

Niños... ¡a la escuela!

Había llegado la edad de ir a la Escuela, y... ¡cuidadito con faltar a ella!... Y es aquí donde comienzan los verdaderos cuanto imborrables "RECUERDOS DE CARIÑO".

Todo hombre tiene en la vida fechas memorables, de las cuales nunca podrá olvidarse. El día de su nacimiento, el de su primera Comunión y el día en que toma estado, así como el día que murió la madre o se experimentó alguna gran desgracia. Estas fechas, tristes o alegres, jamás se olvidan, o al menos yo, no las olvidaré nunca.

Pero junto con estas fechas, existen otros recuerdos imborrables, y son los de la niñez y los tiempos que precedieron a la juventud, aquellos en que, para ser "mozo", se exigía "el pago de la peseta". El que esto escribe nunca la pagó, por la sencilla razón de que salió de su pueblo a los doce años, no regresando a él hasta los veinticuatro.

Hoy ya peino canas, y después de haber recorrido toda Europa, Asia y América, en los treinta y cinco años que llevo cumpliendo mi Ministerio Sacerdotal por estas pampas argentinas, a dos mil leguas lejos del "terruño", y aún me deleito y creo encontrar un pequeño alivio, solaz y entretenimiento, recordando los tiempos de mi niñez, y tan grabados han quedado en mi corazón y en mi memoria, que de memoria estoy escribiendo el presente libro, sin más ayuda que algunos documentos, que insertados van en la presente obra.

Y el recuerdo es tan grande, que después de sesenta años, puedo con facilidad reconstruir tipos, lugares, fechas y costumbres de mi tierra, como si

los estuviera aún presenciando y los tuviera delante de los ojos.

Entre estos recuerdos infantiles, que añoro como Ovidio añorara los recuerdos de Roma, que tanto amaba y que, desterrado por imperial decreto, le causaban tanta tristeza y melancolía, que le impulsaron a escribir sus "TRISTES", diciendo: "Ya no tengo corazón más que para llorar", y cantando en poesía para aminorar las nostalgias que le iban bebiendo la vida, pulsaba las cuerdas de su lira, para cantar gimiendo las desgracias del destierro de Roma, sin que fueran suficientes a calmar su dolor ni su ostracismo, ni las coronas de laureles, ni la admiración de sus conciudadanos. Y Ovidio murió cantando sus tristezas y su destierro, porque es muy difícil, decía, "contener las lágrimas cuando se sufre, y hasta se encuentra algún consuelo dejándolas correr cantando"; y el esclavo sujeto a sus grillos, el pastor fatigado apoyado en su cayado, el batelero inclinado sobre la arena fangosa y arrastrando su barca contra la corriente, encuentran un alivio cantando, y siempre cantando.

A mí me pasa lo mismo que a Ovidio, y como él, yo también he llorado mis "TRISTES" y recuerdo cantando los lejanos días de la infancia, los dulces besos de mi santa madre, el viejo hogar desaparecido, y lloro y canto, al pensar cómo pasaron ya y para siempre tan felices días. Y como la vida se torna cada vez más gris, son más apuradas las horas y son

más amargos y continuos los desengaños, algo que hace daño, y algo que hace llorar, y algo que enfría y que envenena cae constantemente sobre el alma que tirita y sobre el corazón que sufre, y tan sólo me consuela algo y calma mi dolor, el recuerdo de los años felices de mi niñez y de los nombres de los compañeros de escuela y de travesuras de mi infancia.

A todos les recuerdo con la sonrisa en los labios. Federico, Jesús, Fernando, Avelino, Leandro, Robustiano, Isaac, Emeterio, Félix... ¡Qué felices cuando éramos muy chicos, aunque fuéramos muy pobres, sin más riqueza que el cariño, todo calor y abnegación, de aquellas nuestras viejecitas humildes, tan trajinadoras y tan buenas, tan regañadoras, pero tan compasivas, que nos abrieron los ojos a la vida y el espíritu al respeto de las cosas santas y de las cosas grandes!...

¡Lástima que se mueran las madres, que, como las nuestras, no tenían más ciencia que el Catecismo de Astete y el Decálogo, tan fuertes en las contrariedades, tan dulces en el hogar, tan inconmovibles en las durezas de la vida, siempre puesta su confianza en Dios y en sus propios puños, a las que todos nosotros somos deudores del fondo cristiano del carácter en acero fundido y templado luego en las ardientes fraguas de la vida!... En el ocaso de la vida y en los atardeceres de la existencia, que es valle de lágrimas, echamos de menos aquellas luces que re-

verberaban en las frentes de nuestras madres y que ahora más que nunca necesitábamos para rasgar las tinieblas que nos envuelven. Las remembranzas de aquella niñez feliz y placentera todavía nos alegran, como alegra al caminante del desierto el oasis con sus fuentes y palmeras, con su tapiz de verdura refrescante, donde poder descansar los nervios que se aflojan y los músculos que fallan.

El sacerdote de mi niñez

Recordar es vivir. Por eso revivimos al recordar al "terruño", con sus paredes arruinadas y sus árboles carcomidos, y por triste que sea la tierra, se la ama, como ama el esquimal sus témpanos de hielo y sus auroras boreales, como ama el beduíno del desierto sus arenales ardientes y sus palmeras rumorosas; como ama el corderito su establo, y la oveja su aprisco. ¿Cómo el hombre podría no amar la casa en que nació, el pueblo, el lugar y la iglesia, cuyas campanas lo despertaron cuando niño, la iglesia donde fué bautizado, el Sacerdote que le hizo cristiano, la Escuela y el Maestro que formaron su inteligencia?...

Sí: recordar es vivir, y por eso yo quiero hacer revivir aquí a las campanas de mi pueblo, de las que pudiera decir con Trueba:

"Campanitas de mi aldea,
tienen vuestra voz

algo de la de mi madre,
mucho de la de Dios".

Y con el recuerdo de las campanas, para mí más famosas que la de Toledo y la del Kremlín de Moscú, con sus diez y ocho toneladas la primera y ciento noventa y seis la segunda, me viene el recuerdo de aquel Sacerdote de Velilla, D. Nicasio Diez, que por espacio de treinta años fué el Padre espiritual de todos. Sacerdote modelo, celoso en el cumplimiento de su deber, sencillo y bondadoso y a la vez enérgico, cuando las circunstancias lo exigían. Los chicos le respetábamos, pero nunca le teníamos miedo, porque en cuanto le veíamos, corríamos para besarle la mano, a cabeza descubierta, no sin antes limpiarnos las narices con la manga, para no mancharle, y si alguna vez nos daba un tirón de orejas, era siempre por alguna travesura cometida. El fué el que nos enseñaba la Doctrina Cristiana, el que nos preparó para la primera Comunión, el que nos confesaba de chiquitines, para que nos fuéramos acostumbrando, imponiéndonos penitencias de las que gustábamos, porque siempre eran algunos dulces o alguna estampita.

El nos enseñaba a ayudar a Misa, y nos dispensaba cuando nos aturullábamos o dejábamos caer el Misal, no dejábamos en paz la campanilla, o nos empinábamos las vinajeras. Por ayudar a Misa, nos peleábamos a trompada limpia, claro está que no por la Misa, sino por las "perrinas" que nos daba o por

las "perras gordas" que caían y por el "rial" que nos daba los domingos. ¡Qué ricos nos sabían los "cachos" de pan bendito que él bendecía en la Misa de los domingos, partidos por el sacristán, y distribuídos por un monaguillo en la puerta de la iglesia, según se iba saliendo, al mismo tiempo que dábamos a besar el "Pax tecum"! ¡Qué voz tan pausada y temblorosa, cuando cantaba el "Ne recorderis", y qué solemne cuando entonaba el Prefacio en las Misas cantadas! Paréceme verle enseñando el Catecismo y preguntando a todos, arreándonos de vez en cuando un coscorrón, cuando metíamos ruido con los tarugos de las almadreñas. ¡Qué contentos cuando nos encomendaba "el Parce" en los funerales cantados, o nos entregaba el bonete para los responsos, o el acetre en los entierros!... ¡Descanza en paz, Sacerdote de mi niñez!

La escuela y el señor maestro

Otra de las cosas que nunca se olvidan, es la Escuela donde aprendimos las primeras letras, las cuentas, hasta "la Regla de Tres", el Catecismo, los cánticos religiosos, y cuanto contribuyó a formarnos hombres de provecho.

¡LA ESCUELA!... En mi tiempo no había más que una, para niños y niñas, y a ella asistíamos todos contentos, aunque tal vez no muy satisfechos por la encerrona. Más tarde, pusieron Maestra y clase

aparte; han arreglado la Escuela y tienen maestros y maestras "con título", pero, con todos sus títulos, yo no les cambiaría nunca con los Maestros que nosotros tuvimos cuando niños, maestros con capa y vara, pero requetebuenos, aunque por la vara a veces nos parecieran malos; pero no tan malos, cuando nosotros mismos les buscábamos las varas de avellano.

Tan sólo dos Maestros de Escuela conocí yo en mi niñez. El primero se llamaba (o le llamábamos) "tío Maninas", a quien le hubiera caído mejor el nombre de "manazas", porque tal vez no enseñaría mucho, pero lo que es arrear, arreaba de firme, convencido, sin duda, de que "la letra con sangre entra". Pero el verdadero Maestro de Velilla, en toda la extensión de la palabra, fué el inolvidable y de feliz memoria para todo el pueblo, D. Teodomiro Pardo, que instruyó a toda la niñez, con gran contento y satisfacción de todos, por espacio de más de veinticinco años.

Don Teodomiro Pardo era uno de esos maestros completos, fiel cumplidor de su deber, amante de los niños, convencido de su alta misión, abnegado y sacrificado, cristiano a macha martillo y chapado a la antigua, instruído y capaz en todos los ramos del saber escolar. Nunca tuvo ni tendrá jamás mi pueblo un Maestro como D. Teodomiro Pardo, sin hacer ofensa a los demás.

Siempre se lamentará el pueblo de haberle dejado marchar, como se marchó por cuestión de presupuestos, y bien merecedor era de haber tenido más

en cuenta todos sus sacrificios, pero los pueblos son y serán siempre así, que nunca saben apreciar los méritos de los que valen, y... en el pecado llevan después la penitencia...

¡Don Teodomiro Pardo!... ¡Con cuánto cariño le recordamos y recordaremos siempre!... Siempre limpio y hasta elegante, con su barba rubia recortada, tipo marcial y airoso, parece que le estamos viendo con su capa a la española, siempre vigilante y siempre incansable en su profesión ardua y mal recompensada. Le saludaban todos con respeto, y después del señor Cura, él era la persona más respetable y más querida y apreciada. Hoy no podemos menos de admirar aquella paciencia benedictina que poseía para enseñarnos Religión, Historia Sagrada, Cuentas, Lectura, Escritura, Educación y Moral. Del Catecismo no hablemos, porque allí todos le sabíamos "de corrida" y "de pe a pa".

Antes de comenzar la Escuela, la Oración, que en grandes caracteres se destacaba en el frente en dos grandes cartelones, y la Oración se hacía indefectiblemente a la entrada y a la salida. En medio, el CRUCIFIJO, y debajo, el sillón del señor Maestro, sobre una tribuna, para desde ella dominar a la rapazada, siempre inquieta y siempre alborotadora. Cuando charlábamos demasiado, un golpe seco de vara sobre la mesa era suficiente para que hubiera silencio, y temblábamos cuando D. Teodomiro gritaba: ¡Parlanchines!...

El sábado era el día más temible para nosotros, por el examen de... las uñas y la cara, a ver si estaban cortadas las primeras y bien lavada la segunda, incluso las orejas, y ¡aquí era la buena!, porque los palmetazos resonaban que era un primor, porque raro era el guaje que viniera en forma.

En aquel tiempo se usaban para las cuentas "huesos o paletas de vaca", tinteros de cuerno, plumas de ave, papel de barba, sellos de engrudo y obleas de hostias. No se conocían los adelantos modernos, ni falta que nos hacían, porque sin ellos aprendíamos tan guapamente a leer "al derechas y al revés y saltando". No teníamos más libros que el Silabario, el Catón, el Juanito y el P. Astete, Gramática, Tratado de Urbanidad y Geografía, con otro tratadito de Agricultura. Con estos libritos nos hicieron personas.

Puede quedarse Pestalozzi con sus métodos pedagógicos, pero nunca les cambiaría por el de mi Maestro D. Teodomiro Pardo, modo y método antiguo, pero más práctico, más oportuno, natural y racional. Hoy se vive a la carrera, y se pretende enseñar a los niños todo de repente y a la vez, y de ahí la congestión con que se carga la inteligencia infantil, que no puede digerir bien tanta asignatura ni tanto libro. En la pedagogía actual hay mucho superficial, no poco extravagante y muchísimos libros. ¡Demasiados!...

En aquellos tiempos, era el Maestro para el discípulo; ahora, es el discípulo para el Maestro. ¡Todo al revés!, pero lo que yo veo es que antes sabíamos más que ahora, sin tanto programa, reglamentos, textos y requilorios...

La costura, coser, zurcir, remendar y demás quehaceres femeninos, se los enseñaban a sus niñas las propias madres, porque, repito, en mi tiempo no conocí maestras en el pueblo, sin que esto obstara para que no hubiera mujer que no supiera hacer calceta, puntilla, remendar y coser, y hasta capaces de hacer sus escarpines y sus blusitas y pantalones.

Los domingos y días de fiesta, todos los niños nos reuníamos en la Escuela, y desde allí, y al frente la Cruz de madera, todos en fila a la iglesia, y... ¡cuidadito con que faltara nadie!, a no ser por enfermedad, porque le costaba una encerrona y sin comer al día siguiente. ¡Pena grave!...

Terminemos estos "Recuerdos de cariño", y quedo satisfecho de haber rendido mi humilde tributo a la iglesia de mi pueblo y al Sacerdote; a la Escuela y a sus inolvidables Maestros, que fueron los que formaron nuestra alma y nuestra inteligencia. Seamos, al menos, agradecidos a los que nos hicieron tanto bien, y a quienes tanto debemos en todos los órdenes de la vida.

Memoria eterna para ellos, y paz en sus tumbas, con una plegaria para sus almas.

CAPITULO XII

ASI ERAMOS Y ASI CANTABAMOS LOS CHICOS

Como en cinta de cinematógrafo han desfilado ante nuestros ojos algunos "Recuerdos de cariño" del tiempo de la niñez, y muy larga nos resultaría esa cinta, si a mencionar fuéramos otros muchos recuerdos, todos ellos inolvidables.

Hemos aplaudido y admirado la actuación de nuestros Sacerdotes y Maestros antiguos, que con sus trabajos formaron los espíritus y las inteligencias de la infancia, y ahora más que nunca nos quedamos sorprendidos de la paciencia y tesón que les caracterizaba. Porque paciencia, y no poca, era necesaria para enmendar aquellas cuartillas de la escuela y aquellos dictados de escritura, tan llenos de borrones y de tachaduras hasta lo increíble, porque, dada nuestra distracción, aquello era el acabóse. En vez de "nada", poníamos "nido"; "tira al rebeco", en vez de "tirabeque"; "piedra", por "Pedro"; "queso", en vez de "eso"; de donde resultaban nuestras pla-

nillas verdaderos jeroglíficos, capaces de agotar la paciencia al santo Job.

Nuestras travesuras comprobaban el "movimiento continuo"; y la inconstancia para no cumplir los buenos propósitos, estaban a la orden del día. Siempre nos gustaba la fruta del cercado ajeno más que la de casa, y mocosos como éramos, teníamos buena puntería cuando apedreábamos los perales y ciruelos, y no dejábamos tranquilos ni a perros ni gatos, ni pájaros ni gallinas que se nos pusieran a tiro. Eramos unos "indinos", como nos llamaban las viejas. Poníamos los pies en polvorosa tan pronto aparecían gritando las mujeres, para decirnos: ¡Ay!, si voy allá, te meto el brazo por una manga!

Teníamos los rapaces nuestras diversiones muy originales. Una de ellas era la de matar "ligaternas" en los paredones, y sobre todo en la Ermita de San Juan de Fuentes Divinas. Con la piedra siempre en la mano, acurrucaditos para no espantarlas, las vigilábamos ansiosos, y para que salieran de entre las piedras y rendijas, las cantábamos:

Liga... ligaterna,
asómaté a tu puerta,
tu marido viene
con unos zapatitos
llenitos de trigo,
Trin... tran...
a la puerta de San Juan.
Trin... tran...
a la puerta de San Juan.

El caso es que los bichos salían, tal vez atraídos por nuestros cantos, y... ¡paf!... allá iba la piedra, que casi siempre daba en el blanco.

¿Que llovía?... Pues, a cantar todos juntos:

Que llueva, que llueva,
la Virgen de la Peña,
los pajaritos cantan,
las nubes se levantan.
Cuando llueve y hace sol,
baila el perro y el pastor;
cuando llueve y hace sol,
hace la vieja el requesón.

¿Que tronaba o relampagueaba?... Pues, mientras nuestras madres encendían la vela santa y las campanas tocaban "a nube", para que la tormenta cambiara de rumbo y no arrasara las sementeras, los chiquillos, llenos de miedo por los rayos y centellas, cantábamos con mucho fervor:

Santa Bárbara bendita
que en el cielo estás escrita,
con papel y agua bendita;
Santa Bárbara doncella,
líbranos de una centella
y de un rayo mal parado
a Jesucristo enclavado
en el Ara de la Cruz.
Padre Nuestro, amén, Jesús.

Y cantábamos esto con tanta fe, que ya quedábamos tranquilos y sin miedo a todos los rayos y centellas que pudieran caer.

En las noches de luna llena y en medio del silencio de la noche, ya estábamos cantando a coro y a grito pelado:

Luna, lunera,
cascabelera,
dame dos cuartos
para pajuela.
Si la luna fuera queso,
y las estrellas panetes,
y el río fuera de vino,
¡qué tragos y qué zoquetes!

Los niños de mi tiempo todo lo convertíamos en poesía, y hasta en las cosas más prosaicas encontrábamos un tema cantado. En mi pueblo se llama a los limacos o babosas de los prados con un nombre raro como el de "bernabés", y cuando encontrábamos por las praderas tales bichos repugnantes de cuatro cuernos, inmediatamente nos plantábamos para cantarles:

Berna... bernabé,
saca cuatro cuernos
y no te mataré;

y no tenía más remedio que sacarlos, porque, de lo contrario, estaba condenado a muerte el animalito.

Teníamos un miedo terrible a las sabandijas, pero sobre todo a las culebras, lagartos, sapos y bacaruelas; para nosotros, todo reptil que se arrastrara por el suelo era venenoso, por inocentes que fueran, y sabíamos de memoria las consecuencias de su mordedura, según nuestra imaginación nos lo

representaba, y lo expresábamos de la siguiente manera:

Picadura de lagarto,
las campanas en el alto.
Picadura de escorpión,
la pala y el azadón.
Picadura de bacaruela,
la luz y la candela.
Víbora que pica,
responso y agua bendita.
Picadura de culebra,
medicina para ella.

A los sapos no les teníamos miedo por sus picaduras, sino por el surtidor de cierto líquido que podían lanzar, y no de agua colonia. Fuera de las víboras y bacaruelas, todos los demás reptiles eran inofensivos, aunque nosotros les creyéramos a todos venenosos, y el mayor susto le recibíamos cuando, pescando a mano peces en el río y registrando las piedras, en vez de sacar una trucha sacábamos una culebra, cosa muy frecuente, y cuando esto nos sucedía, no parábamos de correr en media legua.

Nuestros juegos infantiles también estaban llenos y acompañados de poesía; jugando cantábamos, y cantando jugábamos. El juego del gallo buscando a las gallinas, era uno de los más acostumbrados. Un chico sentado, y entre las piernas, otro chico, inclinado y cubiertos los ojos con las manos del que sentado estaba. En derredor y haciendo círculo, los

demás chicos. Era lo que llamábamos a la "cucurumbada":

A la cucurumbada,
a la cucurumbemos,
juego tenemos
y todos ponemos.
Dar sin reír,
dar sin hablar...
A esconder gallinas
y capones
detrás de los rincones,
¡que va el gallón!
¡que va el gallón!

Todos a esconderse donde podían; se soltaba al chico que había venido recibiendo sobre su espalda los golpes de todas las manos, y... a buscar a las gallinas, y la primera que caía, tenía que ser la víctima en el juego, con la circunstancia de que, al decir "dar sin reír", perdía el que se reía, o el que respondía al "dar sin hablar". ¡Qué juegos aquéllos, tan inocentes y tan divertidos!

Los rapaces de aquellos tiempos con cualquiera cosa se contentaban, y si es cierto que no habíamos inventado la pólvora, ni el sulfato de quinina, ni el cerato simple, ni de oídas sabíamos lo que era eso de telégrafo y teléfono y telegrafía sin hilos; aunque ni imaginar podíamos eso de fonógrafos ni películas cinematográficas, lo cierto es que con nuestras albarcas de madera y nuestros pantalones de sayal, también teníamos nuestros "inventos" propios,

y de un canuto hacíamos una flauta, de una hierba del prado, una chirimía, haciendo antes con ella una cruz en la frente; como sabíamos hacer una "rana" cantora con media cáscara de nuez, un pedazo de cuero y una cerda de cola de caballo. Teníamos instinto de artistas y de músicos, sin conocer ni la música ni el arte. Había que oírnos manejando dos pedazos de tabla, que tocaban mejor que unas "tarrañuelas", o dos "cantos" prolongados, que, puestos en nuestras manos, no teníamos que envidiar al mejor redoblante. Eramos maestros consumados haciendo "peloteros"; jugábamos a la trompa con habilidad increíble, y éramos capaces de hacer saltar una moneda de "dos céntimos" al primer golpe de trompa bailadora, que "bufaba" como un motor de aeroplano, haciéndola dormir en la palma de la mano abierta. Un chico sin una peonza en un bolsillo y una pelota de trapo en el otro, no se encontraría en Velilla. Con pedazos de toba blanda y con una navaja de perra gorda, fabricábamos silbatos especiales, en forma de media luna, cuyos silbidos parecían los de una locomotora. Entre dos astillas colocábamos una hierba, y ya teníamos música filarmónica, y había que ver los dolores de cabeza que repartíamos a todo quisque, con nuestros instrumentos musicales, de nuestra propiedad y "marca registrada".

A veces nos daba por meternos a pirotécnicos, y entonces ya podían esconder las madres todas las

cajas de cerillas (fósforos), porque, de lo contrario, no quedaba una ni para un remedio. Arrancábamos la "carramola" del fósforo, la colocábamos debajo un "canto" redondo, poníamos un pie sobre él, y con un golpe del otro pie, producíamos tal estampido como el de un cohete, quedando no poco orgullosos cuando nos resultaba bien la prueba. Elaborábamos pistolas de madera, y con cartuchos vacíos de carabina, que eran de bronce, ya teníamos arma completa, porque, bien repletos de pólvora y un fósforo de fulminante, disparábamos, no sin peligro de alguna quemadura. Jugábamos a moros y cristianos, a cintarazo limpio; a ladrones y guardia civil, con la consiguiente dificultad para formar los bandos, ya que todos queríamos ser o moros o ladrones.

No dejábamos de tener también nuestras cosas ingeniosas, que ahora recordamos, y no sin reírnos de aquellas ocurrencias de origen remoto, sin duda, pero ignorando quién fué el ocurrente inventor. Hablo de los "Prefacios" y "Epístolas", que cantábamos imitando a los Curas a quienes queríamos remedar, sobre todo a los de Intorcisa y de Balsurbio, que lo hacían bastante mal. Prefacios y Epístolas que, claro está, no figuraban ni en el Misal, ni aprobados por el Ordinario, ni siquiera por el señor Cura. Por eso no se cantaban nunca en la iglesia, sino que los rapaces las cantábamos en los prados, en el monte, o durante las encerronas en la Escuela, para no aburrirnos y para ejercitar nuestras gargantas.

En tono de "Prefacio" solíamos cantar uno que titulábamos el de la criada del Cura, que, no sabiendo cómo poner el plato aquel día y a gusto del amo, porque ya había comenzado la Misa y no podía preguntárselo, la criada se fué a la iglesia, y al volverse el Cura al "Orate fratres", de cara al pueblo, la criada aprovechó el momento para enseñarle al cura la pata de oveja que llevaba en la cesta, y dándose cuenta éste de lo que la criada quería, se lo dijo en el "Prefacio" cantado, de esta manera:

"Tú... que subes y bajas... la patita de la ovejuelaaaa... la mitad la pondrás asadaaaaa... y la otra mitad... en cazuelaaaa... Con perijilis revueltoooo... y con ajo machacadoooo... tendremos... un buen bocadooooo... Un poquito de pimientooooo... y un buen cacho de cebollaaaaa... resultará... buena ollaaaa... Y con el mójilis... mójiliiiis... y el pimentum... pimentoruuuuum... preparemos bien los dienteeeeees".

Comprendió la criada las órdenes y puso la patita como se lo había ordenado en el Prefacio y sin que nadie se diera cuenta de nada. Tal era la historia, y si el lector dice que es cuento, pues yo desde chico así lo oí, y como me la contaron te la cuento.

La Epístola era la siguiente, con todo su galimatías:

"Leccio epístola badana: que la cabra del tío Juan, se quebró la pata y no está saaaaana. El que la perniquebró, fué el pastor con la cayaaaada. La culpa era de la cabra, que siempre se iba a la cebaaaada. Desde entonces la

cabra, no la quedaron más ganas de volver a comer cebaaaada".

La segunda era para los días solemnes. Es como sigue:

"Leccio epístola beati Pauli apóstoli a Colosenseeees. Frantres: En Guardo se murió el sastre, en Balcobero un zagal y en Otero un animaaaaal. En el campo el tío Juan banco, una chica en Villafría, y una casada en la ríaaaaaa. En Balsurbio murió el cribero, y en Intorcisa un sargento primeroooooo. En Mantinos se murió una vieja que se ahogoooooo. A la tía Pelos se la murió el gocho, y uno de sus corderos se puso reloooocho. La tía Pepa está que trina, porque se la murió un pollo del mal de oriiiiiina".

"¡Deo gratias!", respondíamos todos los demás chicos, entre carcajadas. Así éramos los rapaces, siempre de buen humor, como el que no tiene preocupaciones.

¿Quién fué el primero que inventó esas epístolas y prefacios?... Por más que se revuelvan los archivos, jamás se dará con el acta ni con el original; está escrita en la memoria, que es el mejor archivo de las cosas pasadas.

Los toques y repiques de nuestras campanas, los sabíamos todos de memoria, y en cuanto les oíamos, nos dábamos cuenta de lo que las campanas anunciaban. Con sus lenguas de acero o de hierro, las campanas tienen un lenguaje místico, que el pueblo cristiano comprende inmediatamente, y nosotros nos sabíamos de memoria ese lenguaje, porque ellas, con sus repiques:

Alaban a Dios,
reúnen al pueblo,
convocan al Clero,
lloran a los muertos,
se alegran en los bautizos,
alejan las tempestades,
alegran las fiestas,
despiertan a los soñolientos
y apaciguan a los violentos;

y todos sus diversos toques los distinguíamos de una manera asombrosa, y las imitábamos a veces: ¡tam, tim, tam... tirintam, titiritam... tim... tam... tirintam... tirintam... tam!...

Nunca en mi vida me olvidaré de las campanas de mi pueblo.

Me parece aún oír sus alegres repiques, magistralmente manejados sus badajos por Cipriano el Sacristán. Estoy en la Argentina y bien puedo decir:

¡Qué manera de sonar
las campanas de mi pueblo!...
¡Las tocan allá en Velilla
y en América las siento!...

Ese instinto musical de los rapaces era bien aprovechado por el señor Cura, que encontraba siempre en nosotros ayuda incondicional para los actos de iglesia, rogativas y procesiones, entierros y funerales, letanías y responsos. Todos hacíamos entonces de sacristanes, y con mucho gusto y no pocas travesuras.

A dar al Señor

Siempre que el dolor penetraba en alguna familia, todo participaba de la tristeza. Cuando un enfermo se agravaba en su dolencia, lo primero que se pensaba era en darle "el Señor" o sea "el Viático", después de haber recibido todos los demás Sacramentos de Confesión y Extremaunción. En aquellos tiempos de fe verdadera, nadie se moría sin los auxilios de la Santa Madre Iglesia, y junto con el médico entraba siempre el Sacerdote, para llevar el consuelo al enfermo o moribundo.

El Viático era un acto realmente imponente, y cualquiera que haya leído a Pereda en "Peñas arriba", sentirá el escalofrío de lo sublime en la administración del Señor y su visita al enfermo. Aquel lujo que se desplegaba en la casa del enfermo para recibir dignamente al Señor; aquellas colchas y colgaduras; aquellas sábanas limpias y aromáticas; las escaleras y el portal cubiertos de flores y plantas perfumadas; aquellas luces y faroles que brillaban por todas partes; aquella seriedad y tristeza generales... Siempre que he leído la descripción de Pereda, he visto perfectamente retratada la imponente ceremonia del Viático en mi pueblo.

Apenas se oían las primeras campanadas lentas y tristes que anunciaban el Viático para un enfermo, los niños salíamos de la escuela, y todos en formación

éramos conducidos por el Maestro a la iglesia, y desde allí, en fila, delante del Sacerdote que llevaba al Señor, y acompañado por todo el pueblo, cantábamos aquel canto severo y tierno:

Altísimo Señor,
que supiste juntar
a un tiempo en el altar
ser Cordero y Pastor...

Los monaguillos, tocando las campanillas y llevando los faroles; el Sacerdote, rezando el Miserere, y todos se arrodillaban, aunque fuera sobre el barro de la calle. Mientras duraba la ceremonia, los chicos de la escuela siempre cantando, puesto que teníamos un buen repertorio para estas y otras ocasiones, y al regresar a la iglesia, recibíamos todos la Indulgencia para los que habían asistido y acompañado al Señor.

Un recuerdo a nuestros difuntos

A ellos debiéramos dedicar un capítulo aparte, pero nos contentaremos únicamente con recordarles, para no alargarnos demasiado.

Cada vez que me acuerdo de la tranquilidad con que morían nuestros padres, más pena siento al ver con la incertidumbre con que se mueren ahora. Aquéllos morían como habían vivido, y actualmente se muere como se vive, pero advirtiendo que ahora no se vive como se vivía antes, y por lo tanto, la muerte no puede ser la misma.

Después de recibir el Viático en su última enfermedad, y nuestros padres nunca morían sin recibirle, llegaba, por fin, el momento del descanso eterno, después de una vida trabajosa y llena de sacrificios. ¡Cómo morían nuestros antepasados! Con la sonrisa en los labios y bendiciendo a sus hijos en el lecho del dolor. Se les amortajaba sencillamente, sin boato, como se les enterraba en la madre tierra, sin féretros, ni sencillos ni costosos, puesto que nunca vimos se enterrara a nadie en cajón. Se llevaba el cadáver, en medio de oraciones y lágrimas, por todos acompañado, y al llegar a la fosa, se enterraba el cuerpo directamente en la tierra, después de cubrir su rostro con la Santa Bula, que venía a ser algo así como un pasaporte, refrendado por la Iglesia, para presentarse ante Dios en la Eternidad.

Los chicos rodeábamos el cadáver desde la casa mortuoria hasta la iglesia, y desde ésta al cementerio, siempre inmediato a la iglesia y casi en medio del pueblo. Nadie tenía miedo de los muertos, y los vivos no consentían que separaran demasiado los seres queridos, aun después de muertos, de donde venía a resultar que los muertos vivían su vida inmortal junto con los vivos que aún transitaban por las calles. Por eso el "Pradillo" (así se llamaba el cementerio en mi pueblo) venía a resultar como una casa más en medio de las otras casas, y nunca por eso nos asustábamos.

Hoy ya tiene Velilla cementerio nuevo y separado, a un kilómetro de distancia, porque las ideas

"modernistas" de los últimos tiempos, pretextando higiene y peligro para la salud pública, obligó a separar y alontanar los cementerios.

Hasta fines del siglo XVIII, los restos mortales de nuestros antecesores descansaban y se enterraban dentro de la iglesia misma, y aún puede verse en la Parroquia de Velilla el pavimento del Templo numerado en sepulturas. Después vinieron los cementerios pegados a la pared de la iglesia, hasta que, por fin, la civilización moderna lanzó los cadáveres al campo, "para no intranquilizar" a los vivos. ¡Cómo han cambiado los tiempos y las costumbres!

¡Pobres muertos! ¡Os echan la culpa de las pestes, enfermedades, epidemias y peligros físicos de vuestros hijos y tataranietos! Pero vuestros acusadores no son, ni lo fueron nunca, los de vuestro pueblo. Fueron extranjeros; no son ni podían ser los del terruño, sino los de sangre degenerada y de creencias corrompidas. ¡Pobres muertos!, repetiré. Para vosotros, memoria eterna; para vuestras cenizas, los respetos más profundos, y para vuestras almas, nuestras más fervientes plegarias; pero con vuestra desaparición, desapareció, desgraciadamente, toda la veneración que se tenía por los difuntos, y desaparecieron también aquellas costumbres funerarias, aquellos ágapes, semejantes a los de los primeros cristianos de las Catacumbas, que en mi pueblo se celebraban después de los entierros, y aquellos "Cabos de Año", y aquellas sepulturas con sus hachones de cera ama-

rilla en la iglesia parroquial, que aún se conservan, pero que no tardarán en desaparecer. Con nuestros antiguos difuntos se fué la tradición, la piedad, el mes de las Animas; se fué todo. De muchas cosas no nos queda ya sino el recuerdo, y con el fin de que no desaparezcan del todo nuestras antiguas costumbres, es por lo que pretendemos perpetuarlas en este mi libro, fruto del cariño y del amor a los tiempos de mi niñez.

CAPITULO XIII

UNA FAMILIA ILUSTRE Y ORIGEN DE MI APELLIDO "RAMOS"

Ahora o nunca se me presenta la ocasión de hablar un poco de "mis propias agujetas", como acostúmbrase a decir, cuando uno tiene que hablar o escribir de cosas que le pertenecen o que pueden tener íntima relación con sus timbres de familia.

Dedicado el presente libro a narrar y recordar todo aquello que pueda tener relación con mi pueblo de Velilla de Guardo, no creo sea inoportuno y sí propicio allegar datos históricos y bien documentados sobre la actuación de una familia del pueblo, así como examinar el origen de su apellido.

Esa familia es la mía propia, y el apellido, mi propio apellido, "RAMOS". Cuando se trata de documentos, no es justo que el historiador les oculte, ni menos los suprima ni esconda, por la razón infantil de alabar la casa propia, o de que no es muy razo-

nable ni delicado hablar uno de lo suyo. Tal vez muchos lo creerán así, pero, con perdón de todos los que así piensen, la historia no podría escribirse nunca, ni la nacional, ni la local, ni tampoco la individual. Cuando el historiador trata de un asunto relacionado con los relatos que intenta llevar al conocimiento de los demás, tiene que ladear ciertos reparos, que nada tienen de importancia. Por lo demás, si alguno hubiere que no fuera de mi parecer, con hacer él historia de su familia o de lo que le atañe y pertenece, está al otro lado del río, y asunto terminado.

Que cada cual trabaje por su casa, y ya lo dijo alguien en latín: "Unusquisque laboret pro domo sua". De modo y manera que si hay algún Zoilo (hay tantos) que quiera criticar lo que en el presente artículo pienso escribir, por tratarse de la casa propia del escritor, a ese tal le responderé: "Haga Ud. lo mismo con su casa, si puede, y asunto concluído". Además, puede hacer lo que yo acostumbro cuando leo un libro. ¿Que no me gusta?... Pues, mojo el dedo, paso las hojas que no me convienen, y tan amigos como antes.

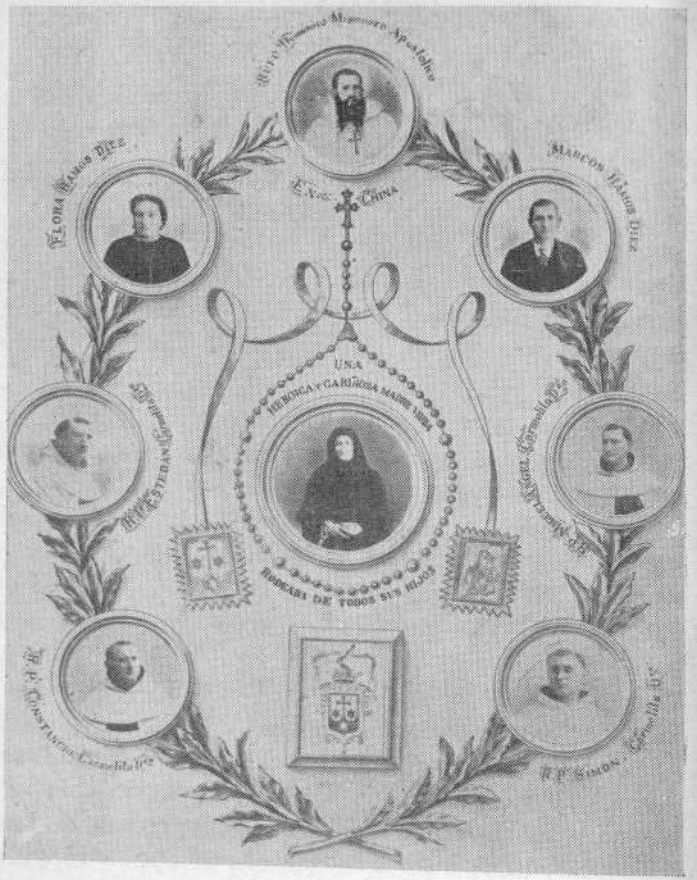
Hechas estas salvedades, que no estaba obligado a hacerlas, ni nadie a ello me ha obligado, entremos en el asunto, para mí muy honroso, de hablar algo "de lo mío" y de la nobleza de mi nombre, no así, a humo de pajas, porque entonces nunca me hubiera atrevido a ello, sino bien documentado, y cuando los documentos hablan... los Zoilos huelgan.

Una familia ilustre

En Velilla de Guardo, mi pueblo querido, todas las familias han sido y continúan siendo "ilustres", porque todas son honradas, y la honradez es el mejor timbre de gloria y la mejor credencial que el hombre puede presentar con orgullo y con la cabeza levantada y la frente limpia, ante la faz del mundo y de todos sus semejantes.

Con todo, así como en la naturaleza hay valles, colinas y montañas, fuentes, ríos y mares, también en las familias puede haber diferencias de origen, sin que esto sea un deshonor para nadie. Antiguamente se distinguían las familias por su origen, en pecheros e hijosdalgo, en pobres y plebeyos, según los méritos adquiridos por sus antepasados, o los servicios prestados al Rey o a la Patria, que ése y no otro es el punto de partida de las familias.

Por lo que toca a mi pueblo, desde ya podemos afirmar que, dado el número de escudos heráldicos que ostentan las fachadas de muchas casas, debía haber no pocas familias nobles e hijasdalgo, aunque se haya perdido el hilo para dar con sus principios de nobleza. Por otra parte, mis paisanos se han preocupado muy poco de esas indagaciones, no dando gran importancia a eso de conocer nombres y apellidos patronímicos, que tan valiosos recursos podrían aportar para la historia.



Toda una familia Levítica. La heroica madre Sra. Agustina Diez de Ramos, rodeada de sus siete hijos (cinco de ellos religiosos)

Por lo que a mí se refiere, siempre me acicateó la curiosidad de indagar algo sobre el origen de mi familia, más por inclinación a los conocimientos que por pretensiones de ningún género, y como la constancia siempre, tarde o temprano, tiene su recompensa, yo me vi suficientemente recompensado en mis afanes indagatorios, encontrando lo que deseaba, y era saber el origen de mi familia.

Con documentos en mano, puedo desde ahora asegurar que la familia "RAMOS" de Velilla de Guardo es familia noble, ilustre, y que cuantos de ella procedemos, nunca fuimos pecheros, sino hijosdalgo, con derechos y privilegios, veneras y escudos heráldicos, como iremos probando.

Los apellidos más comunes y numerosos en mi pueblo son los García, Pérez, Santos, Fraile y González. Del apellido RAMOS, tanto en el pueblo como en sus alrededores, no conocí más que el de mi casa solariega, y actualmente, tan sólo lleva este apellido un sobrino carnal mío, D. Perfecto Ramos, hijo de mi hermano D. Marcos Ramos. Al menos, que yo sepa, ningún otro Ramos se conoce por allí.

Mi madre, Dª Agustina Diez de Ramos, viuda de D. Miguel Ramos, quedó con siete hijos, siendo el menor de todos el que esto escribe; de esos siete, una sola hermana, Dª Flora Ramos. De los seis hermanos restantes no queda el apellido, puesto que todos hemos sido Religiosos Sacerdotes, de donde resulta que el único llamado a perpetuar nuestro ape-

llido RAMOS es el sobrino anteriormente citado. Por donde se deduce que nuestro apellido está casi llamado a extinguirse, si dicho sobrino no tuviera descendencia masculina.

Casa antigua y solariega de mi familia Ramos, tal como se encuentra hoy. A la derecha, una de las Fuentes Públicas, colocada siendo Alcalde del Pueblo el Sr. D. Marcos Ramos, hermano del Autor del presente libro de costumbres de mi pueblo

Conocida en el pueblo y en todos los contornos de la Provincia fué mi madre, Dª Agustina Diez, llamada por antonomasia la Madre de los Frailes, en tanto grado, que los mozos y mozas, en sus rondas, al pasar por la puerta de mi casa, la honraban cantando lo siguiente:

Esta casa, sí que es casa,
y es casa de la viuda,
que tiene CINCO hijos frailes
y un hermano Sr. Cura.

Dicho hermano a que se refiere el cantar, lo fué D. Manuel Diez, que fué Párroco por muchos años de Villafría y del Santuario de Nuestra Señora del Brezo, muriendo de Párroco en Lorenzana, pueblo inmediato a la Ciudad de León, en el año de 1912. Mi madre murió el 20 de diciembre de 1915, en la casa paterna, hoy deshabitada, por no tener hijos que la habiten actualmente.

Mi familia levítica fué siempre respetada en todo el pueblo, y admiradora de aquella mujer que entregó a Dios cinco de sus hijos, tan valiente y tan enérgica, que a pesar de haberse quedado sola, ha pasado a la historia como prototipo de la mujer fuerte del Evangelio, hasta que Dios la llamó a su seno, para recompensar todos sus sacrificios, toda su fe y todos sus heroísmos. En su misma vida recibió el premio, teniendo la satisfacción de ver a sus hijos cantando las Divinas Alabanzas en el altar y en el púlpito, y todos Misioneros de renombre en China, Turquía, España y América. Para aquella madre heroica, su mayor satisfacción era saber que sus hijos convertían las almas con su palabra y en su Ministerio Sacerdotal, gloria que no cambiaba por ningún trono ni corona real, como solía decir siempre.

El apellido RAMOS y su escudo heráldico

Al hablar así, no hablamos a humo de pajas, y teniendo como tengo en mi poder las pruebas irrefutables de mi afirmación, cometería una insensatez y una injuria a toda mi familia, si no sacara a luz estos datos, que a nadie pueden ni deben ofender, y sí mucho nos honran a cuantos tenemos el honor de llevar el ilustre y noble apellido "RAMOS".

En mis andanzas de Misionero por la Provincia de Burgos, en el año 1908, después de recorrer pueblo por pueblo, tuve ocasión de ir a Villadiego (Burgos), llamado para predicar la fiesta Patronal de dicha Villa, por el Excmo. Sr. Crespo de Lara, diputado de España, hombre erudito en Historia y reconocido polígrafo, al mismo tiempo que dueño de una valiosa biblioteca, rica en documentos y pergaminos.

Fué en la biblioteca del citado Sr. Crespo de Lara, que a indicación del mismo registré, encontrando, con mucha satisfacción mía, el documento que yo tanto ansiaba, y todo él referente a mi familia y a mi apellido RAMOS.

Tuve la honra de copiar íntegramente dicho documento, como una joya para mí de inestimable valor, como yo voy a tener el honor de insertarle íntegro, para conocimiento de todos cuantos lleven el apellido RAMOS, en la seguridad de que más de uno me lo ha de agradecer.

En este documento, marcado con la pátina de los siglos y escondido en los archivos, consta claramente el abolengo de mi familia y el origen de mi apellido, así como todos los hombres célebres que fueron nuestros ascendientes, y hasta el escudo heráldico a que tenemos derecho, para poder perpetuar el nombre de la familia en bronces y mármoles. Derechos y privilegios ganados en buena lid por nuestros antecesores, y por los servicios prestados a la Religión, a la Iglesia y a España. Naturalmente que todo esto habrá prescrito tal vez por abandono o por desidia, o por falta de reclamación, aunque hay cosas que no prescriben nunca, porque se llevan en la sangre y en el corazón.

Y dicho todo esto, vamos a transcribir literalmente dicho documento, tal cual yo lo copié en el archivo, y cuyo encabezamiento es el siguiente:

ORIGEN DE LA FAMILIA "RAMOS" SEGUN CONSTA EN DOCUMENTOS REALES

"Don Juan Alphonso de Guerra y Sandoval, Caballero "del Orden de San Tiago, Cronista y Rey de Armas del "Rey Nuestro Señor D. Felipe Quinto (que Dios guarde) "en todos sus Reynos, Dominios y Señoríos, y Mayor de "la Sacra Orden y Religión de San Juan en los de Castilla "y León, y de las Militares de San Tiago, Calatrava y "Alcántara, Regidor perpetuo de la Ciudad Imperial de "Toledo en el estrado y banco de Caballeros: — CER-"TIFICO:

"Que por los libros de Armería, Copias de Linajes, "Historias Nobiliarias, Sumarios, Minutas y otros papeles, "cuyos originales paran en mi poder en el Archivo del "Real Cargo de mis empleos parecen, se encuentra el Ilus- "tre Apellido de *RAMOS*, su Origen de Armas, y signifi- "cado en Documentos Reales, de la manera siguiente:

"Todas las Historias Sagradas y Profanas convienen "en que es gracia particular del Altísimo Criador de todas "las cosas del Universo Mundo, nacer de Nobilísimo y "Antiguo Linaje, y desterrando las tinieblas de la ignoran- "cia amanecer al mundo con la ardiente luz de Generosos "y Nobles progenitores que traspasaron de un cuerpo a "otro, así lo heroico de la sangre, como lo perfecto de las "costumbres y hazañas de valor digna de premio, honra "y respeto de todos los vivientes.

"Y siendo a los hombres de origen noble lícito y ho- "nesto examinar las fuentes de su procedencia para saber "a quién deben la Veneración e imitar sus Virtudes y "Heroísmos, añadiendo nuevos esmaltes a la Corona que "labraron sus ascendientes a costa de afanes, trabajos, he- "roísmos y peligros, en conquistas y generosas Empresas, "para resplandecer más en éstas, las acompañaron de Vir- "tudes, perfecta nobleza de todas las edades del mundo.

"Y fué siempre glorioso el dedicarse a celebrar me- "morias de Varones excelentes que venera la antigüedad "resucitando sus méritos para que exceda esta memoria, a "la que conservan los Mármoles y Bronces, no siendo justo "despreciar al olvido lo que debe servir de ejemplo a la "posteridad.

"No hay duda que la nobleza de la sangre es de es- "timable valor según los sujetos en que resplandeció heroica. "En los Linajes antiguos, por más elevados que sean, siem- "pre se padece alguna duda sobre el origen o sucesión "dejándose la creencia de la buena fe, y aunque algunas

"veces sea compañera inseparable de lo dudoso lo da fuerza "de Ley la tradición continuada de padres a hijos en ma- "teria Genealógica, y como la Cuna y el Sepulcro igualan "a todos los mortales, consiste sólo la diferencia de los "Linajes en la representación de los nobles o plebeyos que "nacen en el teatro del Mundo, donde no hay duda que, "con la confusión de las edades se escondieron los Lustres "de algunos que fueron de Real Origen.

"Entre éstos floreció el Nobilísimo Apellido de "RAMOS", así en los ya pasados siglos como en los pre- "sentes, dando motivo a que nuestros antecesores Cronis- "tas tomasen la pluma para que constase a las genera- "ciones su nobilísima antigüedad que exponemos con el "común sentir de los Autores y Cronistas más Clásicos "que ha habido en estos Reynos, explicando el primitivo "Solar de la referida Casa "RAMOS", y en qué partes "han radicado las ramas producidas de él, y de qué Armas "les corresponde usar a los Descendientes de esta familia "RAMOS".

"Y damos principio a esta Narración del apellido "RAMOS" de que hablan el Becerro General de Familias "Nobles de España que escribió D. Juan Baños de Velasco, "Cronista que fué en estos Reynos, en su tomo primero, "folios 33 y 31, y el tomo 19 de Gerónimo de Villa de "Aguirre en los folios 234 y 237, y el tomo 24 de D. "Bernardo Fonseca y Pinto, Rey de Armas que fué del "Sr. D. Carlos Segundo, en el folio 605, y las Minutas del "Padre D. Alonso y Villegas, Caballero del Orden de "San Tiago, Rey de Armas que fué de los Señores Reyes "Don Carlos Segundo y Don Felipe Quinto (que Dios "guarde), en los cuadernos 41 y folio 1215, y en el 30, "folio 314, y todos nos previenen que la primitiva Casa "Solar de este apellido está radicada en el Reino de León, "y que de ella han sido producidas las ramas que hay

"esparcidas en estos Reinos, como en la Andalucía, donde "fueron Conquistadores, en Castilla, Aragón, Galicia, Mon- "tañas y Arzobispado de Burgos, y en los Reinos de las "Indias, de que hay dilatados escritos, y nos advierten és- "tos, que este Linaje salió de la Casa Antigua de Cubiersa "del Reino de León, cuyos Mayores asistieron al Sr. Rey "D. Pelayo a la Restauración de esta Monarquía, en donde "obraron heroicos hechos, y prosiguen diciendo, que el "Infanzón, Cabeza de la Casa, se llamó Alphonso Ramos, "de quien procedieron los Caballeros de este Apellido en "el Reino de León, y así consta de la Genealogía del Maes- "tro de Campo de Infantería Española Don Pedro Ramos, "y de las informaciones de Nobleza de su Sobrino DON "MARCOS RAMOS, hechas en la Provincia del Bierzo.

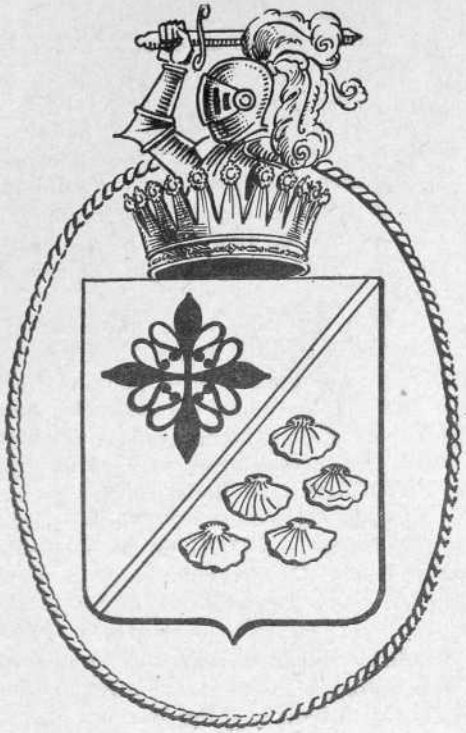
"Fué de esta Familia el Ilmo. D. Francisco Ramos "del Consejo de S. M., Senador de Milán, Presidente del "Magistrado Extraordinario del Consejo Supremo de Italia, "del Rey y Cámara de Castilla, y Maestro de la Majestad "del Rey Nuestro Señor Don Carlos Segundo.

"También consta fué de este Solar el Venerable Varón "en Santidad y Letras, Don Fray Nicolás Ramos, de la "Orden del Seráphico San Francisco, Padre de la erudición "en la Cáthedra Sagrada Theológica y Escolástica, Provin- "cial de su Convento de Valladolid, del Consejo de S. M., "Obispo de Puerto Rico, Arzobispo de la Metropolitana "de Santo Domingo de la Isla Española y Visitador de "aquella Real Audiencia, de quien habla Gil González "Dávila, en su Theatro Eclesiástico, no olvidándose de Don "JUAN FRANCISCO RAMOS, Cathedrático que fué en la "Universidad de Pavía, y su fiscal en ella, y quien aumentó "las Veneras que usan los de esta Familia en su Escudo "de Armas, fué DON PELAYO RAMOS, que se halló en la "Batalla de Clavijo con el Sr. Rey Don Ramiro de León, "donde se apareció la primera vez visiblemente el Apóstol

"San Tiago en ayuda de los cristianos peleando contra los "moros, y por haber hallado en el sitio donde se consiguió "la Victoria muchas Veneras o Conchas, y ser medalla del "glorioso Apóstol, las pusieron muchos Linajes en sus Ar- "mas, y hoy día se ve este prodigio de hallarlas en aquel "sitio, y desde entonces quedó el Santo por universal Pa- "trón de las Españas. De este Suceso resultó que después "los Cristianos se negasen a pagar el Infame Tributo que "se pagaba a los moros, llamado *De las cien doncellas*, "llamado también *Peto Burdelo*, que impuso el malvado "Rey Mauregato.

"En este dato histórico tiene nuevamente origen la "gloria y fama de la familia Ramos, junto con el apellido "FIGUEROAS, ya que unos y otros pelearon valientemente "en Galicia, junto a la Ciudad de Betanzos, peleando con "ramas de árboles y desgajando troncos gruesos de árbo- "les, de donde se encumbraron los Infanzones RAMOS, "como los FIGUEROAS se honran con su apellido por "desgajar ramas de Higueras o Figueras, para arrebatar "junto con los Infanzones RAMOS las Doncellas que se "llevaban los moros. Graves autores están conformes en "afirmar que de este suceso se llaman los CABALLEROS "RAMOS.

"Con lo dicho queda suficientemente comprobada la "antigüedad y notoriedad de esta hidalga y primitiva CA- "SA SOLARIEGA RAMOS, y los Varones Ilustres que ha "producido como tantas ramas que han radicado en las "expresadas Provincias, donde se han mantenido siempre "con mucha estimación, teniéndolos y reputándolos por "CABALLEROS, NOBLES, HIJOSDALGO DE SANGRE "NOBLE, con derecho a usar Escudo, Armas y Blasones, "siendo la Familia RAMOS, una de las más Nobles de "España con derechos propios al Título de CONDES y "demás TITULOS NOBILIARIOS que tan sólo pueden "conceder los reyes.



Escudo Heráldico de la familia Ramos Diez, que según Pragmáticas Reales tiene derecho a usar mi familia, según comprobantes auténticos estampados en el presente libro

Campo de plata dividido.— Arriba: la Cruz de los Caballeros de Calatrava.— Abajo: CINCO VENERAS SANTIAGUISTAS.— Corona de Conde con guerrero vestido de coraza y visera, brazo en alto y espada desenvainada.

"Los ESCUDOS, BLASONES Y ARMAS propios del "apellido RAMOS autorizados por Pragmáticas Reales en "premio de la Nobleza de la sangre y hechos históricos, "consisten:

"Primero: Campo de plata.
"Segundo: Cruz verde floreteada como la de Alcántara.
"Tercero: Dentro de la Cruz de Alcántara, cinco Veneras o Conchas de Oro.
"Cuarto: En torno del Escudo, un Cordón Rojo iluminado.

"Dicho Escudo con sus Emblemas de Nobleza e Hi- "dalguía y valor Caballeresco las pueden y deben usar, poner "y pintar en piedras, bronces y membretes, todos los des- "cendientes de la CASA SOLARIEGA y NOBLE de APE- "LLIDO RAMOS, del Reino de León, pudiendo lícitamente "enorgullecerse cuantos tengan la honra de llevar el Ape- "llido Ramos, cuyo Origen fué tan Noble, cuyas hazañas "tan clamorosas y sonoras, y cuyos Héroes Ilustres del "Ilustre Apellido RAMOS pasaron a las inmortales páginas "de la Epopeya con tanta gloria y esplendor".

Es copia fidedigna.

¿Hasta qué tiempo usaría mi familia sus timbres de nobleza y sus títulos de gloria?... ¿Cómo y por qué se perdió su escudo heráldico, y dejó de gozar de sus legítimos Derechos Reales?... Lo ignoro, como ignorábamos los que tenemos la honra de llevar el apellido RAMOS, de dónde procedíamos y cuál es nuestro origen, que ahora, felizmente, ya sabemos, y estoy seguro que todos los que puedan os-

tentar este apellido nobiliario de RAMOS, me han de quedar agradecidos por el descubrimiento del documento que acabamos de insertar. Ya pueden ver mis lectores que no hemos hecho afirmaciones a humo de pajas, sino con pruebas al canto, que nadie podrá negar, y con él en la mano, podrían todos los pertenecientes a la familia RAMOS, reclamar sus derechos, resucitar sus timbres nobiliarios, y ostentar su escudo heráldico y sus armas y corona de condes. Esta es la Historia, y lo que es histórico, nunca desaparece ni se anula, aunque tal vez pueda prescribir, como habrán prescrito los derechos de la familia RAMOS, tal vez por abandono o por desuso, o por lo que fuera, pero, al menos, nos queda el honor y la gloria no exenta de legítima satisfacción, y hasta si se quiere, un poquito de vanagloria y orgullo, de que mi familia es familia noble y de alta alcurnia.

La nobleza siempre honra, como la nobleza siempre obliga, y no creo que nadie pueda tildarme de soberbio, porque aquí haya hablado de algo que me toca muy de cerca. Los documentos históricos ni pueden ni deben ocultarse nunca. Y si hay alguno que no juzgue así, le aplicaremos aquellas palabras de Cervantes: "Ruin sea, quien por ruin se tenga".

Nobleza de mi apellido materno

Comprobado queda el origen, la nobleza y los timbres de gloria de mi apellido paterno "RAMOS",

así como los derechos indiscutibles que nos asisten para ostentar a la faz del mundo nuestro escudo heráldico de armas con su Cruz de Alcántara y las Cinco Veneras o Conchas Santiaguistas, que nuestros antecesores ganaron en buena lid, peleando contra los moros en la batalla de Clavijo, y antes con D. Pelayo en Covadonga, y todo ello refrendado por Pragmáticas Reales que empolvadas duermen en los archivos históricos.

Del apellido paterno, "RAMOS", pasemos a mi apellido materno, "DIEZ", no menos noble que el primero, en comprobación de lo cual, no tan sólo podemos presentar documentos irrefutables, sino que hasta tengo en mis manos nada menos que la

"CARTA EXECUTORIA DE HIDALGUIA, DA-"DA Y EXTENDIDA EN VALLADOLID A VEINTE "DIAS DEL MES DE MAYO DE MIL SEISCIENTOS Y "DOCE AÑOS, PERTENECIENTE A ANTONIO Y TO-"RIBIO DIEZ DE BALDEON, VECINOS DEL LUGAR "DE VELILLA DE GUARDO". (Sic).

Dicha Carta Ejecutoria de Hidalguía y Nobleza de mi segundo apellido "DIEZ", consta de SESENTA HOJAS, todas de pergamino, con una pasta de becerro, escritas sus páginas con una caligrafía admirable y sorprendente, en un estilo antiguo de la fabla española, rubricadas todas y cada una de sus CIENTO VEINTE HOJAS, con todas las firmas correspondientes a jueces, abogados, testigos y litigantes, en una forma tan curiosa como original, al estilo de

como se realizaban antiguamente los juicios y demandas.

Dicha Carta Ejecutoria de Hidalguía y Nobleza de mi familia por línea materna, fué encontrada por mí en unos cajones de libros viejos y arrinconados —que todavía se encuentran en mi casa solariega, en mi citado pueblo de Velilla de Guardo— en mi visita el año de 1934, después de 18 años de ausencia, pasados en la República Argentina.

De niño jugué con ese libro, todo de pergamino, sin que entonces me diera cuenta de que estaba jugando con la credencial nobiliaria de mi apellido "DIEZ". ¡Qué sabe uno cuando es niño! Al encontrarme de nuevo con tan extraordinario y valioso cuanto importante Documento, ni que decir tiene que le recogí con veneración y respeto, y tengo el honor de conservarle como una reliquia que se guarda como oro en paño. Le conservé siempre entre mi documentación, sin intención de publicar nunca su contenido, y he aquí cómo, sin pensarlo, se me ha presentado la ocasión, no de copiarle, porque sería escribir un libro, sino de mencionarle y comunicar a todos su existencia, por si acaso quisiera alguno comprobarla.

Todo este libro, antiguo y escrito en pergamino, se ocupa del pleito ganado por Diego DIEZ, en contra de algunos que quisieron negar la hidalguía de su apellido ilustre, teniendo por Procurador en esta de-

manda a Gonzalo de Oviedo, y los contrarios al Procurador Ochoa de Urquiza, que asesoraba a ciertos vecinos de Velilla de Guardo, quienes se atrevieron a negar que la familia DIEZ procedía de hijosdalgo, y que se jactaban de esto cuando les correspondía tan sólo la categoría de pecheros. Contra esta acusación, Diego DIEZ emprendió juicio ante los Tribunales, para defender el honor de su familia y de su ilustre apellido.

Después de presentar los testigos convenientes, y tomado que les fué el juramento de ley, todos declararon unánimemente que

"..... la familia DIEZ nunca perteneció a "la raza de pecheros, sino que fueron siempre hijosdalgo, "notorio de padre y de agüelo y de solar conocido y de- "vengar quinientos sueldos según fuero de España, y que "por tal había sido habido y tenido e tratado y común- "mente reputado y su parte padre y agüelo del dicho Diego "DIEZ habían estado en pacífica posesión de hombres hijos- "dalgo de uno, diez, veinte, treinta, cuarenta, sesenta, ochen- "ta, cien años y más tiempo a esta parte y de tanto tiempo "acá que memoria de hombre no es en contrario en los lu- "gares donde habían vivido y morado y vivían y moraban "y habían tenido y tenían bienes y hacienda, y al dicho su "parte padre y agüelo del ya cada uno de ellos en sus tiem- "pos les habían sido siempre guardadas todas las honras, "franquezas e libertades, exenciones e inmuniciones que a "los otros hijosdalgo de estos Reinos se suelen y acostum- "bran guardar y no habían sido nunca pecheros..."

"E declaramos los textigos, que conocemos al dicho "Diego DIEZ, e también conocimos a su padre Pedro Diez

"de Valdeón, Vecino de Velilla, juridición de la Villa de "Guardo, e conocimos también a Gutierre de Valdeón su "agüelo, e confirmamos que los dichos su padre e agüelo "han sido siempre hijosdalgo y estado en tal posesión por "ser criados o allegados de algún Caballero, Iglesia o Mo- "nasterio o persona poderosa o por tener algún privilegio "de Caballería o exención o por tener Armas e caballo al "fuero de León o por ser tan ricos e poderosos que de ellos "ni de ninguno de ellos no se pudiesen auer ni cobrarlos "como si fueran pecheros, y que en todo tiempo que cono- "cieron al dicho litigante Diego DIEZ e a su padre Pedro "Diez de Valdeón e a sus agüelos e les vieron morar en el "dicho lugar de Velilla de Guardo siempre los vió auer e "tener e ser habidos e tenidos e reputados por hijosdalgo..."

Se inició este juicio en Valladolid, el día 28 del mes de noviembre de mil y quinientos cuarenta y ocho años, siendo ganado por el litigante Diego DIEZ, a quien se le otorgó la Carta Ejecutoria de Hidalguía en la misma ciudad de Valladolid, a veinte días del mes de mayo de mil y seiscientos y dos años.

Tanto duró el pleito, que, muerto Diego DIEZ, le continuaron sus sucesores Antonio Diez de Valdeón y Toribio Diez de Valdeón, vecinos del lugar de Velilla de Guardo, quienes tuvieron el honor y la satisfacción de ver terminado el pleito a su favor, y de recibir la Carta Ejecutoria de Hidalguía, "escripta en "pergamino de cuero, sellada con el nuestro sello de "plomo pendiente en cordones en filos de seda a co- "lores".

Esta Carta Ejecutoria es la que tengo en mi poder y de la cual he venido extractando algunas de las muchísimas pruebas a favor de la hidalguía de mi apellido materno, "DIEZ".

Se conoce que nuestros antepasados sabían defender sus derechos de hidalguía ante regidores, jueces y abogados reales, teniendo en grande aprecio los timbres de nobleza de la familia.

Y con esto que venimos diciendo y otras muchas cosas que pudiéramos decir y alegar en favor de la alta alcurnia, nobleza e hidalguía de la familia de Velilla de Guardo que lleva los apellidos de RAMOS DIEZ, cerraremos el presente capítulo, que tengo para mí no carece de interés, y contiene al mismo tiempo datos históricos bien comprobados. La oportunidad se me ha presentado cuando menos lo pensaba, y he creído no tan sólo justo, sino conveniente, que los de mi pueblo y los de mi tierra sepan algo de muchas cosas que seguramente venían ignorando sobre los apellidos nobles de mi pueblo. Todo lo que ennoblece, honra, y Velilla queda muy honrada con la historia que a ella se refiere y que no es justo continúe oculta.

La historia de España, según los modernos cánones de la ciencia, está por escribirse, dijo el sabio prelado español Antolín López Peláez, y para obra tan gigantesca se precisa el esfuerzo de muchas personas, sin que sea desdeñable ni aun la modesta labor del que sólo puede aportar un grano de arena.

'Olvidarse de los suyos, es olvidarse de sí mismo", ha dicho un filósofo, y yo, para no olvidarme de mí mismo, es por lo que he hablado de los míos, y al hacerlo así, me libro también del común achaque de los españoles, que cuando escriben, prefieren lo extranjero a lo nacional y exaltan lo exótico y lo de fuera, menospreciando lo propio y lo de casa.

CAPITULO XIV

EL PUEBLO MAS LEVITICO DE ESPAÑA

Muchísimas y abundantes han sido las gracias naturales con que la Providencia ha enriquecido al pueblo de Velilla de Guardo, dotándole de altísimas montañas, frondas espesas, valles encantadores y fuentes y ríos de cristalina linfa y de sabrosísimas truchas salmonadas, de aves canoras y de fauna variada y abundante. Los encantos de la naturaleza han hecho de mi pueblo uno de los puntos más pintorescos de España y de los más saludables, por sus aires purísimos y oxigenados. Ni la enfermedad blanca llamada tuberculosis, ni otras enfermedades semejantes, han clavado nunca sus garras entre los habitantes de mi pueblo montañés, porque las brisas de las montañas leonesas matan todos los microbios que pudieran minar el organismo humano. En tiempos pasados, las personas se morían de vejez, y la longevidad era una de las características de los habitantes de Velilla.

Todos sus habitantes fueron y continúan siendo en su mayoría pobres, pero honrados, trabajadores

e infatigables en sus rudas tareas campestres y agrícolas, y todos ellos, bajo el rudo sayal y estameña de sus vestimentas, llevaron escondidas, y escondidas continúan llevando, las cartas ejecutorias de su nobleza, los timbres históricos de su hidalguía, las cruces y veneras de sus escudos heráldicos, descendientes en su inmensa mayoría de hijosdalgo, inmortalizados por decretos y cartas reales que en amarillentos y empolvados pergaminos de becerro se encuentran en las estanterías de los archivos, que son las fuentes de la Historia.

Sin embargo, no son éstas las glorias más resplandecientes ni las que más honran al pueblo de Velilla de Guardo, con honrarle tanto, porque, al fin de cuentas, son glorias y honras terrenales, que en el sepulcro acaban, porque en él se hunden grandes y pequeños, nobles y plebeyos, pecheros e hijosdalgo, timbres de nobleza, cartas ejecutorias y escudos heráldicos de familia. En el cementerio y ante Dios, todos somos iguales y sin excepción, según aquella sentencia por nadie desmentida:

> En el cementerio acaba
> todo lo que el mundo alaba,
> y una mortaja, y no más,
> de este mundo sacarás.

La verdadera gloria del pueblo de Velilla de Guardo, gloria única, propia, exclusivamente propia, suya y muy suya, inigualable e inimitable y por ningún otro pueblo del mundo tal vez superada, com-

probación rotunda e irrefutable de la fe de nuestros mayores, de la pureza de sus costumbres, de la aristocracia de sus hogares cristianos, del heroísmo de nuestras madres y de la altura de miras de todos sus habitantes, es de que mi pueblo ha sido: "EL PUEBLO MAS LEVITICO DE ESPAÑA Y, TAL VEZ, DE TODO EL MUNDO".

Y ésta es una verdad comprobada por las estadísticas formadas concienzudamente, y que, en ellas fijado y apoyado, comprobaré yo también en el presente artículo, para honra y gloria de mi pueblo.

Siento no haber conservado el número del diario "LA GACETA DEL NORTE", de Bilbao, que en el año 1907 (si mal no recuerdo) tuvo la feliz idea de hacer una encuesta o plebiscito para averiguar cuál era el pueblo más levítico de España, y el que más sacerdotes y religiosos había dado a la iglesia, y en esa encuesta fué el pueblo de Velilla de Guardo el que se llevó la palma y salió campeón y triunfador en el certamen estadístico, y en dicho número de "La Gaceta del Norte" venían especificados y nombrados todos los sacerdotes, religiosos y monjas que el pueblo de Velilla había dado a la Iglesia Católica.

Es preciso tener en cuenta, que Velilla de Guardo es un pueblo relativamente insignificante; tan insignificante, que ni figura en los mapas geográficos de España, si no es en algún mapa provincial. El número de sus habitantes será, a lo más, de doscientos vecinos, poco más o menos, siendo éste un

factor necesario y que es preciso tener en cuenta, para saber y poder apreciar, en todo su mérito y grandeza, la gloria casi increíble de su campeonato levítico, estadísticamente comprobado y por nadie discutido.

Sabido es que España es la nación que más hijos ha dado al sacerdocio, y donde abundan más las vocaciones eclesiásticas y monacales. Entre las provincias españolas, las que más se han distinguido siempre en proporcionar vocaciones, han sido Navarra, las provincias vascongadas, las dos Castillas, y de entre éstas, las provincias de Palencia y León. El pueblo de Velilla depende de estas dos provincias, ya que Velilla en lo civil pertenece a Palencia y en lo eclesiástico a la diócesis de León, de donde resulta que los de Velilla somos palentinos y al mismo tiempo leoneses.

En comprobación de que Velilla es el pueblo más levítico de España (y tal vez del mundo), no tenemos sino formar la lista de los Frailes, Sacerdotes y Monjas salidos del pueblo, de sesenta años a esta parte, y como el mejor argumento es la estadística, y la mejor prueba son los números, que canten los números y que hable la estadística.

Toda una familia levítica

Muy pocas serán las familias de Velilla que no tengan entre sus deudos algún Religioso o Sacerdote.

De entre ellas hay una, conocida ya en toda la Provincia con el nombre de "FAMILIA DE LOS FRAILES", y ésta es mi familia, RAMOS DIEZ, y muy pocas serán las madres del mundo que, como la mía, puedan gloriarse de haber tenido CINCO HIJOS FRAILES y un hermano Sacerdote. Toda una familia levítica, de cuya casa salió el primer Religioso Carmelita Descalzo, al que siguieron cuatro hermanos más, sobrinos, primos y otros muchos, casi todos ligados por lazos de parentesco, como iremos viendo y especificando. No pienso hacer mención sino de los Religiosos, Sacerdotes y Monjas de mi pueblo, porque bien podríamos enumerar aquí los de los pueblos inmediatos, como Besande, Guardo, Mantinos, Balcovero y otros muchos, que han dado un porcentaje considerable a las Ordenes Religiosas y al Sacerdocio. No nos detendremos tampoco a enumerar los Frailes y Sacerdotes de Balberde, Lillo, Vegamián, Lodares, Boñar, Riaño y otros pueblos colindantes, porque la lista sería interminable si enumerar quisiera los que el autor conoce personalmente. Me concretaré tan sólo a mi pueblo natal, en la seguridad de que los lectores quedarán verdaderamente sorprendidos y admirados del número considerable de los consagrados a Dios, por las Ordenes Sagradas y por los Votos Religiosos.

Estadística de frailes

Vamos a insertar aquí la nómina de Religiosos pertenecientes al pueblo de Velilla, sin tener la seguridad de que la memoria nos sea fiel para poder enumerar a todos los conocidos. Trataremos de no omitir a ninguno.

Carmelitas descalzos:

El primer Carmelita Descalzo de Velilla, y el que llevó a todos los demás a la Orden Carmelitana, fué el Rdo. P. Constancio del Sdo. C. de Jesús.

Rdo. P. Simón de la Cruz
„ „ Esteban de Santa Teresa
„ „ Marcelo del Niño Jesús
„ „ Miguel Angel de la V. del Carmen
„ „ Cayo de San José
„ „ Robustiano de San José
„ „ Marcos de Sta. Teresa
„ „ Mateo de Jesús
„ Hno. Ezequiel del Niño Jesús

Dominicos:

Rdo. P. Rufo Ramos Diez (China)
„ „ Tomás de La Hoz (Japón)

Agustinos:

Rdo. P. Cecilio Diez (Ecuador)
„ „ Claudio García (San Sebastián)
„ „ Santiago de La Hoz (Bilbao)

Jesuítas :

Manuel Carrera (Madrid)
Mariano Santos (Madrid)
Lázaro Pérez Diez

Maristas :

Sentimos no saber sus nombres.

Pasionistas :

Rdo. P. Benigno Allende (Bilbao)
„ „ N. N. (no recordamos el nombre)

Estadística de sacerdotes

(PÁRROCOS)

Sr. D. Manuel Diez Santos (Laurenzana)
„ „ Gregorio Fraile (Cervera)
„ „ Miguel Fraile, hermano carnal del anterior
„ „ Miguel García (Ventanilla)
„ „ Eulogio Santos (Vegamián)
„ „ Isaac Santos (Villanueva de Abajo)
„ „ Félix Santos (Colmenares)
„ „ Santiago Santos (Villaverde)
„ „ Demetrio Ramos Diez (Buenos Aires)
„ „ Marcos Santos (Villafría)
„ „ Demetrio de La Hoz (Buenos Aires)
„ „ Jesús Santos (Galicia)
„ „ Miguel Fraile (Canónigo de León)
„ „ Benjamín García (Espinama)
„ „ Eleuterio Martínez Allende (Valdeprao)

Sr. D. Tomás Diez (murió en el pueblo)
„ „ Lorenzo Allende (Las Muñecas)
„ „ Jesús Santos (Estalaya)
„ „ N. N. (Villalba)
„ „ Mariano Santos (N.)

Estadística de monjas

Del pueblo de Velilla son las siguientes Religiosas, pertenecientes a diversos Institutos de Enseñanza y Caridad:

(RESIDENCIA)

Hna. Sor Juana de La Hoz (Reims-Francia)
„ „ Petronila de La Hoz (Marsella)
„ „ Celerina Santos (Barcelona)
„ „ Asunción Vega (Madrid)
„ „ Damiana Allende (Cáceres)
„ „ Lorenza García (Madrid)
„ „ Luciana Carrera (Burdeos)
„ „ Julia Santos (Oyarzum)
„ „ Elisa Santos (Nantes)
„ „ Secundina de la Hoz (S. Sebastián)
„ „ Venancia Allende (Madrid)
„ „ Cayetana Santos (Hortaleza)
„ „ Lorenza González (Madrid)
„ „ Celerina Santos (Madrid)

Algunas ya fallecidas, ignorando de las demás su paradero, después de la hecatombe española de 1936 y 37.

Aún se me han escapado algunos, sin que pueda recordar sus nombres.

Algunos datos biográficos

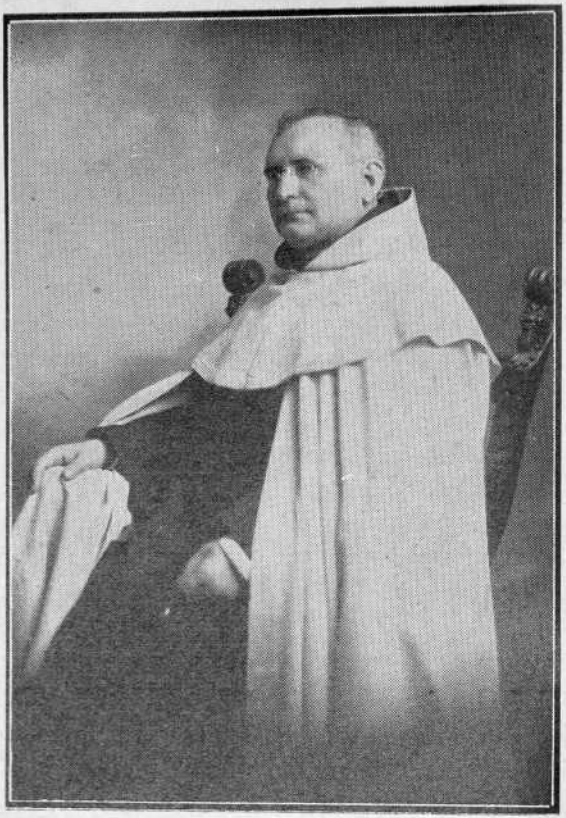
Tratándose de los Frailes y Sacerdotes de Velilla, no estarán de más algunos datos biográficos a ellos pertenecientes, ya que es muy justo que el pueblo siempre tenga presente lo mucho que le han honrado sus hijos.

De todos podemos decir que han prestado muchos y grandes servicios en sus respectivos ministerios sacerdotales, desempeñando honrosos cargos, y distinguiéndose muchos de ellos en España, inmortalizando sus nombres con su elocuencia sagrada o con sus escritos y libros de mérito indiscutible.

El Rvdo. P. Constancio

Fué el primer Religioso Carmelita Descalzo del pueblo, y a quien se debe la vocación de todos los demás Frailes. A él se debe la implantación de la Cofradía de la Virgen del Carmen en Velilla, hoy tan eminentemente Carmelitano, que será difícil encontrar a uno de sus habitantes sin el Santo Escapulario de la Virgen.

Orador de fibra y de elocuencia arrebatadora, dejó oír su voz en los principales púlpitos de España, y sus sermones fueron escuchados siempre con verdadera ansiedad. Ocupó, desde que cantó su primera



El Rvdo. P. Constancio Ramos, primer Religioso Carmelita Descalzo de Velilla, orador y misionero de renombre, y fundador en el Uruguay y Brasil

misa, los primeros puestos en la Orden Carmelitana, habiendo sido Superior de los Conventos de Burgos, Santander, Hoz de Anero, Vitoria, Corella, Pamplona, Burgo de Osma y Montevideo.

El Rvdo. P. Constancio rodeado de sus hermanos y familiares el dia de sus Bodas de Oro de Profesión Religiosa

Los Superiores Mayores de la Orden le encomendaron siempre las más arduas y delicadas empresas, siempre llevadas por él a feliz término, venciendo las dificultades al parecer invencibles en muchas ocasiones.

Fué fundador de muchos conventos, tanto en España como en América, y a él se deben Santander,

Burgo de Osma, Convento de Monjas de Pamplona, Oviedo, y la restauración de otros muchos. Enviado por los Superiores de Roma al Uruguay, fundó el convento de Montevideo, y pasando al Brasil, los de Porto Alegre, Río Grande, Uruguayana y Alegrete.

A los 18 años de América, regresó a descansar tres años a España, regresando después a Montevideo, habiendo celebrado en esta Capital del Uruguay sus

Homenaje al Rvdo. P. Constancio, C. D., con motivo de sus Bodas de Oro Sacerdotales en Montevideo (15 de agosto de 1937)

BODAS DE ORO SACERDOTALES, con solemnidad extraordinaria, en las que tomaron parte todas las autoridades tanto Civiles como Eclesiásticas, el día 15 de agosto de 1937, así como celebró las mismas BODAS DE ORO de Profesión Religiosa, el año 1934, en el Convento Carmelitano del Burgo de Osma, de cuya Comunidad era entonces Superior. A pesar de sus años, continúa trabajando con el mismo celo

y energía que en sus años de juventud, siempre incansable e inagotable.

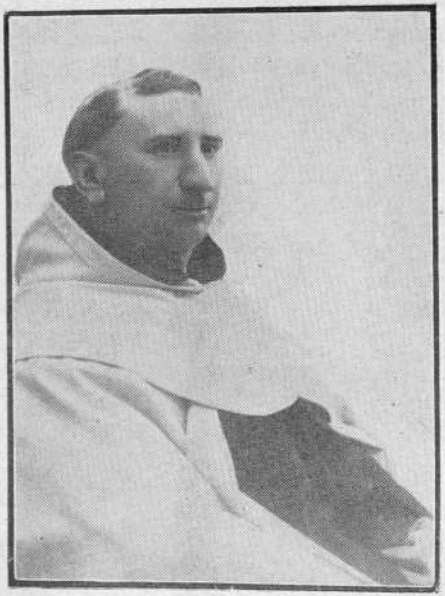
El año 1925 recorrió todas las naciones sudamericanas y norteamericanas, cumpliendo una delicada misión de los Superiores de Roma. Al escribir estas líneas, el Rvdo. P. Constancio es Superior en la Casa de la playa de Carrasco (Montevideo).

Rvdo. P. Marcelo

También ilustre y distinguido Carmelita Descalzo, traído a la Orden cuando niño por el R. P. Constancio. Es una de las figuras cumbres de la Orden Carmelitana y conocido en el campo de la ciencia por sus conocimientos Filosóficos y Teológicos, Morales y Sociales. Orador de alto

Rvdo. P. Marcelo del Niño Jesús, Provincial de los Carmelitas Descalzos de la Provincia Burgense, orador, filósofo y escritor de renombre

vuelo y escritor de nota, es autor de una Filosofía para texto de Colegios y Seminarios, tal vez la más completa que se ha escrito en estos últimos tiempos, y la más apta y comprensible para los estudiantes. Es autor de muchas obras sociales, y su nombre es pronunciado con respeto y admiración por todos los sabios.



Rvdo. P. Esteban Ramos Diez, Carmelita Descalzo, elocuente orador sagrado tanto en España como en Chile y Uruguay. Fallecido en Santander el día 12 de junio de 1923, en su Convento de la Orden Carmelitana. Dios habrá premiado sus trabajos Apostólicos. — R. I. P.

El que esto escribe tuvo el honor de tenerle de Profesor de Filosofía y Teología. Ha sido diversas veces Definidor, Superior Provincial, y actualmente está ejerciendo este último cargo en la Provincia Burgense. A pesar de sus múltiples ocupaciones, aún

le queda tiempo para seguir escribiendo y predicando y dando Conferencias sociales y científicas.

Rvdo. P. Esteban

También Carmelita, y hermano Carnal del Rvdo. P. Constancio. Orador de fama y sustancioso. Trabajó en Chile, Uruguay y Brasil por espacio de veinte años, muriendo relativamente joven en el Convento de Santander, el año 1926, víctima de sus excesivos trabajos apostólicos, llevados con admirable resignación.

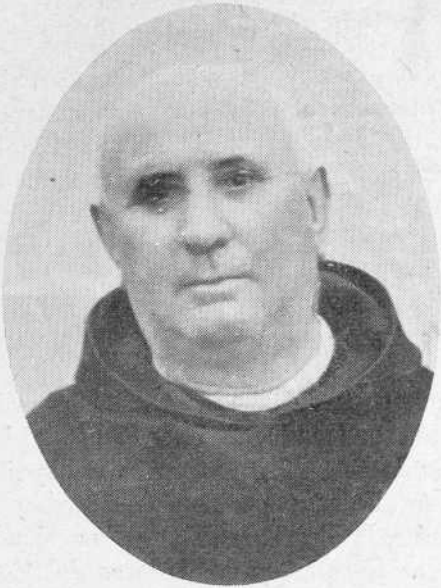
Rvdo. P. Simón de la Cruz

Hermano carnal de los PP. Constancio y Esteban. Recién ordenado, fué destinado a la Isla de Cuba, cuando ésta aún pertenecía a España, permaneciendo en ella muchos años. Al regresar a España, se embarcó a la República Argentina, siendo uno de los primeros Carmelitas fundadores del Convento de Buenos Aires, residiendo actualmente en Salamanca. Director de varias Asociaciones en Avila, Valladolid y Salamanca, con su carácter dulce y tranquilo ha beneficiado a muchísimas almas.

Rvdo. P. Marcos

Carmelita Descalzo de Velilla. Se distinguió desde joven por sus bellas y relevantes cualidades y amor

al estudio. Destinado a Polonia por sus Superiores, allí ha ejercido y continúa ejerciendo los más hon-



Rvdo. P. Simón Ramos Diez, Carmelita Descalzo, residente por muchos años en La Habana (Cuba) y uno de los primeros fundadores del Convento de la Orden Carmelita en Buenos Aires. Ha dedicado su vida a la predicación y dirección de almas. Actualmente en Madrid

rosos puestos, desempeñando el cargo de Definidor. Actualmente sigue en Polonia, Profesor del Colegio Teológico.

Rvdo. P. Cayo

Igualmente Carmelita Descalzo, residente hace más de veinte años en el Brasil, donde ha llevado una vida de apostolado activo y ejercido el cargo de Superior de varias Casas, iniciador de un Hospital en Alegrete. Actualmente regenta la Casa de Río Grande. Hermano carnal de este Padre, es el Hno. Ezequiel, también Carmelita, que con su habilidad ha desempeñado con gran satisfacción de todos sus Superiores y compañeros valiosísimos servicios en sus cargos difíciles.

Rvdo. P. Miguel Angel

Carmelita de vida trágica y casi novelesca. Residió en Palestina por espacio de ocho años. Le sorprendió en Turquía la guerra europea, y fué hecho prisionero en la Parroquia de Caiffa el 3 de febrero de 1915, en compañía de su Superior, Rvdo. P. Adrián, y del P. Gabino Montoro (Franciscano). Conducidos a los calabozos de Damasco, estuvieron prisioneros por espacio de seis meses, sufriendo indeciblemente y presenciando escenas terroríficas y trágico-dramáticas en la ciudad de los Califas. Expuestos a ser fusilados, fueron salvados milagrosamente, quedando enfermos y con el organismo deshecho por los sobresaltos. Fué el último Carmelita que quedó en Caiffa, y después de su prisión, tuvo que contemplar los destrozos que los turcos realiza-

ron en el Convento del Monte Carmelo, logrando, por medio de los cónsules de España y Alemania y otros personajes amigos suyos, que se suspendiera la orden llegada de Constantinopla de volar el Convento del Monte Carmelo, cuna de la Orden Carmelitana y hermosísimo Santuario internacional. Refugiado por espacio de un año en el consulado español de Beyrut (Siria), pudo al fin repatriarse, atravesando todas las naciones en guerra: Turquía, Bulgaria, Servia, Austria, Hungría, Baviera, Alemania, Suiza, Italia y Francia, llegando a España gravemente enfermo e inutilizado para la observancia regular, pasando del estado Religioso al de Sacerdote.

De carácter enérgico y dinámico, su vida la consagró a la oratoria sagrada y a la pluma y estudio de las lenguas. Son muchas las obras por él escritas y todas agotadas rápidamente. Pasó a la Argentina, donde reside hace ya veinte años, ocupando los más acreditados púlpitos de la República y sosteniendo con éxito polémicas periodísticas, lo mismo que discusiones públicas con los enemigos de la religión.

A los pocos meses del levantamiento de Franco en España contra el comunismo soviético que quiso hundir a España, escribió un libro titulado "BAJO LAS GARRAS DEL LEON HISPANO", del que se ocupó toda la prensa argentina, armando no poco revuelo por las verdades que expone sin ambajes ni rodeos, agotándose al poco tiempo la edición, del

que editores poco escrupulosos tiraron ediciones clandestinas. El autor tuvo el honor de recibir cartas de felicitación de puño y letra de los Generales Franco, Mola, Queipo de Llano, Moscardó, Aranda, Millán Astray, así como de Gil Robles, Prelados, intelectuales, ministros de gobierno, gobernadores, periodistas y escritores de fama y renombre, así como también recibió diversos anónimos con amenazas de muerte por parte de comunistas y anarquistas, que le condenaban "a morir con los zapatos puestos"... pero aún vive, a pesar de las amenazas anónimas, dispuesto a seguir escribiendo y cantando las verdades del barquero, puesto que está escribiendo las presentes líneas.

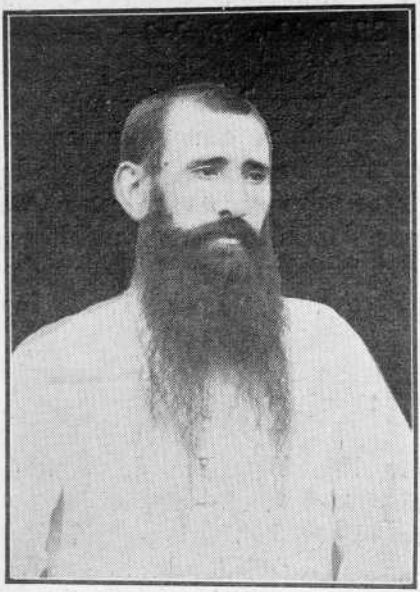
Rvdo. P. Robustiano

Otro de los Carmelitas Descalzos de Velilla, que murió al pie del cañón, dando una misión en un pueblo de Asturias, el año 1935, después de haber recibido muchos sustos en Oviedo, durante la revolución asturiana del 1934, salvándose por milagro con otros compañeros.

Rvdo. P. Rufo Ramos Diez

Perteneciente a la Orden Dominicana. Hizo sus estudios en el Convento de Avila, y, ordenado de Sacerdote, se embarcó para las Misiones de Fo-Cheu

(China), en donde lleva más de 35 años sin volver a España, estando tejida su vida de heroísmos sin cuento. Actualmente ha sido elevado a la dignidad



Rvdo. P. Rufo Ramos Diez, Dominico y Misionero en China hace ya 35 años, y Vicario Provincial de dichas Misiones en Fo-Cheu y Hong-Kong

de Vicario Provincial de aquellas Misiones Dominicanas y Visitador. Ha sido el enemigo y contrincante temible de los mandarines y protestantes.

Rvdo. P. Tomás de la Hoz

Compañero del anterior y también de Velilla. Ambos entraron al mismo tiempo en la Orden Domi-

nicana, y juntos se embarcaron para China. Hombre grave y severo, de gran talento, desde hace años ejerce el alto cargo de Vicario Apostólico en Formosa (Japón) y en su puesto continúa siempre firme y sereno.

Rvdo. P. Cecilio

Perteneciente a la Orden Agustiniana. Es uno de los primeros frailes de Velilla, junto con otro hermano suyo. Viene ejerciendo su apostolado en Colombia por espacio de más de 50 años.

Rvdo. P. Claudio

También Agustino y del mismo pueblo que los anteriores. Ha sido repetidas veces Superior y Profesor en los Conventos de su Orden en León y Valencia de D. Juan.

De los demás Religiosos no tenemos datos concretos de ellos, y a muchos no les hemos conocido personalmente.

Sacerdotes de Velilla

De los más antiguos que conocemos, el primero fué:

D. Gregorio

Distinguido Sacerdote y hoy venerable anciano, Párroco de Cervera de Río Pisuerga. Hombre de bri-

llante carrera Eclesiástica y Catedrático en el Seminario de León por espacio de muchos años, con 50 años de Párroco de Cervera.

Sr. D. Manuel Diez

Tío carnal del que esto escribe. Virtuoso Sacerdote, a la española y chapado a la antigua, de corazón bondadoso y siempre muy querido por sus feligreses en las Parroquias que tuvo a su cargo. Su principal actuación la realizó con brillantez y éxito extraordinario en los muchos años que estuvo al frente del Santuario de Ntra. Señora del Brezo y Párroco de Villafría. A él se le deben las reformas de dicho santuario tal como hoy se encuentran. Siendo Párroco de Laurenzana (León), murió en Muñeca (Guardo), lleno de méritos y virtudes, y sus restos mortales descansan en el Cementerio de este pueblo.

Pbro. Demetrio de la Hoz Benéitez

Joven sacerdote de mi pueblo, que hace siete años reside en Buenos Aires, como Vicario Cooperador en Parroquias de la capital, apreciado por sus cualidades de bondad y virtud, sobrino carnal del Rvdo. P. Tomás de la Hoz, misionero Dominico en el Japón, y de D. Gregorio, Párroco de Cervera. Como verdadero amigo, tocayo y paisano, me ha proporcio-

Pbro. Demetrio de la Hoz Benéitez, compañero en la Argentina y amigo del autor, residente en Buenos Aires hace algunos años

nado no pocos datos para escribir el presente libro.

Todos los demás Sacerdotes de Velilla, condiscípulos de mi niñez, han venido regentando Parroquias en la Diócesis de León, y ocupando sus respectivos puestos con gran sacrificio y abnegación, y llenos de privaciones.

Otro tanto podríamos decir de las Monjas y Religiosas del pueblo de Velilla de Guardo, que han gastado los mejores años de su vida y juventud, unas al lado de los enfermos en los Hospitales, y otras en las aulas, educando a la niñez desvalida, y todas con gran abnegación, sin esperanza de más recompensas que las del Cielo en la otra vida.

Nos complacemos en dejar constancia de los nombres de Religiosos, Sacerdotes y Religiosas del pueblo de Velilla de Guardo, para que los venideros sepan, al menos, que todos ellos fueron los que formaron la eterna e inmarcesible gloria de colocar a sus pueblos a la cabeza de los levíticos de España, y quién sabe si de todo el mundo. Ella constituye la corona más hermosa del pueblo.

Velilla siempre honró a sus hijos

Del mismo modo que los hijos de Velilla han honrado a su pueblo, y le han hecho conocer al mundo entero, también el pueblo ha procurado honrar siempre a sus hijos Religiosos y Sacerdotes.

Uno de los recuerdos más imborrables de nuestra vida, será siempre la solemnidad con que el pueblo de Velilla festejaba el acontecimiento de la primera misa de cada uno de sus hijos, o de su primera visita a la familia, después de largos años de ausencia. Siempre les recibía con solemnidad episcopal, en la que tomaba parte todo el vecindario, al frente sus autoridades. La primera misa en el pueblo de uno de sus Religiosos y Sacerdotes, se rodeaba siempre de contornos realmente solemnes y extraordinarios. El pueblo en masa sabía honrar muy bien a sus hijos, con gracia, maestría y perfección.

Arcos, cánticos y sillas gestatorias

El día de la llegada de uno de sus hijos para cantar su primera Misa, era un día de fiesta general, y como un día de precepto, en el que se suspendían todos los trabajos.

A una legua de distancia, ya salían los chicos de la escuela para recibir al nuevo misacantano, que, jinete en hermoso caballo, entraba bien acompañado de sus familiares y personas principales. Los aires se llenaban de gritos y vivas al homenajeado. A un kilómetro del pueblo, las mozas con sus arcos y sus cánticos, y los mozos con su Caja y dulzaina, disparos de escopetas y pistolas. Cuatro de ellos, los más fornidos, descendían de la cabalgadura al homenajeado, le sentaban en una silla gestatoria y en vilo le introducían en el pueblo, hasta su casa, mientras las campanas de la torre repicaban a gloria. Las mozas, conduciendo el arco, artísticamente formado con gasas, flores y avalorios y sedas, bajo el cual sentado iba el nuevo Ministro del Señor.

A la entrada del pueblo le esperaban todas las Autoridades y al frente el Párroco del pueblo, mientras que el Coro de cantoras entonaba hermosas estrofas, fruto de su inspiración siempre inagotable, curiosas y oportunas, sintiendo de veras se nos hayan extraviado dichos cánticos conmovedores, que hacían llorar de emoción.

El día de la Misa, a la que no faltaba nadie, se echaba el resto; los cantores hacían gala de sus mejores filigranas, se lucían los mejores vestidos, se aplaudía hasta rabiar, se acompañaba en masa al hijo predilecto en aquel día de gloria. Todos desfilaban en el besamanos, entre lágrimas y suspiros de alegría y emoción, mientras que los mozos le rendían el tributo de pinar a la puerta:

El "mayo"

No nos detenemos a describir el espectáculo, porque descrito queda anteriormente con todos sus pelos y señales. Baste saber que éste era el emblema del triunfo de un hijo del pueblo, y pinado quedaba hasta que el misacantano desaparecía del pueblo. Ni que decir tiene que todo aquel día de gran fiesta había bailes populares delante de la casa del nuevo Sacerdote, se celebraban banquetes, se distribuían limosnas a los pobres del pueblo, se recibían homenajes a granel, vítores y manifestaciones de alegría popular, hasta que llegaba el día de la partida, en el que se despedía con cierto dejo de tristeza, se le conducía de nuevo entre arcos y la silla gestatoria hasta fuera del pueblo, cánticos melancólicos de despedida, lágrimas de sentimiento, y suspiros muy sentidos y profundos, porque aquel hijo del pueblo se dirigía tal vez al puerto para embarcarse a países de infie-

les, y no se le volvería a ver. El que se despedía daba su última bendición, que todos recibían de rodillas y... ¡adiós!... ¡adiós!...

Esto hemos visto y experimentado todos nosotros, y ello ha dejado un recuerdo imperecedero, imborrable para toda nuestra vida; lo que nos ha servido de aliento en medio de las contradicciones del Ministerio Sacerdotal, y de nostalgia, que aún nos hace llorar, cuando recordamos estas cosas y aquellos tiempos felices... que, desgraciadamente, han desaparecido, pero siempre con la esperanza de que un día mi pueblo volverá a ser lo que fué.

Felizmente, ese resurgimiento hacia lo antiguo, se va notando, aleccionados por la terrible y sangrienta lección, por España entera recibida, en la última hecatombe histórica, que ha hecho ver a tantos ciegos y servido de lección a tantos incautos, convencidos hoy, una vez más, de que si los pueblos quieren ser felices, no tienen más remedio que volver a las costumbres cristianas de sus antepasados, desenterrar nuevamente las antiguas tradiciones, y cambiar de rumbo, dando marcha atrás en la desbocada carrera que habían emprendido, empujados por las corrientes modernas, completamente materializadas, que tan tristes recuerdos nos han dejado; y lo peor ha sido que esos recuerdos que nos legó la civilización moderna, han quedado empapados en sangre española y fratricida. Y ahora, pueblos sencillos de mis montañas leonesas... ¡aprended!...

CAPITULO XV

EL DESPERTAR DE UN PUEBLO

Hemos venido examinando al pueblo antiguo de Velilla con todas sus grandezas y maravillas, naturales y espirituales. Las primeras no desaparecerán nunca, mientras el mundo no se vea sacudido por un cataclismo, y mi pueblo será siempre el más hermoso por sus encantos topográficos, y siempre permanecerá rodeado por sus rocas y peñas de caliza y por las soberbias e imponentes moles, hendidas y separadas por cortaduras misteriosas, por montañas que se elevan a las nubes en formas piramidales, simulando almenas de arábigas mezquitas, o minaretes y agujas de catedrales góticas, verdaderos templos de la naturaleza y palacios de la divinidad, que levantan al cielo sus frentes altivas, desafiando a los siglos y a las tormentas, a los rayos y a las centellas, a los huracanes y a las celliscas. El que quiera contemplar, lleno de estupor y admiración, el mudo testimonio del poderío de Dios, no tiene más que visitar las

montañas de León y las rocas imponentes que aprisionan y cercan al pueblo de Velilla.

En cuanto a sus grandezas espirituales, patentizadas quedan en las costumbres patriarcales de mi pueblo y de todos los pueblos montañeses, en sus tradicionales costumbres, saturadas de fe y de piedad; en sus diversiones, bailes y juegos inocentes; en su niñez traviesa, pero candorosa; en sus mozos bravíos, pero castos y morigerados; en sus mozas sencillas, pero sanas y puras; en sus madres cristianas y heroicas, sus padres severos y cariñosos, sus ancianos encorvados, pero de fibra y sonrientes y afables, lo mismo que en sus viejas regañonas, pero de corazón de oro y de sentimientos nobles y elevados, y todos ellos chapados a la española y a la antigua, todos felices y contentos, ni envidiosos ni envidiados. Vivían en paz y se morían tranquilamente.

Y la prueba más contundente de la fe de mis mayores, estampada ha quedado en el capítulo anterior, al probar con nombres y números que cantan, la fe de mi pueblo, la religiosidad de sus habitantes, el arraigo de sus firmes creencias religiosas, de ser el pueblo más levítico de España, y sin miedo a equivocarme, tal vez del mundo entero. Esta ha sido y será siempre la mayor gloria de mi querido pueblo, que nunca se la cederemos a nadie, y ni es fácil que nadie pueda arrancar esa aureola de nuestras frentes.

La religiosidad histórica del pueblo de Velilla de Guardo, es para nosotros la mayor y la mejor, y

la anteponemos a todos sus encantos materiales, porque en su comparación quedan postergadas las cristalinas aguas de sus ríos, la linfa pura de sus fuentes y manantiales, las nieves perpetuas de sus montañas, guarida de osos y rebecos, de lobos y jabalíes; las suaves ondulaciones de sus colinas, el verdor de sus praderas cuajadas de campanillas, los trinos variados de sus aves canoras, la abundancia de sus senaras y sementeras, la riqueza de su subsuelo cuajado de riquísimo mineral, la oquedad de sus cuevas misteriosas y de sus espeluncas imponentes.

Y esta gloria genuinamente nuestra, y nada más que nuestra, unida a los famosos Santuarios y Ermitas de nuestra comarca leonesa; las ruinas de antiguos monasterios, hoy desaparecidos y de los cuales no quedan sino escombros y piedras, que si hablar pudieran, nos dirían muchas cosas y nos descifrarían muchos misterios ocultos; el culto a San Froilán, patrono de la Diócesis de León, Padre y fundador de innumerables monasterios, que, antes de la Edad Media y de la invasión de los árabes, se levantaron por doquier en las orillas del Porma y en el partido de Riaño, todo esto que la historia defiende y proclama, ha venido dejando un espíritu de religión en toda la región montañesa.

Uno de los lugares más montañosos y poéticos en Velilla es el lugar llamado "Monasterio", en donde se pueden ver todavía las ruinas de alguna antigua abadía Benedictina o de algún monasterio Cis-

terciense, de los tantos como existieron en nuestra tierra, o tal vez alguna de aquellas Lauras Cenobíticas fundadas por el mismo San Froilán, de las que habla Juan Diácono, y que en los primeros años de la Reconquista reunieron aquellas multitudes que a veces llegaron a trescientos monjes: "tercenties continentium choros", según frase del escritor citado, y que fueron en nuestra región, durante varios siglos de la Edad Media, las únicas instituciones que atendieron a los habitantes de las montañas, en el orden de la cultura y enseñanza popular.

Monasterios y abadías leonesas

Sabido es que los monjes Benedictinos, que se dedicaban a cultivar las tierras, se albergaron en los monasterios de la montaña leonesa, que vinieron a ser algo así como el Arca de Noé, donde se salvaron las instituciones monásticas de la avalancha destructora de la invasión sarracena.

Esos monasterios de nuestra región leonesa constituyeron en otros tiempos remotos, núcleos de grandes ciudades y de caseríos esparcidos por sus cercanías. Los trabajadores vieron honrado y enaltecido su trabajo a la sombra de los monasterios y abadías, cuando el báculo del abad era más fuerte que la espada del noble y del guerrero, y los vetustos muros de un convento imponían más respeto que las almenas de los castillos roqueros.

Esos monasterios atraían gran concurrencia de peregrinos, y de ellos proceden las romerías, que en aquel entonces suplían la falta de mercados y de ferias. Ellos, los monjes leoneses, fueron los que desmontaron terrenos incultos, secaron pantanos, construyeron calzadas, encauzaron los ríos y levantaron los puentes.

Si nos propusiéramos urgar un poco en el campo de la historia, nos sería cosa fácil demostrar que todo lo bueno que tenemos en nuestras montañas procede de los antiguos Cenobitas, sin los cuales, en sentir del protestante Leibnitz, habrían perecido todos los manuscritos de la antigüedad, y con ellos toda la ciencia moderna.

Y como nuestras frondosas montañas leonesas se adaptan a la contemplación, de ahí que ellas fueran las preferidas por los Monjes para levantar sus abadías y monasterios.

Así se explica que pocas regiones puedan competir con la montaña leonesa en el número y esplendor de la vida monástica, pasando de 100 los nombres de los monasterios que hubo en el partido de Riaño, compitiendo desde el siglo IX al siglo XII la montaña, con las laderas de Alejandría o las vertientes de los Apeninos.

Doquiera había una colina amena, un valle tranquilo, una vega fértil o un bosque de frondas rumorosas, allí se levantaba un monasterio, como si el hombre que pasa por este mundo entregado a la ora-

ción y a los amores ascéticos, volara en alas de la poesía con más libertad en los oasis y vergeles que en los páramos y desiertos. (González: "Monasterios Leoneses"). Dieciséis de estos monasterios se levantaron tan sólo a orillas del Parma, en sentir del historiador Alba ("Historia de la Montaña"), todos ellos situados en lugares amenísimos y a propósito para la contemplación, por hallarse entre dos montañas, que semejan un misterioso altar, donde la naturaleza quema incienso y rinde tributos al Supremo Hacedor; donde todo habla al espíritu reflexivo del Autor de la naturaleza, el canto de las aves, el zumbido de los insectos invisibles, la fragancia de variadas flores, el rumor de la enramada, el verdor de las praderas y el misterio de sus espeluncas.

Castillos montañeses

Lo que diciendo venimos de los monasterios, abadías y conventos, podríamos decir también de las muchas ruinas de castillos como en nuestras montañas leonesas se encuentran, importantísimos en la Edad Media, levantados la mayoría de ellos en los años 866 al 910 por Alfonso III el Magno, para asegurar y defender las tierras conquistadas, aunque el pueblo atribuya siempre dichos castillos a los moros, como a los moros atribuye el vulgo todo aquello que está envuelto en el misterio o se desconoce su origen, cuando en realidad de verdad los castillos

montañeses, como el de Lillo, el de Boñar, el de Colle, Nocedo, San Salvador y el de Aviados, fueron todos ellos construídos por los cristianos montañeses para detener el empuje de los árabes. En el castillo de Aviados, hicieron morder el polvo al bárbaro Almanzor, cuando quemó y arruinó la antigua ciudad de "Veseo", lugar que hoy ocupa La Vecilla, que en sentir de algunos historiadores es diminutivo de "Veseo".

Tenemos, por lo tanto, que la montaña leonesa ha sido, desde los primeros siglos del Cristianismo, una región completamente monacal y conventual, de donde se deduce que pudiéramos muy bien atribuir tantas vocaciones eclesiásticas de nuestra provincia al espíritu tradicional e histórico de nuestros antepasados, que, en realidad de verdad, podrían vanagloriarse de haber dejado bien arraigado dicho espíritu en las lomas montañesas de nuestros tiempos, puesto que comprobado hemos dejado que la provincia de León, así como la de Palencia, son y han sido las que van al frente de España en el orden levítico, llevándose la palma mi pueblo de Velilla de Guardo.

Una luz que se apaga

Desgraciadamente, esa fe de mi pueblo comenzó a sentir desmayos de treinta años a esta parte, y hasta quién sabe si hubiera llegado a extinguirse por

completo, como se extingue una lámpara por falta de aceite, si la Providencia no se hubiera encargado de dar un toque de atención a toda la nación española, enviándola un castigo terrible, haciendo despertar a los pueblos de su letargo.

Muchos han sido los factores que vinieron a contribuir a la debilitación de la fe en los pueblos españoles. En cuanto a mi pueblo y todos los pueblos leoneses, podemos decir de ellos que siempre conservaron su fe religiosa, permaneciendo adictos a la religión de sus mayores, y siempre se rieron de todas las prédicas y peroratas de los llamados "espíritus fuertes", cuando han pretendido demostrarles que los dogmas son todas mentiras; las creencias, supersticiones, y los Curas, unos apagavelas de las luces del progreso y mantenedores de la ignorancia en los pueblos. Nunca creyeron mis paisanos en tales aberraciones.

Con todo, no tenemos más remedio que admitir que los enemigos de la religión lograron hacer prosélitos entre las gentes sencillas, y lograron difundir ideas antirreligiosas y disolventes, mantenidas por obreros, engañados a su vez por los llamados apóstoles del proletariado, y atraídos por el señuelo y principios encantadores de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Siempre miraron los pueblos leoneses con lástima y hasta con horror cuanto se oponía a sus creencias y tradiciones religiosas, pero desde unos lustros a esta parte fueron dejándose inficionar un

tanto del virus ponzoñoso de doctrinas y propagandas deletéreas, que poco a poco fueron penetrando en los hogares tranquilos, viniendo a formar lo que podríamos llamar el Velilla moderno.

Estos aires de modernismo vinieron a cambiar el mismo carácter de mis paisanos, por lo común retraídos y tímidos, pero siempre resueltos y fieles a la palabra empeñada. Hoy ya no son tan tenaces ni constantes como lo eran antes, porque el ambiente de veleidad y volubilidad de los tiempos modernos, ha modificado notablemente el carácter montañes. Son mis paisanos, al parecer, reservados y poco aficionados a la exhibición, aparentemente fríos, de índole concentrada y entera, de genio afable y muy tratable, pero dentro de cada uno se encuentra la energía latente del carácter montañés. Los tiempos han cambiado no poco, y ya las costumbres del Velilla moderno no son tan puras, ni tan inocentes, porque circunstancias especiales influyeron en la conciencia colectiva, en las autoridades, en la juventud y en la niñez. La tradición fué dando paso al modernismo, acompañado siempre del naturalismo, sensualismo, sibaritismo e indiferentismo; poco a poco desaparecieron en el pueblo costumbres antiguas muy cristianas; se fué perdiendo el respeto a la autoridad, se infiltró en la escuela una enseñanza laicista, los jóvenes se desunieron y las mozas se desbandaron; fueron suprimiéndose las fiestas populares de las bodas, romerías, bautizos, cánticos religiosos de Advien-

to y Cuaresma. Se dejaron abandonadas las fiestas típicas y tradicionales del Mayo, del día de Reyes, los aluches, el juego de barra, y hasta el juego de bolos. Se suprimió el baile montañés, para introducir el antiestético "agarrao"; se archivó la famosa "Caja", que con sus toques y redobles alegraba al pueblo y reunía a los mozos en sus Concejos; fueron olvidándose del rezo del Angelus y del Santo Rosario, del toque de Animas; se perdió la confianza entre las familias, vinieron las divisiones, se mezclaron los extraños, se maleó la juventud, se dañó la niñez y abandonó sus juegos infantiles, dejó de ir a nidos y a buscar flores para la Virgen, y cuando menos pensaron, se fué apagando y extinguiendo la luz que antes les alumbraba, que era la fe sólida que recibieran en herencia de sus antepasados.

Las minas y el pantano

Tengo para mí que estos factores han sido los causantes principales de la decadencia moral de mi pueblo, antes patriarcal, que si le empujaron, es cierto, por el camino del progreso material, le hicieron retroceder, en cambio, en el orden espiritual. El carbón minero, no tan sólo manchó los cuerpos, sino que ennegreció las almas de mis paisanos. A nuestras cuencas mineras acudieron gentes de todas partes y de todas las condiciones, y con el roce de esa clase de gentes advenedizas, y no las más recomen-

dables, comenzaron a soplar vientos que lo secaron todo. Tipos trashumantes a lo Gonzalo González de la Gonzalera, descritos tan admirablemente por Pereda, aparecieron por nuestra tierra, pretendiendo derrumbar todo lo antiguo y todo lo viejo y para ellos inútil, edificando sobre sus escombros lo que les convenía para sus ideales. No faltaron ciertamente Curas celosos y valientes, y vecinos que, como el tío Merlín y Cleto Rejones del novelista montañés, les acusasen de vez en cuando las cuarenta, pero no pudieron resistir la avalancha que se les había echado encima tan repentinamente, ni pudieron contener a los tipos que, saliendo del pueblo y emigrando de su pueblo montañés, regresaban después de algún tiempo escupiendo por el colmillo, con una vida algo misteriosa, con unas cuantas novelas en los bolsillos y unos cuantos libros pornográficos y sicalípticos, gruesa cadena de relumbrón en el reloj, unos cuantos anillos de similor en los dedos, y todo esto amalgamado con algunas frases medio francesas y medio inglesas que ni ellos mismos entendían, pronunciadas con dejo andaluz, para que tuvieran más sal y gracia, lograron imponerse en el pueblo, sin que alcaldes ni jueces tuvieran agallas suficientes ni bien puestos los pantalones para hacerles regresar por el camino que habían venido, y... llegó el derrumbe moral del pueblo.

Si a esto añadimos la falta de verdaderos maestros de escuela, de aquellos a lo D. Teodomiro Par-

do, reemplazados por maestrillos que escribían hombre sin h, burro con v, y Dios con d minúscula, pero que se creían bibliotecas ambulantes y diccionarios "Espasas", que, cuando se ponían a despotricar, había que detenerlos diciendo: "No corra Vd. tanto, hombre", tendremos que el mal era cada vez más progresista.

Se pusieron las cosas de tal manera, que, si nuestros padres y madres hubieran levantado la cabeza, no hubieran reconocido a los hijos de Velilla, y avergonzados se hubieran vuelto a sus tumbas, maldiciendo del progreso y de la civilización, de las minas y de los mineros, del pantano y de todos los obreros que habían contribuído a desmoronar el edificio moral del pueblo antiguo de Velilla.

Mucho progreso, pero... poca tranquilidad

Vinieron los ferrocarriles, las carreteras, los autos y camiones, el ruido de los motores y taladradoras eléctricas, los teléfonos, la luz eléctrica, la radio, los aeroplanos, todo, en fin, cuanto representa el orgullo de la civilización moderna, pero al ver que todo eso no sirvió a mi pueblo más que para quitarle la tranquilidad y la paz, casi estoy por decir que hubiera sido mejor que nada de todo eso hubiera llegado jamás a mi pueblo, porque era más feliz, más tranquilo y más alegre con sus candiles de aceite que con las bombillas eléctricas, con sus carros untados de jabón

que con los automóviles, con sus panderetas más que con bandas de música, con sus cantos populares y no con tangos y cuplés de última moda.

En mis tiempos de niño, la venida de los gitanos o de los húngaros, con sus osos y sus micos, constituía un verdadero acontecimiento, que nos divertía inocentemente, y con eso quedábamos contentos y satisfechos para medio año. Cuando aparecían ciegos, como el tío Lorenzo o Domingo, con sus sinfonías, o algún asturiano con su gaita, era para el pueblo como un día de fiesta, y los chicos les seguíamos entusiasmados, oyendo siempre la misma tonada y la misma canción, y quedábamos también contentos, sin pensar siquiera que pudiera haber otras cosas mejores. ¡Tiempos felices aquéllos!, porque reinaba la paz, la santa alegría, la unión, la fraternidad de unos con otros. Llegó el progreso... y ¿qué nos dejó el tan cacareado progreso?... ¡Odios, venganzas, robos, intranquilidad, miedo, lágrimas, sustos y vergüenzas!... Esta ha sido su herencia. Y es que los adelantos y esos inventos metalizaron las almas y rindieron los cuerpos; su ruido aturde, su velocidad atonta, su altura causa vértigos y termina por precipitar en los abismos, su luz hiere y ofusca, y lo peor es que, con tanta cosa, se llenaron los corazones de tal manera, que no dejaron un hueco para Dios, y para hacerse de nuevo un lugar en aquellos corazones de mi tierra, Dios les envió un castigo terrible y les dió una lección de la que nunca se olvidarán.

El año 1934

Cuando los pueblos se duermen, Dios les despierta, y cuando se aletargan, los zamarrea para que estén alerta. Esto mismo es lo que hizo Dios con mi pueblo en el año 1934, dándole un toque de atención, para que se diera cuenta de que era necesario cambiar de rumbo, si no quería hundirse para siempre en el abismo a que le conducían sus dirigentes.

Justamente fué en ese año fatal cuando, después de diez y nueve de ausencia de la tierruca, se me ocurrió hacer una visita a mi pueblo. En seguida comprendí que había cometido un error, y casi me había metido sin pensarlo en la boca del lobo. Encontré a mi pueblo, como suele decirse, patas arriba, y completamente descuajaringado en todo sentido. Me costaba trabajo convencerme de que aquél era mi pueblo, y no acababa de comprender, cómo unos cuantos atrevidos canallas "de fuera" habían logrado imponerse de aquella manera a todo un pueblo, tan cristiano y tan levítico, que era víctima de unos cuantos bravucones y desalmados que, con sus desplantes y desvergüenzas, campeaban tiránicamente sobre las autoridades y sobre todos los vecinos, que con nadie se metían y a nadie molestaban.

Presencié cuadros realmente vergonzosos. Caras patibularias de mineros, con puño en alto y amenazador y risa siniestra; cantos de la Internacional en las puertas mismas de los hogares; desfiles rojos mi-

litarizados, insultantes y desafiadores; entierros civiles a banderas rojas desplegadas, paseando el cadáver de una pobre joven comunista muerta sin sacramentos; discursos ateos en el mismo cementerio, insultos por todas partes, presagios de la tempestad que se avecinaba a pasos agigantados. En el ambiente se masticaba el odio y se husmeaba el peligro. Así era imposible la vida, y en las caras se demostraba el sobresalto, la angustia y el terror.

¿Qué hacían las autoridades?... ¡Las autoridades del pueblo estaban tan acoquinadas, si es que no estaban comprometidas en el complot y en inteligencia con los revoltosos, que no venían a resultar sino autoridades decorativas, que, al ver pisoteado y roto su prestigio, no tenían ni el valor de dejar la vara, que públicamente fué rota por aquellos mozalbetes marxistas hijos del mismo pueblo. Todo esto presencié en los dos meses que allí estuve, con gran vergüenza para todo el pueblo de Velilla.

Me acordaba de la Argentina, país verdaderamente libre, donde todo el mundo era respetado en sus creencias, y a la Argentina regresé antes de lo que tenía pensado, para no verme envuelto en aquella ola de ignominia que tenía que reventar de un momento a otro, y quince días antes de que estallara la tormenta, puse pies en polvorosa y con la congoja en el alma me embarqué de nuevo para las regiones americanas, pensando en el castigo que iba a caer inexorable, terrible y sangriento sobre mi querido

pueblo natal. La acerté, porque, de haberme quedado, difícilmente me hubiera salvado de la catástrofe que sobre él se desencadenó el día cinco de octubre de 1934, en aquella ráfaga de barbarie llamada la "Asturianada", que tanta sangre costó inútilmente y tantos odios y rencores reconcentró en las almas españolas.

Mi pueblo era un Lázaro muerto, y para levantarle de la tumba ya no eran capaces los hombres, porque no se entendían ya unos con otros y estaban separados por un abismo de ideas y de odios. Se necesitaba la intervención de Dios, y cuando Dios interviene para galvanizar un pueblo, lo hace con carácter de operador quirúrgico, manejando el bisturí que penetra en las carnes, saja los nervios y arranca todo lo podrido. Así obró Dios misericordioso con mi pueblo aletargado, y mi pueblo se salvó, pero se salvó derramando lágrimas, dándose golpes de pecho, sintiendo los pinchazos en carne propia, lanzando ayes de dolor, levantando las manos al cielo e implorando perdón y misericordia.

Muchos y muy fuertes fueron los sustos y los sobresaltos de aquellas pobres gentes, colocadas frente a la muerte y encañonados sus pechos por las pistolas de los desalmados mineros, muchos hijos del pueblo; y cuando ya tenían la muerte a la vista y el acto de contrición en los labios... Dios se compadeció de ellos, salvándoles de una muerte segura y cruel, por un verdadero milagro.

Desgraciadamente, se derramó no poca sangre inocente, que fué tal vez la que aplacó las iras de la Justicia Divina. Entre esa sangre no faltó la sacerdotal de mi primo carnal D. Constancio Villalba, Cura Párroco de Muñeca, hombre celoso, dinámico y fiel cumplidor de sus deberes, vil y cobardemente asesinado por unos cobardes, que nunca hubieran tenido valor para asesinarle cara a cara, por eso mismo, por cobardes. Y lo fueron tanto, que, para cometer el crimen, tuvieron que valerse de la estratagema de llamarle a la una de la mañana para administrar a un enfermo grave, cayendo el pobre en el lazo, que es el único donde puede caer un sacerdote digno y fiel cumplidor de su deber. Al abrir la puerta, fué acribillado a balazos, lanzando el último suspiro y pronunciando tan sólo palabras de perdón para los asesinos.

¡Paz en la tumba del Sacerdote mártir! ¡Descansa en paz, querido primo D. Constancio Villalba! Haciendo guardia desde los astros y gozando de la gloria de todos los mártires, habrás contemplado desde el Cielo la regeneración de España y el despertar de nuestros pueblos montañeses, mientras que la maldición de la historia aplastará siempre a tus asesinos cobardes, como la de tantos asesinos que en España han formado millares de mártires que salvaron la Patria con su sangre, como los primeros cristianos salvaron en los circos al Cristianismo contra los tiranos y emperadores de Roma.

Hermoso despertar

Los castigos del Cielo siempre tienen sus efectos salvadores, y estos efectos se han experimentado en mi pueblo de Velilla. Despertaron los dormidos; se han hecho valientes los cobardes, y una nueva resurrección ha comenzado a dar sus frutos llenos de esperanzas consoladoras; tan consoladoras, que una nueva vida ha comenzado para los habitantes de mi pueblo, completamente desengañados de tantas y tantas cosas que les habían conducido a la ruina. Se han dado cuenta de que no hay más remedio que volver a lo antiguo, a lo que nuestros padres nos enseñaron, quemando lo que venían adorando, y ahora adorando nuevamente lo que habían quemado. De los escarmentados salen los avisados, y avisados han quedado en mi pueblo y en todos los pueblos de España por los escarmientos recibidos. ¡Quiera el Cielo que nunca se olviden, de aquí en adelante, de la lección recibida, porque si así no fuera, temblaría por mi pueblo y temblaría por mi España!

El despertar no puede ser más hermoso, y apareció la aurora después de tan lóbrega noche, el arco iris después de tan desencadenada tormenta. Ya era hora. Ese despertar de mi pueblo se palpa y se toca con las manos.

Han vuelto a sus prácticas religiosas, como espero que han de restaurar las antiguas costumbres desaparecidas. Han comenzado a restaurar su iglesia

parroquial, que es siempre la Madre común donde las almas encuentran refrigerio y consuelo. Al frente de un celosísimo párroco, D. Isaac Riaño, (1) el pueblo ha sabido corresponder al llamamiento de su Sacerdote activo y emprendedor, y hacemos votos para que, al visitar de nuevo a mi querido pueblo, me encuentre, no con el pueblo de 1934, sino con el pueblo de mi niñez, de mis padres, de mis antepasados; con aquel pueblo a la antigua, no a la moderna, pacífico, tranquilo, laborioso, alegre y fraternal. Con el pueblo de los mozos con "Caja", de las mozas con panderetas, de bodas tradicionales, bailes típicos a lo montañés, hilanderos en invierno, cánticos piadosos en las calles, catecismo para los niños, crucifijo en las escuelas, zamarrones en Carnaval, recogimiento en Adviento y Cuaresma, alegría en las romerías, gritos en las ferias; con "Robla" en los contratos, campanas tocando al alba y a las ánimas, a misa y al rosario; con pobres que pidan diciendo "Ave María Purísima", para oír la contestación de "Sin pecado concebida"; con saludos de "Dios le ayude" y "Hasta mañana, si Dios quiere" y "Vaya Ud. con Dios"; con niños respetuosos con el Sr. Cura —besándole la mano en la calle— y con el Sr. Maestro, quitándose la gorra, y yendo entre gritos de alegría a buscar nidos, a descortezar acebos para sacar liga, a coger moras, avellanas,

(1) Ver nota de página 51.

arráspanos y amostajas, luchar en la Serna y bañarse en el Río Chico, traer flores el día del Corpus y campanillas para la Virgen en el mes de mayo, y hacer cruces de escaramujos para la procesión del Rosario. Quisiera encontrarme con mi pueblo de mozos formando autoridad con sus alcaldes, regidores, jueces y consejeros, con su fiesta típica del Mayo, con sus enramadas a las mozas y a la Virgen, con sus mayordomos de Ntra. Señora de Areños, con sus llamadas a Concejo y con sus juegos de aluche, de bolos y de barra.

Quisiera encontrarme con mi Velilla de mozas cantoras y poetisas, puras y castas, ágiles y graciosas, esbeltas y siempre sonrientes, cantando, siempre cantando en bodas y fiestas domingueras, visitando a la Virgen de Areños todos los domingos y agrupadas rezando el Rosario, lanzando "iju... jús" al venir de los prados y de los trigales, trillando en las eras y acarreando la paja y la hierba, guardando los jatos o los corderos, o regresando de la fuente con los cántaros bien llenos de agua, de andar garboso, sonrisa permanente y alegría candorosa y comunicativa.

Al regresar a mi pueblo, procedente de las pampas Argentinas, mis únicos deseos serían encontrarme con el antiguo Velilla de mis amores, de madres cristianas, heroicas, sufridas e infatigables, visitando siempre, siempre, a nuestra Patrona de Areños, cantando gerineldos, desposorios de San José, vida de Santa Genoveva y leyendas montañesas, o contando

cuentos e historietas a sus nietos y a sus hijos, en las largas veladas de invierno, junto al fogón y al amor de la lumbre, entre el chisporrotear de los tizones y el borbollar de los pucheros, hilando la rueca, haciendo girar el huso, en medio del trajín de la cocina o sentadas encima de la "trébede", siempre gritonas y siempre afables, cariñosas y compasivas para los revoltosos rapaces que agotan la paciencia y parecen diablillos de color de rosa.

Quisiera encontrarme con aquellos hombres que, como nuestros padres, parecían caballeros del Greco, hombres de la mano al pecho, de figuras frailescas a lo Zurbarán, con sus majestuosas capas de esclavina, serenos y siempre tranquilos, discutiendo en la Casa Ayuntamiento las cuestiones al pueblo pertenecientes, acudiendo a "guebra" al toque de campana, bebiendo el vaso de vino después de la "guebra", haciendo "cuadros" o "cincas" en la bolera los domingos, aconsejando y asesorando a los mozos en sus dificultades, haciendo corrillos en la puerta de la iglesia y fumando un cigarrillo o la pipa hasta que den la señal de "las tres", para entrar a oír misa, guardando las puntas de sus cigarros apagándolos con saliva y metiéndoles en el bolsillo del chaleco, o pegando sus puntas húmedas en la pared...

Así, así quisiera yo encontrar a mi pueblo de Velilla, tal cual le conocí en los años de mi niñez, cuando allí no había más autoridad que la del Sacerdote y el Alcalde, sin pleitos, que no sirven más

que para engordar a escribanos y abogados; sin disensiones, litigios ni intrigas, fuera de las producidas por quitarse el agua de los "praos" en un momento de descuido, sin miedo a la Guardia Civil, que antes nunca se necesitaba para nada, sino para vigilar a los pescadores clandestinos, ansiosos de comer unas truchas frescas, pero sin necesidad de que nadie fuera al calabozo, porque en el pueblo nadie conoció ese lugar ni nadie durmió una noche en él.

Termino, diciendo a mi pueblo de Velilla de Guardo: "HAY QUE VOLVER A LO ANTIGUO".

CAPITULO XVI

SANTUARIOS MARIANOS DE LA TIERRA LEONESA

Nada más justo que dedicar un capítulo a los santuarios leoneses, para demostrar palmariamente la fe religiosa de los habitantes de mi "tierruca", la que siempre se ha distinguido por su devoción a la Santísima Virgen, bajo sus diversas advocaciones Marianas.

La mayor parte, la casi totalidad de los santuarios marianos de la provincia de León, y por consiguiente, de las imágenes de la bienaventurada Madre de Dios, se denominan o toman nombre del lugar en que fueron construídos, o de accidentes físico-geográficos del mismo.

Ahí están, para demostrarlo, los nombres o advocaciones de Ntra. Señora de Covadonga, de Montesclaros, de Orduña, de Montserrat, de Guadalupe, fuera de la provincia de León, y ciñéndonos a lo nuestro, ahí tenemos la Virgen de la Corona, la de

Pontón, de Riosol, de Quintanilla, de Roblo, de Pereda, de La Velilla, de Castro, así como Santa María de Arbas, de la Peña, del Brezo, del Monte, de la Vega, del Río, y cien más, tan fácil como innecesario enumerar. Algo diremos de todos estos santuarios, pero nos detendremos de una manera particular en aquellos de más renombre y fama, los que más han arraigado en los corazones de los montañeses y en las almas leonesas y palentinas. Esos santuarios donde adoramos a la Madre de Dios cuando niños, llevados de las manos de nuestras madres, fervientes y cristianas.

Entre las advocaciones marianas, ocupa el primer lugar en nuestra región leonesa la VIRGEN DEL CAMINO, el imán y el encanto de todo corazón leonés, la Virgen de sus amores, el centro de todas sus aspiraciones y el lenitivo de todos los dolores humanos.

En ese santuario leonés, y ante su imagen dolorida, se prosternaron nuestros padres, buscando suave bálsamo para las heridas de cuerpo y alma, a quien contaron con infantil confianza todas sus penas y alegrías, a quien confiaron las luchas íntimas y las tragedias y catástrofes secretas de la vida.

La Virgen del Camino

El viajero que llega de León, y después de contemplar la estatua del heroico Guzmán el Bueno,

dirige su mirada a la estéril, yerma y desolada paramera, divisará, sin duda, la espadaña de una elevada

Virgen del Camino, en León

torre, que se destaca airosa, allá en el claro azul del horizonte: es el SANTUARIO DE LA VIRGEN DEL CAMINO, el albergue de la celestial Patrona de la

región leonesa, a quien el pueblo quiere y venera con un amor y una veneración entrañables.

Para cantar a su Virgen, los poetas leoneses robaron la fibra más recia a los robles de sus montañas y el filón más rico a sus minas de hierro, y con todo ello han formado el más vigoroso de los poemas. Las almas leonesas, al cantar a su Virgen del Camino, han sabido extraer dulzuras a la suavidad de sus valles, al cantar cristalino de sus fontanas, a los panales de sus colmenas y al casto pecho de los tiernos y femeninos corazones de su terruño, y con esas dulzuras supieron expresar maravillosamente el espíritu regional, el verdadero espíritu leonés, inmortalizado en verso y prosa, aprendidos de memoria por todos los labios, cantados por todas las gargantas, y hasta servido de lectura en las escuelas infantiles.

Innumerables han sido las glorias leonesas y muchísimos los ricos blasones del escudo leonés, que arrancaron las mejores notas de sus liras a las inteligencias cumbres de mi tierra.

León nunca se ha olvidado de sus glorias históricas, y para todas ellas ha sabido tejer una corona y un poema, pero siempre han recibido sus poetas la inspiración del rayo de luz desprendido del Camarín de su Virgen del Camino. Así lo comprobó uno de sus mejores y modernos poetas de nuestros días, el agustino Rvdo. P. Gilberto Blanco Alvarez, cuando dijo:

¡Oh mi Virgen del Camino! Reina y Madre
de este reino de León, florón de España,
da al cordaje de mi lira reciedumbre;
da a mi numen el calor de tus miradas;
da a la voz de mis canciones tonos épicos;
da estallidos de entusiasmo a mis palabras.
. . . . . .
. . . . . .

Y fué el insigne agustiniano de mi tierra el que, en versos inigualables, cantó las glorias leonesas, con vistas a nuestra Virgen del Camino, y supo expresar, como ninguno lo hiciera, lo que es nuestra "tierruca":

Con sus ríos y sus bosques,
con sus fértiles oteros y hondonadas,
con sus páramos adustos que recortan
verdes cintas de majuelos y carrascas.
. . . . . .

Y de una pincelada magistral retrata nuestro carácter, nuestra idiosincrasia, nuestro modo de ser, nuestro, exclusivamente nuestro, al decir lo que son y han sido los leoneses:

Religiosos y sinceros,
de alma virgen siempre abierta a nobles ansias,
con atisbos de grandezas en la mente,
con modismos pintorescos en la fabla,
con retozos infantiles en las fiestas,
con severa gravedad en las cabañas,
con sentires generosos en el pecho,

con ceguera varonil en las batallas,
con rudezas y ternuras en los ojos
y chispazos de tragedia en las entrañas...
.....

Nuestro insigne poeta de Coyenza bebió, sin duda, su inspiración a las plantas de la Virgen leonesa, para cantar como cantó, con tan sublimes acentos, el cariño "de la nuestra tierra", con todas sus grandezas y glorias conquistadas, sus heroísmos seculares, sus luces esplendorosas y volcánicos hervores de las almas.

Confieso que me he engolosinado demasiado con el P. Gilberto, y nada más natural, toda vez que viene a comprobar que nuestra Virgen del Camino ha sido siempre el alfa de todas las omegas admirables de mis paisanos. Prosigamos haciendo historia.

Origen del santuario

León fué, por espacio de siglos, corte y plaza fuerte, y no había de dedicar a su Madre celestial un templo que no fuera digno de Ella, con la circunstancia especial de que el templo de la Virgen del Camino no fué obra de larguezas reales, sino de limosnas y ofertas dadas espontáneamente por los devotos, pues, de otra suerte, hubiera sido imposible cubrir los cuantiosos gastos que tan suntuoso santuario supone.

Ni documental ni monumentalmente puede afirmarse que antes del templo actual hubiera otro de traza y estilo godos, aunque algunos vestigios nos den hincapié para así creerlo; pero de la confrontación del actual monumento mariano con algunas piezas del de San Isidoro, podríamos deducir que su construcción se remonta al siglo XII. Llamábase en sus comienzos "Collatio Santae Mariae" del Camino, y más tarde, ya en romance, Santa María del Camino, y con esta advocación era ya conocida en los siglos XIII, XIV y XV, en gran parte del XVI, hasta nuestros días.

No podemos menos de rectificar y corregir a los que, tomando hincapié de un himno que se cantó al cumplirse el centenario de la aparición de la Virgen, colocaron los comienzos de la devoción leonesa a su Virgen del Camino en los albores del siglo XVI. El poeta, o poetastro, autor de dicho himno, no tenía ningún derecho a pisotear la historia, afirmando, como afirmó, que "desde hace cuatro siglos" se venía ensalzando y adorando en León a la Virgen del Camino. Si el músico no entendía de música más que de historia, pobre habría de ser su pentagrama. Sostenemos, por lo tanto, que la devoción a la Virgen del Camino tiene su origen en la obscuridad de los siglos, y que, desde luego, no puede señalarse más acá del siglo XII.

El origen de la imagen de nuestra VIRGEN DEL CAMINO está sólidamente basada en la historia,

y unos cuantos datos serán más que suficientes para atestiguarlo, como podrán verlo los que quieran seguir leyendo.

Origen de la imagen

Corría el mes de julio de 1505. Un pastorcito natural de Velilla de la Reina, llamado Alvar Simón González, apacentaba su rebaño en aquel inmenso páramo leonés, cuando vióse sorprendido ante la visión de una Dolorosa, que sostenía en sus brazos al divino Crucificado.

Refiere la tradición que, con la honda del pastor, tiró la Señora una piedra, que fué a caer junto al camino real, creciendo de una manera prodigiosa, para que se comprobase la verdad de la aparición. Este fué el lugar donde se construyó el santuario para dar albergue a la milagrosa imagen que, al desaparecer, dejó la Virgen al humilde pastorcito, recibiendo el nombre de Nuestra Señora del Camino, por estar situado el templo junto al camino real.

El pastor de la aparición consagró su vida al servicio de la imagen y, al morir, fué sepultado en la capilla mayor del templo, donde aún se conserva su sepulcro, a pesar de las múltiples reparaciones y renovaciones de la basílica. Parte de las limosnas del culto se destinaban para la crianza de los niños expósitos que, privados de padres, hallaban amparo

a la sombra protectora de la Virgen de las Angustias del Camino.

Amor del pueblo leonés a su Reina

Fué, y aún sigue siendo el santuario de la Virgen del Camino, objeto de la devoción general de Castilla, cuyos fieles acuden allí a implorar salud y consuelo en las tribulaciones, favores que nunca se ha desdeñado María en conceder a sus finos amantes.

¡Y con qué amor y gratitud, y con qué entusiasmo ha sabido responder el pueblo leonés a las misericordias de María!

De los favores concedidos por tan buena Madre, son lenguas los mil y mil exvotos que penden de las paredes del santuario. Y del estupendo milagro obrado por mediación de la Virgen del Camino, son perenne e innegable testimonio las gruesas cadenas y el arca enorme que cual rico tesoro se conserva en la basílica. En tierras africanas hállase cautivo un cristiano y fiel devoto de la Virgen del Camino. Teme el moro que pueda evadirse el cautivo, y cada noche le encierra en el arca, asegurándola con enormes cadenas. Y mientras, para mayor seguridad, duerme el mahometano sobre ella, suplica el cristiano a su querida Virgen del Camino quiera librarle de tan cruel cautiverio. ¡Cuál no sería la admiración

del infiel al encontrarse, al despertar una mañana, al pie del santuario de la Virgen del Camino!

Es necesario, para darse cuenta de la gratitud y del entusiasmo del pueblo leonés por su adorada imagen, asistir al paso triunfal de aquella Virgen cuando, según las circunstancias de la vida, ora tristes, ora alegres, es llevada a la capital leonesa, en medio de un derroche de flores que forman la policromada alfombra para la carroza áurea de María, precedida de los pueblerinos pendones y de las argénteas cruces parroquiales, avanzando majestuosa a los acordes de las bandas y al alegre repicar de las campanas, rodeada de la apiñada muchedumbre que de mil amores aplaudirían a su Reina y lanzarían atronadores vítores, si el espectáculo desgarrador de esa Madre dolorida, que lleva en su regazo al Hijo muerto, no paralizara manos y gargantas.

Es necesario, sobre todo, asistir a la simpática y tradicional romería del 29 de septiembre. ¡Qué espectáculo tan conmovedor!... "Pastores de blanca zamarra, labradores de pardas anguarinas y señoritos de engolados cuellos; paramesas de áspero "rodao" y enormes arracadas, maragatas de inimitables y costosas galas, elegantes y linajudas damas", todos están allí reunidos para decir a su Virgen cuánto la quieren, para pedirle que les dirija aunque sólo sea una mirada, una de esas miradas que infunden salud al cuerpo y paz al alma; para darla, en fin, rendidas gracias por mil favores alcanzados.

Apoteosis del amor

Pero el pueblo leonés amaba demasiado a su Virgen del Camino, para que no ansiase ver a su celestial patrona nimbada con áurea corona. Con ese fin se nombró una junta y se fundó una revista mensual, para preparar el camino y convertir cuanto antes en realidad tan bello ideal. "Los bilbaínos —decía la junta—, con férvido entusiasmo y encendido amor, han coronado a su amada Virgen de Begoña, y los aragoneses a su Pilarica, y los granadinos a Nuestra Señora de las Angustias, y los sevillanos a Nuestra Señora de los Reyes, y los vallisoletanos, recientemente, a Nuestra Señora de San Lorenzo, y ahora se aprestan los asturianos a coronar a su Virgen de Covadonga; y ¿habían de ceder los leoneses en amor y entusiasmo por su adorada Virgen del Camino?"

Aquel dulce sueño se ha convertido ya en realidad y las sienes de la excelsa patrona leonesa están ceñidas con refulgente corona, ofrenda de la generosidad del pueblo leonés hacia su Virgen querida.

¡Qué momentos tan solemnes aquellos del día 19 de octubre de 1930, cuando el entonces Primado de España, Cardenal Segura, ayudado del Infante don Jaime, aureolaban con fúlgida corona las sienes de esa Madre tan buena, en medio del estruendo de las escuadrillas del aeródromo, que evolucionaban

sobre el lugar de la escena, y en medio de los vítores y aplausos ensordecedores de aquella inmensa muchedumbre, que de todas partes de España había venido allí, para ofrendar a su Virgen adorada un florón de amor tierno y espontáneo, para rendirla una apoteosis de veneración, para nimbarla, en fin, con la valiosa corona que millares de corazones supieron ofrendar, en pleitesía de amor, a su Reina soberana.

En estos calamitosos tiempos de persecución, no se han de echar en olvido aquellos aplausos y aquella apoteosis, y aquel encendido ambiente de religiosidad y de amor de los leoneses a su amada Virgen del Camino. Cuando los enemigos de Dios y de su Madre no tienen reparo en blasfemar, profanar y destruir, los fieles devotos no han de ocultarse, sino seguir bendiciendo, venerando y amando lo que ha sido siempre de la entraña del pueblo español y de los pueblos que España fundó en tierras de ultramar: Dios y su Madre Santísima.

La corona de la Virgen del Camino

Fué un digno homenaje del pueblo leonés a su Reina y Madre en el día de su coronación, para siempre memorable.

Para la confección de la corona se reunieron 52 brillantes, 724 rosas, 32 perlas finas, 56 rubíes

orientales, 7 topacios y 502 zafiros australianos, engarzadas las rosas y brillantes en platino, con un peso de oro de ley invertido en la corona de 1.731 gramos y diez centígramos, de que se entregó al artífice, en bruto, 1.500 de varias leyes, que, reducido a oro de ley, quedó en 1.247 gramos y 30 centígramos, poniendo los talleres de arte del Sr. Granda lo restante.

La confección de la corona se elevó a la suma de 36.000 pesetas. Fué construída en los talleres del afamado orfebre y sacerdote ilustre D. Félix Granda. Su forma es de corona real, rematada por una esplendorosa cruz sobre fúlgido globo. En el áureo círculo de la diadema, entre recuadros sorprendentes de sutilísima filigrana, figuran los brillantes primorosamente agrupados.

Ofrenda pura y digna del amor a la Madre misericordiosa del Camino, colocada por manos reales, al mismo tiempo que retemblaban las llanuras y montañas leonesas por el zumbar de escuadrillas de aeroplanos, cuyos motores rendían un homenaje a la Virgen pura y dolorida, mientras que miles y miles de gargantas, con latidos en el corazón y lágrimas en los ojos, hacían llegar sus ecos con el cántico de:

¡Riberas del Cea y Esla,
campos de valor y fe,
dadme nuevas de mi Madre,
la Madre que siempre amé!

Con todo el amor de mi alma y el fuego de mi corazón, dedico yo este tributo a la Virgen del Camino, que fué la Virgen de mi madre, y la que me ofreció cuando niño en su santuario, estando todavía en mantillas. Más adelante, y durante toda mi vida legendaria y trágica, pues no otra cosa ha sido mi existencia, Ella, mi Virgen del Camino, junto con la Virgen del Carmen, han ocupado un lugar privilegiado en mi alma; Ella, la Virgen del Camino:

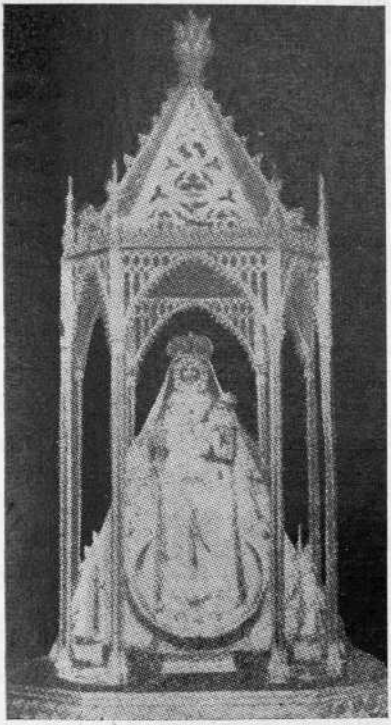
En mi juventud
mis pasos guió;
por Ella, ¡hasta mi sangre
derramaría yo!

La Virgen del Valle

Si la Virgen del Camino es la idolatrada del pueblo leonés, no lo es menos para los palentinos su VIRGEN DEL VALLE, situada a diez leguas de mi pueblo de Velilla, una legua antes de llegar a Saldaña.

El santuario se levanta solitario en medio de la paramera castellana, y a él acuden con entusiasmo y fe todos los saldañeses, palentinos y leoneses. Su fiesta, el día 8 de setiembre, reúne contornos extraordinarios, y las muchedumbres de todos los pueblos palentinos y leoneses vienen a demostrar su homenaje a su Virgen del Valle, imán de los corazones,

no habiendo hogar en toda la comarca que no tenga su espontánea representación en la típica fiesta de



Virgen del Valle, en Saldaña

ese día. Todos, hombres y mujeres, ricos y pobres, niños y viejos, acuden con fervor y con entusiasmo inigualables, y, sobre todo, con espíritu de sacrificio.

En ese día, 8 de setiembre, se dejan a un lado todas las ocupaciones y todos los menesteres campesinos, y en dirección al santuario se dirigen, en todos los medios de locomoción, todos atraídos por el imán de las almas y de los corazones de la Virgencita que nos legara el católico Alfonso I; la misma que hace doce siglos dió libertad a la Villa de Saldaña.

¡Al Valle! ¡Al Valle!... Tal es el grito que resuena por todas partes y en todos los pueblos, quince días antes de la gran romería del 8 de setiembre. ¡Al Valle!, a pedir, a rezar, a rendir honores a nuestra Reina palentina. Y en verdad que es algo emocionante, algo que hace vibrar las cuerdas más íntimas del interior, al contemplar las inmensas muchedumbres que llenan por completo la dilatada campa del santuario, después de un novenario solemne predicado por los mejores oradores de España.

Datos históricos

Como palentino-leonés, cometería una ingratitud si pasara por alto la historia de nuestra Virgen y su santuario. El que escribe el presente libro participa de las dos provincias. En lo civil soy palentino, y en lo diocesano soy leonés. Mi pueblo de Velilla es justamente el límite y forma la línea divisoria de las dos provincias. No faltará alguno que note en este mi libro un hueco para mi provincia de Palen-

cia, puesto que tanto el título del libro como lo que en él se contiene, está dedicado a las montañas leonesas, y muy poco digo en él sobre "cosas palentinas".

Acepto la observación, pero el escritor tiene que adaptarse al ambiente de las cosas que describe o intenta narrar, y todo cuanto en este libro se trata, únicamente tiene lugar en la región leonesa, no en la palentina, y, por lo tanto, yo no podía inventar hechos ni costumbres, que tan sólo en la región leonesa han existido y existen todavía. "Suum cuique". A cada uno lo suyo. Y dicho esto para mi descargo, sigamos el hilo de nuestra historia.

Alfonso I el Católico reconquistó Saldaña, el 750, del poder musulmán. A este hecho histórico une la tradición el origen del santuario.

Saldaña, la antigua Saldania de los romanos, tenía una fortaleza, o estaba fortificada; de tener fortaleza, no podía ser el castillo del que actualmente quedan ruinas, ni aun parece probable estuviera en el altozano sobre el que aquél se edificó, toda vez que el poblado estaba en la planicie que a dicho montecillo domina, en cuyos terrenos se encuentra abundante cerámica, y se han encontrado armas romanas y prerromanas, que atestiguan su remota fundación.

Roma, como tantas veces, fundó sobre lo fundado. En el imperio visigodo Saldaña siguió siendo de importancia, y reconquistada, fué cabeza de con-

dado, en manos de personajes tan poderosos como Diego Monniz y su mujer Dª Trigidia, fundadores del monasterio de San Román de Entrepeñas, el 940, y de Pedro Ansúrez, el fundador de Valladolid.

Lo más probable es que el poblado formara un recinto, defendido al Sur y al Oeste por los fuertes derrumbaderos que dan al Carrión, antes río Alba, y amurallado por el Norte y el Este, al pie de la vía romana, de la que aún quedan grandes trozos.

Saldaña paró el avance reconquistador; se le puso asedio; la defensa hacía que aquél se prolongara. En la hueste cristiana entró el desaliento. Se intentó un definitivo esfuerzo, pero... resultó vano.

Por la mente del rey, pasaría la idea de retroceder. Reposaba en su tienda; en sueños, la Santísima Virgen le presentaba todo el panorama del sitio... En las proximidades del río veía un subterráneo o camino cubierto, hasta entonces ignorado, por el que se hacían las aguadas...

Despertó el rey, reunió la flor de su gente; la rosada aurora coincidió con la llegada al río. Alguna fuerza de la sitiada se hallaba en él; sorprendidos, fueron muertos; y otros, según iban saliendo, eran pasados a cuchillo...

Por el revelado camino entró el rey al frente de los suyos. El valor y el arrojo, la empresa al alcance de las manos, multiplicaban sus esfuerzos; la sorpresa y el desconcierto ataban las de los moros.

Saldaña fué tomada por el favor del cielo, recibido por la gran mediadora, Nuestra Señora Santa María.

En el lugar donde estuvo su tienda, mandó el rey levantar una iglesia, y en ella dejó la imagen de la Virgen que le acompañaba.

Ningún vestigio queda de aquella construcción; la ermita actual es un claro, espacioso y proporcionado templo de traza renaciente, de tres naves y limpias paredes, para que los ojos acudan al bello camarín de piedra de sillería, interesante ejemplar barroco, como el baldaquino que cobija la imagen, cerrado por buena reja, forjada, y terminado de construir a fines del siglo XVII.

La imagen es bizantina, pequeñita, hueca, de madera de pino, con restos de un primitivo y sencillo policromado. Hoy se muestra completamente transformada, como imagen vestida y alta. Manos, seguramente bien intencionadas, pero poco piadosas, hicieron la transformación, imposibilitando el presentarla en su primitiva hechura. Un incendio, en febrero del 1918, aunque prontamente sofocado, obligó a hacer en ella alguna restauración, completándose así su desnaturalización.

El santuario pasó a ser de patronato, que ha tenido diferentes modalidades. Hoy lo ejerce el Ayuntamiento de Saldaña, conforme a las bases concertadas con la Mitra en 26 de agosto de 1914. Propone a los sucesivos Capellanes e interviene en la

administración mediante un representante vitalicio, que en unión del párroco y del capellán forman la junta administradora de los bienes del mismo.

En el Camarín se guarda una insigne reliquia, el brazo momificado de San Beato de Liébana, el San Obeco o San Beco de los naturales, aquel brazo glorioso que supo defender la fe amenazada, y en las negruras del siglo VIII escribió los comentarios al Apocalipsis, origen de los Beatos, Códices tan sugerentes y tan estudiados en nuestros días. Fué Abad de Valcabado, monasterio en el término de Saldaña, hoy desaparecido, y fué depositada en el santuario del Valle en 29 de julio de 1635, por resolución de D. Bartolomé Santos de Risoba, obispo entonces de León.

Como dato curioso que demuestra la veneración y respeto de que estaba rodeada esta imagen, copiaremos parte de un "otro sí" de la Visita Pastoral girada por S. Sª Ilma. el Sr. D. Juan de Llano y Valdés, obispo de León, el 16 de octubre de 1621. "Que ninguna persona de aquí adelante, excepto los sacerdotes de misa, se acerquen a descubrir a dicha imagen sin que tengan licencia... pena de excomunión mayor *latae sententiae*, cuya advertencia mandó S. Sª se pusiera en una tablilla con un rótulo que contenga este mandato".

El 15 de mayo, festividad de San Isidoro, la comunidad de Villa y Tierra, formada por Saldaña,

25 pueblos, y algunos para este fin agregados, acuden en rogativa con imágenes de la Virgen y altos policromos pendones, formando un vivo cuadro lleno de vida y de color.

El 8 de setiembre de 1930, el agradecido amor mariano de la tierra dió notable muestra, con la canónica coronación de la imagen, efectuada por el Sr. Nuncio de Su Santidad, con asistencia de los Sres. obispos de León, Palencia y Coria, representación del Gobierno de S. M., autoridades provinciales y locales, numeroso clero seglar y regular e innumerable concurso de gente.

En este día de la coronación de la Virgen del Valle, los palentinos y leoneses cantaron con todo el entusiasmo las estrofas del Himno a la Virgen del Valle:

Eres Madre de Saldaña
y Señora de esta tierra;
tu santuario dicha encierra
y es tu imagen rico don.
Eres nuestra real Patrona,
nuestra Reina soberana,
nuestra invicta Capitana,
nuestro emblema y gran blasón.

Es tu imagen nuestra herencia,
nuestro escudo tu medalla,
nuestro asilo en la batalla
es tu ermita y es tu altar.
Por tu nombre, por tu gloria,
velaremos a porfía;

por que te amen, oh María,
lucharemos sin cesar.

Virgen santa, María del Valle,
dadnos gracia, consuelo y favor,
de tus hijos escucha las preces:
por tu amor moriremos mil veces,
lucharemos, sin fin, por tu amor.

Y eso es lo que han hecho siempre los palentinos y leoneses por sus Vírgenes históricas, milagrosas y legendarias, y al obrar así no han hecho más que seguir las huellas de sus antepasados, conservando el tesoro inapreciable de la fe, reconcentrado en sus excelsas Patronas, la Virgen del Camino y la Virgen del Valle.

La Virgen del Brezo

Después de la Virgen del Camino y de la del Valle, la más venerada y popular es la Virgen del Brezo. Para el autor del libro que tienes en tus manos, amado lector, esta Virgen es la más querida y la más recordada, porque fué la Virgen de mi niñez, y desde los siete años viví cerca de su santuario, y bajo la mirada de esta Virgen aprendí las mejores plegarias, entoné los primeros cánticos y aprendí a ayudar a misa. Por espacio de muchísimos años, los más florecientes del santuario del Brezo, estuvo al frente el venerable y venerado sa-

cerdote D. Manuel Diez, tío carnal del autor, y a quien debe el Brezo las últimas reformas que actualmente existen.

Por esta razón recuerdo con inefable cariño a esta mi Virgen del Brezo, así como al pueblecito de Villafría, de cuya parroquia depende el santuario del Brezo. Por esto me complazco en hacer mención particular de la Virgen del Brezo, y haré constar algunos datos históricos, tanto de la Virgen como del afamado santuario.

A la Virgen del Brezo, una de las más célebres y veneradas de la región leonesa, llamó un cronista benedictino "LA MAS NOBLE MONTAÑESA", y su historia se remonta a fines del siglo XV.

El santuario del Brezo está situado en plena cordillera Cántabro - Astúrica, entre las cabezas de partido de Potes, Cervera de Río Pisuerga, Saldaña y Riaño, a tres kilómetros de Villafría, pueblecito de la provincia de Palencia y diócesis de León, situado a la izquierda de la línea férrea que va de La Robla a Bilbao.

Su historia

En el año 1478, se apareció en sueños, en Cáceres, la Santísima Virgen a dos pastores hermanos, y les dijo que fueran a buscar un sitio que llamaban la fuente del Brezo, en las montañas de Liébana,

hacia la villa de Cervera, porque era su deseo tener allí una morada donde recibir culto y adoración.

Después de varias apariciones de la Reina de los Angeles y de muchos trabajos, hallaron el lugar designado.

En lo más alto de un picacho hay una fuente, llamada *Fuente de la Virgen*, que "más bien parece un depósito de agua perenne, porque ni corre nunca ni jamás se seca. Tiene la forma de un pie humano cavado en la roca, y la tradición del país dice que allí mismo fué donde se apareció la Virgen a los pastores. Allí —continúa diciendo Fernández Valbuena— les indicó el sitio donde encontrarían al día siguiente su sagrada imagen teniendo por trono un florido brezo; de donde viene la denominación de la sagrada efigie y del templo que la contiene".

La primera ermita fué la choza de ramaje fabricada por los pastores. A ella siguió pronto otra de mampostería, costeada con las limosnas de los innumerables devotos que comenzaron pronto a visitar la aparecida imagen. Duró hasta que los benedictinos de San Román de Entrepeñas edificaron un convento y un nuevo y hermoso templo junto a él.

Cuando la desamortización, los benedictinos tuvieron que abandonar el convento y vino luego la demolición de la mayor parte.

La bendita imagen fué trasladada a la iglesia parroquial de Villafría, y hasta se anunció en Cervera, en 1849, la venta del solar del santuario.

El 25 de agosto de 1850 fué llevada la imagen nuevamente al santuario, ya restaurado, entre las aclamaciones y delirante entusiasmo de una muchedumbre inmensa que acudió a presenciar el traslado.

Y allí sigue recibiendo los homenajes de innumerables peregrinos, que concurren durante todo el año, pero especialmente en dos grandes solemnidades que se celebran una en agosto y otra en octubre.

El día 21 de setiembre, fiesta del apóstol San Mateo, acuden en romería todos los pueblos limítrofes. Desgraciadamente, ha decaído mucho, pero mucho el entusiasmo de mis paisanos por el santuario del Brezo, por incuria tal vez de los que estaban obligados a sostener ese entusiasmo popular, y por el indiferentismo de nuestros días. ¡Quiera el cielo que los pueblos despierten nuevamente, y abran los ojos para mirar a sus Vírgenes con el amor y cariño con que las miraron nuestros padres y, sobre todo, nuestras madres. Así lo espero y hago votos para que así sea.

Otros santuarios de la Virgen

Ya hemos visto el amor acendrado que palentinos y leoneses profesan a su Virgen del Valle los primeros, y a la excelsa Madre y Patrona la Virgen del Camino los segundos. Y ese amor por sus Vírgenes es tan grande y arraigado, que con razón se ha dicho que el pueblo palentino-leonés lleva tan

adentro en sus entrañas el amor a la Virgen, que el que pretendiera arrancárselo, tendría que arrancar primero todos los corazones de los pechos castellanos.

La devoción española a la Virgen ha sido la fuente purísima donde bebieron generaciones y generaciones formadas por reyes y príncipes, magnates y plebeyos, y desde el trovero del buen decir, Alfonso el Sabio, dedicando a la Virgen de Villasirga sus mejores "Cantigas", para que se hicieran cantar en las fiestas de Santa María, hasta los esplendores divinos de la Edad Media, cuando España levantó las catedrales góticas para consagrarlas a la Madre de Dios, dejando las plegarias de las almas petrificadas en agujas, gárgolas y chapiteles, cincelando encajes y primores pétreos bordados por el cincel de artífices medioevales, como lo comprueban nuestra "Pulchra Leonina" y las catedrales de Burgos y Toledo, España entera se convirtió en un himno a la Virgen.

Y vino el Renacimiento, con el empuje de los Sforzas en Milán, los Médicis en Florencia y los Papas de la Italia renaciente y madre de las escuelas pictóricas, en las que Fra Angélico, Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Rafael, Murillo y Sarto legaron a la posteridad obras de amor mariano, manejando sus pinceles con tonos suaves y fuerza emotiva que del corazón brotaran.

Y llegó la escultura, y en España se llamó Alonso Cano, Monateñés, Pedro de Mena y Salcillo, que con sus buriles y cinceles mágicos supieron inocular en la madera de sus Purísimas y Dolorosas el amor y la piedad de un pueblo tradicionalista y grandioso, como lo fué siempre el pueblo español.

Sólo así se explica que se levantaran tantos santuarios a la Virgen en el solar hispano, y que el fervor mariano no tuviera fronteras, y que, no digo cada provincia, sino cada pueblo y cada aldea, cuente con su Virgen bajo un título regional.

Entre todas las regiones de España, ha sido la provincia de León la que se lleva la primacía por el número de santuarios exclusivamente a la Virgen dedicados. Algo hemos dicho de los más principales, y, aunque con brevedad, algo voy a decir de los que conozco de mi región leonesa.

Nuestra Señora de la Velilla

Situado en la falda oriental de Peñacorada, a medio kilómetro del pueblito llamado de La Mata de Monteagudo y otro tanto del punto titulado del Otero, a noventa kilómetros de León por carretera, y ocho de la estación de ferrocarril Puente Almuey, siguiendo el estrecho cuanto alegre valle del Tujar, con vistas a la antiquísima iglesia románica de San Martino, y rozando, por decirlo así, con las ruinas

de la que fué señorial mansión de los marqueses de Prado, señores del Valle.

La imagen, pequeñita y graciosa, tallada con buen arte, se remonta al siglo XV, y, según la tradición, se apareció a un pastorcito de La Mata, entre unas hortigas. La primera ermita levantada después de la aparición, perduró hasta principios del siglo XVII, y en 1619 se terminaban las obras de un pequeño santuario. El número de romeros y peregrinos, leoneses, asturianos y castellanos, se elevaron a veces hasta 10.000. Dado el entusiasmo, comenzaron las reformas y ampliaciones, y en 1646 era hecho el "petril" por el maestro Domingo de Hontañón, y más tarde hicieron el pórtico y coro Francisco de Mirones y Juan de la Maza, al que siguió la torre y camarín de la Virgen el año 1675, a expensas de Diego de Falla. Estamos en 1688, y fué asentado el retablo por el arquitecto constructor, Francisco de Uriarte, cuyo costo fué de 10·750 reales, más 12.120 que pagó Diego de Avendaño por el dorado del retablo.

Así se encuentra actualmente el templo grandioso dedicado a la Virgen de La Velilla, que visité en 1934, rememorando las visitas de mi niñez, llevado de la mano de mi santa madre. Su torre octogonal, con las estatuas de San Miguel y San Cipriano, su crucero espacioso cubierto de media naranja, su alta reja de nogal que separa el altar mayor del resto de la iglesia, su embaldosado de

piedra de jaspe, su hermoso retablo barroco con el camarín de la Virgen, su amplia explanada, rodeada de grueso muro de piedra, coronado de pretil, con gigantesca Cruz en medio, escalonada de cuatro peldaños, todo de piedra de Boñar, hacen del santuario una digna morada de la Reina y Madre de aquella comarca.

Ha decaído el entusiasmo antiguo, aunque son todavía muchos los visitantes el segundo día de Pascua y el día de San Froilán, y aún se repite el hermoso cuadro del Rosario solemne de la tarde, cantado por el pueblo, llevando la veneranda imagen en procesión entre aquellos robledales que circundan al santuario.

De los muros cuelgan todavía cuadros y exvotos, testimonio de las gracias concedidas por la Virgencita a sus devotos. El panorama es algo imponente, y el santuario, a pesar de estar situado en una colina, no se le ve hasta llegar sobre él, porque el monte le oculta a las miradas. Cuando en 1934 hice mi visita a la Virgen de La Velilla, al contemplar a los pastores que guardaban sus rebaños alrededor del santuario, no podía menos de recordar la aparición de la Virgen a un pastorcito. Y la voz fresca de uno de los zagales que cuidaba sus cabras y ovejuelas, que ramoneaban por el monte, fué la que hizo llegar a mis oídos sus notas dulces y armoniosas que nunca se me olvidarán. El pastorcito cantaba así:

¡Virgen de La Velilla!
¿quién te visita?...
Las mozas de La Mata,
que están cerquita.

¡Virgen de La Velilla!
¿quién te peina el pelo?...
Las mozas de La Mata
y las del Otero!...

Estas estrofas, escuchadas allí entre los matorrales, entonadas por la voz clara y armoniosa de un pastorcito, dejaron en mí un recuerdo imperecedero, y aún siento la nostalgia de aquella tarde de verano propiamente leonesa.

La Virgen de Vegarada

Vegarada es uno de los puertos que ponen en comunicación la región leonesa con la asturiana, a través de la cordillera Cantábrica.

A muy poca distancia de La Velilla, aguas arriba del limpidísimo Curueño, el turista se encuentra con las Hoces de Valdelugueros, con sus paisajes bravíos y bellezas tan imponderables como desgraciadamente desconocidas.

El panorama no puede ser más imponente, con murallones calizos, atrevidos picachos por almenas, y de trecho en trecho castillos y fortalezas inexpugnables, y en medio una atrevida carretera en zigzag, y de improviso el lindo rincón de Valdelugueros,

con dos de sus pueblos a la vista, Lugueros y Tolibia. Como dos guardianes que los custodian, se levantan "Pozo Ciego" y el "Bodón", colosos y formidables atletas que semejan vigías del pintoresco trozo de "la Suiza leonesa", aunque ni mencionada siquiera en los anuncios y guías de turismo. Mirando de frente, allá, en las cresterías que señalan el límite asturiano, los ojos se encuentran con la "Forqueta de Faro", que tiene al oriente un hermano gemelo en la imponente peña de Arintero, que separa la cuenca de Vegamián de la de Valdelugueros.

Unos kilómetros más, y, entre cimas y elevadas cordilleras, murmullos de fuentes y estrépito de cascadas, nos encontramos en la espaciosa y vistosísima meseta del "Puerto de Vegarada", panorama estupendo, imponente y abrumador, por su mayestática grandeza, digno trono para una reina, y esa reina es la Virgen María, bajo el título de Vegarada. Ya no existe la primitiva ermita, y la Virgen fué trasladada al pueblo de Redipuertas, donde se la rinde culto y se la venera con amor ferviente.

¡La Virgen de Vegarada!... ¡Qué dulces recuerdos evoca esta imagen, con la campanita de su antiguo santuario, que servía de consuelo y esperanza a los caminantes extraviados en medio de las peligrosas nevadas de aquellos puertos!... ¡Qué prodigios realizados por la Virgen en los caminantes de antaño, arrieros en su mayoría, sirviéndoles de guía

y estrella en aquellas travesías peligrosas de los días invernales, librándolos de una muerte segura!...

Los nietos actuales habrán oído referir, al pie de la lumbre, en las cocinas, relatos de sus abuelos, de aquellos abuelos, hombres de fe robusta y costumbres patriarcales, que, al cruzar ante una ermita, dejaban su limosna en los pavimentos o en los cepillos, y se descubrían reverentes para rezar una Salve a su Virgen de Vegarada... ¡Cómo han cambiado los tiempos!...

Nuestra Señora de Vega

Este santuario de la Virgen, situado en pintoresco y hermoso lugar, está, desgraciadamente, bastante abandonado, y es una lástima, tanto más, cuanto que es de una antigüedad por pocos santuarios superada. Hay vestigios que pueden comprobar de que en el siglo XII existía ya una capilla dedicada a la Virgen de Vega, próxima a Valderrueda. En sus inmediaciones se han descubierto muchos sepulcros, que hacen presumir que serviría de iglesia parroquial.

La fiesta principal que se ha venido celebrando en honor de la Virgen, es la del 8 de setiembre, a la que asisten los vecinos de Valderrueda, Villacorta, La Sota y Soto. Es triste que por falta de cuidado vaya desapareciendo dicha capilla de la Virgen de Vega.

La Virgen del Dado

Imagen muy popular en Cabreros y sus contornos, situada en la llamada Granja de San Antolín, antiguo monasterio del mismo nombre. Hay quienes juzgan, y no sin fundamento, que la imagen preciosa del Dado ocupó una capilla en la catedral de León, aunque nada de cierto tenemos sobre el particular.

Fuera del contorno de Cabreros, apenas si es conocida, a pesar de que su origen está nimbado del atractivo de la leyenda, y es como sigue.

Un empedernido jugador de "dados" perdió en una noche todo su caudal en el juego. Al retirarse desesperado, pasó por delante de la puerta norte de la catedral, en cuyo soportal había una imagen de la Virgen con el Niño Jesús en los brazos.

Furioso el jugador por su mala suerte, en un arrebato de ira lanzó contra la veneranda imagen los dados que llevaba en el bolsillo, causantes de su desgracia. Uno de los dados dió en la frente del Niño y comenzó a manar sangre. Asustado el jugador ante tal prodigio, lloró amargamente, se arrepintió de su acción, y desde entonces fué un cristiano ejemplarísimo en toda la comarca, dedicándose al culto de la Virgen del Dado.

Nuestra Señora de Quintanilla

Se encuentra este santuario de la Virgen rodeado de praderas y terrenos labrantíos cerca de Riaño.

Su origen se remonta nada menos que al siglo XI. En sus principios fué un monasterio de Benedictinos, después parroquia y actualmente una ermita. En los archivos de la catedral de León hay documentos importantes para el que se animara a escribir su historia como santuario y numerosos prodigios de la Virgen de Quintanilla.

Una amante de la Virgen restauró en 1913 dicho santuario, y la fiesta principal tiene lugar el domingo después de la Asunción de la Virgen, a la que concurren los pueblos de Riaño, Valdeburón, Tierra de la Reina y otros de las riberas del Esla.

En la ribera del Esla se encuentra ubicado el hermoso santuario de la Virgen de Pereda, entre Crámenes y Argovejo, en un recodo precioso y ameno, a la vera del camino vecinal que une a Argovejo con la carretera de Sahagún a las Arriondas, rodeado de una vegetación exuberante, semejando un nido en la espesura del bosque, morada encantadora de la que ha sido proclamada Reina y Madre de la montaña.

La devoción a la Virgen de Pereda es popularísima en todos los pueblos de la ribera, desde Riaño a Cistierna. Antiguamente dependió este santuario del monasterio de Benevivere, cerca de Carrión de los Condes.

Nuestra Señora de las Angustias

Recibe su culto y veneración en la iglesia de Puente Almuey, y su primer título fué el de Ntra. Señora de la Puente de Almoy, con una hospedería para peregrinos anexa a la ermita, y todo dependía del monasterio de San Guillermo de Peñacorada.

Pasaron los tiempos, y la ermita convirtióse en iglesia parroquial, y así continuó, hasta que Almoy quedó despoblado, a mediados del siglo XVI. Nuevamente volvió a ser iglesia del hoy creciente y popular Puente Almuey, heredero de aquel Almoy que se desmoronó en el siglo XVI. El edificio, según los críticos, así como el retablo con sus tablas rafaelescas y la imagen, datan, el primero, del siglo XIII, y lo demás, del siglo XVI. Se celebra su fiesta el día de la Asunción de la Virgen.

La Virgen de Riosol

En lo más elevado de la cordillera Cántabro - Astúrica, muy cerca de Maraña, se halla enclavado el precioso valle de Riosol, de vegetación frondosísima y abundantes pastos.

En este valle ameno tiene la Virgen su casita, un pequeño pero bonito santuario, a doscientos metros de la carretera de Torteros a Tarna, muy cerca del alto y del límite que separa las provincias de León y Asturias. La tradición ha conservado también un

poco de leyenda acerca del lugar que ocupa el santuario. Refiere que se intentó construir la capilla más cerca de Maraña, y al efecto se reunieron los materiales, pero una mañana, sin saber cómo, aparecieron trasladados al lugar que hoy ocupa la ermita. Esta imagen es muy venerada por los pueblos del contorno de Maraña, La Uña, Acebedo, Lario y Polvoredo, y otros de la región de Cofiñal e Isoba, en la cuenca del Porma y en los concejos de Caso y Aller, en Asturias. Ningún buen montañés pasará a la vista de la ermita sin descubrirse y rezar una Salve a la Virgen de sus amores.

La Virgen de Rabanillo

En tierras de Palencia, gobernadas en lo eclesiástico por la Mitra de León, se encuentra el santuario de la Virgen de Rabanillo, entre Tabanera, Ayuela y Valderrábano, en la Valdavia, y los tres pueblos citados tienen parte en su administración, con su correspondiente Reglamento y Junta formada por los tres respectivos párrocos, presididos por el de Tabanera.

Esta imagen se remonta nada menos que al siglo X, lo que comprueba su antigüedad legendaria. Así se explica que se la tenga gran devoción, y su santuario es uno de los más esbeltos.

También tiene su leyenda, y es que los de Valderrábano querían edificar el santuario más cerca

de su pueblo, en El Castelar, y al efecto consiguieron que allí se comenzaran las obras, pero la voluntad de la Virgen se manifestó opuesta, y lo que al oscurecer quedaba terminado, aparecía deshecho al día siguiente, siendo preciso desistir del empeño.

A esta Virgen acuden los hijos de la comarca, y en las contrariedades y amarguras de la vida, en la Virgen de Rabanillo encuentran consuelo y esperanza.

Nuestra Señora de Gracia

Es la venerada por los hijos de la noble Villa de Mansilla de las Mulas. En este pueblo y sus contornos la devoción se palpa y la consideran como "muy antigua y noble y piadosa herencia de los antepasados".

Se la llama "Capitana y gloriosa Adalid de los que defienden el culto mariano", y los habitantes de Mansilla de las Mulas defendieron y preservaron siempre a su Virgen de Gracia, de los sacrilegios, impiedades y furor de los bárbaros, cuando perseguían y ultrajaban toda clase de imágenes. Los innumerables exvotos que adornan la ermita, comprueban los milagros y maravillas por la Virgen realizados en todo tiempo, y a Ella es deudora la Villa de Mansilla, de las glorias que la distinguen entre muchos pueblos de España.

Nuestra Señora de Yecla

Entre Sahagún y Puente Almuey, en la jurisdicción de la parroquia de Villaverde de Arcayos, ocupa un altozano el santuario dedicado a la Virgen de YECLA, y desde el cual se domina gran parte de la ribera del Cea.

Es fervorosísimamente venerada por todos los pueblos de la citada ribera y sus limítrofes. Aunque no tenemos noticias ciertas de la época y origen del santuario, se cree que se remonta al siglo XVI.

En la región se la venera con entusiasmo y fe, refiriéndose muchos milagros realizados por la invocación de la Virgen de Yecla.

La Virgen de Campo Sagrado

A veinte kilómetros hacia el poniente de León, en la margen izquierda de la carretera que arranca de la capital y en continuo serpenteo va ganando las alturas, hasta internarse en las nevadas cumbres del puerto de "Leitariegos", se levanta este santuario de la Virgen de Campo Sagrado, tan antiguo como histórico, ya que tiene contacto con la brillante epopeya que nuestros antepasados escribieron con la punta de sus lanzas, teñidas en sangre agarena, así como fué también depósito sagrado de las reliquias que guardaba la iglesia de San Lucas de Toledo, conducidas por un santo obispo, a fin de ocul-

tarlas a la mirada profana y sacrílega de los hijos de Mahoma.

Cuenta la historia que en esta misma planicie que ocupa el santuario, obtuvieron nuestros padres un triunfo decisivo contra las tropas musulmanas. Un escritor del siglo XVII titula a esta Virgen "amparo y refugio de todos los montañeses".

Pertenece el santuario a las parroquias de Benllera y Rioseco de Tapia, enclavadas respectivamente en la demarcación diocesana de León y Oviedo, y ambos prelados tienen su correspondiente jurisdicción en el santuario. La fiesta principal es celebrada con gran pompa y concurrencia el día 8 de setiembre y el segundo día de Pascua de Resurrección.

La fiesta típica o diplomática, por decirlo así, es la que celebran los ayuntamientos de Rioseco de Tapia y Carrocera, con todos los pueblos de los municipios, llevando sus pendones y cruces parroquiales, símbolo de la bandera de la cruz, con tanta bravura defendida en aquellas soledades por los valientes soldados de la Reconquista Española.

En aquellos campos, un día hollados por los bárbaros secuaces del Islam, con sus mentes salvajes y sus corazones llenos de concupiscencias carnales, un himno de paz ha venido resonando a través de los siglos, como himno de paz y de amor, tranquilo como la serena planicie del contorno. Por allí pasaron los montañeses altivos e indomables, que tan sólo descendían de sus caballos para caer de rodi-

llas y rendir vasallaje y pleitesía a su Virgen querida, como hoy desfila el pacífico ribereño, curtido en la brega campesina, se descubre humilde y reverente ante la que es Refugio de pecadores, a su Virgen tan amada de Campo Sagrado, que perfuma el ambiente de la región leonesa.

La Santina de Corona

Así, con este dulce nombre, se designa en Valdeón la Patrona de aquel pintoresco valle leonés.

Situado entre moles tan inmensas como imponentes, los macizos central y occidental de los picos de Europa, donde el río Cares murmura antes de despeñarse por los dantescos desfiladeros de la Hoz de Caín. Es tal su panorama, que no hay cámara oscura que pueda fielmente retratarlo en sus placas, ni pinceles que puedan trasladarlo al lienzo, ni plumas que puedan fielmente describirle. Y sin embargo, nuestros turistas y "peliculeros cinematográficos" ignoran por completo la gran maravilla de la naturaleza bravía, que sirve de concha a la más hermosa de las perlas: LA VIRGEN DE CORONA, titulada y denominada con el diminutivo de la SANTINA, que es como los asturianos han llamado a su Virgen de Covadonga.

El culto a la Virgen de Corona es antiquísimo, y la tradición le remonta a los orígenes de la Reconquista, y no sin razón. El 8 de setiembre, fiesta

principal de LA SANTINA, los pueblos de Liébana, Sajambre, Tierra de la Reina y pueblos altos de Valdeburón, vienen en grandes romerías, y causa admiración viendo aquellas gentes montañesas, recorriendo aquellos pedregosos senderos, de pronunciadísimas pendientes bordeadas de abismos, para bajar a visitar a LA SANTINA y rezar el rosario de rodillas en las duras y desiguales losas del portalillo que hay en el santuario.

La Virgen de Valmayor

Es la Patrona y Madre de la Villa de Potes, y de ella se tienen datos auténticos que se remontan al siglo X. Según documentos que se conservan en el archivo parroquial, existía una Hermandad de Nobles Lebaniegos, así como consta también que el 16 de julio se celebraba una misa en este santuario, por los muertos en la batalla de las Navas, en la que se salvó España del ominoso yugo de los Almohades, y en la que se distinguieron los bravos soldados leoneses, verdaderos Cruzados de la Cruz.

Es muy venerada esta imagen de Valmayor por todos los lebaniegos, y raro es el día que no suba alguna persona para visitar el santuario, repechando aquellas empinadas cumbres, sobre las cuales, como faro y pararrayos, se encuentra la Protectora de aquellas imponentes montañas, y siempre que sobreviene alguna desgracia a la comarca, o se necesita

una protección especial del cielo, los fieles de Potes traen a la parroquia de la villa a la Santísima Virgen, para implorar su protección. El día de la fiesta principal, el 15 de agosto, las muchedumbres vienen en romería al santuario de Valmayor.

Nuestra Señora de la Salud

La ermita de esta Virgen está situada al oeste de Liébana, en Campo Mayor, sobre los picos de Europa, en el lugar de Pembes, a 1.470 metros sobre el nivel del mar. La imagen, de unos 40 centímetros de altura, es de madera de cedro, donación de D. Enrique de Posada, natural de Pembes y residente en Sevilla en el año 1851.

El fin que pretendió el fundador fué el que pudieran oír misa los domingos y días festivos los muchos pastores que en la temporada de verano guardaban sus rebaños de merinas en aquellos puertos, y que al mismo tiempo el santuario de la Virgen de la Salud sirviera de refugio a tantos caminantes, sorprendidos por las tormentas y celliscas, que en aquellas alturas se desencadenan con frecuencia, y no son pocas las vidas salvadas en aquellas soledades gracias a la ermita y a la Virgen, que tan hondas raíces tiene en los corazones de los buenos y sencillos lebaniegos. Este amor lo demuestran el día 2 de julio, fiesta principal del santuario.

La Virgen del Socorro

Se venera la Virgen del Socorro en Valderas, pero antes se la dió culto en el convento de San Claudio, en 1613.

Según la tradición, esta bendita imagen fué traída de Flandes por un piadoso soldado de nuestros Tercios Españoles, haciendo entrega de ella a un religioso Carmelita Descalzo, que la expuso a la veneración pública en una iglesia de la Orden Carmelitana. Han sido muchos los milagros por esta Virgen realizados, y en su honor, los leoneses organizan dos solemnes novenarios anuales, uno en mayo y el otro en setiembre, coincidiendo con la fiesta principal de la Virgen. Los valderenses tienen gran devoción a su Virgen del Socorro, que es su Reina y su Patrona idolatrada.

Nuestra Señora de la Luz

Estamos comprobando que Liébana se distingue por sus santuarios a la Santísima Virgen. No podía ser de otra manera, ya que este pintoresco rincón de la provincia de Santander y obispado de León, fué el elegido por Dios para ser depositario y custodio fiel de la GRAN RELIQUIA, como la llamó Yepes, la mayor de cuantas existen, la RELIQUIA DE LA SANTA CRUZ.

Y es en Liébana, a una altura de 1.274 metros sobre el nivel del mar, en las faldas mismas de Peña

Sagra, lugar de Aniezo, donde se halla emplazado el santuario de Nuestra Señora de la Luz, vulgarmente conocida con el popularísimo nombre de "LA SANTUCA". Una verdadera atalaya que se eleva más de 300 metros sobre la Villa de Potes.

No existen documentos históricos referentes a los primeros cultos a la Madre de Dios en el santuario de Peña Sagra, si bien se conserva la tradición no interrumpida del motivo y las circunstancias que rodearon su aparición, ligada casi siempre a un pastorcito o pastorcita. Y la tradición narra que, encontrándose una pobrecita y sencilla pastorcita del pueblo de Aniezo, guardando sus ovejas y merinas en los puertos de Peña Sagra, al querer recoger en un día de densa niebla su ganado, para encerrarle en la majada, se extravió por entre aquellas moles imponentes de vericuetos y peñascos gigantescos, expuesta a ser devorada por los lobos que allí tienen sus guaridas. La pastorcita se encomendó a la Virgen, solicitando su ayuda y protección, y la Virgen, siempre pronta y benigna para acudir al que la llama con fe y esperanza, se le apareció, reuniendo la misma Virgen el ganado desperdigado por las breñas y oquedades, abismos y barrancos, ordenando a la niña pastorcita que se presentara al Sr. Cura Párroco, que deseaba tener allí un templo, que si al principio fué una sencilla ermita, ahora es una iglesia suntuosa, donde el pueblo lebaniego encuentra siempre consuelo en sus amarguras.

Son varios los novenarios que se celebran, durante los cuales se traslada la imagen desde el santuario al pueblo de Somaniezo, con todos los fieles de los pueblos del Valle de Aniezo, con sus respectivos párrocos y cruces alzadas.

Siempre que "LA SANTUCA" realiza estos viajes triunfales, en hombros de sus devotos, al celebérrimo monasterio de Santo Toribio, para felicitar las Pascuas a la Santísima Cruz, recibe, durante las cuatro horas que hay que recorrer, el testimonio de fe vivísima de todos los pueblos lebaniegos. Desde Santo Toribio de Liébana, es conducida en procesión a la iglesia de la Villa de Potes, y una vez rezado el santo Rosario, reanuda su marcha rumbo al santuario, siendo conducida en andas hasta salir de la villa, en hombros de sacerdotes, para evitar altercados y disputas de viejos y jóvenes, que se pelearon en más de una ocasión por querer todos llevar las andas. Nuestra Señora de la Luz es, sin duda ninguna, la que se lleva la primacía de la devoción de los corazones lebaniegos.

La Virgen de la Encina

Es la Emperatriz del bello país del Bierzo, y una de las más preciadas y veneradas en la región berciana.

Según la tradición, la imagen fué traída por Santo Toribio, obispo de Astorga, al comienzo del

siglo V, procedente de Tierra Santa, permaneciendo en la catedral de Astorga hasta la caída de la monarquía visigoda, escondida por los cristianos cuando la invasión sarracena en el hueco de una encina de los bosques de Ponferrada. Fué encontrada la imagen de la Virgen en 1200 por los Caballeros del Temple, señores del castillo de Ponferrada, al desmontar unos terrenos para ensanchar la fortaleza. Tomó el nombre de Virgen de la Encina, por haberse encontrado oculta en el tronco de una encina, y hoy sustituído por hermoso santuario, obra del profundo amor y cariño del pueblo berciense, que acude al trono de su Madre y Reina en oleadas de amor que besan su trono. Ella es la que recoge el primer vagido del niño en su cuna, y la última lágrima que rueda por la mejilla del moribundo. Su devoción recibió tanto incremento, que hasta coronas reales vinieron a pedir su protección y amparo.

La Virgen de la Encina ha recibido los honores de la CORONACION, como Patrona, Madre y Reina, el día 8 de setiembre del año 1908, a propuesta del clero y pueblo de Ponferrada. El acto solemne tuvo lugar en el campo de Santa Cruz, con asistencia de los señores arzobispos de Valladolid y obispos de León, Jaca y Astorga. La corona de la Virgen es de oro de ley y pesa 1.400 gramos. Está repujada y cincelada a martillo, y adornada con 266 diamantes, 9 esmeraldas y una cruz de perlas finas. La del Niño es también de oro de 18 kilates y pesa 400

gramos, repujada y cincelada también a martillo y adornada con 125 diamantes y ocho esmeraldas. La corona de la Virgen costó 14.000 pesetas, y 2.500 la del Niño Jesús, ambas labradas en los talleres de D. L. Anduiza, de Bilbao. Esta imagen de la Virgen de la Encina es hoy el talismán que hace latir al unísono los corazones todos de la región leonesa del valle encantador del Bierzo, y no hay ninguno que no la ame, que ante ella no rece, y que no tenga en ella puestas sus más risueñas esperanzas.

Nuestra Señora del Carmen

No podía faltar en las montañas leonesas un santuario a la popular Reina del Carmelo, que en España es la Virgen de todos. Además del hermoso santuario de la Virgen del Carmen, ubicado en la Villa de Guardo, en la explanada llamada del Cristo, sobre una montaña, de la que no tenemos ningún dato histórico relacionado con este hermoso santuario, haremos mención del situado en Villafañe, en la región de la famosa Lancia, destruída por los romanos, en la margen izquierda del Porma, en la frondosa ribera de Sandoval, donde se levanta un trono a la Reina Carmelitana, reinando sobre los corazones de toda la región. A ella acuden todos llenos de confianza, y son famosas las romerías a dicho santuario.

Cuando los hijos son arrancados del hogar para ir a la guerra, cuando la vida de algún sér querido está en peligro, cuando la tempestad del dolor y de la adversidad se cierne sobre los pueblos de la comarca, o los labradores ven amenazadas sus cosechas por pedriscos o sequías, en el santo Escapulario de la Virgen del Carmen depositan todas sus esperanzas, porque ella es el único lenitivo que a la vida humana queda en las grandes tribulaciones, la que fortalece los corazones para aceptar con resignación cristiana los duros golpes del dolor. A la Virgen del Carmen van en solemnes procesiones los pueblos de Villasabariego, Villamoros, Villarente, Villabúrbula, Villimer y Palazuelo de Eslonza, todos con sus pendones e insignias parroquiales, y recorren los campos del contorno entre cánticos y plegarias que brotan de las almas.

La Virgen de Manzaneda

Es tan antigua, que no se ha podido averiguar su origen, y tan sólo podemos decir que el Papa Clemente VIII, en su Bula firmada en Roma a diez y siete de febrero del año del Señor de 1603, concedió a este santuario indulgencias y gracias especiales, Porciúnculas, jubileos, perdones y remisiones de pecados e indulgencia plenaria desde el sábado hasta las vísperas y puesta del sol, el 8 de setiembre de cada año. Así consta en la Bula-Pergamino escrita

en lengua latina, con su sello de plomo, en filos de hiladillo, a colores de amarillo y colorado.

Está el santuario de la Virgen de Manzaneda situado en la margen izquierda del río Torío, y es el templo más espacioso de todo el arciprestazgo. Desde el kilómetro 18 al 19 de la carretera de León a Collanzo, entre las choperas se destacan las agujas de una hermosa torre, con sus dos campanas armoniosas. Son las del santuario de Manzaneda, que con sus repiques llaman a los habitantes de los contornos de Torío, que acuden presurosos a postrarse ante su veneranda imagen.

Nuestra Señora del Buen Suceso

Popularísima imagen que se venera en Huergas de Gordón, al borde de la carretera de primer orden de Adanero a Gijón, que se interna montañas arriba hasta escalar el renombrado Puerto de Pajares, próximo a penetrar en la rica región asturiana, cerca del kilómetro 355, se encuentra un templo de construcción sólida y aire románico. Es el santuario de Nuestra Señora del Buen Suceso.

El paisaje preparado por la naturaleza para que sirviera de trono a la Madre de Dios y de los hombres, es de lo más pintoresco que existe; en la explanada, vegas feraces que ostentan la fauna y la flora nunca imaginadas; el río Bernesga se desliza murmurando, ora a la sombra de imponentes maci-

zos, ya bordeado de vegetación risueña y exuberante. La tradición aureola con el nimbo del misterio la historia de la Virgen del Buen Suceso.

Aparecida milagrosamente a unos pescadores, padre e hijo, a orillas del río Bernesga, todavía se puede contemplar hoy el hueco de la peña donde el hijo del pescador la vió por vez primera. Aquellos pescadores intentaron trasladar la imagen al vecino pueblo de Nocedo, para entronizarla en la iglesia parroquial, pero la imagen desapareció aquella misma noche, regresando por manos misteriosas al lugar de la aparición. Esto se repitió varias veces, hasta que se convencieron de que la Virgen quería su trono en medio de la campiña, para presidir con su protección las labores de los sencillos campesinos, y se levantó por fin el templo, allí donde todos pudieran caer de rodillas y postrarse de hinojos para decir a la Virgen de sus sentires y repetirla una y mil veces: "¡Ea, pues, Señora, abogada nuestra; vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos!..."

A la vera de los muros de este santuario brotó la flor de la santidad, y repicaron las campanas volteadas por manos invisibles, a la muerte de un ermitaño encargado de la lámpara del santuario. Y allí se conserva y se indica con el dedo, el lugar donde se ve un pequeño ataúd, como el de un niño de corta edad, que resucitó por intercesión de la Virgen del Buen Suceso, acudiendo a las lágrimas y plegarias de una madre desconsolada. Tantos prodigios y ma-

ravillas, gracias y favores, fueron los portavoces que pregonaron a los cuatro vientos la poderosa intercesión de la Virgen, y su eco llegó hasta Asturias, y pasó los mares, y se extendió por toda la montaña leonesa.

La Patrona de Coyanza

¡Hay que verla para admirarla! Y si el que la mira es algún arqueólogo y artista, le causará asombro, y si la mira con ojos de devoción, se abrasará en hogueras de santos recuerdos, gratos y dulces para el corazón. ¿Quién es esta Virgen?... Es la Santísima Virgen del Castillo Viejo; la hermosísima Madre y Patrona de Coyanza; la que ha sido y continúa siendo el encanto y el consuelo de cuantas generaciones de coyantinos la han venido invocando desde el siglo XIII hasta nuestros días.

Los amores de sus hijos la han levantado diversos templos, que las llamas incendiaran repetidas veces, hasta que por fin el último incendio de 1842 consumió totalmente su santuario, y fué trasladada para siempre a la iglesia más próxima, donde hoy se la rinde culto y veneración, bajo la protección de los Hijos de San Agustín.

Según tradiciones recogidas, el primer santuario de la Virgen existió en el lugar mismo que ocupó el castillo o fortaleza, de donde ha tomado el nombre de VIRGEN DEL CASTILLO VIEJO. De tantos

recuerdos magníficos del glorioso pasado, sólo queda en Coyanza, ella, la imagen bendita. El P. Gilberto Blanco, de la Orden Agustiniana, el ilustre poeta coyantino, al hablar de su Virgen, tiene dejos de amargura, y con muchísima razón, ya que de diez templos que aureolaban la regia vida de Coyanza con el mérito de su arquitectura y el ingente tesoro de sus riquezas artísticas, nueve han desaparecido para siempre, y hasta el Castillo, el famoso Castillo gótico de traza sin rival, desaparecerá con el tiempo, como desaparecieron las joyas gótico-mudéjares de la iglesia de Santa Marina y la de los Caballeros Sanjuanistas. ¡Obra nefasta de condes abandonados y de gobiernos inconscientes! Tiene razón para lamentarse el P. Gilberto...

Nómina de otros santuarios marianos

No podemos extendernos más en la materia, a la que hemos dedicado con amor y cariño el presente capítulo de las Vírgenes de mis MONTAÑAS LEONESAS.

Tan sólo en la región del Bierzo podríamos hacer mención de Vírgenes como la de Vizvayo, en Otero de Ponferrada; la de la Soledad, de Camponaraya; Santa María de Valcarlos, en Villariño de Valdezuela; Nuestra Señora de la Peña, en Congosto; la de las Nieves, en Aullares; la Virgen de las An-

gustias, de Molina Seca; la de los Barrios, de Salas; la Virgen de la Guiana, de San Pedro de Montes; la de Carrasconte, en Laceana; la del Río, en Villada; en Cacabelos, Nuestra Señora de las Angustias; la Virgen del Carmen, en Dragonte; Nuestra Señora de la Encina, en Azuela; la de La Estrella, en San Juan de Palazuelos, y algunas otras que ahora no podemos recordar.

Fuera del Bierzo, podríamos aún mencionar a la Virgen de la Loma, entre Villalbeto y Renueva; la del Carmen, de Guardo; la de mi Virgen de Areños, a medio kilómetro de mi pueblo de Velilla de Guardo; el santuario de la Virgen de Peraguás, media legua al poniente de Lillo, y muchísimos otros santuarios, con sus Vírgenes respectivas, que sería tan difícil como engorroso enumerar.

Creo que con lo escrito basta para convencer a todos que las MONTAÑAS LEONESAS son las que sirven de trono a las Vírgenes más afamadas de España.

Siento en el alma que nada pueda decir de mi Virgencita de Areños, la Virgen de mi infancia y de mi madre, pero ni un dato siquiera pude recoger sobre el origen de nuestra ermita de Velilla, a pesar de las muchas indagaciones que hice en este sentido. ¡Parece mentira que entre tantos sacerdotes y frailes de Velilla, no haya sido posible adquirir algunos datos históricos sobre la fundación y origen de NUESTRA VIRGEN DE AREÑOS! Yo sólo recuerdo que en mi

niñez se veía, colgando del techo, en medio de la ermita de Areños, un barquito velero con sus jarcias y velamen, exvoto, sin duda, de algún marino o náufrago del pueblo, y... hasta ese barquito ha desaparecido, sin yo saber por qué, y soy de parecer que debe colocarse de nuevo en la ermita, si es que todavía alguno lo conserva.

Y termino, diciendo a mis paisanos montañeses: No os olvidéis nunca de NUESTRAS VIRGENES LEONESAS, porque os aseguro que si para algunos momentos de la vida placentera y disipada, puede ser grato vivir de espaldas a la Virgen, el recuerdo de esos momentos serán muy amargos cuando se acerque la muerte. Cuidad los santuarios marianos con amor y con cariño; haced revivir las romerías piadosas de otros tiempos; celebrad con solemnidad nuestras antiguas procesiones, llevando al frente vuestros pendones parroquiales, y entonces volveréis a sentir la visible protección de NUESTRAS VIRGENES SECULARES, como la sintieron nuestros padres.

CAPITULO XVII

RESTAURACION DE LAS COSTUMBRES Y DEVOCIONES CRISTIANAS

Al terminar este libro de "Brisas de mis Montañas Leonesas y COSTUMBRES DE MI PUEBLO", para colgar de la espetera mi pobre y desaliñada péñola, quiero cerrar sus últimas páginas, recordando a mis paisanos las piadosas devociones de nuestros mayores, y ciertas costumbres religiosas, que eran algo así como la peana que sostenía toda la fe de nuestro pueblo. Devociones y costumbres antiguas y patriarcales, sencillas y encantadoras, que es necesario resucitar y poner de nuevo en práctica, si los habitantes de mi pueblo quieren demostrar que han resucitado y salido de la tumba del indiferentismo religioso que tantas desgracias y tantos disgustos les ha venido ocasionando en estos últimos años.

Repetimos una vez más, que la salvación de los pueblos montañeses consiste en volver a lo antiguo, restaurar las costumbres de nuestros padres, hoy

tan olvidadas, y embalsamar de nuevo el ambiente con las prácticas de piedad que nos enseñaron cuando niños. Este y no otro tiene que ser el punto de partida para la nueva restauración de los pueblos que deseen su completa resurrección. Hay que desenterrar forzosamente lo que en mala hora se fué enterrando, recordar lo que se olvidó, para desgracia nuestra, y practicar lo que ha ido desapareciendo por pereza, por abandono y por respeto humano.

Comprobado hemos dejado que mi pueblo y los demás pueblos de las provincias de León y de Palencia, han perdido mucho de su carácter local, porque el vendaval de la "ilustración", del "progreso" y de la tan cacareada "civilización", aventó desgraciadamente las piadosas costumbres y las santas tradiciones que daban vida, poesía y esplendor a nuestras regiones castellanas y conservaban la nobleza en los corazones, el candor en las almas y la paz y la alegría en los hogares montañeses. Todo esto fué desapareciendo, para desgracia nuestra, a medida que el ferrocarril y la piqueta del minero fueron agujereando y afeando nuestros valles y colinas, talando nuestros bosques y sembrando de carbonilla nuestra purísima atmósfera. Todo ello, unido a la inmigración de gentes exóticas e indeseables, hizo desaparecer nuestras antiguas costumbres y ha despojado a los pueblos de su carácter de sencillez y de ingenuidad, y por cambiar, cambiaron hasta nuestras vestimentas. No nos aplaudan tanto la "ilustración"

actual ni nos encomien tanto los modernos adelantos, ya que nos han hecho derramar tantas lágrimas y no han servido sino para hacernos más desgraciados.

No somos enemigos del progreso

Aplaudimos con toda el alma los progresos modernos, que no son pocos ni despreciables, así como nos entusiasmamos con los adelantos de la ciencia, que son muchísimos y provechosos. No somos enemigos del progreso. Vengan, sí, los ferrocarriles y los motores, las carreteras y los pantanos, las canteras de mármol y las minas de carbón. Entonemos un himno a la luz eléctrica; admiremos a los gigantes de acero que surcan el mar y al submarino que se hunde en los abismos. Hablemos con las estrellas y la luna y el planeta Marte; enviemos mensajes inalámbricos a nuestros antípodas; desayunemos en Madrid y vengamos a cenar a Buenos Aires; volemos a cuatrocientos kilómetros por hora y alegrémonos con el invento de la televisión moderna. Todo esto y mucho más tenemos en este siglo XX, y al paso que vamos, ya no habrá secretos para el hombre. Todo esto es hermoso.

Pero, en medio de tanta belleza y hermosura, existe una terrible fealdad, y es que todo esto no ha servido para fraternizar a los hombres, ni mucho menos para acercarlos a Dios. Todos estos inven-

tos no han servido más que para llevar a la realidad aquello de "el hombre es lobo para el hombre", llenando el corazón de odios y venganzas y comprobando que la palabra "fraternidad" es una hermosa mentira, como es una terrible verdad que todo hombre lleva encerrado dentro de su pecho un Robespierre. Dígalo, si no, España, como más tarde pudieron decirlo Alemania, Inglaterra, Francia e Italia.

Hemos adelantado mucho, es cierto, pero tanto hemos adelantado, que, para detenernos, hemos necesitado el rebencazo de la mano de Dios, el trallazo del desengaño y la sonora bofetada del arrepentimiento, y rebencazos y trallazos seguirán recibiendo los pueblos y las naciones, si es que no vuelven sus ojos para leer el sermón más elocuente de todos los siglos, el Sermón de la Montaña, el Sermón de Cristo, y las Ocho Bienaventuranzas.

Alabaremos todo invento que edifique, pero que no destruya; que sea útil, pero nunca nocivo ni perjudicial; que acerque más a los hombres con Dios y a unos y otros con lazos de amor y caridad, pero no que los separe con un abismo de odios, de persecuciones y de venganzas, porque si éstos son los efectos del progreso moderno, yo maldigo tal progreso, y que se vaya y no vuelva a penetrar jamás en mis pueblos montañeses.

Los inventos, los adelantos y la civilización no son malos, ni mucho menos; es la malicia de los

hombres lo que les transforma en un gran mal; es el origen de la libertad, causante de tantos males; o mejor dicho, el abuso de la libertad, y como no todos entienden ni son capaces de entender bien la libertad, de ahí que con toda nuestra libertad no cesamos de dar tumbos en el camino de la vida, y nos caemos aquí, y nos ladeamos allá, y tropezamos en todas partes y siempre en la misma piedra, ya que el hombre es el único animal que tropieza repetidas veces en una misma piedra. Vivir así, no es vivir, y para no vivir así, es preciso que nos demos cuenta de que, si en la vida tenemos "derechos", también tenemos "deberes", y si cada uno cree que "puede hacer lo que quiere", que no se olvide que también está obligado a "hacer lo que debe". No hay que dar demasiada cuerda a esa señora que se llama "libertad", porque suele desbocarse muy fácilmente y acarrear terribles y funestas consecuencias, de las que saben aprovecharse los que acostumbran a pescar en río revuelto como buenos pescadores de balde y sin patente.

Sirva lo que estamos diciendo como un aviso a los buenos, y como un reto a los "vividores", tan apegados al llamado progreso moderno, como desapegados de las costumbres y sentimientos religiosos de nuestros padres y abuelos. Estos jamás se equivocaban, porque tenían por guía y por brújula a la Iglesia; por timón, su fe religiosa; por faro, a la

Virgen de Areños; por práctico, a un buen Maestro, y por consejero y Padre, al Sacerdote.

Y esto es justamente lo que yo quiero hacer recordar a los habitantes de mi pueblo y de todos los pueblos de mis Montañas Leonesas.

Ante todo, respeto al sacerdote

Por aquí empezó la decadencia de la religión en todos los pueblos españoles, y éste fué el primer golpe de piqueta que dieron en Velilla para desmoronar la fe del pueblo. El desprecio al Sacerdote y Cura Párroco.

Fué el Santo Cura de Ars el que dijo: "Dejad a un pueblo sin Sacerdote, y ese pueblo quedará salvaje en pocos meses". Si se me permite terminar la frase, yo no tengo inconveniente en afirmar que un pueblo que no sabe respetar a su Cura, además de salvaje, se convertirá en ingrato e indiferente.

El mismo Chateaubriand dijo que "al Clero se le deben los únicos restos de buenas costumbres que aún se conservan en las ciudades y en los pueblos campesinos". Esta verdad quedaría comprobada con sólo mirar a mi pueblo de Velilla de Guardo, y recordar los tiempos no muy lejanos de mi niñez, cuando el Sr. Cura, D. Nicasio Diez, era el Padre de todo el pueblo, el consejero indiscutible y el abogado que arreglaba todas las cuestiones entre los

vecinos. No había necesidad de pleitos, porque la sentencia del Sacerdote era inapelable y por todos aceptada por unanimidad. Desde la muerte de D. Nicasio, el respeto al Sr. Cura fué decayendo poco a poco, por culpa de algunos charlatanes y bravucones que, desgraciadamente, nunca faltan en los pueblos, quienes con sonrisa diabólica emprenden una campaña contra los Curas, cuando precisamente suelen ser los tales los que más necesitan del Cura, material y espiritualmente. Siempre tiene que ser así. Son enemigos del Cura los que tienen cuentas pendientes con él y con las verdades que predica...

Los derechos del Cura en un pueblo comenzaron a decaer en el presente siglo. Antes, el Párroco tenía el derecho, por todo el pueblo aceptado y defendido, para castigar a los que en días de domingo o fiesta de guardar salían a trabajar al campo, transgrediendo el descanso dominical; a los que daban escándalo público; a los que trataban de envenenar con doctrinas perversas al pueblo; como tenía derecho a imponer penitencias públicas, como satisfacción pública, consistentes en dar una vela para el culto, o en oír Misa el domingo al pie del Altar Mayor, a la vista de todo el pueblo. ¡Ya pasaron aquellos tiempos!

Cuando entre dos vecinos había una diferencia que dirimir, se prescindía por completo de los tribunales de justicia, y sólo se recurría al Párroco,

que los citaba a la Misa de conciliación, oída por las dos partes litigantes, terminada la cual, en el pórtico de la iglesia exponían sus razones en pro y en contra, sentenciaba el Sr. Cura, y puestos de acuerdo, cada uno a su casa en paz y alegría, sin pensar más en la cuestión, no sin antes haber depositado en el cepillo una limosna para las Animas.

Sabían muy bien nuestros antepasados, que el Sacerdote era la Religión clamando en medio de la sociedad, y lo que él no hiciera, difícilmente podría hacerlo otro, y, como Padre de todos, era siempre imparcial al dictar leyes y sentencias en el pueblo. ¡Todo esto pasó también a la historia, con perjuicio de los mismos pueblos!

No faltan quienes culpan a los Curas de pueblo, de ignorantes. ¡Nada más falso!, porque todos son hombres de carrera, y en muchos brillantísima, y con doctorados encima (que para nada les sirven). En nuestros tiempos actuales ya no se admiten Curas "de misa y olla", y todos ellos son instruídos y de preparación suficiente y más que suficiente para colocarse al frente de un pueblo, por ilustrado que se le suponga y por progresistas que sean sus habitantes. A la preparación, tenemos que añadir la sencillez de corazón y la santidad de la vida sacerdotal, sin que nada pruebe en contrario algún caso aislado de fragilidades humanas, ya que, al fin de cuentas, los Sacerdotes pueden, como hombres, tener sus fragilidades, puesto que no son ángeles caídos del cielo.

Y sin embargo, los Curas en los pueblos son ángeles benéficos, destinados al alivio de sus feligreses. ¡Cuántos se quitan el pan de la boca para alimentar a menesterosos y vergonzantes, privándose no pocas veces de ese bocado de pan que ellos también necesitan! ¡Cuántos se despojan de sus mismos vestidos, para cubrir con ellos la desnudez de algún indigente, a estilo del P. Apolinar de Pereda en "Sotileza"! Si los Curas no hacen más, es porque les faltan recursos para hacerlo. Los pueblos que son ingratos con sus Sacerdotes, así como los soberbios, calumniadores y presuntuosos, debieran considerar los muchos sacrificios que tienen que hacer los Curas en cumplimiento de sus deberes ministeriales. ¡Pero sucede que los pueblos se detienen a pensar muy poco en tales sacrificios, y muchos tal vez los desconocen!

A cuantos hablan y critican sobre la vida cómoda que dicen se llevan los Curas en los pueblos, les despertaría yo a medianoche, en el rigor del invierno, para ir, entre nieves y celliscas, lluvias y vendavales, a confesar a los enfermos moribundos y expirantes en un pobre lecho, agarrando constipados crónicos y pulmonías fulminantes, o les tendría años y años en un pueblucho de mala muerte, viviendo entre dolores y miserias, rozándose continuamente con gente zafia y sin cultura, ignorante y sin ideales, para recibir a fin de cuentas una buena paga de

ingratitudes, cuando no de chismes y calumnias, que escuecen no poco y molestan muy mucho.

Los pueblos debieran saber y no ignorar lo mucho que tiene que sufrir un Cura de pueblo rural, al contemplar el estado deplorable y lastimoso de sus iglesias, y que ellos no pueden remediar, dada la mezquina cuanto irrisoria dotación que perciben, y que a veces no les llega ni para el puchero de garbanzos y alubias, ni mucho menos para poder remediar tantas necesidades como ven y palpan en muchos de sus queridos feligreses. Y lo más curioso es, que todavía hay quienes maliciosamente creen que las cuatro indecentes pesetas que puede cobrar un Cura (cuando las cobra), equivalentes a seis miserables reales de antes de la guerra europea, son todavía muchos reales, como si los Curas rurales pudieran vivir del aire, como los camaleones.

Los pueblos, en general, debieran preocuparse un poquito más del estado económico de sus Sacerdotes, teniendo en cuenta que, como Ministros de Dios, están obligados a guardar su dignidad, al menos con decoro material, en casa y vestido, dada su representación de autoridad en la sociedad. Así lo hacen en Norte América, donde la generosidad de los católicos es laudable en este punto, puesto que allí el Cura católico tiene una de las más bellas y confortables mansiones, con sus comodidades y automóvil propio, porque los católicos no consentirían nunca que el Cura se encuentre en una situación

inferior a cualquier profesional de carrera, médico, abogado o legislador, y mucho menos que sea superado por el Pastor protestante. En esto son lógicos y son consecuentes y dignos los norteamericanos. En cuanto a las regiones sudamericanas, diremos que aquí también se cuecen habas, lo mismo que en España y... en todas partes.

Aconsejamos, por lo tanto, a los de nuestro pueblo, que, ante todo y sobre todo, respeten y amen a sus Sacerdotes, como siempre lo hicieron nuestros antepasados y nos enseñaron desde niños nuestros padres.

Respeto a nuestros padres y a los ancianos

Hay quienes creen que los habitantes de nuestros pueblos montañeses son por lo general gente atrasadá, ignorante y ordinaria, y el que califique de este modo a mis paisanos, es porque no les conoce ni les ha conocido nunca. Si porque los hombres usen sombreros de paño, o gorra, chaqueta y pantalones de sayal, anguarinas y zagones, zapatos borceguíes o zamarras los pastores, y las mujeres del pasado se ciñeran con pañuelos para abrigar la cabeza, y otro cruzado sobre el pecho, manteos y basquiñas y "rodaos" y regociños, dan derecho a tildar de atrasados e ignorantes a las gentes de mi tierra, habría que suponer que la educación es exclusiva de

quienes usan gomina en el cabello, raya en el pantalón y lustre en los botines, "smoking" o sombrero de copa, o de las que calzan zapatitos con tacón Luis XV, sombrero María Antonieta o trajes a la Pompadour.

Nuestros antepasados dieron a entender que sabían algo más que los presentes, toda vez que ellos mismos elaboraban y tejían sus vestidos, sin necesidad de recorrer a los comercios, porque no les hacían falta. En nuestro pueblo abundaba la lana y se cultivaba el lino en abundancia, y tanto la lana como el lino se hilaban por nuestras propias madres, siempre laboriosas, y aún quedan rastros de las "pisas" y telares en los que manufacturaban cuanto era necesario para vestirse toda la familia.

Aun concediendo que nuestros padres y antepasados no estuvieran muy adelantados en orden a la civilización material, ellos no tenían pena ni mucho menos envidia a los pueblos que se vanagloriaban de tal civilización, ya que de lo único que se vanagloriaban era de ser eminentemente religiosos y cumplidores fieles de sus deberes cristianos; de educar y hacerse respetar de sus hijos; de enseñarnos a respetar a los ancianos y a los pobres, obligándonos a besarles la mano cuando les entregábamos la limosna. Ningún pobre llamaba a la puerta, que no se le socorriera con buen zoquete de pan, unas patatas o una escudilla de titos o garbanzos, que aquéllos recibían agradecidos, mientras rezaban un Padre

Nuestro por las necesidades de la casa que les daba la limosna.

Nos enseñaban las buenas costumbres, y ellos eran los primeros en darnos el ejemplo; nos enseñaban a rezar delante de los cuadros de la sala o de la alcoba; nos tomaban todas las noches la lección de catecismo, que ellos se sabían de memoria y "salteando"; junto con sus hijos se rezaba todas las noches el Santo Rosario; nunca se sentaban a la mesa sin bendecir antes la comida, como tampoco se levantaban de ella sin dar gracias a Dios con fervor y recogimiento monacal. Jamás dejaban de oír Misa los domingos y fiestas de guardar, ni pasaban nunca por delante de la Iglesia sin descubrirse y persignarse devotamente. Reprendían a sus hijos cuando era necesario, y cuando la falta pedía un castigo, nos castigaban.

Así nos enseñaban antiguamente nuestros padres y no hay derecho a llamarles ni retrógrados ni ignorantes, porque si esto era ignorancia, francamente, yo no sé en qué consiste ni dónde está la ciencia.

Hay que volver a las devociones privadas

Si mi pueblo quiere volver a ser el Velilla religioso de antes, tiene que restaurar y hacer resucitar las devociones populares, tanto públicas como privadas.

Entre las armonías morales del Cristianismo, ocupan el primer lugar las devociones populares y las costumbres genuinamente cristianas heredadas de nuestros progenitores, y desaparecidas de unos lustros a esta parte.

Las peregrinaciones y romerías a nuestros santuarios leoneses fomentaban la fe y la devoción, al mismo tiempo que con sus fiestas populares servían de distracción a los pueblos, y los que piensan que los pueblos pueden vivir contentos sin distracciones, se equivocan lastimosamente. El pueblo necesita de esparcimiento y de honesto recreo, para que no caiga en el extremo peligroso de una perezosa inacción y tristeza, que les ocasionan no pocos males al espíritu y al cuerpo. Aquellas peregrinaciones a la Virgen del Brezo, del Valle, del Camino, y del Carmen, ya casi desaparecidas en estos tiempos modernos, demostraban nuestros padres su acendrada piedad, cumpliendo sus promesas hechas a la Virgen, caminando descalzos leguas y leguas, subiendo montañas rocosas, para adorar la Cruz, dejando sus limosnas para fomentar el culto, sus cirios, muletas, cabelleras, cuadros y demás exvotos, que llenaban por completo los muros de esos mismos santuarios, quedando todos tranquilos y satisfechos de haber cumplido con un deber que respondía a las ansias y aspiraciones de sus almas fervientes y de sus corazones profundamente religiosos a la antigua.

En dichas peregrinaciones y romerías se conocían unos a otros, se fomentaba la amistad y el compañerismo, se estrechaban los lazos de fraternidad, al mismo tiempo que la juventud se ejercitaba físicamente en bailes populares, aluches, carreras y otras distracciones convenientes, cuando son moderadas y no se abusa de ellas.

Es conveniente y necesario hacer resucitar en la montaña dichas peregrinaciones y romerías, para implantar de nuevo las antiguas costumbres.

Otras costumbres desaparecidas

El acompañamiento del pueblo al Viático que se lleva a los enfermos; el Credo rezado de rodillas al pasar por delante de una ermita; el besar la Cruz de piedra colocada debajo de un espino o grabada en la roca viva, como la de los Lombanos, la de la Virgen de Areños, y tantas otras como se encuentran en los caminos; el no beber agua de ninguna fuente del campo sin antes rezar un Ave María o echar migas de pan, por si estuviera inficionada, como se hacía en mi tiempo, con mucha fe y exenta de toda superstición; el guardar con santo cariño y respeto el ramo del día domingo de Ramos, la candela del día de la Purificación de la Virgen; ofrecer el pan y las tortas al Sacerdote en el Ofertorio de la Misa los domingos, y repartir el pan bendito a la salida

del templo, besándolo antes reverentemente; enterrar los cadáveres con la Santa Bula sobre el rostro; respetar las golondrinas y cigüeñas; poner el nombre de un santo a los niños cuando se bautizan, sin permitir nombres paganos ni profanos; rezar la oración de San Antonio cuando se ha extraviado alguna cosa o alguna res; conservar "las sepulturas" en la iglesia, donde el Sacerdote reza el "Ne recordaris", el "Memento" o un "Qui Lazarum", por los difuntos de la familia; el besar los niños la mano al Sr. Cura cuando se le encuentra en la calle, como el besar también la de los pobres y madres cuando volvíamos de la Escuela y cuando nos íbamos a la cama; el colocar a la puerta de las casas, aquellos rótulos que decían: "AVE MARIA PURISIMA" o "EN ESTA CASA NO SE PERMITE BLASFEMAR"; el "Dios le ayude" y "Vaya Ud. con Dios", cuando se encontraban las personas trabajando; el pedir por las ánimas benditas en la Misa, depositando una "perriña" en el cepillo; el asistir a los Oficios de Difuntos y cabos de año; el recordar a los pobres abandonados, dándoles albergue si fuere necesario; el decir "Jesús" antes de beber y hacer una cruz con el cuchillo sobre el pan que se iba a partir; rezar el Angelus al oír el toque de las Ave Marías, dejando por un momento la labor que se estaba haciendo; el rezar una plegaria donde alguno había fallecido por algún accidente,

señalado por lo regular con una cruz en el monte o en una encrucijada...

Estas y otras muchas, difícil de enumerar, eran las costumbres de mi pueblo y de mis mayores. ¿Por qué no hemos de practicarlas de nuevo?... Con un poco de empeño por parte de cada uno, volvería a ser Velilla, el Velilla de antes, con lo que no perdería nada el pueblo, sino que ganará mucho.

CAPITULO XVIII

LOS BRAVOS SOLDADOS DE VELILLA EN LA SALVACION DE ESPAÑA

Cometería una injusticia si, al hablar de mi pueblo, no hiciera mención de los soldados de Velilla que, como buenos castellanos y con bravura palentino-leonesa, combatieron en gran número, requetés y falangistas, en defensa de la verdadera España, milagrosamente salvada de una muerte eterna, gracias a la Virgen del Pilar, a Santiago Apóstol y al invicto generalísimo Franco, caudillo providencial y salvador de la Madre Patria.

Felizmente, España llegó al final de sus heroicos sacrificios, y todos los verdaderos españoles que se ampararon bajo la bandera rojo y gualda, tremolada por el Caudillo salvador, hoy, limpia y purificada, como el oro, en el crisol del sacrificio, por la sangre y el dolor ofrendado en la obra de la reconquista; todos fueron dignos, por igual, en tan santa empresa,

sintiéndose merecedores de ser llamados legítimos descendientes de nuestros antepasados. El mundo entero se conmovió y admiró a España, viéndola salir de la tumba, esplendorosa y rozagante, para nunca más morir, marchando a pasos agigantados por el camino de la gloria, rejuvenecida y pletórica de vida, para cumplir una vez más los designios de la Providencia, con miras hacia el infinito, cargada con nuevos valores, sellados con su sangre valiente, por la civilización, el honor y la fe.

Mucho ha costado, es cierto, la regeneración de España, pero a grandes males, grandes remedios. Hemos visto derrumbarse millares de templos, y las ideas cristianas, fecundadoras de la más grande de las civilizaciones, crujiendo entre las garras de los más desaforados sacrilegios... Hemos asistido, cantando los himnos de los primeros siglos del cristianismo, al desfile glorioso y heroico de millares de mártires de la fe y del amor a la patria. En España se amontonó toda la basura mundial, formada por teutones y checoeslovacos, los que vivían en las márgenes del Tíber y los que se paseaban por los jardines de París, los hijos de la sanguinaria Rusia y los aventureros de la pérfida Albión, los que nacieron entre las chumberas de Africa y los tostados por las arenas del Senegal, los judíos internacionales y los masones de todo el universo, los degradados de Norteamérica y los tarados de la India y de China.

En España se reunieron todos los pueblos de la tierra, para dar la gran batalla en que se ventilaba si Dios podía seguir gobernando los pueblos, o si los hombres eran ya bastante fuertes para arrojar de su trono a Dios... Todo esto lo han visto los españoles con sus propios ojos, enrojecidos de tanto llorar; escenas de odio a Dios que jamás sospecharon las generaciones de los pasados siglos... gritos de "¡Viva Cristo Rey!" que conmovieron en sus tumbas de piedra y en sus templos seculares a los viejos guerreros de España, sepultados con sus lanzas y corazas de hierro.

La lección dada por Dios a España fué tremenda, contundente y sangrienta. Fué dada a los pueblos que quisieron prescindir de El... a los ricos que se habían olvidado que la ley de caridad era, es y será siempre base de su código divino... a los pobres, que, empujados por el odio y azuzados por la codicia, clavaron sus garras en lo ajeno... a los sabios que soñaron un mundo que sólo se sostuviera sobre los fundamentos de la ciencia... a los jóvenes que sólo pensaron en placeres.. a las doncellas que se convirtieron en ídolos de sí mismas... a los hombres que juraron no pisar nunca los umbrales de un templo... a las mujeres que mataron los sentimientos del amor... a los viejos que se entregaron en manos de la muerte sin arrimar sus labios moribundos a la Hostia, que era su única salvación...

a los sacerdotes aletargados en su ministerio... a los obispos engreídos dentro de sus capisayos de color... a los frailes entretenidos en ideas "separatistas" y enfriados en la caridad fraterna... a las monjas con microbios de mundanal ruido ocultos entre los pliegues de sus tocas... ¡A todos, a todos les enseñó Dios la lección, y en realidad de verdad que no nos olvidaremos nunca de la lección aprendida, y, gracias a Dios, bien aprovechada!...

Y estas tremendas lecciones nos las dió al son de los motores que se pasearon sobre las cabezas y dejaron caer la maldición de la metralla sobre pueblos y ciudades... al son del horrísono estallar de mil cañones... con el tableteo incesante de orquestas de ametralladoras... con miles y miles de vidas... con ríos de sangre... con gritos de odio... con cordilleras de ruinas... con cuadros tan horripilantes, que sólo el recordarlos nos pone todavía los pelos de punta y nos hace estremecer las carnes...

. . . . . .

. . . . . .

España se salva milagrosamente

España vivió la realidad intensa de una tragedia horrorosa en un solo acto, pero España se salvó y mostró al mundo el proceso fatal de las ideas caídas, despidiendo a cañonazos, un ciclo —el perdulario—

de su historia, resurgiendo primaria y estupenda, gigantesca y dolorosa. La guerra civil no fué más que la expresión actuante, revelada, de un contenido potencial de trama interior y persistente. El signo explícito de una lucha implícita —de libre albedrío— entre el bien y el mal, el ser y el no ser. Entre los derechos de Dios y los "Derechos del Hombre". Entre lo auténtico y lo extraño. Entre un existir de lo de afuera que negaba lo de adentro, y un existir de lo de adentro que negaba lo de afuera.

España se salvó, y al salvarse convenció al mundo entero que era la España del Cid y no la de Azaña, Alcalá Zamora y Prieto Tuero. Que ella era la España genuina de San Isidoro, de Pelayo y de Lulio; de San Fernando, de Alfonso el Sabio, de Isabel, de Carlos V y de Felipe II; de Santa Teresa de Jesús e Ignacio de Loyola; la España de las Navas, de Lepanto, de Bailén y Zaragoza; la España conquistadora y descubridora y misionera. Para perderse o condenarse, para redimirse por completo, España tenía que bañarse en sangre, porque ésa es la ley de los pueblos, y España se salvó definitivamente a fuerza de derramar sangre, mucha sangre, muchísima sangre, pero quedó salvada. ¡Demos gracias a Dios, y reconozcamos la visible protección de la Santísima Virgen del Pilar y de Santiago Apóstol, Patronos de España!

Los combatientes

Hasta el mundo de nuestros enemigos no acaban de salir de su estupor, y, de grado o por fuerza, han tenido que reconocer el valor de nuestros soldados, conducidos a la victoria por la inteligencia estratégica del invicto caudillo Franco, rodeado de sus valientes generales Moscardó, Aranda, Mola, Varela, Dávila, García Valiño, Solchaga, Monasterio, Barrón... ¿Quién les contará?... Todos ellos salvaron a España:

> Saturados de gloria y honor,
> consumando como héroes la hazaña,
> pensando que morir por España
> era morir por un mundo mejor.

Y fueron ellos los conductores de nuestros bravos soldados, los que barrieron a "los transeúntes de la historia, temporeros y esquiroles de la hispanidad"; los que subieron con los pies ensangrentados los ásperos calvarios de las sierras de Guadarrama, picos de Europa, cerro del León, montañas de Covadonga y precipicios de Pajares, hasta que un día, en una verdadera mañana pascual, en que el aire fué perfume y el viento brisa y el horizonte esperanza rosada, las campanas se lanzaron a vuelo repicando a gloria. Fueron las campanas que hicieron vibrar al mundo con el sonoro eco de sus broncíneas voces, típicamente imperial de nuestros tiempos pasados:

fueron las campanas de León y Palencia, de Burgos y Valladolid, de Avila y Salamanca, de Pamplona y Segovia, de Granada y Sevilla, de Oviedo y Toledo, de Coruña y Santiago de Compostela, de Zaragoza y Teruel... Las invariables, las siempre españolas, las verdaderamente leales, con promesa de fidelidad hasta la muerte...

Fueron Castilla y Navarra, Galicia y Andalucía, las que salieron, a pecho descubierto, para salvar las fuerzas del espíritu y las glorias espirituales de España, en cooperación con las Islas Canarias y los Regulares de Africa. Fueron León y Palencia, los de la exacta expresión de la llanura que predomina en la tierra de Campos; la rica en trigales, con su provisión de legumbres y majuelos que abastecieron las necesidades moderadas y sencillas de los castellanos, junto con los de mis montañas leonesas, los de rostros enjutos como monjes de Zurbarán, firmes y derechos como los chopos que festonean sus caminos y carreteras; fueron ellos, junto con los de Valladolid, los que sellaron con sangre valiente los valores de la civilización, el honor y la fe, para lucirlos, ufanos y orgullosos, como legítimos descendientes de aquellos antiguos conquistadores de caras pardas y cetrinas, secos, pero de raigambre como raíces de árboles, porque los castellanos:

"Semos asina, semos pardos,
del coló de la tierra,

y nietos de los machos que otros días
triunfaron en América.

Castellanos que al amor de sus terruños,
con la juerte calentura de la gloria
que subió del corazón a sus cerebros,
conquistaron pa los reyes de su Patria
los Peruses y los Méjicos;
y cantaron las bellezas de sus campos
y elevaron sus plegarias a los cielos
y murieron orgullosos por la causa
de las santas libertades de su pueblo...

Fueron castellanos, los cachorros de la raza,
de castúos labradores fiel remedo,
que, inorantes de las cencias d'hoy en día,
cavilando tras las yuntas, descurrieron
que los campos de su Patria
y la madre de sus hijos, son lo mesmo".

Los hijos de Castilla se distinguieron particularmente en la reconquista de España, cubriéndose de gloria en los campos de batalla y añadiendo nuevos timbres a sus blasones legendarios. No han desmerecido nada de las glorias de sus antepasados.

Los soldados del pueblo de Velilla

Mi pueblo contribuyó con sus hijos, no tan sólo mozos, sino que también casados, para la salvación de España, llegando, según mis informes, a un número casi increíble, los que, abandonando sus ho-

Valientes y heroicos soldados de Velilla que, "Cara al Sol", defendieron con bravura a España contra el bolcheviquismo ruso y el comunismo marxista

Arriba: **Bernardo García Ramos** y **Ramiro García Ramos** (hermanos carnales). En el centro: **el teniente Juan José Estalayo Casquero Ramos.** Abajo: **los valientes Joaquín Ordóñez** y **Benicio Diez.**

gares y familias, se lanzaron al combate con decisión y arrojo, derramando su sangre en la pelea, cubriendo sus cuerpos de heridas y llenando sus pechos de condecoraciones, que atestiguaron su valor y bizarría.

Felizmente, la mayoría regresaron a sus casas cargados de laureles y mostrando sus cicatrices, de las que pueden enorgullecerse y mostrarlas con la cabeza alta y la mirada firme. Algunos figuran en este libro, para perpetua memoria, sintiendo no tener los nombres de todos los soldados de mi pueblo que se foguearon en las batallas, para que quedaran inmortalizados en letras de imprenta. Que agradezcan, al menos, mis buenos deseos, y al saludar a todos como valientes, les enviamos también nuestra enhorabuena y nuestras felicitaciones, ya que no hay cosa más digna de felicitarse, que al hombre defensor de su Patria ostentando las cicatrices recibidas por defenderla. ¡Salud, valientes soldados de mi pueblo! Al pensar en vosotros, me siento orgulloso como buen hijo de Velilla, tanto más cuanto que muchos de vosotros pertenecéis a la familia Ramos Diez Santos, lleváis mi sangre y habéis esplendoreado mis apellidos... ¡Juan José... Bernardo... Ramiro... sobrinos del alma!... Para vosotros los honores, vítores, coronas, himnos y palmas, que repartiréis entre vuestros compañeros de armas, de combates y de triunfos guerreros. Desde apartadas regiones os hemos acompañado siempre con el pen-

samiento y con las plegarias, entre congojas e incertidumbres por vuestro destino. La Virgen del Carmen os ha devuelto con vida a vuestros hogares, cayendo en brazos de vuestros padres y hermanos, que se han sentido orgullosos por vuestro comportamiento de soldados cristianos. A esa Virgen de nuestra niñez, así como a la Virgen de Areños, hemos rezado sin cesar, y Ellas han escuchado nuestras plegarias. ¡Descansad sobre los laureles de vuestras victorias y contad en las veladas de invierno, al amor de la lumbre, a los vuestros, tanta hazaña y tanta epopeya! ¡Que Dios os conserve muchos años, para que podáis relatar esas mismas hazañas a vuestros hijos y a vuestros nietos, para que se sientan orgullosos de vosotros! ¡Así sea!

Los que cayeron "Cara al Sol"

Algunos de nuestros soldados no regresaron, y el pueblo de Velilla, lo mismo que el que esto escribe, pronunciaremos siempre con respeto sus nombres, aquí estampados para eterna memoria de los venideros. De pie, y con la mano abierta y el brazo extendido en posición de ¡firmes!, pronunciamos sus nombres, porque murieron "cara al sol" y se fueron para "hacer guardia en los luceros".

Para nosotros ni para España han muerto, sino que viven y están

¡PRESENTES!

† Ovidio Santos
† Horacio Santos
† Pablo Piélagos
† Emeterio Pedros
† Saulo Santos

¡¡¡DESCANSAD EN PAZ!!!

Muertos por salvar a la Madre España, y a quienes aplicaremos las palabras bíblicas: "Dulce et decorum est pro Patria mori". No hay cosa más dulce, ni muerte más hermosa que morir por la Patria. Murieron cumpliendo con su deber, con la conciencia tranquila y el alma limpia. Una oración por todos los caídos. Empaparon con su sangre la tierra y dieron sus vidas por salvar la de la Madre Patria. ¡Nunca la Patria, agradecida, se olvidará de ellos!

Defendiendo a España

Todos los verdaderos españoles que por circunstancias de la vida nos encontrábamos fuera de la Patria, hemos defendido por todos los medios posibles y a nuestro alcance sus glorias; hemos contribuído a sus triunfos; hemos llorado sus desgracias, y con el corazón y con la inteligencia, con la palabra y con la pluma, dimos la cara y salimos al palenque

contra tantos y tantos enemigos de España como por aquí pululan y, desgraciadamente, aún continúan siendo enemigos y contrarios, distinguiéndose, por desgracia, los mismos españoles, partidarios, en su gran mayoría, de los "rojos", y que por algo incomprensible continúan siendo "rojos" todavía.

Contra éstos y contra otros muchos, los verdaderos españoles salimos al combate valientes y decididos, y ya que no podíamos manejar fusiles, hemos manejado las plumas, hemos hablado en público, a pesar de las amenazas y de las vejaciones de que fuimos objeto, pero que a pesar de todo no nos hicieron callar, y más gritábamos y escribíamos cuanto más enemigos nos salieron al paso. En nuestros rostros de verdaderos españoles restallaban como bofetadas las calumnias que se levantaron contra nuestra querida España, contra nuestro caudillo Franco y sus generales valientes, contra nuestros invencibles soldados requetés y falangistas. Una prensa chantagista y bien pagada con dinero "rojo español", volcaron todos los días injurias, calumnias y mentiras a granel, que llevaban el desconcierto a todas las inteligencias, sembraron odio contra la verdadera España y trataron por todos los medios imaginables hacernos creer que ya estábamos perdidos para siempre; una y cien veces nos comunicaban que "el general Franco se había suicidado", y hasta que "ya le habían enterrado", haciendo la descripción de sus funerales.

¡Algo increíble ese comportamiento de la gran parte de la prensa argentina! Todo se explicaba, sin embargo, porque el oro corría a manos llenas, y el oro hacía hablar a corresponsales sin honor y sin conciencia, y agencias judías y masónicas propalaban tan sólo noticias en contra de nuestra legítima España.

Felizmente, no faltaron valientes escritores que con sus plumas bien cortadas, ni oradores y tribunos que con sus discursos y arengas patrióticas, se encargaban de contrarrestar la campaña de nuestros enemigos. Literatos de fama, políticos de renombre, periodistas decididos, oradores de arranque, argentinos unos y españoles otros, supieron cumplir como buenos con su deber, y periódicos como "El Pueblo", "Crisol", "Bandera Argentina", "La Fronda" y alguno que otro, fueron decididos defensores de la verdadera causa. Entre los grandes rotativos, "La Nación" fué la única, que, si no fué francamente decidida, al menos se mostró prudentemente y con imparcialidad. Todos los demás rotativos "que llevan la voz cantante por estas tierras pampeanas", engañaron cuanto pudieron a sus lectores, llegando hasta la falsificación de fotografías... Si el tristemente embajador "rojo" Osorio y Gallardo (aunque de "gallardo" nunca tuvo nada) quisiera decir los miles y tal vez millones que costó el sobornar a esa prensa enemiga de España, quedaríamos estupefactos y no poco asombrados.